

Santo Toribio de Mogrovejo

Nos complace detenernos en la consideración de la figura de Santo Toribio, el gran pastor de Hispanoamérica, auténtico arquetipo de lo que puede llegar a ser un obispo cuando asume sus responsabilidades pastorales con generosidad y grandeza de alma.

I. De los Picos de Europa al Episcopado

Nació Toribio en Mayorga, pueblo del Reino de León. Allí se había trasladado su familia, cuya casa solariega se ubicaba en una aldehuela denominada Mogrovejo, sita en las estribaciones de los montes de Asturias, los llamados Picos de Europa. Fue en dichos montes donde se inició la gloriosa Reconquista de España, hasta entonces en poder de los moros. Sus padres eran de familia noble, lo que dejaría una impronta indeleble en el modo de ser del joven Toribio, el tercero de cinco hermanos. No se sabe con exactitud la fecha de su nacimiento, si bien es opinión común que acaeció el año 1538.

En el valle de Liébana, junto al castillo de los Mogrovejo, se encuentra un monasterio, fundado en el siglo VI por el monje Toribio, que había sido obispo de Palencia, y que eligió ese lugar para vivir allí con un grupo de compañeros según la regla benedictina. A mediados del siglo VIII, una vez consolidada la Reconquista en esa zona, llevaron al monasterio los restos de otro Toribio, que había sido obispo de Astorga en el siglo V, juntamente con el *lignum crucis* que dicho obispo trajo consigo de una de sus peregrinaciones a Jerusalén. Hoy el monasterio se llama de Santo Toribio de Liébana. De este santo le viene su nombre a nuestro Toribio, así como su amor apasionado por la cruz.

1. Joven estudiante en Valladolid

A los 13 años Toribio fue enviado a Valladolid para estudiar gramática, humanidades, derecho y filosofía. Ciudad histórica aquella, que había sido varias veces sede de la corte de Castilla y capital del Imperio, cuna de Felipe II y lugar de su coronación, ciudad que acogió a Hernán Cortés para que diese a conocer el mundo azteca, foro de la polémica entre Las Casas y Sepúlveda, lugar de promulgación de las Leyes Nuevas, asiento del Consejo de Indias... En dicha ciudad, corazón del mundo hispano, donde por aquellos años se encontraba Felipe II, quien tenía apenas 25 años y allí permanecería hasta el traslado definitivo de la corte a Madrid, residió Toribio durante una década.

No hacía cincuenta años que en la iglesia de San Francisco habían sido inhumados los restos de Colón, cuya casa se encontraba en aquella ciudad. Podríase decir que la tierra americana palpitaba en Valladolid, siendo la ciudad entera latido y pulso del emprendimiento glorioso de las Indias. Si en Sevilla se embarcaban las expediciones, Valladolid las preparaba y equipaba. Ningún sitio, pues, más sugerente para suscitar la llamada de las Indias.

No sería extraño que aquí hubiese comenzado Toribio a experimentar dicho atractivo. Diez años de su primera juventud, desde 1550 a 1560, transcurrió en ese am-

biente de Valladolid, cortesano a la vez que académico. Eran años cruciales, pletóricos de acontecimientos: las sesiones del Concilio de Trento, el nacimiento de Cervantes, el primer concilio de Lima, la muerte de San Ignacio, la coronación de Felipe como rey. Ya desde entonces comenzaron a manifestarse los quilates del alma de Toribio, un verdadero ejemplo para sus compañeros de estudios, a quienes no vacilaba en decirles, según ellos mismos nos relatan: «No ofendáis a tan gran Señor [a Dios], reventar y no hacer un pecado venial».

2. En Salamanca

En 1562 pasó Toribio a Salamanca, para proseguir sus estudios. Allí se encontraba un tío suyo, Juan Mogrovejo, canónigo y célebre catedrático de la Universidad. Salamanca era una ciudad espléndida, y lo sigue siendo hoy. A juicio de Cervantes, «enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado». Los años que allí pasó Toribio, de 1562 a 1571, fueron también años preñados de acontecimientos. Durante esa década nació Lope de Vega, se clausuró el Concilio de Trento, se realizó la reforma de San Carlos Borromeo en Milán, gobernó como Papa San Pío V, se publicó el Catecismo del Concilio de Trento, murió fray Bartolomé de Las Casas...

En lo que toca a la misma Salamanca, cuando a ella llegó Toribio, enseñaban allí grandes profesores, como los padres Domingo de Soto y Melchor Cano, habiendo transcurrido tan sólo dieciséis años desde la muerte de su egregio maestro, el P. Francisco de Vitoria. Asimismo ejercía la docencia por aquellos tiempos el célebre fray Luis de León. No cabe duda que el nivel cultural era elevadísimo, como si buena parte del Siglo de Oro se hubiera refugiado en aquella ciudad.

Por otro lado, Salamanca era también madre de la naciente cultura hispanoamericana, no sólo en razón de que en sus aulas se formaron numerosísimos alumnos que luego se dispersarían por nuestras tierras, sino también por haber sido la matriz de las Universidades que nacerían en Iberoamérica, especialmente de la que se crearía en Lima bajo el nombre de San Marcos, fundada a semejanza suya y «con los mismos privilegios y exenciones como los tiene la de Salamanca». Cuando algunos años después, Toribio interviniera en aquel centro americano de altos estudios, procediendo a un reajuste de cátedras y materias, lo haría de acuerdo en todo con lo que vio y aprendió en la Universidad de Salamanca.

Tal fue el mundo que conoció nuestro joven, un mundo bullicioso, inquieto y ávido de saber. Allí se destacó enseguida por su gran capacidad de trabajo, su rigor intelectual y su enorme facilidad de asimilación. Así lo recordarán luego sus compañeros: «Su ingenio, que lo tenía muy sutil». «Estaba en todas las materias muy señor». «Hombre de muy aventajadas y grandes letras». «Siendo señor de todo, como quien estaba siempre en los libros»...

Son algunas de las apreciaciones de quienes fueron sus condiscípulos, según nos lo revelan las declaraciones de su proceso de canonización. Uno de ellos diría que con frecuencia le resumía lo que había oído en las aulas, haciéndolo «muchas veces mejor que los maestros de quienes lo oyó». ¡Y eso que no eran tontos aquellos maestros!

Su tío estaba feliz con los progresos del aventajado Toribio. De ahí que con gusto le haría entrega, más adelante, de buena parte de su copiosa biblioteca: «Mando a mi sobrino Toribio mi librería». Eran libros especialmente de índole jurídica, de modo que con su ulterior traslado al Perú sería la primera biblioteca de temas canónicos que pasaría de España a América.

Llegó el año 1568. Aprovechando las vacaciones, el que un día había de ser viajero incansable por los cerros

y quebradas del Perú «donde se ha de ir a pie», según luego diría, quiso prepararse dirigiéndose en peregrinación a Santiago de Compostela. Tomó el bordón con la calabaza, cosió las conchas en la esclavina, y puso el zurrón a la espalda. Lo acompañaban un amigo suyo, Francisco de Contreras, que con el tiempo llegaría a ser el presidente del Consejo de Castilla.

Durante el transcurso del viaje ocurrió un hecho pintoresco, que de algún modo adelanta la actitud pastoral que luego lo caracterizaría. Cerca ya de Santiago, entraron a rezar en la iglesia de un pueblo. Como ambos estaban vestidos de manera humilde, una esclava negra, que se encontraba esperando en la puerta la salida de sus amos, peregrinos también, al ver a los dos jóvenes sacó del bolso un maravedí y se los dio de limosna. Toribio declinó amablemente el obsequio: «Dios os lo pague, señora, que aquí llevamos para pasar nuestra romería». La pobre mujer, creyendo que no le aceptaban su limosna por demasiado insignificante, insistió: «Hermanos romeros, perdonadme, que no tenía más que este cuarto, y así no os di más; el conde, mi señor, está ahí dentro, oyendo misa, pedidle que os dará un real o medio». Los dos estudiantes, que eran de noble linaje, besaron conmovidos el maravedí y se lo devolvieron.

Años más tarde aquel peregrino —ya transformado en arzobispo— tendría a su cuidado en sólo la ciudad de Lima no menos de ocho mil negros, a quienes amaría como un padre, erigiendo varios curatos especiales para ellos, a cargo de sacerdotes expertos en tan difícil apostolado. Tanto los distinguiría que «nunca llamaba ni consentía llamar a los negros, negros, sino por su nombre de bautismo u hombre moreno». El mismo le confesaría a uno de sus confidentes que jamás olvidó aquel encuentro con la negra en su peregrinación al santuario de Santiago.

Llegado a Compostela, Toribio aprovechó para preparar su licenciatura en cánones durante el mes que allí permaneció. Con la colación de grados, que se celebró en una capilla de la catedral compostelana, le otorgaron el título. Nunca la Universidad de Santiago olvidaría tan ilustre graduado. Aún hoy se conserva allí una leyenda en latín que dice: «Toribio Alfonso Mogrovejo, viniendo como peregrino a Compostela, fue investido del grado de licenciado en Derecho Canónico en esta universidad literaria el 6 de octubre del año del Señor 1568». Tenía treinta años.

Una vez obtenida la licenciatura volvió a Salamanca, ingresando como alumno becario en el Colegio Mayor San Salvador de Oviedo. Esos Colegios Mayores, reservados para los más capaces, apuntaban a formar sacerdotes diocesanos observantes y celosos, munidos de una sólida formación humanística y teológica, y también dirigentes laicos que trabajasen luego por el bien común. De allí saldrían, así, gobernantes, obispos, consejeros, sabios, escritores... Los había a la sombra de todas las Universidades.

La de Salamanca contaba con tres de esos Colegios. Toribio eligió el más prestigiado. El ambiente que allí se vivía, en régimen de completo internado, era excelente, no sólo en lo que toca a lo intelectual y moral sino también a lo religioso. Los estudiantes se ejercitaban en la piedad, con misa diaria y comunión frecuente, asistiendo a clases en la Universidad próxima, y consolidando luego en el Colegio lo escuchado en las aulas, con repeticiones y enseñanzas complementarias. Allí Toribio se formó en ambos derechos, el canónico y el civil, así como en teología.

Durante su estadía en Salamanca ha de haber tenido abundantes noticias del Nuevo Mundo. Se sabe, por ejemplo, que allí llegaron los escritos y comentarios del franciscano Bernardino de Sahagún, profesor de la primera escuela importante fundada en México, la de Santa Cruz de Tlatelolco, sobre la idiosincrasia de los indios mejicanos, sus costumbres, la historia del Imperio Azteca, y el modo que debía emplearse para aprender su lengua.

Varios de sus compañeros nos han dejado testimonios de la integridad de vida de nuestro biografiado y de las virtudes que ya desde entonces lo ornaron. Era el limosnero más generoso del Colegio. Y también el más mortificado. Tan severas fueron sus penitencias, con cilicios y disciplinas, que algunos las juzgaron excesivas, denunciándolo al Rector del Colegio. Éste le pidió que moderase el rigor con que castigaba su cuerpo y se atuviera a una justa medida, de modo que no dañase la salud. Hasta entonces Toribio no había manifestado deseos de seguir la vocación sacerdotal. Si bien sus estudios lo capacitaban para recibir las órdenes mayores, por el momento era laico, muy destacado, pero nada más.

3. Inquisidor en Granada

Tres años pasó Toribio en el Colegio Mayor de Salamanca. Tenía 35 años de edad, y un flamante título de licenciado que había traído de Compostela bajo el brazo. Se estaba ahora preparando para afrontar las pruebas que exigía el doctorado en Derecho. Mas he aquí que una noche, cuando todos estaban descansando, recios golpes se escucharon en las puertas del Colegio. Por lo insólito del caso debía tratarse de algo urgente. Ciertamente lo era. Tratábase nada menos que de una carta del Rey en persona, dirigida a Toribio, que había de entregarse en manos del destinatario. El caballero que había llamado era el gentilhombre del Santo Oficio de Salamanca. La carta del monarca, anexa a pliegos del Consejo Supremo, le informaba que había sido nombrado Inquisidor en Granada. Una altísima designación oficial, mucho más sorprendente por lo prematuro, ya que Toribio no era todavía sino un simple estudiante, por aventajado que fuese.

Al principio creyó que se trataba de una broma, tan propia de los estudiantes. Pero cuando leyó «Yo, el rey» sobre la firma del secretario real y el agregado «Por mandato de Su Majestad», entendió que la cosa iba en serio. En el documento se decía: «En el dicho licenciado concurren las cualidades de limpieza que se requieren para servir en el Santo Oficio de la Inquisición». Y también: «Nombre al licenciado Toribio Alfonso de Mogrovejo para el cargo de Inquisidor del Tribunal del Santo Oficio de Granada. Yo, el rey, Felipe II». Toribio entendió enseguida que alguien lo había recomendado al monarca, sin duda sus antiguos condiscípulos. Como la orden era perentoria, se fue inmediatamente a preparar sus valijas para salir temprano hacia Granada. Sus compañeros lo festejaron toda la noche, pero él, para prevenir cualquier tentación de vanidad, se encerró durante un rato en su cuarto y se propinó una buena cantidad de azotes...

Hoy algunos, cuando oyen nombrar la Inquisición, sienten que se les eriza la piel. En realidad se trató de una fundación benéfica, hecha para la salvaguarda de la fe. Si dejamos de lado algunos excesos, inevitables en toda institución humana, la Iglesia, que la creó, la deseaba justa, y no vaciló en llamarla *la Santa Inquisición*. De hecho, varios inquisidores fueron declarados santos, y hubo entre ellos mártires, como San Pedro Arbués. En tiempos particularmente recios, se hacía necesario poner recaudos especiales para conservar la fe virgen de errores. Sea lo que fuere, la función de inquisidor en la España del siglo XVI era de gran trascendencia. Había en la Península varios tribunales regionales, que dependían de un Consejo Supremo. Los diversos inquisidores se iban turnando para recorrer todas las poblaciones del distrito a su cargo.

A nuestro novel inquisidor le esperaba en el tribunal de Granada, más allá de los asuntos comunes y de los cuestionamientos ideológicos que se iban planteando por las infiltraciones en España de la Reforma protestante, un problema específico, el de los moriscos y abencerrajes, antigua población mora, incrustada en el pueblo cristiano

como residuo compacto, difícil de asimilar. Constituían el último baluarte del Islam, con fuerza más que suficiente para perturbar todo el reino de Granada, como lo acababa de demostrar la rebelión todavía humeante de los moriscos de las Alpujarras, a quienes había derrotado don Juan de Austria tres años atrás. Puestos en el dilema, hacía unos ochenta años, de convertirse o abandonar España, muchos de ellos se habían hecho bautizar sin la sinceridad debida. Para enfrentar principalmente esta difícil situación de los moros conversos, se había elegido al destacado estudiante de Salamanca.

Allí permanecería Toribio durante cinco años. Diariamente debía recibir en audiencia tres horas por la mañana y tres por la tarde. Los asuntos eran tan diversos como exóticos: iluminados que se sentían enviados directamente por Dios, perjuros, blasfemos, falsos conversos judíos y moros. El joven inquisidor estaba complacido de poder trabajar en lo que más le gustaba: el campo del derecho, para hacer justicia, ganándose mercedamente fama de rectitud y ponderación en cada una de las situaciones en que tuvo que intervenir. Nos dice uno de sus biógrafos:

«Sentía en su alma notable desconuelo cuando se ofrecía el castigar delitos de blasfemias, herejías, judaísmo y otros semejantes. Amaba mucho a Dios y así era celoso de su honra. Quería con extremo a los prójimos y quería con extremo el ver usar de rigor con ellos. Pero como en Dios los atributos de la justicia y de la misericordia, aunque son diferentes, no son contrarios, sino conformes y compatibles [...] era justiciero con misericordia y misericordioso con justicia. Aborrecía los delitos, no los agresores».

A nadie envió a la hoguera, ni hubiera podido hacerlo, ya que ese castigo estaba reservado al poder político. Por aquellos años, los casos de entrega al brazo secular eran rarísimos. Varias fueron las causas concretas que pasaron por sus manos, entre ellas la de una beguina iluminada, que pretendía recibir extrañas inspiraciones divinas, la de otra que hacía propaganda de la bigamia, la de un iluminado para el cual la prostitución no era pecado. Por lo general los condenaba a penitencias que consistían en oraciones, ayunos y limosnas. En los casos de aquellos moriscos de dudosa conversión, numerosos en la región, se mostró especialmente prudente. Durante cuatro meses recorrió diversos barrios de Granada y una docena de otras ciudades y pueblos de la zona.

4. Obispo

Estando en esos menesteres, recibió otra gran noticia. Felipe II lo había presentado al papa Gregorio XIII para que lo nombrase obispo de Lima, en el Nuevo Mundo. Aquella diócesis estaba acéfala desde la muerte del primer arzobispo, el dominico Jerónimo de Loaysa. Cuatro años habían pasado desde su fallecimiento, y el Consejo de Indias no podía encontrar un sustituto que reuniera las condiciones requeridas para aquella sede episcopal. Una década atrás, el Rey había expuesto en Valladolid las condiciones que Roma consideraba indispensables para que la colonización de América se hiciera con un sentido verdaderamente cristiano.

Toribio ya había tenido una experiencia político-religiosa de tres años como Inquisidor en Granada, durante la cual mostró estar dotado de un conjunto de cualidades personales: celo apostólico, serenidad de juicio, pulcritud en sus acciones y un ardiente deseo de batallar en procura de la verdad y de la justicia. Toda Granada era testigo de ello. Pero para ser obispo había una dificultad, y es que por aquel entonces Toribio era todavía laico.

Las tramitaciones para la presentación que de él hizo Felipe II fueron las habituales. Estando vacante la capital del Virreinato del Perú, el Consejo de Indias se había dirigido al Rey para que cubriera dicha sede. En aquel tiempo las proposiciones para nombramientos episcopales

en América dependían del Consejo de Indias, que no sólo atendía al gobierno general del Nuevo Mundo, sino que era también el órgano del Patronato eclesiástico confiado por el Papa al rey de España sobre las tierras por ella descubiertas. Dadas las especiales características de la sede vacante en ella se necesitaba, a juicio del Consejo de Indias «un Prelado de fácil cabalgar, no esquivo a la aventura misional, no menos misionero que gobernante, más jurista que teólogo, y de pulso firme para el timón de nave difícil, a quien no faltase el espíritu combativo en aquella tierra de águilas».

Nos parece espléndida esta descripción del perfil de quien había de ser obispo en una zona tan ardua. Lo único que no nos gusta demasiado es esa preferencia de lo jurídico por sobre lo teológico. Quizás se quiso decir que, dadas las distancias que separaban Lima de Madrid y de Roma, el obispo de aquella sede debía tener especial capacidad de gobierno y de decisión, para saber zanjar situaciones a veces complicadas sin permanentes consultas. Fue el parecer de Diego de Zúñiga, un antiguo compañero del Colegio Mayor de Salamanca, quien le había sugerido a Felipe II el nombre de Toribio.

El Rey estudió la solicitud y resolvió de manera personal, según se lo comunicaba en carta al virrey del Perú: «la elección que yo hice en su persona». Felipe quería un obispo joven, capaz de emprender las visitas pastorales que Jerónimo de Loaysa no había podido realizar desde hacía veinte años. En lo que toca al ruego del Consejo, no olvidemos que Toribio conoció a la perfección ambos derechos, el civil y el canónico. Si bien sería más un gobernante religioso que un pensador o un teólogo, con todo no se convirtió en un leguleyo, un abogado de oficina.

Quedaba por obtener la confirmación de Roma, que el Papa no tardó en conceder. Al nombrarlo para el cargo, el Santo Padre alude a su futura sede, esa ciudad «hermosísima y nobilísima –le dice–, en la que está el Virrey, el Consejo General y el Tribunal de la Santa Inquisición». Era también, por elevación, un elogio del nuevo arzobispo: a tal honor, tal señor. En un principio, Toribio vaciló, pidiendo tres meses de plazo para pensarlo mejor.

Sabedor de ello, el Rey le hizo decir: «Conozco la delicadeza de tu conciencia y la rectitud de tu corazón, y no me extraña que te consideres inhábil para el cargo que, en presencia de Dios, me ha parecido justo conferirte. Tus razones me agradan, pero no me convencen».

También su familia lo inclinó a aceptar la denominación. «En especial sus hermanos le persuadieron a que lo aceptase –declararía luego un conocido suyo–, y le reconvenían diciendo que si deseaba ser mártir –que así siempre lo decía), aquélla era buena ocasión de serlo; y que así aceptase el dicho oficio. Con que por este fin aceptó y por echar de ver que convenía para exaltación de la Iglesia y conversión de los indios infieles de este Reino y para la salud de las almas de ellos». Así se lo hizo saber al Santo Padre: «Si bien es un peso que supera mis fuerzas, temible aun para los ángeles, y a pesar de verme indigno de tan alto cargo, no he diferido más el aceptarlo, confiando en el Señor y arrojando en él todas mis inquietudes».

Aprestóse entonces a su consagración episcopal. Pero como aún era laico, hubo de recibir primero, de manos del arzobispo de Granada, las órdenes menores y el subdiaconado, así como el diaconado y el sacerdocio. Finalmente fue hecho obispo en la catedral de Sevilla, que seguía siendo moralmente la sede patriarcal de la Iglesia en América, como lo había sido efectivamente

antes de la erección de los arzobispados de Santo Domingo, México y Lima.

5. Rumbo al Perú

Los meses que transcurrieron desde su elección como arzobispo hasta el día en que se embarcó en dirección a su nuevo destino, Toribio los empleó en prepararse para poder desempeñar mejor su ministerio episcopal. En orden a ello, se puso a estudiar la historia y la geografía del virreinato del Perú, sus costumbres, el estado en que se encontraban las misiones, los caminos que debería recorrer, y todo aquello que le permitiera identificarse más con la tierra que sería su segunda patria.

Se dirigió luego a Mayorga para despedirse de su madre, hermanos, parientes y amigos. Allí mismo se ofrecieron para acompañarlo su hermana Grimanesa, con su esposo don Francisco de Quñones, y sus tres hijos. Quiso también agregársele el joven granadino Sancho Dávila, quien lo había secundado en sus años de Inquisidor, y ahora lo seguiría a Lima y lo acompañaría con una fidelidad realmente admirable en sus grandes visitas pastorales, hasta cerrarle los ojos a su muerte. Junto con Toribio partieron también 16 jesuitas.

El año 1580 embarcó Toribio en Sanlúcar de Barrameda, acompañado por veintiseis personas. Llevaba consigo su rica biblioteca. Durante tres meses la nave surcó las aguas. Cuán al caso vienen aquí aquellas palabras que dijera Pío XII refiriéndose a las carabelas de Colón: «Fueron verdaderas auxiliares de la nave de San Pedro, que llevaron al nuevo Mundo el tesoro de la fe». Exactamente ocurría ahora también. Tras arribar a Canarias, el barco se dirigió a Santo Domingo y luego a Panamá. Después de cruzar el istmo, lo esperaba otra nave, que le había enviado el virrey del Perú.

Una vez que llegó a Paita, prefirió continuar el viaje por tierra, lo que le permitía empezar a conocer el país. Luego de pasar Trujillo, entró por fin en Lima el 11 de mayo de 1581. Allí lo esperaba el pueblo fiel, encabezado por el Virrey, Martín Enríquez, recién llegado de México, y los demás funcionarios, todos en traje de gala. Revestido de pontifical, el nuevo obispo emprendió la marcha hacia la catedral, entre las aclamaciones y los vítores de la multitud. Desde un principio Toribio se ganó el afecto de todos, por su afabilidad y sencillez. Nunca olvidaría este ingreso a su ciudad amada.

Enseguida le informó a Felipe II: «Llegué a este nuevo reino... a los once de mayo de ochenta y uno». El Cabil-do de la catedral, entreviendo ya los quilates del nuevo pastor, se dirigió también a Felipe en estos términos: «Es tal persona cual convenía para remediar la necesidad que esta santa Iglesia tenía de un tal prelado, y así es de creer que la merced grande que Vuestra Majestad nos hizo en nos lo dar por pastor y prelado fue hecha por divina inspiración». Si Carlos V dio a Juan de Zumárraga para México, su hijo Felipe no se quedó atrás al dar a nuestro Santo para el Perú, mostrando así ambos, y de manera palmaria, su voluntad evangelizadora. Son dos nombres que encabezan la lista egregia de los grandes regalos que los reyes de España hicieron a la joven Iglesia en América, cumpliendo así de manera tan loable el encargo pontificio contenido en las bulas del Patronato.

Ya tenemos a Toribio en la capital virreinal. La arquidiócesis de Lima sobrepasaba, sin embargo, los límites del Virreinato. Como se trataba de una Arquidiócesis Metropolitana, dependían de ella diversos obispados sufragáneos. Eran éstos el de Nicaragua, distante más de seiscientos leguas; el de Panamá, por mar, quinientas; el de Popayán, en el Nuevo Reino, unas cuatrocientas; el de Cuzco, cientocincuenta; el de La Plata o Charcas, quinientas; el de Asunción, Paraguay, por tierra, seiscientas; el de Santiago de Chile, por mar, cuatrocientas; algo más, también por mar, el de la Imperial – actual Concepción –, en Chile; y el de Tucumán, en nuestra patria. Como se ve, fue también Obispo nuestro, ya que toda la actual

Argentina estaba en su jurisdicción.

La mayor dificultad para las comunicaciones lo constituía la cordillera de los Andes, enorme barrera a modo de contrafuerte, extendida a lo largo de todo el continente y paralela al Pacífico, con lo que las ciudades marítimas quedaban aisladas del resto del territorio. Por lo demás, la topografía era endiablada, ya que se alternaban sierras, quebradas y valles, con bruscas diferencias de climas, y con grandes e impetuosos ríos.

Pronto Toribio se enamoró de su Lima. Ya no volvería nunca más a España, aun cuando asuntos trascendentes lo hubieran justificado. En caso de necesidad, prefirió que fuera siempre algún enviado suyo. La renuncia fue total. Quemó no sólo sus naves, como Cortés, sino su corazón. Al fin y al cabo el obispo se debe desposar con su diócesis.

II. El Perú pretoribiano

Antes de que sigamos refiriendo la vida y el intenso accionar apostólico del nuevo obispo, será conveniente ambientarnos en el mundo que le tocó vivir. Sólo habían pasado cien años desde que las carabelas de Colón avistaron tierra americana. No exageró Francisco López de Gómara, capellán de Hernán Cortés y cronista de las Indias, al afirmar que el descubrimiento de América y su ulterior evangelización fueron «la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y la muerte del que lo crió». Dentro de esa epopeya, la conquista del Perú significó un hito de singular relevancia.

Fue el capitán extremeño Francisco de Pizarro quien en 1531 llegó a aquellas tierras; en 1533 entró en Cuzco, y el 6 de enero de 1535 fundó la ciudad de Lima, que denominó, por el día de su erección, Ciudad de los Reyes. Los incas la llamaban «Rimae», que en quechua significa «valle que habla», por haber sido residencia de un oráculo indígena, de donde su ulterior nombre de «Lima». Allí llegó España, volcando sobre esas regiones su cultura y su civilización, es decir, un conjunto abigarrado de leyes, tradiciones, toreros y penitentes, y suscitando nuevos santos, como Rosa, Martín de Porres y nuestro Toribio, porque la España de aquella hora única, mientras descubría «las Indias de la tierra» ya estaba pensando en «las Indias del cielo».

Lima parecía una provincia andaluza, una especie de filial de Sevilla, con aureola imperial, ya que sería algo así como el centro político, cultural y religioso de América meridional y gran parte de la central. El Nuevo Mundo se compendia en dos grandes polos: el virreinato del Perú para el sur, y el de México para el norte. Si nos atenemos a los años que ahora nos interesan, el Perú se encontraba en su mejor momento, superados ya los tiempos de la conquista y los graves disturbios que le siguieron.

En lo político, Lima era la sede del Virreinato, lugar de residencia del Virrey, con plena jurisdicción sobre las tres Audiencias existentes: Lima, Quito y Charcas –Chuquisaca–. La Audiencia de Lima, que presidía personalmente el Virrey, estaba compuesta de quince letrados. En caso de que la sede del Virrey estuviese vacante, el gobierno quedaba en manos de dicha Audiencia. En aquel alto tribunal, órgano del Patronato Regio Eclesiástico, se ventilaban las causas de competencia del poder temporal y la autoridad espiritual.

Por lo que se refiere a lo cultural, Lima no tenía que envidiar a nadie. Hacía poco que los dominicos, con el apoyo del obispo Jerónimo de Loaysa y del virrey Toledo, habían fundado la Universidad de San Marcos, abierta a españoles, indios y mestizos, en edificio propio e independiente, a imagen de la Universidad de Salamanca, gozando de sus mismos privilegios y exenciones, con facultades de Leyes, Teología y Artes, más una cátedra de lengua indígena. Luego Toribio, tan conocedor del mundo universitario, erigiría el Colegio Mayor de San Felipe, siguiendo el modelo de los Colegios Mayores salmantinos.

En el campo religioso, la diócesis de Lima era típicamente americana, formada por una población española cristiana y grandes contingentes de indios en camino de conversión, a los que había que añadir los mestizos y los negros, que eran numerosos. Tenía su

Cabildo eclesiástico, integrado por hombres doctos, que cubrían cátedras en la Universidad, así como dos parroquias, cinco conventos de varones, con más de 400 religiosos entre escolares, sacerdotes y hermanos legos, y tres conventos de monjas, con cerca de 400 religiosas. Había, asimismo, seis hospitales de indios y españoles, a cargo de la Iglesia. Justamente por estar aquella diócesis tan bien atendida espiritualmente, Toribio estaría en condiciones de dedicar largas temporadas a viajes pastorales.

Lima había sido erigida en obispado el año 1541, es decir, a los seis años de la fundación de la ciudad, a proposición de Carlos V y del Consejo de Indias, desmembrándose de la diócesis de Cuzco, la primera diócesis del Perú, erigida en 1537. Cuzco era la capital del Imperio Incaico y la ciudad santa de dicho Imperio.

En quechua, Cuzco significa «ombligo», centro del mundo inca. Lima fue declarada, como en el caso de Cuzco, sufragánea de la arquidiócesis de Sevilla, siendo su primer obispo fray Jerónimo de Loaysa. En 1546, la nueva diócesis, vuelta metropolitana, dejó de depender de Sevilla, teniendo ahora como sufragáneas las numerosas diócesis que hemos mencionado más arriba. Fue así la Arquidiócesis primada de Perú y de toda Sudamérica, y su influencia religiosa y misionera se extendería a Brasil, Filipinas y parte del mismo México.

Si bien Santo Toribio no se contó entre los primeros españoles que pisaron tierra incaica, sí lo estuvo uno de sus parientes, el capitán Juan de Mogrovejo, primo carnal de su padre, quien acompañó a Pizarro en Cajamarca y en la fundación de Lima. Al itinerario de su tío se referiría luego Toribio en carta al Rey, donde le recomendaba a su cuñado Francisco de Quiñones:

«Tuvo asimismo en este Reino un hermano de su madre y tío que fue de los de Cajamarca y vecino de esta ciudad [Lima] y en la ocasión del levantamiento general de los indios, fue con la gente de esta ciudad al socorro del Cuzco, y llegado a la provincia de Jauja castigó a los indios que allí parecieron estar alzados y prosiguiendo su viaje en paso estrecho le tiraron los indios una galga y le mataron y comieron».

Detengámonos un tanto, por su interés contextual, en aquellos orígenes de la conquista española del Perú, que involucrarían al tío de Toribio. El capitán de Mogrovejo, luego de permanecer durante un tiempo en Nicaragua, se había dirigido al Perú, tomando parte en las correrías de Pizarro. Era un hábil y experimentado jinete, al tiempo que el hombre más letrado de los que acompañaban al caudillo extremeño, el intelectual de su contingente. En 1533 se encontraba en Jauja, que había sido fundada provisionalmente como ciudad española, ocupando en ella un cargo político. Mientras el cuerpo principal de conquistadores avanzó desde allí hacia el Cuzco, Mogrovejo permaneció en Jauja como capitán de caballería, protegiendo el tesoro del Rey. Cuando se fundó la ciudad de Lima, el Virrey lo nombró alcalde del nuevo poblado.

Nuestro capitán parecía estar destinado a ser uno de los grandes del Perú, con el apoyo de la familia Pizarro. Pero su carrera quedó frustrada abruptamente por un avatar histórico, al que se refería Toribio en su carta al Rey. En 1536 había estallado una rebelión indígena. Con ocasión de ello, el gobernador Pizarro le pidió que encabezara una expedición de treinta jinetes para acudir en refuerzo de quienes combatían en las alturas del Cuzco. Enviar tan pocos hombres a una misión tan peligrosa parecía descabellado, pero no lo era tanto si se tenía en cuenta que en expediciones anteriores los jinetes españoles se habían mostrado invencibles frente a los indios. Claro que ello sucedía así cuando se trataba de combates en campo abierto. Los indios habían aprendido que lo mejor era atraer a los españoles a zonas montañosas, para

atacarlos allí por sorpresa en los desfiladeros o pasos angostos.

Tal fue lo que aconteció en la expedición de Mogrovejo. Si bien al comienzo lograron varias victorias, al pasar por un estrecho desfiladero, cayó sobre ellos una avalancha de piedras –una «galga», la llamaban–, lanzadas desde todas las alturas y direcciones, de la que se escaparon muy pocos. Fue allí donde murió nuestro capitán, que tenía sólo 29 años. Sin duda que en su niñez, Toribio ha de haber oído hablar de estos sucesos en las conversaciones de familia. Quizás a partir de entonces empezó a interesarse en todo lo que se refería a las lejanas Indias Occidentales, cuyas noticias y hechos singulares se le hacían fascinantes.

Tras aquellos sucesos, comenzaron en el Perú una serie de enfrentamientos entre los propios españoles, lo que no dejaría de resultar insólito para aquellos indios, acostumbrados como estaban a la disciplina imperial del Inca, delante del cual nadie chistaba. Francisco Pizarro se enfrentó con Diego de Almagro (1537-1538); luego el hijo de Almagro combatió a Vaca de Castro, nuevo gobernador del Perú (1541-1542); Gonzalo Pizarro se rebeló contra las *Leyes Nuevas*, que acababan de llegar de España, y fue muerto el virrey Núñez de Vela (1544-1546); el mismo Gonzalo Pizarro embistió luego contra el licenciado La Gasca, eclesiástico enviado por la Corona con plenos poderes, siendo aquél vencido y muerto (1547-1548); Hernando Girón se opuso a la Audiencia de Lima (1553-1554), hasta que finalmente La Gasca logró imponer la autoridad de la Corona. Sólo tras diecisiete años de conflictos civiles, el virreinato del Perú logró consolidarse y progresar. Entre 1570 y 1581 el virrey Toledo realizó una magnífica labor en el ámbito político, mientras que en el campo eclesiástico el primer obispo de Lima, fray Jerónimo de Loaysa, consolidaba las bases de la estructura eclesial.

La labor de fray Jerónimo de Loaysa fue digna de toda ponderación. Además de haber convocado los dos primeros concilios limenses, en que se reglamentó el funcionamiento de las doctrinas de los indios, introdujo las llamadas «reducciones». ¿Cuál fue la causa de esta decisión? Los indígenas vivían dispersos en cuevas, chozas, o ranchos diseminados, lo que hacía prácticamente imposible su evangelización. Primero debían vivir como hombres, como personas. Y así se «los redujo» a agregarse en poblaciones o, mejor dicho, resolvieron formar pueblos de indios, donde se pudiese proveer a su educación, humana y cristiana, respetándose siempre los elementos rescatables de su cultura ancestral, como por ejemplo las costumbres autóctonas que no fueran contrarias a la ley natural o a la ley divina. Así se fue creando una civilización mixta, indoeuropea, una «nueva cristiandad». En cada doctrina no debía haber más de 400 indios casados, con sus familias, atendidos espiritualmente por uno o varios sacerdotes que, según las instrucciones de Felipe II, debían saber las dos lenguas indígenas fundamentales, el quechua y el aymará.

Ya anciano, fray Jerónimo de Loaysa, que siempre firmaba *Arzobispo de los Reyes*, murió en 1575, después de haber gobernado la diócesis durante 32 años. A su muerte, la situación parecía definitivamente afianzada. Los errores y delitos cometidos por los españoles durante la Conquista habían quedado purgados por decisión de la Iglesia, que dispuso, cuando se trató de injusticias, restituciones masivas a los indios afectados, lo que éstos apreciaron justamente. Todas las semillas de la cultura intelectual y espiritual, escuelas, colegios, universidades, misiones y reducciones, estaban echadas. Se erigieron cruces en cerros y encrucijadas, capillas y templos ornaron el paisaje, en una especie de gran bautismo geográfico. La sociedad peruana se estaba convirtiendo en una auténtica cristiandad, como no sucedía en ninguna otra parte. El prestigio de la Iglesia, conducida

por un obispo culto y virtuoso, era considerable. El poder político y la autoridad religiosa obraban en consuno. Tras tantos años de huracanes, parecía levantarse el arco iris. Sólo bastaba que apareciera una nueva figura, un nuevo conductor, para que se lograra gestar un auténtico Siglo de Oro cristiano de ultramar.

III. El Tercer Concilio de Lima

Volvamos ahora a nuestro Toribio y su actuación pastoral. No bien llegó a la sede para la que había sido nominado, se abocó a numerosos emprendimientos. Entendió que su primer deber era asegurar la seriedad de la vida contemplativa. Así nos lo revela en carta a Felipe II:

«[Las monjas] que dejaron el mundo y a sus padres y deudos y están siempre encomendándonos a Dios en perpetua clausura y cerramiento, privadas de los contentos y regalos de fuera, ocupadas en oraciones y divinos oficios y no dándoseles lugar por orden y mandato mío a admitir visitas de nadie si no fuere de padres y hermanos con expresa licencia por escrito y a los padres y hermanos de mes a mes tan solamente; atendiendo en esta parte al sosiego y quietud de las monjas que yo tengo, he deseado y deseo ya que no sean molestadas ni fatigadas con visitas inoportunas de clérigos ni de legos».

Si bien él no formó parte de ningún instituto religioso, supo sin embargo comprender el sentido de la vida religiosa, y en especial de los monasterios de clausura, logística inabordable de todo trabajo pastoral. Preocupóse asimismo con especial interés en la erección de colegios, hospitales y numerosas iglesias, dando nuevo impulso a la restauración de la Catedral, buena parte de la cual subsiste hasta el presente.

Pero su principal emprendimiento fue la celebración del Tercer Concilio de Lima. El rey Felipe II, siempre interesado por el bien espiritual de sus súbditos, se había dirigido por Real Cédula al nuevo Virrey, Martín Enríquez, así como al novel Arzobispo, urgiéndoles la convocación de dicha asamblea. Los objetivos por él señalados eran los siguientes:

«Reformar y poner en orden las cosas tocantes al buen gobierno espiritual de estas partes, y tratar del bien de las almas de los naturales, su doctrina, conversión y buen enseñamiento, y otras cosas muy convenientes y necesarias a la propagación del evangelio y bien de la religión».

A más de un lector podrá parecerle extraño el tenor de este documento. Ante todo hay que tener en cuenta la situación peculiar de la Iglesia en España, con su antiquísima y gloriosa tradición sinodal, que se remonta a la época de la monarquía visigoda y de los concilios toledanos. Dichos sínodos no sólo tenían carácter eclesial sino también civil. Como organismos vertebrales de la vida nacional, sus cánones eran también leyes del Estado.

Por su parte, los reyes de España, a partir de Felipe II, entendían que el derecho de convocar sínodos, cuando lo juzgasen oportuno, se encontraba contenido en el Patronato que la Sede Apostólica les había reconocido. No sólo se fundaban en el privilegio pontificio, sino también, como lo explicó el jurista español Juan de Solórzano Pereira, oidor por aquellos tiempos en Perú y Consejero de Indias en Madrid, en la convicción de que los reyes de España eran y debían ser los ejecutores de los concilios que se celebraban en sus Reinos, para el mejor gobierno de la Iglesia, pues a los reyes y príncipes de la tierra, según decía una de las leyes de la Recopilación de Castilla, les encomendó Dios la defensa de la Santa Madre Iglesia.

En carta al virrey del Perú le decía, pues, Felipe: «Ya tendréis entendido cuánto hemos procurado que se congregasen en esa ciudad todos los prelados de su metrópoli... Y porque el demonio no

ponga estorbo en cosas que nuestro Señor ha de ser tan servido, y conviene que ya no se dilate más, os mandamos que, juntamente con el arzobispo de esa ciudad, tratéis y deis orden cómo luego se apereciban [los prelados] para tiempo señalado, enviándole con vuestras cartas las que van aquí nuestras... Vos asistiréis con ellos en el dicho Concilio... y ordenaréis que se haga con mucha autoridad y demostración para que los indios tengan reverencia y acatamiento que conviene... y que los dichos prelados sean estimados y acariciados el tiempo en que en esa ciudad se detuvieren».

En la misiva que iba al Arzobispo le agregaba: «...Y porque esto importa tanto como tendréis entendido, os ruego y encargo que, juntándoos para ello con el nuevo virrey de esas provincias, ambos escribáis y persuadáis a los dichos obispos [los sufragáneos] para que con mucha brevedad se junten, enviándoles las cartas nuestras... advirtiéndoles que en esto ninguna excusa es suficiente ni se les ha de admitir, pues es justo posponer el regalo y contentamiento particular al servicio de Dios, para cuya honra y gloria esto se procura».

Si bien el Concilio de Trento había dispuesto que los Concilios nacionales se celebrasen cada tres años, por las enormes distancias que había en América, Pío V le había otorgado a Felipe II el privilegio de que en las Indias se celebrasen cada cinco. Como lo hemos señalado anteriormente, ya el antecesor de Toribio, fray Jerónimo de Loaysa, había convocado dos Concilios en Lima, pero de hecho tuvieron escaso valor y casi ninguna influencia real, no habiendo sido siquiera aprobados por la Santa Sede. El que ahora se propuso realizar Toribio, que sería el Tercer Concilio Provincial de Lima, resultaría trascendente para la Iglesia en América, al tiempo que la expresión viva del espíritu y personalidad del Santo Obispo.

Era Toribio un pastor joven y todavía sin experiencia, lo que no le impidió lanzarse con denuedo a la empresa. Sin embargo, contra lo que se hubiera podido esperar, tomó una decisión extraña, como lo son a veces las que toman los santos. En vez de abocarse inmediatamente a la preparación del Concilio, se le ocurrió abandonar Lima, para visitar algunas regiones de su vasta diócesis, que nunca habían sido recorridas por ningún prelado. Ardía en deseos de entrar en contacto con sus ovejas.

Su viaje de venida por tierra, desde Paita, le había permitido conocer ya la zona norte de su inmensa diócesis; ahora se encaminó hacia el sur, hasta Nazca, a fin de visitar la zona meridional. Luego de un retorno brevísimo a Lima, salió de nuevo, pero esta vez hacia el este, a Huánuco, ciudad que se encuentra al otro lado de los Andes, por lo que debió cruzar la cordillera, que en esa zona alcanza una altura de más de cinco mil metros. Cuando regresó a Lima sólo faltaban quince días para la apertura del Concilio.

1. Las turbulencias preconciiliares

Antes de partir a ese viaje tan prematuro, había hecho llegar la debida convocatoria a sus obispos sufragáneos. Al Concilio debían asistir los titulares de Panamá, Nicaragua, Popayán, Quito, Cuzco, la Nueva Imperial, Santiago de Chile, Charcas, Asunción y Tucumán. De ellos la mayoría eran religiosos y sólo tres del clero secular. Las diócesis de Panamá y Nicaragua estaban vacantes, así que no podían ser representadas por sus pastores. Según iban llegando los primeros a Lima, no podían ocultar su asombro al enterarse de que el titular no estaba allí, sino de gira pastoral. Pero él había entendido que la mejor preparación para poder luego legislar con inteligencia y conocimiento de causa era la información personal, entrando en contacto directo con los indios, los corregidores, el clero, «para tomar claridad y lumbrera de las cosas que en el concilio se habían de tratar tocantes a estos naturales», como él mismo escribe con donaire.

Se acercaba ya la fecha señalada para el comienzo, y algunos obispos todavía no habían arribado. Entonces el Virrey, de acuerdo con Toribio, resolvió que comenzasen inmediatamente las sesiones con los obispos presentes. Llegó el día de la inauguración. De la iglesia de Santo Domingo partió el cortejo que encabezaba el Arzobispo e integraban cinco obispos, los de Cuzco, la Imperial, Santiago, Tucumán y Río de la Plata. Los acompañaba el Virrey, los miembros de la Audiencia y de ambos Cabildos, religiosos, sacerdotes y fieles. Terminada la Santa Misa se leyó lo dispuesto por el Concilio de Trento, declarándose así abierto el Concilio. En él tomaban parte, además de los preladados, un grupo de teólogos y de juristas, así como representantes de los Cabildos. Cada día se llevaban a cabo dos sesiones, en las que con frecuencia se hacía presente el mismo Virrey.

El ambiente era particularmente tenso. El principal dolor de cabeza que aquejó a Toribio provino de la actitud del obispo de Cuzco, Sebastián de Lartaún. Enfrentado con el Cabildo de su sede, tenía fama de codicioso, siempre exigiendo lo que creía serle debido. El Concilio se hizo eco de las quejas que aquel hombre había provocado, ya que Toribio juzgaba que si se quería hacer una labor pastoral en serio, era preciso contar con un episcopado irreprochable y capaz. Habría, pues, que afrontar la denuncia presentada, antes de seguir adelante. El obispo de Cuzco se sintió agraviado en su dignidad, y con él se solidarizaron los de Tucumán y del Río de la Plata.

El único que apoyó a Toribio fue el obispo de la Imperial. Precisamente entonces murió el virrey Enríquez, gran amigo de Toribio, lo que hizo decir a éste que con ello «le faltó todo favor humano». Envalentonáronse entonces los demás, principalmente el obispo de Tucumán, fray Francisco de Vitoria, muy amante también él del dinero y de «granjerías», como tiempo atrás oportuna y severamente se lo había reprochado el Rey por carta. A ello se agregaba que «trata y contrata en metales como minero, y hace los seguros que en Potosí se han usado, que son contratos usurarios y dados por tales de los teólogos y canonistas». Felipe II estaba tan harto de él, que había llegado a solicitar al Papa que lo retirase de su sede. Fue Vitoria quien ahora encendía la hoguera de la discordia en el Concilio.

Toribio no perdió la serenidad, a pesar de que los días iban pasando y nada se adelantaba. Estaba próxima la Semana Santa. Llamó entonces a los obispos y les comunicó que la causa de Lartaún sería remitida a la Curia Romana para su tratamiento. Luego, dando a todos cortésmente las felices Pascuas, declaró suspendido el Concilio hasta nuevo aviso, y se retiró de la sala.

Los preladados recalcitrantes se negaron a abandonarla. Más aún. Arrebataron las llaves de los secretarios, los echaron a empujones de la sede, nombraron otro secretario a su arbitrio, y se llevaron consigo «todos los papeles tocantes al obispo de Cuzco». El obispo de Tucumán, que salió con la carpeta bajo el brazo, se dirigió, en compañía del encausado, a una pastelería, y allí preguntó dónde estaba el horno. Cuando la dueña del local, muy atentamente, se lo mostró, arrojó a las llamas todos los papeles con los cargos que se le hacían a su amigo, burlándose del celo y el amor a la justicia de Santo Toribio. Luego se dirigió a la catedral, con su cortejo de paniaguados, para celebrar un aquelarre de «concilio sin metropolitano».

Gracias a Dios, el intento quedó frustrado. Toribio replicó de manera enérgica, exigiendo que abandonasen inmediatamente la iglesia. Si no lo hacían, quedarían suspendidos *a divinis*. Finalmente, como no cedían, los declaró excomulgados. Asimismo exigió que le devolviesen los papeles. Pero ya no existían.

Lo curioso es que mientras ocurría todo este desbarajuste, el grupo de teólogos, juristas y misionólogos, dirigidos por el Arzobispo, seguían redactando los primeros esquemas de las Actas, perfilando los decretos y dando los últimos toques a los catecismos proyectados. Por lo demás, Toribio creyó entender que sería mejor dejar de lado los agravios que le habían inferido. Era la única

manera de salvar un Concilio que se tornaba necesario, y de sacar adelante las directivas y proyectos que, bajo su inspiración, se habían ido perfeccionando. Tomó entonces una determinación que no habrá dejado de resultarle dolorosa: volver a convocar el Concilio, previa absolución de los obispos rebeldes. Gracias a su paciencia humilde, prevaleció la misericordia sobre la miseria de los hombres. Las sesiones se reanudaron, sin especiales dificultades. Tres meses después se clausuró el Concilio.

Quisiéramos destacar acá la figura de un sacerdote que sería el brazo derecho de Santo Toribio en los asuntos de su gobierno pastoral, pero que ya comenzó a desempeñar dicho papel en el transcurso del Concilio. Nos referimos al P. José de Acosta, de la Compañía de Jesús, que ocuparía el cargo de superior provincial de la provincia jesuítica del Perú por seis años. Refiriéndose al Concilio recién terminado, así le escribía al P. Acquaviva, General de su Orden:

«Se nos encargó por el Concilio formar los decretos y dar los puntos de ellos, sacándolos de los memoriales que todas las iglesias y ciudades de este reino enviaron al Concilio, y cierto, para las necesidades extremas de esta tierra se ordenaron por los preladados decretos tan santos y tan acertados, que no se podían desear más, y así todas las personas de celo cristiano estaban muy consoladas con el fin y promulgación de este santo Concilio».

El P. de Acosta, hombre de simpatía arrolladora, era teólogo, canonista, pero sobre todo misionero y misionólogo. Su amplia experiencia en las Indias y su ferviente amor al Perú le llevaron a escribir un magnífico tratado al que puso por título *De procuranda indorum salute*, donde daba respuesta a muchas cuestiones teológicas, jurídicas y pastorales. Pronto dicha obra fue publicada en Salamanca para uso de los catedráticos de su Universidad.

El Tercer Concilio de Lima fue, entre nosotros, algo así como el eco del Concilio de Trento. Pues bien, señala Jean Dumont que el papel del P. de Acosta en el Concilio de Lima recuerda al del P. Diego Laínez, primer sucesor de San Ignacio, en el del Concilio de Trento. Ambos, señala, eran de origen converso, de familias judías recientemente convertidas al catolicismo, al igual que lo fueron en esos mismos tiempos santos tan grandes como San Juan de Ávila y Santa Teresa.

«Se manifestaba así, en Perú, como en Trento y en España, esa confluencia del genio judío y de la Reforma católica, que fue el gran logro de la Inquisición española, así concebida en el alma lúcida y santa de su fundadora, Isabel la Católica. Como por doquier entonces en tierras hispánicas, en Lima se daban la mano la vieja cristiandad española, especialmente aristocrática, incluida la Inquisición, de la que venía doblemente Toribio, y la nueva cristiandad conversas».

La Inquisición sólo atacó a los «falsos conversos»; los verdaderos llegaron a contribuir sustancialmente en la vertebración del edificio de la Iglesia en España.

Además del libro recién citado sobre *La salvación de los indios*, el P. de Acosta escribió otra obra bajo el nombre de *Historia natural y moral de las Indias*, consagrando dos de sus libros, el sexto y el séptimo, a demostrar que en la obra de conversión de los pueblos indígenas podían ser mantenidas varias manifestaciones de su herencia cultural autóctona, con tal de que se excluyese de manera categórica cualquier inclinación a la idolatría.

El principal propósito del Concilio fue tender las líneas de una pastoral inteligente para la evangelización de los aborígenes, hacia lo que se orientaba también la intención de la Corona de España, siempre sobre la base de la enseñanza de Trento. Si bien no nos es posible detallar acá sus diversos logros, y menos aún reproducir los 118

decretos que integran sus cinco partes, llamadas «Acciones», no podemos dejar de expresar nuestro asombro por la seriedad con que fueron tratados los principales temas de la doctrina católica en relación con la labor pastoral.

El P. de Acosta, luego de haber llevado a término su inteligente tarea de sintetizar los diversos aportes y redactar los decretos respectivos, así como de elaborar los catecismos de que enseguida hablaremos, una vez terminado el Concilio, siguió colaborando con el Arzobispo, a modo de apoderado, para que en Madrid y en Roma se aprobasen los decretos establecidos, logro que alcanzó felizmente. De entre las decisiones conciliares nos vamos a limitar a exponer algunas que consideramos más trascendentes para el futuro de Hispanoamérica.

2. Los Catecismos

Veamos ahora cómo se fueron cumpliendo las disposiciones del Concilio. Uno de sus propósitos principales fue asegurar la defensa y cuidado que se debía tener de los indios. Luego de que los Padres conciliares manifestaron su dolor por el maltrato que a veces aquéllos recibían, amonestaron a todos, sacerdotes y funcionarios, que los considerasen como eran, hombres libres y vasallos de la Majestad Real. Los sacerdotes, por su parte, en el trato con ellos, debían acordarse de que eran padres y pastores.

Buscando la mejor educación de los indígenas, Santo Toribio se preocupó por consolidar el sistema de reducciones-doctrinas, iniciado por su antecesor, que eran entidades parroquiales a la vez que políticas. Para mayor eficacia pastoral, los pueblos debían tener más de mil habitantes indios por doctrinero. Este recurso apostólico posibilitó la aparición de numerosos centros poblados en regiones que distaban cientos de leguas de la ciudad de Lima, de modo que el paisaje americano se vio cubierto de campanarios que convocaban a los aborígenes en torno a Dios y a la Corona.

Con el mismo fin el Concilio, en la «Acción Segunda», casi toda ella destinada al modo como se ha de instruir a los naturales en la fe, dispuso la redacción de un *Catecismo* que, traducido a las lenguas indígenas más comunes, sirviese para la instrucción de los recién convertidos. En México ya se había hecho algo parecido. Estos catecismos indios serían breves, sin pretensiones eruditas, incluyendo solamente las verdades fundamentales del cristianismo, de modo que los doctrineros, a partir de aquellos textos sucintos, las explicasen de viva voz, y los sacerdotes las desarrollaran luego en sus sermones. El principal objetivo pastoral era que los indígenas, al tiempo que abrazaban la doctrina católica y se disponían a adorar al único y verdadero Dios, repudiando la idolatría, se comprometiesen a cumplir las exigencias morales derivadas de dicha doctrina.

Hacia poco había aparecido el *Catecismo del Concilio de Trento*, llamado también *Catecismo de San Pío V*, o *Catecismo Romano*. En base a él y a otras fuentes, el P. de Acosta, por encargo del Concilio, e inspirándose en el que ya había compuesto su colega en la Orden, el P. Alonso de Barzana, misionero en el Tucumán, redactó dos Catecismos. Uno se llamó *Catecismo Mayor*, y estaba destinado a los más capaces. Otro se denominó *Catecismo menor*, o *Catecismo Breve*, para los indios rudos o ancianos, que no estaban en condiciones de instruirse con prolijidad. Luego se los tradujo a los idiomas quechua y aymará. Poco después aparecería un Tercer Catecismo, ordenado más bien a la predicación, escrito asimismo por el P. de Acosta, bajo el título de *Exposición de la Doctrina por Sermones*, en castellano y quechua.

En el «Capítulo tercero de la Segunda Acción» ya se presenta como hecha y aprobada la traducción del Catecismo en las lenguas quechua y aymará:

«y para que el mismo fruto se consiga en los demás pueblos, que usan diferentes lenguas de las dichas, encarga y encomienda a todos los obispos que procuren, cada uno en su diócesis, hacer traducir el dicho catecismo por personas suficientes y pías en las demás lenguas».

Esta insistencia en la necesidad de vertir el catecismo a las diversas lenguas indígenas implica una concepción pastoral que tiene en cuenta la preteritoriedad de la «encarnación» del mensaje evangélico en la idiosincrasia del pueblo. Lo señala expresamente el Concilio de Lima al afirmar que

«cada uno ha de ser de tal manera instruido, que entienda la doctrina, el español en romance, y el indio también en su lengua, pues de otra suerte, por muy bien que recite las cosas de Dios, con todo se quedará sin fruto su entendimiento». De ahí la consecuencia: «Por tanto ningún indio sea de hoy en más compelido a aprender en latín las oraciones o cartillas, pues les basta y aun les es muy mejor saberlo y decirlo en su lengua, y si algunos de ellos quisieren, podrán también aprenderlo en romance, pues muchos le entienden entre ellos; fuera de esto no hay para qué pedir otra lengua ninguna a los indios».

El Concilio ordenó además que «los que han de ser curas de indios» fuesen examinados «de la suficiencia que tienen así en letras como en la lengua de los indios» y «de preguntarles por el catecismo compuesto y aprobado por este sínodo, para que los que han de ser curas lo aprendan y entiendan, y enseñen por él la lengua de los indios».

La situación requería, de parte de España, una política lingüística. Muy a los comienzos se había creído conveniente, y hasta obvio, imponer el uso del español. Pero a partir de 1578, año en que Felipe II estuvo mejor informado de la situación, se sancionó con fuerza de ley el método privilegiado por los misioneros, estableciéndose la obligatoriedad del aprendizaje de la lengua vernácula para todos los sacerdotes que pasaran al Nuevo Mundo con la intención de ocuparse de los indios.

Es cierto que la cosa no resultaba tan sencilla, dado que el Imperio de los Incas constituía una verdadera torre de Babel. Si bien el quechua era el idioma más general, ya que se hablaba en todo el Imperio, desde el Cuzco hasta Tucumán, sin embargo con él coexistían numerosas lenguas y dialectos locales. Santo Toribio se propuso abordar varias de esas lenguas, aprendiendo por sí mismo el quechua, el guajivo, el guajoyo quitense y el tunebe. Se habló de que tenía don de lenguas, porque «predicaba a los indios en su misma lengua materna». Esta preocupación suya por aprender las lenguas vernáculas se manifestó aun antes de embarcarse en Sanlúcar. Ya entonces se le veía con un ejemplar del *Arte y vocabulario* quechua, publicado en Valladolid en 1564 para uso de los misioneros. En el transcurso mismo del Concilio, los Prelados se dirigieron al Monarca español suplicando el apoyo real para la impresión del Catecismo traducido

«en su lengua [de los indios], al menos en las dos más generales y usadas en estos reinos, que son las que se llaman quechua y aymará, y para lo uno y para lo otro, nos hemos ayudado de Teólogos y Lenguas muy expertas, para que también haya la conformidad de la doctrina cristiana en el lenguaje de los indios».

La obra que salió finalmente publicada se titula *Doctrina cristiana y catecismo para instrucción de los indios*. Fue el primer libro impreso en Perú.

En el prólogo se habla de «estas tiernas plantas de los indios, los cuales así por ser del todo nuevos en nuestra fe como por tener el entendimiento más corto y menos ejercitado en cosas espirituales, tienen suma necesidad de ser cuanto sea posible ayudados con el

buen modo y traza de los que les enseñan, de suerte que la diligencia y destreza del maestro supla la rudeza y cortedad del discípulo, para que lleguen a formar el debido concepto de cosas tan soberanas como nuestra fe les ofrece».

Siguen luego tres catecismos trilingües. El primero, *Doctrina cristiana*, de sólo 22 páginas, incluye la señal de la cruz, el Decálogo, los preceptos de la Iglesia, los sacramentos, las obras de misericordia, las virtudes teologales y cardinales, los pecados capitales, los enemigos del alma, los novísimos y la confesión general. Sigue luego una *Suma de la fe católica*, en dos páginas y sólo en castellano. A continuación, el *Catecismo Breve*, que presenta, en forma de preguntas y respuestas, los diversos temas de la doctrina cristiana: el misterio de Dios, en sí mismo y en su obra, donde se pone el acento en el monoteísmo y en la culminación de la obra creadora, que es el alma humana e inmortal; luego el misterio de Jesucristo Redentor y los novísimos; por último el misterio de la Iglesia, a la que Cristo le confió la palabra de Dios y los medios de salvación; se incluye también una *Plática breve*, que contiene un compendio de los conocimientos cristianos, juntamente con un abecedario trilingüe.

Finalmente el *Catecismo mayor*, destinado a los más capaces, que sigue de cerca el modelo del Catecismo del Concilio de Trento, aunque es original en la forma de adaptarse a la realidad e idiosincrasia de los indios. Sus 98 páginas se articulan en 5 partes con 117 preguntas: introducción a la doctrina cristiana, el símbolo, los sacramentos, los mandamientos de la Ley de Dios y de la Iglesia, las obras de misericordia, el Padre nuestro. Le siguen advertencias sobre las traducciones al quechua y al aymará.

Publicóse asimismo un volumen complementario bajo el título de *Exposición de la Doctrina Cristiana por sermones, para que los curas y otros ministros prediquen y enseñen a los indios... y a las demás personas*. Es el texto más extenso, con 446 páginas, y contiene 31 sermones en los tres idiomas, donde se desarrollan los presupuestos de la fe y los principales misterios del cristianismo, con la ayuda de textos de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres y del Magisterio eclesiástico. En las once páginas del proemio se alude al modo de enseñar y predicar a los indios.

Allí leemos que «se ha de acomodar en todo a la capacidad de los oyentes el que quisiere hacer fruto con sus sermones o razonamientos»; será preciso que les hablen de modo «llano, sencillo, claro y breve», de modo que su estilo sea «fácil y humilde, no levantado, las cláusulas no muy largas, ni de rodeo, el lenguaje no exquisito, ni términos afectados, y más a modo de quien platica entre compañeros, que no de quien declara en teatros».

Del Catecismo ha dicho un experto: «Es una obra admirable de doctrina y de redacción. En su sustancia se conforma al Catecismo romano y al mismo tiempo al genio de los indígenas de esos países». Toribio lo impulsó a sus curas de manera obligatoria y exclusiva, «en virtud de santa obediencia y bajo pena de excomunión». Debían saberlo de memoria en lengua indígena, y enseñarlo solemnemente, «revestidos de sobrepelliz», de modo que los indios aprendiesen a venerarlo.

Tal fue el resultado de los esfuerzos del Santo Obispo en lo que toca a su obra catequética. *El Catecismo de Santo Toribio*, que fue el nombre con que pasaría a la historia, sirvió durante largo tiempo para la evangelización de nuestros pueblos, prestando a Hispanoamérica un servicio invaluable. Siempre se recordará entre nosotros dicho Catecismo, como en Alemania se conserva la memoria del de San Pedro Canisio o en Italia la del que redactó el cardenal Roberto Bellarmino. Nadie, ni siquiera

ra el Concilio Plenario Latinoamericano que se celebró en Roma el año 1900, con ocasión del cual se hizo una sexta edición del texto original, se atrevió a cambiarle una coma. Este Catecismo grabó en los corazones de nuestros pueblos la verdadera fe católica, lo que hay que creer, lo que hay que orar, lo que hay que practicar.

3. Los sacramentos

En la Acción Segunda del Concilio se trata ampliamente del tema de los sacramentos, al que se dedica 31 capítulos. Especial importancia reviste allí el de la penitencia. Se insiste en la necesidad de una buena preparación de parte de los confesores, ya que a veces su formación no era todo lo adecuada que se hubiera deseado. Entre otras se le recuerda la obligación grave de entender la lengua del penitente.

En 1585 salió publicada una obra de 32 páginas, con el fin de facilitarles a los sacerdotes el arduo ministerio de confesar a los indígenas, bajo el nombre de *Confesionario para los curas de indios*. Estos «confesionarios indios», siguiendo el ejemplo de los «penitenciales medievales» y de los «manuales de confesores» que se estilaban en España desde mediados del siglo XV, ponían en manos de los sacerdotes un instrumento pastoral que ayudase a lograr del penitente una buena e íntegra confesión de sus pecados. Dichos libros solían incluir una exhortación para antes de la confesión, en orden a inducir al que se confesaba a un verdadero arrepentimiento, luego una serie de preguntas breves y concisas, siguiendo el orden de los mandamientos, y al término unas palabras finales exhortando a la perseverancia en la vida cristiana.

El folleto limeño que ahora nos ocupa contiene dichos elementos, recorriendo con el penitente los diversos mandamientos, con preguntas apropiadas a las diversas clases de personas: curacas o caciques, fiscales, alguaciles, alcaldes de indios, hechiceros, etc. Una vez oída la confesión, se le exhortaba a practicar la moral cristiana, reprendiéndolo especialmente por los pecados de idolatría, superstición, embriaguez, amancebamientos y latrocinios. La obra no se dirige tan sólo a los confesores, sino también a los predicadores y doctrineros.

La parte que se dedica al sacramento de la Eucaristía muestra que la práctica corriente era no permitir que los indios se acercasen a ella con demasiada facilidad:

«El no haberse tan fácilmente admitido hasta ahora estos indios a la sagrada comunión ha sido por la pequeñez de su fe y corrupción de costumbres, por requerirse para tan alto sacramento una fe firme, que sepa discernir aquel celestial manjar de este bajo y humano, y también limpieza de conciencia, a lo cual grandemente estorba la torpeza de borracheras y amancebamientos y, muchas más, de supersticiones y ritos de idolatrías, vicios que en estas partes hay gran demasía».

Con todo, se agrega, han de empeñarse los curas en «hacerlos dignos de aquel soberano don», y cuando los hallen «bien instruidos y asaz enmendados en sus costumbres, no dejen de darles el sacramento a lo menos por Pascua de Resurrección». En lo que toca a la sagrada liturgia, sobre todo de la Santa Misa, se urgió la «perfección y lustre» de las ceremonias.

«Que todo lo que toque al culto divino se haga con la mayor perfección y lustre que puedan, y para este efecto pongan estudio y cuidados en que haya escuela y capilla de cantores y juntamente música de flautas y chirimías, y otros instrumentos acomodados a las iglesias». Porque es cosa sabida, se dice, que «esta nación de indios se atraen y provocan sobremano al conocimiento y veneración del sumo Dios con las ceremonias exteriores y aparatos del culto divino».

Santo Toribio cumpliría ajustadamente estas prescripciones, y no sólo en tierra de indios. Uno de los testigos en su proceso de canonización nos dice que procuraba siempre que las iglesias estuviesen con decencia y ornamentos, de modo que Nuestro Señor fuese alabado, haciendo que se comprasen casullas y frontales para el culto divino, y cuando las iglesias eran pobres, les daba sus vajillas doradas y piezas de mucho valor hechas en Valladolid, para que se hiciesen cálices, relicarios, patenas, vinajeras y cruces; cuando sobraba algún dinero, lo mandaba luego al punto gastar en ornamentos y máquinas para hacer hostias.

La preocupación por la dignidad de la liturgia urgía el corazón sacerdotal de nuestro Santo Obispo, lo que lo llevó a cuidar también por el decoro de la catedral de Lima. La iglesia primitiva, que reemplazó al primer templo que hizo construir Pizarro, la había comenzado el arzobispo Jerónimo de Loaysa el año 1550. Era de adobe, salvo la capilla mayor, y la había mandado edificar doña Francisca, la hija de Pizarro, para que en ella fuese sepultado su padre. Con el pasar del tiempo, el mismo Loaysa emprendió mejoras sustanciales. Sin embargo cuando Toribio llegó a su sede, la catedral estaba sumamente deteriorada, por lo que se resolvió a restaurarla. Sólo en 1625 se podría inaugurar el grandioso templo proyectado.

4. La formación de un clero idóneo

En lo que se relaciona con el clero, el Concilio atendió ante todo, como es obvio, a la situación de los sacerdotes ya existentes. Desde la época de fray Jerónimo de Loaysa, la Arquidiócesis contaba con numerosos religiosos, especialmente dominicos, provenientes de la provincia de Castilla, de donde salieron los más selectos misioneros que la Orden envió a América. Poco antes de llegar Santo Toribio, se pidió a Felipe II el envío de treinta dominicos más. San Francisco de Borja, por su parte, que era el superior general de la Compañía de Jesús, envió un buen grupo de jesuitas, bien selectos, entre los cuales aquel P. José de Acosta, de que hemos hablado.

Pero era preciso formar sacerdotes diocesanos. Para ello el Arzobispo ordenó erigir un Seminario. El Concilio de Trento había dispuesto que cada diócesis debía establecer el suyo. Lima fue una de las primeras en hacerlo, el año 1590. Y a partir de allí el Concilio Limense resolvió que se fundasen seminarios en todas las diócesis sufragáneas de Lima. El de Lima todavía hoy subsiste con el nombre de «Seminario Santo Toribio de Mogrovejo».

Dado que en buena parte los sacerdotes que allí estudiaban serían destinados a ejercer su ministerio entre los indígenas, el Concilio, al tratar de la formación del clero, se detuvo largamente en el modo como deberían actuar en su apostolado con los indios. Para ello se requería, como condición primordial, que los seminaristas, además de los conocimientos necesarios de filosofía y teología, estudiaran el quechua y el aymará. Más aún, nadie podría ser ordenado si no dominaba ambas lenguas. En cuanto a los que ya eran sacerdotes, Toribio les impuso también dicho aprendizaje. Si al cabo de un año no habían aprendido al menos una de las lenguas indígenas, se les retiraría el tercio de su sueldo. Pronto la medida surtió los efectos esperados.

En el «Capítulo tercero de la Acción Tercera», titulado «Defensa y cuidado que se debe tener de los indios», el Concilio insistió en la solicitud que debían mostrar los sacerdotes en lo que atañe a la formación de los indios. Ante todo, no debían temer dirigirse a las autoridades civiles cuando alguien abusaba de ellos. Leamos lo que allí se dice:

«No hay cosa que en estas provincias de las Indias deban los preladados y los demás ministros así eclesiásticos como seglares, tener por más encargada y encomendada por Cristo nuestro Señor, que es Sumo Pontífice y Rey de las ánimas, que el tener y mostrar un paternal afecto y cuidado al bien y remedio de estas nuevas y tiernas plantas de la Iglesia, como conviene lo hagan los que son ministros de Cristo. Y ciertamente la mansedumbre de esta gente y el perpetuo trabajo con que sirven y su obediencia y sujeción natural podrían con razón mover a cualesquier hombres, por ásperos y fieros que fuesen, para que holgasen antes de amparar y defender a estos indios, que no perseguirlos y dejarlos despojar de los malos y atrevidos.

«Y así doliéndose grandemente este santo sínodo de que no solamente en tiempos pasados se les hayan hecho a estos pobres tantos agravios y fuerzas con tanto exceso sino que también el día de hoy muchos procuran hacer lo mismo, ruega por Cristo y amonesta a todas las justicias y gobernadores que se muestren piadosos con los indios y enfrenen la insolencia de sus ministros, cuando es menester, y que traten a estos indios no como a esclavos sino como a hombres libres y vasallos de la majestad real, a cuyo cargo les ha puesto Dios y su Iglesia.

«Y a los curas y otros ministros eclesiásticos manda muy de veras que se acuerden que son pastores y no carniceros y que como a hijos los han de sustentar y abrigar en el seno de la caridad cristiana. Y si alguno por alguna manera hiriendo o afrentando de palabra, o por otra vía maltrate a algún indio, los obispos y sus visitantes hagan diligente pesquisa y castíguenlo con rigor porque cierto es cosa muy fea que los ministros de Dios se hagan verdugos de los indios». De donde, concluye el texto, los han de tratar «con más afecto y término de padres que con rigor de jueces, en tanto que en la fe están tan tiernos los indios».

Es cierto que en la época del dominio incaico los indios eran tratados brutalmente y sin miramientos, por lo que estaban acostumbrados a ser gobernados de manera despótica. Pero ello no podía servir de excusa a la conducta de los españoles, fuesen religiosos o seglares.

El cuidado pastoral de los indios debía incluir también, según lo prescribe el Concilio, la preocupación por su educación social: «que los indios sean instruidos en vivir políticamente», es decir, que «dejadas sus costumbres bárbaras y salvajes, se hagan a vivir con orden y costumbres políticas»; «que no vayan sucios ni descompuestos, sino lavados y aderezados y limpios»; «que en sus casas tengan mesas para comer y camas para dormir, que las mismas casas o moradas suyas no parezcan corrales de ovejas sino moradas de hombres en el concierto y limpieza y aderezo». Como se ve, la evangelización era inseparable de la civilización.

Por cierto que antes de construir era preciso demoler lo que resultaba incompatible con el espíritu del cristianismo. Así los sacerdotes, declara el Concilio, harán lo posible por erradicar la primera de las lacras allí existentes, la *idolatría* y la *hechicería*, no dudando en solicitar para ello, si fuera preciso, la colaboración de los organismos civiles. Habrá que proceder a la detención de los indios hechiceros, «ministros abominables del demonio», y «juntarlos en un lugar de modo que no puedan con su trato y comunicación infeccionar a los demás indios». Y ya que «en lugar de los libros los indios han usado y usan como registros hechos de diferentes hilos, que ellos llaman *quipos*, y con éstos conservan la memoria de su antigua superstición y ritos y ceremonias y costumbres perversas, procuren los obispos que todos los memoriales o *quipos*, que sirven para su superstición, se les quiten totalmente a los indios».

La segunda lacra que los pastores se esforzarán por destruir es la *borrachera*, denunciada en los siguientes términos: «Hay entre los indios un abuso común y de gran superstición de sus antepasados en hacer borracheras y taquíes y ofrecer sacrificios en honra del demonio en los tiempos de sembrar y cosechar y en otros tiempos

cuando por ellos se comienza algún negocio que les parece importante».

Especial relevancia atribuye el Concilio al deber de la *escolarización*. «Tengan por muy encomendadas las escuelas de los muchachos los curas de indios y en ellas se enseñen a leer y escribir y lo demás y principalmente que se acecen a entender y hablar nuestra lengua española y miren los curas que con ocasión de la escuela no se aprovechen del servicio y trabajo de los muchachos, ni les envíen a traer yerba o leña...»

Más puntualmente se alude al aprendizaje de la música ya que es «cosa cierta y manifiesta que esta nación de indios está atraída y provocada por encima de todo, al conocimiento y a la veneración de nuestro Dios soberano por las ceremonias externas y solemnidad del culto divino». Por ello se establece que en cada doctrina se abra una escuela de música con maestro, coro e instrumentos: «flautas, caramillos y otros». Toribio, por su parte, exigió que los mismos sacerdotes supiesen y practicasen el canto y la música. Todos los que se tenían que ordenar debían pasar por un examen de música sacra antes de recibir el sacerdocio. Dicha disposición suscitó la composición de himnos, oraciones y parábolas quechuas católicas, un tesoro de cultura quechua clásica.

En orden a llevar adelante el proyecto educativo se erigirían diversos colegios, algunos para hijos de caciques y otros para jóvenes españoles. Hubo incluso algún colegio mixto, de indios y españoles, con el decidido apoyo de Felipe II. Más aún, en la ciudad de Lima se fundó, en 1589, un Colegio Mayor, el Colegio Real de San Felipe, reservado a los indios, un verdadero internado universitario, al estilo de los Colegios Mayores de Salamanca. Quizás fue una ilusión de Santo Toribio, ya que sus alumnos se mostraron incapaces de asumir las exigencias intelectuales y la disciplina de dicho instituto, por lo que hubo de ser cerrado. Los jesuitas ya habían conocido anteriormente el mismo fracaso en otro colegio que instituyeron para hijos de caciques.

El Concilio había insistido una y otra vez en la necesidad de que los pastores que trabajasen con los indígenas fueran competentes. «Lo que principalmente han de mirar los obispos es proveer de obreros idóneos esta gran mies de los indios. Y, cuando faltasen, es sin duda mucho mejor y más provechoso para la salvación de los naturales haber pocos sacerdotes y esos buenos, que muchos y ruines». Especialmente deberán mostrarse libres de todo espíritu de codicia. Ello pareció un requisito tan importante que el Concilio decretó la excomunión *ipso facto* contra los clérigos dedicados a «las contrataciones y negociaciones que son la principal destrucción del estado eclesiástico». Tales excesos, prosigue el documento, constituye un «total impedimento para adoctrinar a los indios, como lo afirman todos los hombres desapasionados y expertos de esta tierra».

Recuérdese los escándalos financieros del famoso obispo de Tucumán, Francisco de Vitoria, que tanto alboroto había hecho al comienzo del Concilio de Lima. Toribio no se lo dejó pasar. En 1590 le envió una carta donde le decía:

«Habiéndome enterado de que, con mucho escándalo, notoriedad y mal ejemplo, tratáis y negociáis mercancías públicamente, llevándolas a vender a las minas de Perú en persona, y pareciéndome que, más allá de que no podéis dejar de desatender vuestras obligaciones, ocupado como estáis en esos negocios, llevarlos es cosa indigna de vuestro estado y profesión y contrario al derecho, escribo al virrey don García Hurtado de Mendoza que os llame y os diga de mi parte lo que de él oiréis».

Quizás temiendo alguna medida severa, el obispo de Tucumán huyó al Brasil. Finalmente volvió a España, donde reprendido ásperamente por Felipe II en persona,

fue recluido en el convento dominico de Atocha, en Madrid, como simple religioso, hasta el fin de su vida. Una buena lección, sin duda. Porque dicho convento era de estricta observancia, y allí se guardaba una pobreza absoluta... Pues bien, la experiencia de ese obispo resultaba ampliamente ilustrativa. Había que evitar que de los seminarios saliesen este tipo de sacerdotes y obispos.

Por eso el Concilio Limense, tras pedir en uno de sus artículos que los sacerdotes cumpliesen su ministerio «con perpetua solicitud de las almas», que «como sucesores de los Apóstoles muestren doctrina y vida apostólica», declara que «los que tienen a su cargo el ministerio de enseñar el Evangelio, de ninguna manera pueden servir a la vez a Dios y al dinero», y estipula una grave sanción a los sacerdotes traficantes, nada menos que la excomunión *late sententia*.

La medida tomada por el Concilio pareció demasiado severa a algunos del clero, que elevaron un recurso en su contra a Roma y al Rey. Pero tanto Felipe II como el papa Sixto V dieron la razón a Toribio. El rey de España, en particular, ordenó a todas las autoridades apoyar enérgicamente la ejecución del decreto conciliar. Toribio no dejó de insistir en esta resolución, aprovechando sus visitas pastorales. Al fin logró lo que deseaba. Tanto que en 1602 pudo escribir al Rey: «Queda poco o nada que corregir en este punto [...] Bendito sea Dios, el clero está muy reformado». Por otra parte, había que cuidar que los sacerdotes fuesen suficientes, también en número.

«Advirtiendo –se dice– el abuso perjudicial que en este nuevo orbe se ha introducido de encargarse un cura de innumerables indios, que a veces habitan en lugares muy apartados, no siendo posible instruirlos en la fe ni darles los sacramentos necesarios, ni regirlos como conviene, mayormente teniendo estos indios necesidad de un continuo cuidado de su pastor, por ser pequeñuelos en la ley de Dios...», se estipuló que cada cura de «doctrina» no tuviese a su cargo más de mil almas.

Hoy ello nos llama la atención ya que por la actual escasez del clero hay parroquias de 50.000 y hasta 500.000 habitantes. Ello demuestra, señala Dumont, cuán injusta es la acusación de que en la primera evangelización de los indios, lo único que se logró fue una cristianización tan masiva como superficial. La educación era «personalizada», tanto más que en las doctrinas los sacerdotes procuraban que los chicos anduviesen todo el día con ellos para enseñarles mejor y mantenerlos alejados de los restos de idolatría que aún podían persistir en los miembros de sus familias.

Mejor pocos buenos que muchos mediocres o ruines, se dijo. Pero aun numéricamente el plantel de los sacerdotes y religiosos de Hispanoamérica se acrecentó de manera sorprendente. En los siglos XVI y XVII hubo no menos de mil misioneros en la sola región mexicana de Oaxaca. También en el Perú se produjo una especie de avalancha, no sólo en la arquidiócesis de Lima sino también en las diócesis sufragáneas. Para cada doctrina «vacante», notaba Santo Toribio en 1591, «hacen acto de candidatura veinte o treinta sacerdotes». Los que no obtienen lugar, escribe dos años después a Felipe II,

«sufren hambre, van buscando misas que decir para sustentarse un poco, se alojan en posadas, tratan de conseguir una ocupación como empleados, mayordomos o domésticos de los laicos, reducidos con frecuencia a mendigar, lo que es gran indecencia para el estado eclesiástico [...] a menos que no se hagan soldados o se vuelvan bandidos».

Sólo en la ciudad de Lima, muy poco poblada por aquel entonces, los sacerdotes eran más de cien. Para frenar tal crecimiento tomó Toribio diversas medidas, como por ejemplo prohibir la llegada de nuevos sacerdotes o religiosos del exterior, ofrecer sacerdotes a otras diócesis de América, etc.

Abrumado ante tal exceso de clero, concibió una idea peregrina que propuso a Felipe II, ya anciano, el enviar a España misioneros de América, para evangelizar la Madre Patria y Europa. Porque, escribía al Rey:

«Dios sea bendito que haya tantos sacerdotes y religiosos acá que podrían ser enviados a España para poblar los conventos, y ser afectados a muchos beneficios. Todos los conventos acá están llenos de religiosos y tengo más de cien sacerdotes con los que no sé qué hacer. Se me ocurre que podría enviarlos a España».

Ahora Hispanoamérica se gozaría en devolver la gracia recibida por la intermediación de su Madre Patria. El Rey no supo qué contestar. La situación se mantuvo así por mucho tiempo, como lo deja advertir el tercer sucesor de Toribio en Lima, Arias de Ugarte, quien en carta a Felipe IV el año 1630 le decía que en la sola ciudad de Lima había «más de trescientos sacerdotes *jiróvagos*».

Ya hemos dicho con cuánta frecuencia se procuró que los sacerdotes aprendiesen las lenguas indígenas, y ello a partir de sus años de seminario. Tal disposición no sólo alcanzaba al clero sino también a los funcionarios reales. Ya Felipe II había enviado en 1580 una Cédula al virrey del Perú exigiéndole que se instaurasen cátedras de quechua en todas las ciudades donde existiese una Audiencia, o sea, en Bogotá, Quito, Cuzco, Santiago de Chile y la actual Sucre.

«Fue arduo el problema lingüístico del Perú —observa Rodríguez Valencia—. Pero era necesario resolverlo, por gigantesco que fuera el esfuerzo. Y es de justicia y satisfacción mencionar a los Virreyes, Presidentes y Oidores de Lima, que prepararon con su pensamiento y su denuedo de gobernantes el camino a la solución misional de Santo Toribio». Solórzano Pereira sintetiza la posición de aquéllos: «No se les puede quitar su lengua a los indios. Es mejor y más conforme a razón que nosotros aprendamos las suyas, pues somos de mayor capacidad».

Por eso Felipe II, en la Cédula arriba recordada, apoyaba una vez más las disposiciones de Toribio, estipulando que «no debía ser ordenado para el sacerdocio, y no debía recibir licencias para ejercerlo, nadie que no supiese la lengua de los indios». Establecieron así cátedras en todas las ciudades con una finalidad directamente misional, ya que en ellas habían de hacer el aprendizaje necesario, no sólo los funcionarios sino también el clero y los religiosos. Mediante ellas se pretendía, como agregaba el Rey, que los naturales «viniesen en el verdadero conocimiento de nuestra santa fe católica y religión cristiana, olvidando el error de sus antiguas idolatrías y conociendo el bien que Nuestro Señor les ha hecho en sacarlos de tan miserable estado, y traerlos a gozar de la prosperidad y bien espiritual que se les ha de seguir gozando del copioso fruto de nuestra Redención». El espíritu cristiano que se trasunta en esta Cédula Real está a la altura del famoso *Testamento* de Isabel la Católica.

Como ya lo hemos señalado, Toribio tomó muy en serio este aspecto de la formación de los futuros sacerdotes. Sin embargo hemos de agregar que la insistencia en la necesidad de conocer las lenguas indígenas, no obstó a que se procurase que los indios aprendiesen la lengua española, de modo que se fuesen integrando en la unidad política de la América hispana. Recordemos que los Reyes del siglo XVI nunca consideraron las Indias como *colonias* de España, sino como Reinos de la Corona, según lo atestigua el P. de Acosta al escribir: «Desde luego, la muchedumbre de los indios y españoles forman ya una sola república, no dos separadas: todos tienen un mismo rey y están sometidos a unas mismas leyes».

La unidad de la lengua, en este sentido, había de procurarse como un presupuesto necesario. ¿Cómo compaginar dicha política lingüística con la conveniencia de conservar las lenguas autóctonas? Reiteradas veces se discutió en el Consejo de Indias la posibilidad de unificar toda Hispanoamérica en la lengua castellana. La tentación era muy grande, si se piensa en la enseñanza y la

administración, la actividad económica y la unidad política. Pero «triunfó siempre el criterio teológico misional de llevar a los indios el evangelio en la lengua nativa de cada uno de ellos. Se vaciló poco en sacrificar el castellano a las necesidades misionales», afirma Rodríguez Valencia.

Según era de esperar, así lo advierte Jean Dumont, la pervivencia de las lenguas indígenas, en orden a una mejor evangelización, redujo considerablemente la difusión en América de la lengua española. En 1685, cien años después del Concilio de Lima, una Cédula Real dirigida al virrey del Perú resuelve unificar la lengua de América en el castellano, constatándose que «la lengua india ha sido tan ampliamente conservada en esos naturales, como si estuviesen en el Imperio del Inca».

Puede, pues, decirse, escribe el P. José María Iraburu, que «el esfuerzo misional de las lenguas indígenas retrasó en más de un siglo la unificación del idioma en América. Prevalció el criterio teológico, y se sacrificó el castellano». Esta es la causa histórica de que todavía hoy en Hispanoamérica sigan vivas las lenguas aborígenes, como el quechua, el aymará o el guaraní. Lo que muestra cómo se equivocan y con cuánta injusticia, quienes afirman que la primera evangelización de América trajo consigo una furiosa hispanización y europeización, una criminal *aculturación*, atentando gravemente contra la idiosincrasia del indio.

La promoción cultural y religiosa de los indígenas se topó con un escollo. ¿Estaban los indios en condiciones de acceder al sacerdocio? Jerónimo de Loaysa, en sus dos Concilios, había prohibido la ordenación de los indios, no por espíritu racista, ciertamente, actitud que habría sido incompatible con él, que quiso vivir y morir en medio de los indios, no habiendo dejado jamás de defenderlos y cuidarlos, sino en razón de su escasa preparación religiosa y de sus vicios ancestrales.

El Concilio de Toribio, si bien mantiene dicha disposición, dice que ello es *hoc tempore*, «por el momento». Y, de hecho, en una carta que los padres conciliares enviaron al Rey, le suplican la creación de colegios o seminarios «para que enseñasen y criasen cristianamente los muchachos de estos indios principales y caciques... que por tiempo vendrán no sólo a ser buenos cristianos y ayudar a los suyos para que lo sean, sino también a ser aptos y suficientes para estudios y para servir a la Iglesia y aun ser ministros de la palabra de Dios en la nación».

Toribio quiso abrir a los indios más aptos el camino a las órdenes sagradas. Con todo, sólo llegó a ordenar uno o dos entre ellos. El obispo de Quito, por su parte, consagrado como tal por su amigo Santo Toribio, fundaría en su sede un Seminario de indios, explicando al Rey que el motivo principal era «por la esperanza que se tiene del fruto que podrán hacer los naturales más que todos los extraños juntos».

¿Y qué hacer con los mestizos? Al principio se les abrió las puertas al sacerdocio. Pero la experiencia mostró que por el momento ello no era conveniente. Ya el virrey Toledo, al terminar una visita por diversas regiones del territorio a su cargo, escribía al Rey lamentando que los prelados «hayan ordenado a muchos hijos de españoles y de indias», con efectos negativos. En consecuencia de dicho informe, el Rey prohibió para en adelante la ordenación de mestizos. Lo mismo hizo la Compañía de Jesús, por voto unánime de su congregación provincial de 1582. La normativa de la Corona hispana era que «fuesen preferidos los patrimoniales e hijos de los que han pacificado y poblado la tierra», según lo estableció Felipe

II en Cédula Real, «para que con la esperanza de estos premios se animase la juventud de aquella tierra».

Como la decisión del Rey no era taxativa, el Concilio de Lima permitió de nuevo la ordenación de mestizos, pero al mismo tiempo urgió con tanta severidad los requisitos de idoneidad exigidos por Trento para el sacerdocio, que en la práctica Toribio ordenó muy pocos de ellos. De hecho, la única condición que se puso fue que se respetasen los cánones de Trento, esto es, que fuesen «hombres de buena vida y de suficientes letras y que tienen noticias de esta tierra». Los obispos sufragáneos de Lima mostraron, por lo general, la misma reserva. No hubo, pues, en Toribio y en los demás obispos ningún prejuicio de índole racial, sino simplemente escrupulosidad en el cumplimiento de las decisiones de Trento tocantes a la idoneidad de los candidatos.

Tal fue el famoso Tercer Concilio de Lima y tales fueron sus benéficas consecuencias. Dos Concilios más celebraría Toribio, según lo disponían las leyes canónicas. Al primero de ellos acudió uno solo de sus sufragáneos, el de Cuzco; los demás estaban enfermos o imposibilitados de asistir. En el segundo, sólo se hicieron presentes los obispos de Panamá y de Quito. Como se ve, no tuvieron mayor relevancia, y ni siquiera se vieron confirmados por la Santa Sede. En cambio sí la tuvo el Tercer Concilio. Lo que Trento significó para la Iglesia en su conjunto, así el de Lima para Hispanoamérica.

No otra cosa afirma el historiador A. Egaña: «El concilio tercero limense, se puede decir, fue para la Iglesia sudhispanoamericana lo que el Tridentino para el universal catolicismo, admitidas las lógicas diferencias internas y finalidades relativas de ambas justas conciliares. Y es de ello prueba fehaciente el que el concilio de Santo Toribio sobrevivió aun después de siglos. Así se proyectó en los Andes la estatura gigantesca de Trento». De sus decisiones ha escrito V. Rodríguez Valencia que «son la pastoral moderna de Trento aplicada escrupulosamente, como una proyección fiel, a la Iglesia americana en formación. Y el más avanzado código social, aun en sus aspectos laborales, que conocemos de esos siglos».

Santo Toribio ha sido parangonado con su contemporáneo, el arzobispo de Milán, San Carlos Borromeo, con quien tiene tantos rasgos comunes que se dirían almas gemelas. Sabido es que a San Carlos le cupo desempeñar un papel decisivo en la postrera etapa del Concilio de Trento. Luego sería un modelo realmente paradigmático del obispo soñado por aquel Concilio para el cumplimiento de sus propósitos pastorales. Pues bien, lo que San Carlos Borromeo fue para Italia, eso fue Santo Toribio para el continente hispanoamericano. Santo Toribio amó entrañablemente el Concilio limense. Por un contemporáneo suyo sabemos que «no le dejaba de las manos y así lo sabía casi todo de memoria».

No se crea que el Concilio fue aceptado fácilmente en España y en Roma. Incluso desde Lima se elevó un recurso de apelación a la Santa Sede, donde se decía que las sanciones, sobre todo las referentes al clero, eran demasiado severas. El P. de Acosta, en nombre de Santo Toribio, viajó entonces a Madrid y a Roma para explicar y defender lo resuelto en dicha asamblea. En 1585 se logró que Felipe II lo aprobara mediante una Real Cédula. La Santa Sede, por su parte, luego de morigerar ciertas sanciones y retocar algunas disposiciones, dio una aprobación categórica al conjunto de la obra. Las cartas de los cardenales Caraffa y Montalto al arzobispo Mogrovejo, ambas de 1588, le comunicaron la aprobación del Papa, el cual «os alaba en gran manera», le dicen, al tiempo que lo felicitan efusivamente, viendo en los decretos del Concilio de Lima una aplicación inteligente del Concilio de Trento al mundo cristiano de la Indias meridionales.

En la práctica, el Concilio fue recibido con general beneplácito, alcanzando una vigencia perdurable por su lenguaje claro y asertivo, por su contenido enérgico, por la valentía y sinceridad con que tuvo en cuenta la situación real del Virreinato. Fue, a no dudarlo, una esclarecedora aplicación de la reforma tridentina en América, con especial atención a la evangelización efectiva de la población indígena, pero comprometiendo en dicha empresa a españoles y criollos, sacerdotes y seglares, en orden a edificar una ciudad cristiana desde sus cimientos, o para establecer, como diría un contemporáneo de nuestro Arzobispo, el presidente del Consejo de Indias, don Juan de Ovando, «una república formada y política, así en lo espiritual como en lo temporal, siendo una Iglesia, un Reino y una República, en que se guarda una misma ley, y en todas partes vayan en una misma consonancia y conformidad».

Con frecuencia los textos de aquel Concilio hablan de «la nueva Cristiandad de estas Indias», «esta nueva heredad y viña del Señor», «esta nueva Iglesia de Cristo»... En tales expresiones se refleja la intención profunda de querer construir con la gracia de Dios un nuevo mundo cristiano. Y de hecho lo lograron. El P. Iraburu señala que a este Concilio de Lima, y al que dos años más tarde, en 1585, se realizaría en México, se debe en buena parte que hoy la mitad de la Iglesia Católica sea de lengua y corazón hispánicos.

Una planta espléndida de la pujante y juvenil Iglesia que echaba raíces en el Nuevo Mundo fue Garcilaso de la Vega, llamado el Inca. Nació en Cuzco, el año 1539, hijo de un capitán español, conquistador y protector de indios, y de la princesa inca Chimu Cello, nieta de Huayna Capac Inca, último emperador del Perú; «indio católico por la gracia de Dios», le gustaba decir. Su madre le había enseñado no sólo el idioma de sus mayores, sino también la historia de la familia, lo que despertó en su interior el deseo de conocer más a fondo las grandezas del desaparecido Imperio. Le animó para que llevase adelante dicho propósito un jesuita criollo, el P. Blas Valera, que era historiador.

Se lanzó entonces a recorrer el país, recogiendo de boca de los aborígenes las tradiciones más antiguas. Modelo apostólico de la nueva cristiandad, nuestro Inca Garcilaso se trasladó a España, donde sirvió en el ejército y combatió a las órdenes de don Juan de Austria. Luego se instaló en Andalucía, apadrinando neófitos cristianos de origen musulmán, en la iglesia principal de Montilla, ciudad natal de Gonzalo de Córdoba, *el Gran Capitán*, y de San Francisco Solano. Murió en Córdoba en 1616. Excelente literato, publicó varios libros como *Comentarios reales que tratan del origen de los Incas*, donde se habla de «la preparación evangélica» que el cristianismo encontró en las culturas ancestrales del Imperio Inca; *Historia general del Perú*, y otros. Su escudo heráldico, con elementos incas e hispánicos, sostenidos por dos indios de pie, resplandece en hierro dorado sobre la verja de la Capilla de Armas de Córdoba.

El Concilio de Santo Toribio encontró amplia resonancia en todas las diócesis sufragáneas de Lima, entre otras en la de nuestra patria. Por lo que al Tucumán se refiere, el primer sínodo de Santiago del Estero, celebrado en 1597 por el obispo fray Fernando de Trejo y Sanabria, incluyó los documentos del tercer concilio limense para que «se guarde y cumpla en este nuestro obispado enteramente». Dicho Concilio seguiría influyendo, por lo demás, en todas las diócesis dependientes de la sede limeña, aun después de que éstas, desmembrándose de la metropolitana, integraran nuevas jurisdicciones.

IV. El Obispo acróbata

No fue, por cierto, el Concilio la única obra emprendida por nuestro Santo. Estuvo también en el transfondo

de muchas iniciativas apostólicas, por ejemplo el establecimiento de monasterios de vida contemplativa, que consideraba como la logística de su actividad pastoral. De manera particular se interesó en la fundación del convento de Santa Clara, levantado a unas nueve cuadras de la Catedral, donde se había de observar de manera estricta la regla franciscana, corrigiéndose así cierta relajación de la observancia religiosa que se podía observar en otros monasterios. Fue en el año 1605 cuando se inició dicha fundación, donde enseguida ingresaron doce jóvenes, hijas de conquistadores. Grande fue el afecto que le tuvo Santo Toribio, al punto de disponer en su testamento que su corazón fuese allí sepultado, como en efecto se hizo.

En otro orden de cosas, promovió los gremios de carpinteros, albañiles y canteros, formados por indios y criollos, agrupados en cofradías. Sus miembros, que recibían diariamente instrucción religiosa, daban de comer a los pobres y visitaban a los enfermos. Comulgaban, asimismo, con frecuencia, y los sábados los dedicaban a la Santísima Virgen.

Pero lo que se destaca con más relieve en la actitud pastoral del Santo son sus numerosas e inteligentes giras apostólicas. Era, por lo demás, lo que prescribía el Consejo de Indias, concretando las decisiones del Concilio de Trento, y que el mismo Toribio urgió a los obispos presentes en el Concilio de Lima: «es digno de mucha reprensión no salir en prosecución de la visita el arzobispo en propia persona no estando legítimamente impedido».

Precisamente uno de los documentos más hermosos del Concilio, la *Instrucción para visitantes*, fue obra suya. La arquidiócesis de Lima, lo hemos dicho, abarcaba una inmensa extensión. El Arzobispo entendía claramente que no le era lícito encerrarse en la curia. Debía «conocer» a sus ovejas, conocerlas personalmente. Y vaya si lo hizo. La superficie que abarcaron sus correrías y el número de personas a las que llegó su solicitud pastoral sobrepasa todo cuanto es posible imaginar. Dedicó a ello catorce largos años, en tres grandes visitas generales de siete, cinco y dos años, respectivamente. Sólo lo detendría la muerte, siempre en camino.

La Primera Visita duró desde 1584 a 1588. Su recorrido fue de más de dos mil leguas, catequizando a medio millón de infieles. Durante esa larga gira, sólo regresó a Lima una vez, permaneciendo allí durante quince días, para consagrar a un obispo, y también para organizar una colecta de dinero ordenada por el rey Felipe II en favor de la Armada Invencible. Cumplidos ambos encargos, regresó para continuar el itinerario que se había trazado. El entendía que «su Arzobispado y él debían estar donde más se requiere su ayuda pastoral». Era un pastor en búsqueda, sobre todo de «sus ovejas humildes», como le gustaba decir.

Con todo, no descuidaba la atención general de la diócesis. Desde cualquier sitio donde se encontrase no dejaba de tomar decisiones y mantener fluido contacto con el Rey y con el Papa. A este último le relataba detalladamente lo que iba haciendo: quería conocer y apacentar sus ovejas, le decía, corregir y remediar lo que necesitaba enmienda, predicar los domingos y fiestas a indios y españoles, a cada uno en su lengua. Recorrió así lugares donde ningún obispo había llegado de visita. Súmese a esa proeza la precariedad de los medios de locomoción en aquellos tiempos. Pero él no se amilanaba, enamorado como se sentía de las ovejas que Dios le había encomendado.

El recorrido de Santo Toribio, en este primer viaje resulta impresionante, según se advierte con sólo seguirlo en el mapa. Cualquiera que conozca el Perú, aunque sea someramente, podrá darse cuenta el enorme sacrificio

que realizaba este gran obispo, un verdadero misionero, transitando caminos casi inaccesibles y que hoy nos parecerían del todo impracticables.

El Santo hacía su entrada en el pueblo, si es que lo había, en la forma estatuida por los cánones del Tercer Concilio, que Toribio fue el primero en cumplir puntualmente. Apenas llegado al lugar, se dirigía a la iglesia, donde permanecía largo rato en oración. Después celebraba la Santa Misa y se dirigía a su alojamiento, que ordinariamente era la casa del párroco. Visitaba luego iglesias, monasterios, cofradías y los lugares de trabajo de los indios. En los pueblos que de antemano sabían de su llegada, se celebraban en su honor coloridas fiestas. Los indios, ataviados de sus mejores ropas tradicionales, lo esperaban con bailes incaicos. «Padre santo viene —decían en su incipiente castellano—, venga en buena hora. Nuestro *Tata* nos dará bendición. Nosotros querer a ti *Tata*».

Un padre jesuita que lo conoció de cerca decía que «era muy tratable y muy conversado, y tenía tanto amor que los metía en sus entrañas como si fuera padre de cada uno». A los indios, según lo señalamos, les hablaba en su lengua. Cierta vez un cacique le dijo que estaban muy contentos «porque su quechua era claro y todos lo entendían». Cuando continuaba su viaje a otro pueblo, los indios lloraban, como si de ellos se estuviese alejando su padre verdadero. Estas escenas y muchas otras, que se repitieron en sus prolongadas visitas pastorales, se difundieron por todas las provincias del Virreinato, dándole fama y suscitando creciente confianza en su labor pastoral.

En su Segunda Visita, de 1593 a 1598, recorrió unos 7.500 kilómetros, catequizando, bautizando y confirmando a no menos de 350.000 indios. Con estas dos primeras giras se puede decir que había recorrido prácticamente toda la Arquidiócesis, y algunos lugares, más de una vez. Parecería que se hubiese podido dar por satisfecho con el conocimiento que de la Arquidiócesis había adquirido, pero su celo de Pastor no dejaba de arder.

Y decidió «volver a las andadas». Sería su Tercera Visita, de los años 1601 a 1606. «Fue su vida una rueda — escribe su primer biógrafo, A. León Pinelo—, un movimiento perpetuo, que nunca paraba. Y si la del hombre es milicia en la tierra, bien mereció el título de soldado de Cristo Señor nuestro, pues nunca faltó a lo militante de su Iglesia, para conseguir el premio en la triunfante, que piadosamente entendemos que goza».

El temple de Toribio era de hierro. Un cronista nos cuenta que en cierta ocasión, tras azarosas aventuras ocurridas en el transcurso del viaje, llegó por fin a un pueblo de indios muy pobre. Estaba exhausto, ya que durante su trajinar, había padecido enfermedades, fiebres y frío, de modo que no bien llegado se acostó a descansar y dormir. Sin embargo, al día siguiente se levantó como si nada, celebró la Misa, y se puso a predicar, mostrando gran regocijo por servir a los indios. Era más poderoso su celo que su fatiga.

Aventuras no le faltaron. Veamos lo que en carta al Rey cuenta que le pasó durante otro de sus viajes:

«Salí hará ocho meses en prosecución de la visita de la provincia de los Yauyos, que hacía catorce años que no habían ido a confirmar aquella gente, en razón de tener otras partes remotas a que acudir y en especial al valle asiento de Huancabamba, que hará un año fui a él, donde ningún prelado ni visitador ni corregidor jamás había entrado, por los ásperos caminos y ríos que hay.

«Y habiéndome determinado a entrar dentro, por no haberlo podido hacer antes, en razón de lo que tengo referido, me vi en grandes peligros y trabajos y en ocasión que pensé se me quebraba una pierna de una caída, si no fuera Dios servido de que yéndose a despeñar una mula en una cuesta, adonde estaba un río, se atravesara la mula en un palo de una vara de medir de largo y delgado como el brazo de una silla, donde me cogió la pierna entre ella y el palo,

habiéndome echado la mula hacia abajo y socorriéndome mis criados y hecho mucha fuerza para sacar la pierna, apartando la mula del palo, fui rodando por la cuesta abajo hacia el río y si aquel palo no estuviera allí, entiendo me hiciera veinte pedazos la mula.

«Y anduve aquella jornada mucho tiempo a pie con la familia y lo di todo por bien empleado, por haber llegado a aquella tierra y consolado a los indios y confirmando y el sacerdote que iba conmigo casándolos y bautizándolos, que con cinco o seis pueblos de ellos tiénelos a su cargo un sacerdote, que por tener otra doctrina, no puede acudir allí si no es muy de tarde en tarde y a pie, por caminos que parecen suben a las nubes y bajan al profundo, de muchas losas, ciénagas y montañas [...]».

Imaginamos la emoción del Rey al leer esta carta, el gusto que su corazón tan católico habrá experimentado de contar con tales pastores. Pueblo tras pueblo, sin dejar ninguno. No se lo hubiera permitido su celo pastoral. Sin embargo, tampoco quería limitarse con visitar los pueblos. Su amor, lleno de afecto y de ternura, llegaba hasta las chozas, por perdidas y pequeñas que fuesen, catequizando a sus moradores con tanto gusto que pareciera poner la vida por cada uno de ellos.

«Cuando visitaba la Diócesis –nos cuenta un testigo–, en sabiendo que algunos indios vivían fuera de sus pueblos, en valles, sierras o arcaduces, por excusarles el riesgo del camino, se exponía a padecerle y los iba a buscar y donde los hallaba los adoctrinaba. Habiendo mandado, en cierto paraje, que le trajesen todos los niños que se habían de confirmar a un pueblo, le dijeron que iba muy grande un río que habían de pasar, y luego mandó que no trajesen ninguno, que él los iría a buscar. Porque valía más –dijo el Santo Prelado– que peligrase la vida de su pastor que la de una de sus ovejas. Tuvo tan gran memoria, afirma Diego de Córdoba, que casi conocía a todos los indios de su Arzobispado y los llamaba por sus nombres y todos lo conocían a él, como al Buen Pastor del Evangelio».

En cierta ocasión, refiere otro testigo, estaba visitando un lugar ubicado a 300 leguas de Lima. Al enterarse de que en unos parajes que estaban despoblados se habían refugiado algunos indios cimarrones y delincuentes, para ocultarse de las autoridades españolas, decidió ir a encontrarlos, aunque estaban a 30 leguas de distancia, para poder adoctrinarlos, sacarlos de su aislamiento, y «reducirlos» en algún lugar donde pudieran tener sacerdotes que los atendiesen.

Otra vez sucedió algo que resulta particularmente conmovedor. Tras una intensa jornada a pie, como se iba poniendo el sol, el Obispo y sus acompañantes se vieron obligados a acampar en plena falda de la montaña. Después de rezar juntos el Oficio, Toribio cenó frugalmente y los exhortó a retirarse enseguida a descansar, ya que al día siguiente había que madrugar para llegar a tiempo a un pueblo próximo donde debía celebrar la Misa antes del mediodía. Ello no resultó posible ya que desde algún lugar de las montañas circundantes llegaban a veces con el viento las melodías tan melancólicas de la música indígena, interpretada con instrumentos incaicos, sobre todo quenás y zampoñas.

A veces sólo se oía el retumbar del tinya, especie de tambor indígena. Pasaban las horas y la música se escuchaba con más frecuencia e intensidad a medida que arreciaba el viento, proveniente justamente de aquel lugar. Don Sancho Ávila, siempre tan atento con el Obispo, se le acercó y le propuso ir él hacia la zona de donde provenía la música para pedirles que dejaran de tocar. «Calma, querido Sancho –le respondió Toribio–. Deja que esas almas humildes y buenas desahoguen su tristeza. ¿Acaso no sabes que la música es el fiel reflejo de lo que sienten los corazones? Escucha las notas de esa quena. ¿No te parece que quisiera hablar?».

No deja de ser admirable el respeto que Toribio manifestaba por la cultura incaica. Quizás viese en ella, como señala Dumont, huellas de aquella «preparación evangélica» de que hablaba Eusebio de Cesarea en el siglo IV, refiriéndose a las civilizaciones de la antigüedad. Justamente en tiempos de Toribio, encontraba el Inca Garcilaso en el Imperio de sus antepasados diversos elementos que parecían disponer los espíritus para la revelación cristiana, como el monoteísmo que profesaba la élite inca, la práctica de la penitencia y el ayuno, y sobre todo el reconocimiento de un Dios creador. Por lo demás, una antigua tradición que encontramos en toda América, pero especialmente en la zona dominada por los incas, sostenía que

en tiempos remotos había pasado por Perú un apóstol que predicó la existencia de un Dios único e incluso de un Redentor, preanunciando asimismo la futura llegada de nuevos discípulos que enseñarían lo mismo que él.

Volvamos a los viajes de nuestro incansable Arzobispo. No hay que olvidar lo que eran los caminos en aquellos tiempos, o lo que de ellos quedaban de los viejos *chasquis*, como se llamaban los correos del Imperio incaico. En algunos lugares sólo había estrechos senderos para mulas y en la mayoría de los casos la sola posibilidad de ir a pie, con grandes dificultades y riesgos. Eran, como dice el P. de Acosta, caminos de cabras, *cervis tantum pervia*, aptos sólo para los ciervos. En alguna ocasión Toribio hubiera podido ser llevado en litera, pero se había negado a ello «sólo por no dar molestia ni trabajo a los indios».

Por otra parte, el clima de los lugares que nuestro Santo recorría, variaba enormemente. Cuando caminaba por las llanuras, los calores resultaban a veces sofocantes. Cuando transitaba por las alturas, por ejemplo en los Andes, cuyas cimas alcanzan allí los 7000 metros, el frío era como para congelarse. Solórzano Pereira ha destacado «la gran variedad de temples en las provincias peruanas, en cuyos llanos nunca llueve, ni nieva, ni se oyen rayos, truenos y relámpagos, siendo ello tan frecuente en las sierras que distan de ellos sólo diez leguas, y caen debajo de la misma línea y altura de grados».

Si bien el Arzobispo tenía la salud de hierro, era sin embargo de complexión delicada; su estilo de vida en España había sido más bien académico y sedentario. Ahora se veía obligado a adaptarse, sin más, no sólo a las grandes caminatas sino también a los fuertes contrastes. Ni siquiera sus criados indios aguantaban a veces cambios climáticos tan bruscos, como sucede aún en nuestros días, experimentando lo que llaman el «*soroche*», o mal de montaña, propio de los grandes desniveles. En fin, la geografía del Perú era, según dice uno de los biógrafos de Toribio, «una geografía de acróbatas natos».

El trajinar del Arzobispo fue casi un vuelo de águila por los Andes y por los valles, sin cejar, durante meses, durante años, con su equipaje al hombro o sobre las mulas, llevando allí el altar portátil, el misal, el atril, los ornamentos y una cama plegable. Así atravesaba selvas, llanos, ciénagas y ríos, o trepaba aquellas alturas majestuosas, entre abruptos precipicios... A veces debía caminar «con lodo hasta las rodillas». Si tenía que dormir al sereno, usaba como cabezal la montura de la mula, que también le servía de paraguas, en caso de aguacero. Las condiciones de estos viajes, sobre terrenos casi constantemente hostiles y vírgenes, eran las mismas que habían debido soportar los conquistadores, situación que también lo emparentaba espiritualmente con ellos.

Así Toribio fue haciendo la visita particularizada de su extensa Arquidiócesis. Su ímpetu pastoral derribaba todos los obstáculos que encontraba a su paso. Cierta día, tras haber administrado el sacramento de la confirmación, en larga ceremonia a los habitantes de un pueblo, siguió su camino, teniendo que trepar trabajosamente una cuesta larga y muy abrupta. Al llegar arriba le dijeron que un indio se había quedado sin confirmar en el pueblo y que enseguida se lo traerían. Pero al enterarse de que dicho indio estaba enfermo, pidió que no se lo trajeran; él retornaría al pueblo, no fuera que aquél corriese el peligro de morir en el camino. Y así, volviendo a descender la larga y riesgosa cuesta, llegó al pueblo y confirmó al indio. «Lo que llenó a todos los testigos de espanto, a tal punto el camino era peligroso».

Quienes le acompañaban nos cuentan que a veces bajaba, como en el caso que acabamos de relatar, por enormes barrancos, otras trepaba montes en la misma cordillera de los Andes, o pasaba junto a volcanes crepitantes,

pero lo más arriesgado, nos aseguran, era tener que cruzar los grandes ríos que surcan el Perú, como el Marañón o el Santa.

Para poder hacerlo tuvo a veces que recurrir a inauditos arduos. El problema no se planteaba cuando las aguas corrían mansas, en cuyo caso se echaba en flotadores de calabazas vaciadas o en balsas de juncos. El asunto era cuando corrían vertiginosas, sea porque así fluían habitualmente, sea porque había ocasionales crecientes. Entonces tenía que mostrar todo su temple y su coraje de apóstol. «Le vio este testigo –dice su secretario– pasar ríos muy caudalosos y grandes, metido en un cesto por una cuerda, con grandísimo riesgo». En otras circunstancias no servían ni balsas ni flotadores, ya que la corriente era de tal furor que arrasaba con todo lo que se pusiera delante.

Cierta vez hubo que tender un cable de lado a lado, bien tenso entre dos postes; el Arzobispo se colgó de él, y así pudo cruzar hasta la otra orilla, escuchando el estruendo vertiginoso del río desbocado a sus pies. Así lo había visto hacer algunas veces a los indios y a los monjes de la selva. Una vez cumplida su misión pastoral, nuevamente la misma operación a la inversa. Otras veces lo hacía colgado de una maroma o sogá de cáñamo, accionada por los indios desde las orillas. En una oportunidad tuvieron que sacarlo del río, «donde, si los criados que con él iban no le socorrieran, se ahogara».

Todo lo aceptaba sin quejarse. Refiriéndose a una de esas visitas declara uno de sus secretarios: «Duda este testigo que haya prelado en estos reinos que se pusiese al trabajo y peligro como se puso el dicho señor arzobispo en tomar tan a pecho la visita», que emprendía «con celo evidentísimo del aprovechamiento de sus ovejas».

En cierta ocasión llegó a un pueblo donde los indios estaban apesadados. No por ello se arredró, cuenta Sancho Dávila, ya que estando los indios enfermos en sus hogares, «se andaba el dicho señor arzobispo de casa en casa a confirmarlos, sufriendo el hedor pestilencial y materia de dicha enfermedad. En lo cual conoció este testigo que el amor de verdadero pastor y gran santidad de dicho señor arzobispo le haría sufrir y hacer lo que ni persona particular pudiera hacer».

Las peripecias fueron innumerables. En uno de esos viajes, volviendo a caballo de las montañas, comenzó a bajar una pendiente larguísima, «de más de cuatro leguas», que los indios llamaban «la pedregosa». Poco a poco se fue haciendo oscuro, y para colmo estalló una de esas tormentas súbitas que suelen acontecer en la región andina, en medio del fragor de los truenos. Toribio, acompañado de un criado, Diego de Rojas, seguía adelante, con tenacidad obstinada. Diego se maravillaba «viendo la paciencia y contento con que el dicho señor arzobispo iba animando a los demás». Pero a pesar de sus palabras de aliento, los acompañantes empezaron a dispersarse hasta que «se fueron todos, quedando, unos caídos, y otros derrumbados con sus caballos».

En medio de este desconcierto, el Arzobispo cayó bruscamente de su cabalgadura, en forma tan violenta que al criado «se le quebró el corazón de ver al señor arzobispo echado, desmayado en el lodo, donde entendió muchas veces que pereciera». Acudieron algunos a su llamada, y todos creyeron que estaba muerto, «helado y hecho todo una sopa de agua». Pero cuando le levantaron, cobró conocimiento y algo de ánimo. Se sacó entonces la sotana, que estaba totalmente embarrada, y apretando fuertemente su cruz pectoral, volvió a emprender el camino, sostenido por sus compañeros, desmayándose varias veces. Estaba descalzo, ya que sus botas habían quedado hundidas en el barro. Cuando asomó la luna, divisaron un *tambo*, o ranchería, donde llegaron como pudieron. No había nadie. El Arzobispo quedó

tendido, helado, exangüe, como muerto. Su paje, Sancho Dávila, «se hartó de llorar al verlo de aquella suerte». Todos lo daban por perdido, pero a Sancho se le ocurrió sacar la lana de una almohada, y calentándola al fuego, frotar con ella al Arzobispo, hasta que logró que volviera en sí.

Ya de día comenzaron a llegar algunos indios. El Santo se encontraba mejor, de nuevo dispuesto a todo. Celebró la Misa, predicó en lengua indígena «con tanto fervor y agradable cara como si por él no hubiera pasado cosa alguna». Allí dejó establecidas, en medio de aquellas serranías desoladas, dos doctrinas que integraron 600 indios.

Comentando esta hazaña escribe Sánchez Prieto: «Mientras los indios, a coro, lloraban con muchas veras su partida como si les ausentase su verdadero padre, él se sentía redentor también, con Cristo, por su propia sangre derramada en aquella solemne misa de pontifical sobre la cruz inmensa de los Andes. Una misa pontifical sin más atuendos prelaticios que la púrpura de su cuerpo a punto de víctima inmólada, entonando el aleluya del triunfo de la caridad más sublime en las cimas inaccesibles, de cóndores y ángeles, donde triunfaba también la pastoral misionera más audaz que él había llevado a América. El disco del sol sellaba, como una custodia de gloria eucarística, esta primera misa solemne sobre la cruz de los Andes, encarnada en el ara viva de nuestro arzobispo santo».

En varias circunstancias los testigos nos refieren hechos semejantes. Una vez, cuentan, haciendo con él un largo trayecto por las montañas, vieron que se desmayaba. Caído en el suelo, no daba señales de vida. Tomaron entonces un palo largo, y atando a él tres o cuatro mantas de los indios, lo cargaron, creyendo que había muerto. El que nos lo cuenta refiere que hizo fuego en torno y con un paño le refrescó, por si acaso, el corazón y el pecho. Luego de dos horas, el Arzobispo estaba lo más bien, como si nada hubiera pasado, durmiendo esa noche al descampado en aquella montaña. No había cueva alguna en las serranías, pero sí osos, leones y monjes.

Al amanecer, sus acompañantes hicieron, debajo de los árboles, un cerco a manera de capilla, con palos y cañas. Allí Toribio celebró serenamente la Santa Misa, y luego siguió su camino hasta llegar al pueblo donde se dirigía. Otro testigo de sus andanzas cuenta que, en cierta ocasión, viendo que había varios indios en unos despeñaderos de difícil acceso, donde no se podía bajar ni a caballo ni a pie, el Arzobispo se apeó de su mula y se arrojó hacia abajo, con un bordón en la mano, cayéndose y levantándose, sin que pudiesen seguirle sus acompañantes. Estos relatos los tenemos de testigos que luego declararían en su proceso de beatificación. Aunque hubiera un solo indio en el cerro más alto, nos dicen, hacia él se dirigía, porque el asunto de la salvación era demasiado serio como para andar con vueltas.

Incluso se adentraba en zonas de indios salvajes y belicosos. Cuando así sucedía, sus acompañantes, llenos de miedo, le pedían que no siguiese adelante. Pero su respuesta era siempre la misma: «Había mucha necesidad de doctrina y los indios no la tenían». Era imposible seguirle arguyendo, «que por Dios más que aquello se había de pasar». En tales ocasiones los que iban con él solían dejarlo solo. El único que permanecía siempre a su lado era aquel escudero inefable, don Sancho Dávila, su fiel acompañante.

Una de esas veces, apareció en el horizonte un grupo de indios hostiles, con flechas envenenadas. El Arzobispo se dirigió animosamente hacia ellos, con la intención de reducirlos. Nos cuenta alguien que en esa coyuntura se animó a escoltarlo, y que luego sería testigo en el proceso de canonización de Toribio, que cuando vieron a éste con la cruz en alto, los indios le abrieron paso, pero mirándolo con ojos recelosos. Muerto de miedo, el que lo acompañaba se puso de rodillas y le suplicó que retrocediesen, porque si no morirían inde-

fectiblemente, y «habiéndolo oído dicho siervo de Dios y llevado su rostro con el fuego del amor de Dios y llevado de la caridad evangélica proseguía en su demanda diciendo: que no podía haber guerra donde estaba la paz de Dios». Permaneciendo solo, siguió adelante, y tras convencer a los indios, los indujo a recibir el bautismo, para lo cual se quedó allí durante mucho tiempo.

Luego de dejarlos reducidos, salió de ese lugar y prosiguió su visita por otros parajes, donde se le juntó de nuevo el timorato declarante. Varios de los que integran su comitiva nos cuentan que en sus largas correrías «iba alabando a Dios y cantando la letanía de la Madre de Dios». Se conservan aún dichas letanías, llamadas «de Santo Toribio de Mogrovejo» o «Letanías del Concilio de Lima», y se las sigue rezando todavía hoy en la capital del Perú. Contiene bellas invocaciones, en número mayor que las lauretanas, donde se incluyen la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora y su gloriosa Asunción a los cielos, con varios siglos de anticipación a la proclamación dogmática de ambos misterios. Dos de los acompañantes del Santo Arzobispo, que respondían a las invocaciones del rezo litánico, comentaban: «No parecía sino que venía allí un ángel cantando la letanía, con lo cual no se sentía el camino».

Destaquemos este aspecto mariano de la pastoral del Santo, trovador de Nuestra Señora. Se ha dicho que a través de la devoción a la Santísima Virgen que él supo tan bien inculcar, logró llegar a las raíces del alma indígena, la cual adhirió, con toda la ingenuidad de su alma primitiva, a los misterios de la Madre de Dios.

La idea de un ser todo belleza y pureza, arquetipo de santidad y de amor, iluminó la inteligencia y transfiguró el sentimiento de los aborígenes. La desconfianza y el temor instintivos fueron dejando lugar a la entrega y el abandono filial. Y como el Santo supo fomentar también la devoción mariana en los españoles y en los criollos de las ciudades hispánicas, puede decirse que el culto mariano fue el quicio que vinculó las diversas razas y estamentos, así como la expresión más sublime de la conciencia religiosa del Virreinato. A ello se unió, por supuesto, el culto de la Sagrada Eucaristía, que fascinó el alma indígena, desplazando totalmente los ritos ancestrales, formales y fríos.

Toribio aprovechó sus giras pastorales para erigir iglesias donde no las había, de modo que no quedase pueblo sin templo. Trataba que la propia población tomase parte en la edificación de la suya. Cuando la decisión estaba tomada, él mismo quería llevar en sus manos la piedra que se había de asentar primero. Si la iglesia del lugar se encontraba deteriorada, los animaba a restaurarla. Luego procuraba dotarlas de imágenes y ornamentos. Los indios se emulaban porque el templo de sus pueblos fuese el mejor de la zona, aunque las distancias fuesen cortas entre los diversos poblados.

Todavía hoy subsisten muchas de esas iglesias y ermitas, que testimonian la piedad y devoción de los sencillos moradores de aquellas serranías. El Arzobispo quería, asimismo, que junto a la casa parroquial se construyese un colegio para la educación de los niños del lugar. Éstos aprendían a leer el Catecismo del Tercer Concilio de Lima, adquiriendo cada cual un ejemplar impreso en su lengua.

Asimismo fomentó la construcción de hospitales para las comunidades indígenas. El Rey, y luego el Consejo de Indias, habían decidido que parte del tributo de los indios debía ser inmediata y efectivamente invertido en la creación y mantenimiento de dichos hospitales, pero estipularon que ello estaría bajo el control del Arzobispo.

«Yo declaro, deseo y es mi voluntad –escribía Felipe II a Toribio– que vos y vuestros sucesores en ese arzobispado podáis inspeccionar los bienes pertenecientes a los hospitales de indios». Cada hospital tenía un médico con salario fijo, y disponía, en caso de necesidad, de los servicios del cirujano de la zona, que debía visitarlo regularmente.

Preocupóse también nuestro Santo por acrecentar las vías de comunicación. Ya en el Concilio se había planteado el problema de la precariedad de los caminos y puentes, por cuya causa sucedían numerosos accidentes, a veces mortales, con peligro de que los indios muriesen sin sacramentos. Especialmente en su último viaje, el Arzobispo habló con las autoridades políticas, así como con los párrocos, para ver de remediar dicha deficiencia, porque es necesario, decía el prelado, «atender al bien espiritual y corporal de los indios». Esta motivación aparece frecuentemente, como si fuese un estribillo en sus escritos. Advirtamos, de paso, cómo una finalidad espiritual, cual es la salvación de las almas, puede tener incidencias en el orden temporal. Los caminos no servirán sólo para intercomunicar las personas y los lugares, sino también para facilitar la administración de los sacramentos.

En sus diversas giras pastorales, Santo Toribio se preocupó particularmente en administrar a sus fieles la confirmación, sacramento por el cual sentía una especial devoción. Sus manos se cansaban de tanto confirmar. En cierta ocasión, lo estaba haciendo en una parroquia. Al terminar la ceremonia fue a almorzar, pero de pronto se le ocurrió preguntar al padre doctrinero si a lo mejor no faltaría alguno por confirmar. Éste comenzó a dar vueltas, ya que no se animaba a confesárselo, pero ante la insistencia del Obispo hubo de decirle que sí, que a un cuarto de legua, en una cueva, había un indio enfermo, que no había podido venir.

Allí mismo Toribio interrumpió el almuerzo, «se levantó de la mesa», y se dirigió hacia donde se encontraba aquel hombre, juntamente con el sacerdote. El indio estaba en un altillo, al cual había que subir por una escalera. Después de prepararlo debidamente, lo confirmó con toda solemnidad, como si hubiera «un millón de personas», dice el testigo. A eso de las seis de la tarde regresó, y acabó su interrumpido almuerzo. Se dice que a lo largo de sus 40.000 kilómetros de viaje confirmó casi un millón de personas, cifra cumplidamente registrada en los libros parroquiales.

Uno de los feligreses que Toribio confirmó merece especial referencia. Se trata de una niña llamada Isabel Flores Oliva, que luego cambiaría su nombre por el de Rosa, y sería la primera santa peruana, patrona de América: Santa Rosa de Lima. Si bien había nacido en Lima en 1586, el Obispo la confirmó en Quivi, el pueblo en que vivía a la sazón, y donde hoy se alza una ermita en su honor. Pertenecía a una familia de españoles pobres que emigraron a América y se establecieron en el Perú. Rosa aprendió la doctrina en el *Catecismo* de nuestro Santo. Ya estando en Lima, donde pasó la mayor parte de su corta vida, quiso tener su pequeña celda en la huerta familiar. Con frecuencia visitaba los conventos, en especial el de Santo Domingo, puesto que era terciaria dominica, el mismo convento donde se santificó su portero, fray Martín de Porres, que justamente había sido bautizado en la misma pila que Santa Rosa.

Tales fueron las famosas Visitas Pastorales de Santo Toribio. Bien hace el P. Iraburu en observar que este hombre de buena salud, sí, pero no de condición atlética, que hasta los 43 años llevó una vida sedentaria, entre libros y documentos, y que desde esa edad dedicó 25 años a la actividad pastoral, la mayor parte de ellos recorriendo caminos, cruzando ríos, alojándose en chozas o a la intemperie, a pan y agua, constituye una demostra-

ción palmaria de que el hombre, cuando realmente se enamora de Dios, participa de la omnipotencia divina, se hace tan fuerte como el amor que inflama su corazón, y puede con todo.

Cuando en la historia aparece un gigante, enseguida pululan los mediocres que lo acosan, porque lo ven *distinto*, superior. En vez de admirar la intrepidez apostólica del Santo Prelado, que lo llevó a desafiar peligros sin cuento, no encontraron nada mejor que acusarlo ante los poderes políticos, como si viajando tanto hubiera desatendido las necesidades de Lima. A lo que él respondió, indignado, que al obrar así no hacía sino «servir a Dios y al Rey». Bien lo dejó dicho un testigo en el proceso de canonización:

«Era lo que Dios mandaba y lo que estaba a su cargo para enseñar y atraer a la fe cristiana a los bárbaros e idólatras, bautizándolos y confirmandolos y reduciéndolos a que se confesasen y que aunque se ponía en tan graves peligros de mudanzas de temples, de odio de enemigos, de caminos que son los más peligrosos de todo el mundo por ser tierra doblada y de muy grandes ríos y se sujetó a despeñaderos como muchas veces estuvo en peligro de muerte y esto hacía por Dios y por cumplir con su obligación y para dar ejemplo que se debe dar a los prelados que tienen a su cargo almas y que allí en España no sabían la distancia que había en este arzobispado por tener más de 200 leguas y muchos millones de indios que entonces había y parece que Dios ha sido servido que después que les faltó este pastor y pasto espiritual han ido en tanta disminución que ya no hay la cuarta parte; entró en los indios de guerra e infieles con peligro notable por ser belicosos los indios y por los temples rigurosísimos e iba con tanto ánimo que otrosí daba a entender le ayudaba el Espíritu Santo a pasar peligros y caminos donde nunca jamás había pasado nadie».

De esos viajes, donde el Santo realizaba todas las obras propias de un pastor, como catequizar, confirmar, erigir iglesias, e incluso destituir curas que mostraban poco celo, y ello de a decenas, nos queda como reliquia documental el *Libro de visitas del Señor Arzobispo Santo Toribio*, redactado por sus secretarios, que se conserva en el Archivo del Cabildo Catedralicio de Lima.

Además de servirnos como reseña de su obra pastoral, constituye un valiosísimo documento para una radiografía del Perú de comienzos del siglo XVII: censo de población, con la indicación de edades, sexo y actividad económica; labradores, ganaderos, carpinteros, zapateros, telares, haciendas, obrajes, etc.; variedad de indios: caciques, tributarios, chicos, grandes; diversos tipos de vivienda: caseríos, estancias, chacras, rancherías, ingenios; distintas clases de cultivo: maíz, coca, algodón, y de ganados: ovejas, cabras, etc.; lenguas habladas en el distrito; condición y calidad de los doctrineros: si sabían lenguas, sueldos que percibían, Órdenes o congregaciones religiosas a que pertenecían; comportamiento de los corregidores; trato recibido por los indios; situación y distancia en leguas de los diversos pueblos; orografía; condiciones meteorológicas y climatológicas; menú de los acompañantes del Arzobispo; estado del proceso evangelizador; cofradías; fuentes informativas: caciques, visitantes, párrocos, escribanos, corregidores...; medios de transporte: a pie, en mula, por ríos, etc.

Así caminó y caminó nuestro Santo, siempre en compañía de su fiel Sancho Dávila. Cerremos este apartado con un texto del reciente biógrafo de Toribio, don José Antonio Benito Rodríguez:

«Nuestro protagonista es de la misma generación histórica que Miguel de Cervantes y el jesuita Diego Torres Bollo que presentó dos *Memoriales* en defensa de los indios al nuevo Presidente del Consejo de Indias, don Pedro Fernández de Castro. Era éste biznieto de San Francisco de Borja, y el mayor mecenas de las Letras Españolas por haber prestado el más decidido apoyo al autor de *Don Quijote de la Mancha*, cuyo primer ejemplar viajó a principios de

1605, unos meses más tarde que Torres, a la América hispana... Sin forzar mucho la realidad, la aventura de don Alfonso Toribio Mogrovejo nos lleva a pensar en la inmortal obra cervantina: el hidalgo don Quijote de la Tierra de Campos, con su escudero Sancho Dávila y su rocín de nombre Volteadora, hizo posible el sueño de Cervantes, hizo real la utopía indiana que Vitoria y la Escuela Salmantina diseñaran en las cátedras universitarias».

V. Las relaciones del Arzobispo con el poder temporal

Cabe preguntarnos cómo fue el trato de nuestro Santo con los gobernantes del momento, ya los del Virreinato, ya los de la Metrópoli. No se ha de olvidar que, al otro lado del Atlántico, España vivía su mejor hora política y cultural, el Siglo de Oro de su historia. El poder temporal, por lo demás, apoyaba ampliamente la obra apostólica de la autoridad religiosa. Como dijimos más arriba, si Carlos V le dio Zumárraga a México, su hijo Felipe le dio Mogrovejo al Perú. México y Perú –Zumárraga y Toribio–, fueron los dos polos geográficos desde donde se desarrolló durante cuatro siglos la evangelización del Nuevo Mundo.

La relación del Santo con los conquistadores y sus hijos fue extremadamente cordial. Si bien su antecesor en la sede de Lima, fray Jerónimo de Loaysa, estaba influido por las acerbas críticas de fray Bartolomé de las Casas, tantas veces infundadas, pero que a pesar de todo tuvieron amplia resonancia no sólo en México sino también en el Perú e incluso en la Casa Real de España, Santo Toribio siguió su propio camino, lejos de toda utopía, encarnado como estaba en la pura realidad. Nada más lejos de su espíritu que la terrible requisitoria anticonquistadora de Las Casas. En gran manera se preocupó por honrar a las autoridades políticas, sin por ello dejar de reconocer y denunciar sus errores o delitos.

No hubo en su trato la menor muestra de servilismo. Si bien sus relaciones con los Virreyes fueron por lo general fluidas, a veces se volvieron distantes y hasta tensas. Especialmente tuvo problemas con el virrey García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, quien gobernó el Perú desde 1589 a 1596. Este Virrey, casi desde su llegada de España, se formó un concepto totalmente erróneo del Arzobispo. En carta que le envió al Rey le decía:

«Ni yo he visto al Arzobispo de esta ciudad, ni está jamás en ella, ya por excusa de que anda visitando su Arzobispado lo cual se tiene por mucho inconveniente, porque él y sus criados andan de ordinario entre los indios comiéndoles la miseria que tienen, y aún no sé si hacen otras cosas peores, además de los inconvenientes que se siguen de que Arzobispo falta de su Iglesia. Y también se mete en todo lo que toca a los hospitales, fábricas de Iglesias y todas las cosas que son del Patronato Real, por lo cual y porque todos lo tienen por incapaz para este Arzobispado y no acude, sería razón que Vuestra Majestad le mandase ir a España, poniendo aquí un Coadjutor».

El Rey, a pesar de que apreciaba al Santo en gran manera, llegó a creer, al menos en parte, tales acusaciones, y en Cédula Real le pidió que evitase «las dichas salidas y visitas todo cuanto fuere posible». Con todo respeto Toribio le contestó que su modo de obrar respondía a los imperativos de su oficio pastoral, citando al respecto las normas establecidas por Trento. Y le agregaba que de su actuación «se ha de tomar estrechísima cuenta el día del juicio universal, y en particular al tiempo de la muerte. La vida es breve y conviene velar cada uno sobre lo que tiene a su cargo. Estas son las causas de mi ausencia de Lima, porque en estas tierras abandonadas es donde hay más necesidad del Santo Evangelio».

Más allá de este pequeño roce, Toribio tuvo siempre gran aprecio y hasta veneración por el Rey, como buen

hidalgo castellano que era. Le contaba todas sus aventuras, casi como si fuera un padre. Ya durante el primero de sus viajes le decía en carta: «[...] donde procuré descargar la conciencia de Vuestra Majestad y mía, como lo he hecho después que estas ovejas están a mi cargo, olvidándome de mi propio regalo, no teniendo atención a otra cosa más que a esto».

Ya hemos relatado cómo, en medio de unas de sus correrías apostólicas, tuvo que volver urgentemente a Lima. Se trataba de un caso de servicio al Rey, cosa que para él era de importancia casi sagrada: debía hacerse una colecta extraordinaria, que Su Majestad había solicitado a los prelados de sus Reinos, para colaborar con el Patrimonio Real, demasiado debilitado por tantos gastos, especialmente los provenientes de los nuevos reinos de América, a los que se unía por aquel entonces el elevado presupuesto que exigía el preparar la Armada Invencible contra Inglaterra. El Virrey se lo acababa de notificar por correo urgente.

Inmediatamente Toribio volvió sobre sus pasos. Sólo el mejor servicio del Rey podía llevarlo a interrumpir su trabajo apostólico. «Vine de la visita a esta ciudad sólo para este efecto –le escribe a Felipe II– doliéndome de los trabajos y guerras que Vuestra Majestad tiene con los enemigos, nuestros herejes de Inglaterra». Tal era su trato con el Rey. Asimismo nunca desatendió las justas advertencias del Consejo de Indias. Pero jamás permitió que ni el César ni el Consejo se entrometieran de manera inadecuada en las cosas de Dios, y en lo referente a las visitas pastorales nunca modificó su norma de vida episcopal.

También se le opusieron a veces algunos Oidores. Uno de ellos escribió un *Memorial al Rey* con toda clase de acusaciones por él inventadas: que Toribio buscaba ventajas personales, bienes económicos, que era altivo con los clérigos, corregidores e indios. Asimismo lo atacaron los canónigos de su propio Cabildo, enviando igualmente cartas al Rey. Según ellos, Toribio era «un problema», y sus ausencias de la sede episcopal creaban una especie de vacancia de poder. A lo que Toribio reiteraba su respuesta. «Yo he acudido con muchas veras –le dice al Rey– y con el trabajo que por ésta no se podrá decir... proveyendo desde lejos a necesidades que ocurrían sin que en ello hubiera faltado alguna... y no estando holgando, y descansando, y rehusando el trabajo, sino poniendo en ejecución la obligación que hay que hacer en persona las visitas».

Sin olvidarse de recordarle que «Su Majestad, por sus Cédulas, tan encomendadas tiene se hagan [las visitas] por las propias personas de los prelados». Él no hacía, pues, sino lo que tenía que hacer, que era lo mismo que su Rey quería. ¿De qué se quejaban entonces? Nunca quiso obrar a escondidas, tanto que a renglón seguido le avisa, como si nada, que iniciaría otra gira: «Saldré un día de éstos a visitar otras partes del arzobispado, en conformidad con lo proveído por el santo concilio de Trento, y cédula de vuestra real persona».

Esta acusación persistió durante mucho tiempo, como se ve por las instrucciones del nuevo Rey, Felipe III, al Virrey de aquel momento: «El mismo cuidado tendréis, como os lo tengo ordenado, de tratar con el arzobispo de que no haga tan a menudo los concilios provinciales ni tan largas las ausencias de su Iglesia». Ya la queja no era una tan sólo. Ahora se agregaba la de que convocaba demasiados concilios. Toribio se sintió molesto. Cuando el nuevo Virrey fue a comunicarle personalmente el mensaje del Rey, encargó a su secretario le dijese al ilustre visitante que estaba rezando, y que cuando acabase de tratar con Dios lo atendería. Así lo hizo, ante el estupor

de toda la curia arzobispal, viendo al representante directo de Su Majestad guardar antesala. Es que el Santo quería hacerle saber que para él Dios era el primer servido, y que estaba muy por encima de los chismes de los hombres. Los Concilios y las Visitas no eran negociables.

Especial amargura sintió Toribio cuando en cierta ocasión le tergiversaron en Madrid algunas cartas que había enviado al Papa. Haciéndose eco de dicha infamia, tanto el Consejo de Indias como el mismo Rey montaron en cólera contra el Arzobispo, a tal punto que los del Consejo, con anuencia del monarca, escribieron al virrey del Perú, ordenándole que llamase al Prelado y delante de la Audiencia de Lima le diera una áspera reprensión. Poco más tarde se conoció la manera deliberada como fueron tergiversadas las cartas que el Obispo dirigiera a Su Santidad.

Con motivo de estas intrigas, Toribio le escribió al Rey, expresando su gozo de padecer por amor a Cristo y a la Iglesia. «Yo me he alegrado y regocijado mucho en el Señor con estos trabajos, y adversidades, y calumnias, y pesadumbres, y los recibo como de su mano y los tomo por regalo, deseando seguir a los Apóstoles y Santos Mártires y el buen Capitán Cristo nuestro Redentor, cuya ayuda y gracia, atendiendo en esta parte que en cuanto uno más sirva a Dios es más perseguido del mundo y de la gritería y es lo que Nuestro Señor dijo a sus discípulos que si fuesen de este mundo, el mundo los querría y amaría, mas porque no eran, por eso los perseguiría».

Con el virrey don García Hurtado de Mendoza, tuvo también otro conflicto, a raíz de la creación del Seminario, que había dispuesto el Santo, cumplimentando lo resuelto en el Concilio de Lima. Dicha casa de formación era la primera que se abriría en América y el mundo entero conforme a los decretos del Concilio de Trento. El mismo Arzobispo aclaró que lo hacía «con el fin de cumplir lo que había ordenado el Concilio de Trento». Tras comprar la casa que dicho Seminario usaría como sede, por cortesía pidió el acuerdo del Consejo de Indias. Decimos «por cortesía», ya que ello era innecesario, dado que no se trataba de una institución sujeta al Patronato. El Consejo respondió asintiendo, con lo que el Seminario se inauguró efectivamente en 1590, presentándose 120 candidatos. Fue aquí cuando intervino el Virrey, queriendo recuperarlo para el Patronato. Cuatro años duraron los desencuentros.

Finalmente intervino Felipe II. Contra sus intereses personales y su propio prestigio como titular del Patronato Real, este Rey tan profundamente cristiano desautorizó pura y simplemente a su Virrey, enviándole esta Cédula:

«Os ordeno que dejéis el gobierno y la administración del seminario a la disposición del arzobispo, así como la selección de los alumnos, conforme con lo que ha sido estipulado por el Concilio de Trento y por el que se ha tenido en esa ciudad de Lima el año 1583». De los 120 candidatos que se habían presentado se aceptaron sólo 30, por sus buenos antecedentes personales, que seguirían los cursos en la Universidad de San Marcos, de Lima, para que tuviesen títulos universitarios, aunque la mayor parte de ellos serían luego destinados a las misiones en las doctrinas de indios. De este Seminario tan seleccionado saldrían sacerdotes preclaros, algunos de los cuales serían luego obispos en Santo Domingo, Bogotá y México, con lo que el Seminario se irradió mucho más allá del Perú.

En 1602 Toribio le podía escribir gozosamente a Felipe III: «Hay tantos hijos de esta tierra, legítimos descendientes de los conquistadores, que no aspiran sino a ser misioneros en las doctrinas». Destaquemos la generosidad y la nobleza de estos jóvenes seminaristas, provenientes de la segunda generación posterior a la Conquista, dispuestos a abnegarse con tanto desprendimiento, ejerciendo su ministerio en lugares perdidos de los An-

des. Ello revela la seriedad del cristianismo que vivían muchas de las familias españolas que se trasladaron a América, verdaderos semilleros donde, como se ve, germinó con tanta abundancia la gracia de Dios.

Vamos viendo cómo Toribio, sin dejar de ser profundamente humilde, cuando alguien pretendía extralimitarse, dejaba bien en claro los derechos inalienables de su dignidad episcopal. En cierta ocasión, se encontró con el famoso virrey don García Hurtado de Mendoza, el mismo que lo había enfrentado varias veces. Como al Prelado le pusiesen «la silla fuera del dosel, entonces él mismo la cogió metiéndola dentro de él, diciendo estas palabras: Bien sabemos que todos somos del Consejo de Su Majestad».

Los principales encontronazos que tuvo con los poderes temporales fueron por la firme y decidida actitud de defensa que adoptó frente a los abusos que se cometían en nombre del Patronato Real. Siendo jurista *in utroque iure*, podía esgrimir dos poderosas armas: las leyes eclesiásticas y las leyes civiles, de las que tenía amplio conocimiento por sus estudios en la Universidad de Salamanca y más tarde su oficio de inquisidor en Sevilla. Así, con las leyes de Dios en una mano, y las civiles en la otra, sabía cómo argüir ante el Rey, el Consejo de Indias, los Virreyes u otras autoridades civiles, con las que debía resolver asuntos arduos y enojosos.

Una de sus luchas más frecuentes fue contra el comportamiento de algunos Corregidores, como se llamaban las autoridades civiles de los pueblos, que gobernaban en nombre del Virrey, y que a veces obraban en desmedro de los indios, los cuales no tenían a quién recurrir en busca de comprensión y justicia. El caso es que, en ocasiones, los Corregidores, a pesar de lo estipulado claramente en las Cédulas Reales, se apoderaban de los dineros destinados a la construcción, mantenimiento y mejora de iglesias, hospitales, y hasta escuelitas de los indios. Toribio no tardó en dirigirse al Rey para reclamar su protección en este asunto.

He aquí lo que le respondió Felipe II en una de sus cartas: «Que los indios son tratados peor que esclavos, y como tales se hayan muy vendidos y comprados de unos encomenderos a otros y algunos muertos a coces y mujeres que mueren y revientan con las pesadas cargas, y a otras, y a sus hijos las hacen servir en las granjerías y duermen en los campos, y allí paren y crían... Nos ha dolido como es razón y fuera justo que vos y vuestros antecesores como buenos y cuidadosos pastores hubiéades mirado vuestras ovejas solicitando el cumplimiento de lo que en su favor está proveído o dándonos aviso de los excesos que hubiese para que los mandásemos remediar y que por no haberse hecho haya llegado a tanta corrupción y desconcierto que de aquí en adelante se repare con mucho cuidado y para que así se haga escribimos apretadamente a nuestros Virreyes, Audiencias y Gobernadores que si en remedio a ello tienen o tuvieren algún descuido han de ser castigados con mucho rigor».

Aduciendo las Cédulas Reales, Toribio supo enfrentar con decisión a los Corregidores que se negaban a cumplir lo ordenado por el Rey, así como a otras autoridades de diversas provincias y audiencias del Virreinato, que ocultaban o desairaban los decretos reales. Era el respaldo que necesitaba. Muchos se sentían ofendidos por ello. Toribio no se inmutaba.

Obraba así, le informaba al Rey, «procurando descargar la conciencia de Vuestra Majestad y la mía e imitar a Santo Tomás que por defender la Iglesia pasó grandes persecuciones y tempestades sin oponérsele ninguna cosa por delante ni bienes temporales ni amor de parientes, y teniendo tan solamente a Dios por delante... Yo voy haciendo mil diligencias y las haré contra los Corregidores y demás ministros seculares que lo impidieron hasta que con efecto acudan y obedezcan a lo que Vuestra Majestad por Cédula Real manda y tiene ordenado».

En una de sus giras pastorales, nuestro Santo Pastor visitó el pueblo de Jauja, y allí le exigió a su corregidor, don Martín de Mendoza, que cumpliera con lo prescrito, devolviendo lo que el Santo llamaba «sudor de los indios». Le dio para ello cincuenta días de plazo. Aunque el Corregidor buscó apoyo en la Audiencia, fue finalmente excomulgado. Como se ve, Toribio era categórico, tanto con los sacerdotes que no cumplían su deber como con los funcionarios injustos. Uno de los testigos dijo en el proceso de canonización: «Fue gravísimo en representar su dignidad y autoridad, defendiéndola inviolablemente y oponiéndose a todas las potestades seculares y decía que a Dios por delante y que en todo fuese servido y se descargase la conciencia, y lo demás como quisiesen, que sólo se había de dejar y preferir el servir a Nuestro Señor que era reinar».

En lo que se refiere al modo de haberse con los indios, Santo Toribio coincidía plenamente con los deseos del Papa y las intenciones del Rey. Ya en el año 1568, Felipe II había creído oportuno reunir en su corte a los miembros de la Junta Magna de Valladolid para replantearse la política que había de llevarse adelante en las Indias. Justamente por esos tiempos, el mismo Papa, enterado de algunos abusos, había hecho saber a la Corona de Castilla que la Sede Apostólica consideraba imprescindible se tomaran medidas para que la política española en las nuevas tierras se desarrollara con espíritu cristiano.

En aquella reunión de la Junta Magna se planteó un interrogante: ¿Qué hacer con los indios de los inmensos territorios de América? Segregarlos, no era aconsejable ni posible; dejarlos como estaban, tampoco era compatible con los propósitos de la Corona. La única decisión apropiada y justa era la incorporación a la Cristiandad de esos millones de indios, previa o conjunta evangelización y bautismo.

Era tal cual lo que anhelaba nuestro Santo, como atestiguó Sancho Dávila, en favor de sus ovejas más humildes, los indios, «a los que quiere y desea con todas veras aliviar sus penurias para que un día sean los honestos vasallos de Su Majestad el rey de Castilla y que sobre todo tengan plena conciencia de su fe católica».

Más aún, Toribio soñaba con algo más y era la posibilidad de que se llegase a suscitar una especie de aristocracia indígena. ¿No sería conveniente, le escribía al joven rey Felipe III, que se erigiesen colegios especiales para los caciques?

«Para bien de los naturales y aprovechamiento de la fe católica y buenas y loables costumbres, uno de los medios más eficaces que se nos representa es la enseñanza de los hijos de caciques e indios principales, de los cuales sin duda depende el bien o el mal de estos indios. Porque ganados o perdidos estos principales es cosa cierta ganarse o perderse todos los demás. Y para que se enseñasen y criasen cristianamente los muchachos de estos indios principales parece único remedio hacer algunos colegios y seminarios donde éstos se críen con disciplina y justicia cristiana. Porque enseñándose y criándose de esta suerte, tenemos entendido que con el tiempo llegarán a ser no solamente buenos cristianos y ayudar a los suyos para que lo sean, sino también que deberían ser aptos y suficientes para estudios y para servir a la Iglesia y aun ser Ministros de la palabra de Dios en su nación, porque al presente muy pocos de ellos son suficientes ni entienden cumplidamente la ley de Dios...»

«Para estos colegios o seminarios de indios podría Vuestra Majestad mandar que de sus mismos tributos como fueren vacando se aporte y aplique la parte que pareciere necesaria para su doctrina y sustento. Pues en ninguna cosa se pueden emplear mejor los dichos tributos que sea en mayor servicio de Dios y bien de estos indios y descargo de la conciencia de Vuestra Majestad, y por ser cosa de gran importancia y muy digna del cristianísimo celo de Vuestra Majestad, pide y suplica cuan encarecidamente puede este Concilio Provincial se dé orden y provea como tenga efecto desde luego el mandar hacer los dichos colegios y aplicar los tributos necesarios para ello».

Advertimos con cuánta frecuencia repite el Santo en sus cartas a los dos reyes, Felipe II y Felipe III, «para que se pueda descargar la conciencia de Vuestra Majestad y la mía», o también: «para que se descargasen ambas conciencias», en clara alusión al deber de las dos instancias respecto de la educación y evangelización de los indios.

Nada más deseable que la concordia entre el poder temporal y la autoridad espiritual. Ni Toribio quería meterse en asuntos puramente temporales, ni consentía ninguna interferencia indebida del poder temporal en el ámbito de su autoridad espiritual, como era por ejemplo su jurisdicción sobre el clero. Protestando en cierta ocasión contra las intromisiones de la Audiencia de Lima, le decía en carta al Monarca: «Si para reformar a nuestros clérigos, donde tanta necesidad hay, no tenemos mano los prelados, de balde nos juntamos a concilio y aun de balde somos obispos».

El apoyo de los Reyes, especialmente el de Felipe II, resultó altamente positivo. Los Concilios que en Hispanoamérica se celebraron después de Trento, fueron por disposición de los Monarcas, en virtud del Real Patronato de Indias que los Papas les concedieron. Sobre tan decisiva influencia escribe el P. Enrique Bartra:

«Podemos preguntarnos si la evangelización de América hubiera podido emprenderse con más éxito conducida directamente por los Papas del Renacimiento, que bajo la tutela de la Corona de Castilla. Lo que no se puede negar son los resultados de la conjunción de los intereses religiosos y políticos de una nación y de una dinastía campeona de la Contrarreforma, que perdura con robusta vitalidad hace casi medio milenio, aun disuelta aquella atadura circunstancial».

Dicha saludable conjunción se revela de manera indiscutible en esta circular que Felipe II enviara con motivo del nombramiento de Santo Toribio como arzobispo de Lima:

«A todos los residentes de nuestras tierras y Audiencias Reales de las nuestras Indias, Islas del Mar Océano y nuestros Gobernadores y cualesquier nuestros jueces de justicia y oficiales de ellas, a quienes esta Cédula será mostrada por el Licenciado Toribio Alfonso de Mogrovejo, Arzobispo electo de la Ciudad de los Reyes de las Provincias del Perú, que va a ocuparse de la Iglesia, como allá lo entenderéis y porque podría ser que yendo en viaje arribase a alguna o algunas de esas partes, así de la Mar del Sur como la del Norte y de manera que tuviese necesidad de ser favorecido para seguir su viaje, Os encargamos y mandamos a cada uno de Vosotros en vuestra jurisdicción que sucediendo lo susodicho deis y hagáis dar a dicho Arzobispo todo favor y ayuda para que con la mayor comodidad que fuera posible puedan ir a recibirle en su Iglesia. Fecha, en el Pardo, a 21 de febrero de 1579. Yo el Rey».

A su vez, poco después de terminado el Tercer Concilio, el Arzobispo escribe la siguiente carta a Felipe II, dedicándole un ejemplar del Sínodo, con copia de todos sus decretos y ordenanzas:

«Del sumo Dios dice San Agustín que es propio no empacharse con el gobierno de todas sus criaturas juntas, más que si fuesen una sola, y atender a cada una de ellas por menuda que sea con tanto cuidado, como si cada una importase lo que todas juntas. Esta soberana perfección, en cuanto es dada a la humana natura poder imitar la divina, en alguna manera representan los corazones altos de los Príncipes, que, ni la carga de los muchos y grandes negocios los vence ni inquieta, ni el cuidado por estar repartido a tantas cosas de su gobierno deja de mostrarse entero aun en las pequeñas y más remotas.

«Y verdaderamente si esta grandeza propia de Príncipes y monarcas se halla en las cosas humanas, Vuestra Majestad es un singular retrato a quien Dios Nuestro Señor con la anchura de tantos reinos y estados –que ciñen ya todo el Orbe– ha dado otra mayor anchura de corazón, como la que de Salomón refiere la escritura Divina, con que el pensamiento hecho a negocios tan grandiosos y universales de guerra y paz del mundo, le aplica cuando es servido a cosas particulares y menudas de personas, ejercicios y artes, tan

cabalmente que parece estar siempre desocupado de todo lo demás.

«Considerando esto, me he atrevido a enviar a Vuestra Majestad este librito que contiene las ordenanzas y decretos de los Concilios del Perú; que, aunque no parece materia tan propia de las ocupaciones de Vuestra Majestad, todavía me doy a entender se dignarán Vuestras reales manos de revolver algún rato este pequeño volumen, y le tendrán por bien ocupado en enterarse del gobierno eclesiástico de estas partes, que están del lado de vuestra real corona [...]. A Dios Nuestro Señor suplicamos alargue por muchos años la vida de Vuestra Majestad para el acrecentamiento de la fe católica en muchos señoríos y estados».

Vemos con cuánta elegancia reconoce Toribio la grandeza de este Rey, capaz de ocuparse de cosas trascendentes sin desatender las pequeñas, lo que es propio del magnánimo.

VI. Su vida espiritual

Vayamos cerrando nuestra semblanza de este gran Santo con algunos comentarios tocantes a su vida interior. Ya muchos aspectos de ella se nos han manifestado al considerar sus hazañas apostólicas. Los que lo frecuentaron coinciden en que vivía en perpetua comunión con Dios. Verle rezar, atestiguan, era un verdadero sermón, la mejor predicación posible sobre la majestad de Dios, la bondad de Dios, la belleza de Dios.

Un padre que fue su confesor, Francisco de Molina, señaló: «El tiempo que trató al dicho señor arzobispo y le confesó vio que era un hombre de tan ardiente amor de Dios, que todo andaba embebido en él, sin cuidar de otra cosa más que el celar la honra de Dios por su persona y que no fuese ofendido en nada, procurando por su propia persona atraer a este amor de Dios a cuantos veía y castigando y procediendo a los que le ofendían y vivían escandalosamente y cometían pecados públicos, siendo acérrimo defensor de la honra de Dios y de su Iglesia».

Su preocupación por las almas no fue sino un transfundirse hacia fuera de lo que llenaba su interior. Si el apostolado consiste en mostrar a los hombres el amor que Dios les tiene en Cristo (cf. 1 Jn 4, 16), él lo manifestó con creces, especialmente en su trato con los indios. Su celo era impresionante, según lo hemos constatado en diversas circunstancias.

Un contemporáneo cuenta cómo, en cierta ocasión, habiéndole dicho un cura a un indio de la sierra que no podía ir por la noche a confesarle por estar atendiendo al Obispo,

«el dicho siervo de Dios, sin hablar palabra, luego instantáneamente llamó a un criado y le mandó ensillar una mula y subiéndose en ella sin avisar a otra persona se fue solamente en compañía del dicho indio que había venido a llamar al dicho cura para que guiase a la parte donde estaba el enfermo que distaba de allí más de dos leguas de cuestras y sierras asperísimas y habiendo llegado al lugar y confesado al dicho enfermo en su lengua general porque la sabía y dejándole el dicho siervo de Dios muy consolado, se volvió al lugar de donde había salido y reprendió gravemente al dicho cura».

El celo de Toribio, ardiente por cierto, se caracterizó también por la discreción, sabiendo alternar sus tres visitas pastorales con los tres Concilios provinciales que convocó, es decir, su actuación apostólica directa con su tarea legislativa. De este modo, dispuso para las visitas de los siete años de espacio que corrían entre uno y otro concilio, que era el tiempo establecido por la Santa Sede, según las disposiciones de Trento. Es verdad que en las diócesis europeas no hubiera parecido adecuado ausentarse durante tanto tiempo de la sede episcopal, pero no hay que olvidar que la suya era una diócesis de misión, y que requería ser recorrida en toda su extensión. Creemos que la generosidad y el coraje que en dichos viajes demostró –«anduvo su Arzobispado dos veces», dice un testigo– quedó ampliamente de manifiesto en las anteriores páginas.

Se ha comparado –lo hemos dicho– a nuestro Santo con San Carlos Borromeo, los dos obispos postridentinos, pero no se pueden equiparar las visitas pastorales de uno y de otro, sobre todo si consideramos la diversidad geográfica de las dos arquidiócesis, la de Lima y la de Milán. La áspera geografía del territorio peruano, sumada a los caminos casi inexistentes, *cervis tantum pervia*, según decía con gracia el P. De Acosta, resalta la diferencia. Como escribe Sánchez Prieto, «no hubo núcleo de población, reducida o rebelde, urbana o montaraz, por arriesgado e inexpugnable que se encontrara, adonde él no entrase y se quedase el tiempo necesario para la evangelización, las primicias sacramentales y la inmediata estructuración canónica hasta el último detalle». Porque Toribio no fue sólo un gran misionero que llevaba la semilla de la fe, sino también un gran organizador, aquel «más canonista que teólogo» postulado por el Consejo de Indias, que supo constituir la diócesis, también desde el punto de vista jurídico.

El celo apostólico constituyó, no cabe duda, el gran incentivo de su actividad pastoral, ese celo que es fuego, ardor del alma. Hemos visto cómo cuando llegaba a un pueblo, tras una penosa aventura, a veces exhausto y afiebrado, al día siguiente se levantaba con prontitud, celebraba la Santa Misa «con agradable cara», detalle que reiteran sus acompañantes, y se ponía a predicar a los indios, sin dar señales de fatiga. No que dejase de experimentarla, sino que al propagar su fuego a los indios, renovaba siempre de nuevo el vigor de su espíritu. Fue, en verdad, un apóstol de la estirpe de San Francisco Javier.

Uno de los testigos que depusieron en los procesos de su canonización dice: «Mientras vivió en la Prelacia no tuvo una hora de quietud ni descanso, porque todo el tiempo ocupaba en el gobierno en crear y nombrar ministros que le ayudasen a la conversión de los indios, extirpación de la idolatría, reformatión de las costumbres y salvación de las almas y el tiempo que le sobraba, gastaba en la oración y en el estudio».

Esta observación la pudieron hacer todos cuantos le conocieron. A decir verdad, no deja de sorprender la actividad que desplegó en los veinticinco años de su episcopado. Con la tercera parte de lo que realizó, otros obispos se hubieran dado por satisfechos. Muchas veces hubiera podido excusarse de iniciar algunos de sus emprendimientos. No le habrían faltado razones de peso y personas serias que se lo aconsejasen, pero cuando estaba seguro de que Dios le pedía algo, hubiese creído faltar a su deber pastoral si no lo llevaba a cabo.

Por los demás, una actividad tan intensa no lo tensaba en exceso, ni lo volvía huraño. Al contrario, «en saliendo de la iglesia era muy afable con todo género de gente», atestigua uno de sus acompañantes. Nunca abdicó de su caballerosidad congénita, tanto que «aunque no se conociera por cosa tan pública y notoria su nobleza y sangre ilustre, sólo ver el trato que con todos tenía tan amoroso y tan comedido, se conocía luego quién era y se echaba de ver el alma que tenía».

Penitente como pocos, era «muy afable, muy cortés, muy tratable –reiteran los testigos–, no sólo con la gente española, sino con los indios y negros, sin que haya persona que pueda decir que le dijese palabra injuriosa ni descompuesta». Asimismo, «no tenía puerta cerrada a nadie ni quería tener porteros ni antepuertas, porque todos, chicos y grandes, tuviesen lugar de entrar a pedirle limosna y a sus negocios y pedir su justicia». Sólo cuando estaba rezando, se mostraba remiso a recibir audiencias, no fuera que lo perturbaran en su plegaria. Dios estaba antes que los hombres.

Este Prelado, hombre realmente virtuoso, era incapaz de decir una mentira. Quien fue su vicario general en Lima, en carta al Rey decía de él: «Es hombre de tanta verdad, que no hará pecado venial por todas las monarquías del mundo». Juntaba de manera admirable, como sólo logra realizarlo la caridad, la mansedumbre con la severidad, en los casos en que ésta se tornaba necesaria. Si bien es cierto que cuando correspondía hacerlo «defendía a sus clérigos como leona a sus cachorros», no temía enrostrarlos cuando se comportaban de manera indebida ya que, según él mismo escribía al Rey, «si para reformar nuestros clérigos no tenemos mano los Prelados, de balde nos juntamos a Concilio y aún de balde somos obispos».

Por lo demás, jamás se dejó llevar por las presiones civiles o eclesiásticas, si ellas le ponían obstáculos al cumplimiento de sus deberes pastorales: «Nunca he venido ni vendré en que tales apelaciones se les otorguen [...]. Poniendo por delante el tremendo juicio de Dios y lo que nos manda hagamos por su amor, por cuyo respeto se ha de romper por todos los encuentros del mundo y sus cautelas, sin ponerse ninguna cosa por delante [...]». La misma caridad que le llevó a excomulgar a cinco obispos sufragáneos suyos, como vimos que hizo al comienzo del Tercer Concilio, lo impulsó a levantar las censuras, al entender que así lo exigía el bien de la Iglesia. Aun cuando guardaba el debido respeto a las autoridades, fue totalmente ajeno a cualquier tipo de servilismo y de «acomodo» sugeridos por la astucia carnal, de modo que en todo parecía hombre superior y verdaderamente santo.

Su dadivosidad fue relevante. Sin duda manejó bastante dinero pero, aparte de lo que aplicaba a su sustento, bien poca cosa, por cierto, ya que su frugalidad era proverbial, buena parte de su renta pasaba a los necesitados, de modo que con toda justicia se lo pudo llamar «padre de los pobres». Por los testimonios de su proceso sabemos que no escatimaba limosnas tanto a gente principal que se había arruinado económicamente, como a los hospitales.

Era tal su caridad, dijo uno de los testigos, «que se pudiera llamar Santo Toribio, el limosnero». Otro señaló que «para tener más que repartir, moderaba su gasto todo lo posible». Y también: «Gastaba en esto su renta con tanto desinterés que no sabía qué cosa era dinero ni codicia hasta quitar de su propia persona y casa lo necesario». Todos los días recibía en su domicilio a numerosos pobres mendicantes, «y así sabe y vio este testigo que todos los jueves del año daba a dos indios de comer, sentándolos a la mesa con toda la humildad del mundo y luego de comer les lavaba los pies y les daba plata».

Una anécdota nos lo pinta de cuerpo entero. En cierta oportunidad se enteró de que un enfermo grave pedía ayuda a muy pocas cuadras de la Plaza de Armas, donde se encontraban el Palacio del Virrey y el Arzobispado. Enseguida se dirigió a socorrer al enfermo, un modesto trabajador que sufría fuertes dolores. Al verlo tan mal, decidió llevarse al Arzobispado de modo que allí lo atendieran, para lo cual debió cargarlo a ratos sobre sus hombros, ya que el pobre apenas si podía caminar. Cuando pasaron frente al Palacio del Virrey, los guardias de turno, observando en la oscuridad los pasos lentos de dos hombres y oyendo algún que otro quejido, gritaron: «Alto, ¿quiénes sois? ¿Acaso no sabéis que por aquí sin permiso no se puede pasar?». La respuesta del Arzobispo fue escueta: «Soy Toribio, el de la esquina». Al acercarse los guardias con gran sorpresa comprobaron que el Toribio de la esquina era el Arzobispo en persona, quien cargaba con el enfermo para llevarlo a su Palacio. Sorprendidos, sólo atinaron a decirle: «Pero Su Ilustrísima ¡cómo podéis estar haciendo esto a la media noche! Para algo está la servidumbre que tiene Su Señoría». Sin decir palabra, el Arzobispo siguió su camino para desaparecer pronto, al abrirse la puerta grande del Palacio Arzobispal.

Su desprendimiento se manifestaba con mayor evidencia, si cabe, cuando se trataba de sus hijos más desposeídos, los indios. No deja de constituir un símbolo de ello la decisión que tomó de regalar el cáliz de su primera misa a una humilde iglesia perdida en el hoy departamento de Huánaco. En el borde de dicho cáliz se podía leer: «Soy del doctor Toribio Alfonso de Mogrovejo». En ese cáliz era él mismo quien se ofrecía y derramaba por sus ovejas predilectas. Durante los tiempos en que no estaba de gira pastoral, iba todos los domingos a predicar a los indios de dos poblados indígenas contiguos a Lima. Y le gustaba hacerlo sin perder la solemnidad propia de un obispo, lejos de todo populismo barato: «En ornamentos pontificales, sentado con su cruz episcopal en la mano, les predicaba en lengua quechua».

Toribio fue, por cierto, un gran santo, que engalanó con sus virtudes la arquidiócesis de Lima. Pero no el único, ya que varios de sus contemporáneos también lo fueron. Se podría decir que en su tiempo la Ciudad de los Reyes fue también la Ciudad de los Santos, puesto que en sólo cuarenta años asistió a la muerte de cinco grandes: Santo Toribio (1606), San Francisco Solano (1610), Santa Rosa de Lima (1617), San Martín de Porres (1639) y San Juan Macías (1645). A estos grandes santos podemos agregar, aunque no haya sido todavía proclamado como tal, al P. Antonio Ruiz de Montoya, el gran misionero peruano.

Así de grande fue la irradiación espiritual de un obispo tan santo como Toribio de Mogrovejo, quien desde la Ciudad de los Reyes expandió su influjo en todo el Virreinato.

VII. Muerte y glorificación

A principios de 1605, Toribio no se encontraba bien de salud. Ya tenía 69 años, y muchas fatigas a cuestas. Sin embargo resolvió emprender otra gira pastoral, aun previendo lo que le podía suceder. Al despedirse de su hermana Grimanesa, que durante tantos años lo había acompañado en el Perú, le dijo: «Hermana, quédese con Dios, que ya no nos veremos más». A la verdad, ello era lo que más se adecuaba al temple de su espíritu: morir con las armas en la mano, combatiendo las batallas del Señor.

Lanzóse así a un vasto recorrido, esta vez por la costa, con la intención de visitar de un tirón cinco inmensas provincias. En abril de dicho año le escribió una carta al rey Felipe III desde uno de esos parajes. Por la Semana Santa de 1606 lo encontramos en Trujillo. Su intención era celebrar el Jueves Santo en la villa de Miraflores, llamada también Saña. Tanto el sacerdote que lo acompañaba como el párroco de Trujillo, al verlo desmejorado, le desaconsejaron dirigirse a aquel lugar, «por ser –le dijeron– tierra muy enferma y cálida, y que morían de calenturas por el riguroso calor que entonces hacía». Pero él, fiel a su estilo, siguió adelante. Durante el camino, hizo un alto en Pacasmayo, donde los agustinos tenían un monasterio bajo la advocación de Nuestra Señora de Guadalupe. Allí pudo rezar a la Virgen morena, la extremeña tan amada de los conquistadores. Cuando llegó a Miraflores, se alojó en la casa del párroco. Se sentía muy mal, decaído y afiebrado.

Tiempo atrás Toribio contó que cierto caballero muy virtuoso había dicho que cuando estuviera próximo a la muerte le agradecería gustosamente a quien se lo avisara. Ello se le iba a aplicar ahora a él.

«Habiéndole desahuciado el médico, el Licenciado Juan de Robles, su capellán, entró en el aposento del Bendito Prelado y le dijo si se acordaba de esto: y respondióle que se acordaba muy bien. Pues yo le doy a Su Señoría esas albricias –prosiguió el capellán–,

porque el médico dijo que se muere sin falta. Levantando los ojos y las manos al cielo el Siervo de Dios exclama: “Me he alegrado porque se me ha dicho: Iremos a la casa del Señor”. Luego se confesó, y se puso a hablar de Dios con los sacerdotes que lo rodeaban.

«Después de tomar algunas disposiciones, pidió que lo llevaran a la iglesia y en un rincón de ella lo acostasen en el suelo, para recibir allí la extremaunción y el viático, “porque se hallaba indigno de que Dios lo fuese a visitar en su casa”. Ese sitio aún hoy se lo recuerda y desde aquellos tiempos se llama *El Humilladero*. Luego le pidió al P. Jerónimo Ramírez, prior del convento agustino de Saña, que era un buen tañedor de arpa, trajese el instrumento y le cantase a media voz el salmo 115, *Credidi*, repitiendo con todo el fervor de su alma: “¿Qué devolveré al Señor por todos los bienes que me ha otorgado?... Preciosa es a los ojos del Señor la muerte de los santos. ¡Oh, Señor, yo soy siervo tuyo, hijo de tu esclava! Soltaste ya mis ataduras”.

«A continuación, pidió a los sacerdotes allí presentes que le cantasen el Credo, que él acompañó con sus débiles fuerzas, mientras apretaba en la mano el crucifijo. Por fin, habiendo mostrado su deseo de que se cantase el salmo 30, al llegar al versículo que el Señor repitió en su agonía: “En tus manos encomiendo mi espíritu”, plácidamente entregó el suyo al Señor». Era el 23 de marzo de 1606, la tarde de un Jueves Santo. «¡Qué hermoso día para morir – comenta Sánchez Prieto –, el día grande del Amor para tan gran profesional de la mejor caridad!».

No bien llegó la noticia a Lima, el Cabildo Metropolitano escribió a Felipe III: «Ha causado su muerte gran sentimiento por habernos faltado un espejo de Prelados». Recordando aquellos momentos, tiempo después un agustino, Restituto del Valle, le cantaría así:

Yace en su lecho de muerte
el Santo Obispo de Lima,
todos lloran de tristeza
sólo él canta de alegría.

Volviendo el rostro en que impresa
quedó la visión divina,
así dice a un pobre monje
que lloraba de rodillas:

No me lloréis, buen hermano,
no lloréis por mi partida,
tañed el arpa y cantad,
cantad con voz de alegría,
que siento que Dios se acerca,
que siento que Dios me mira,
que me mira y que me llama,
que me llama y es mi dicha.

Tañed el arpa y cantemos
que el alma presente el día
y quiere al cielo volar
cantando la nueva vida,
como llega en primavera
cantando la golondrina.

Tomó el arpa el religioso,
cantó con voz de alegría;
mientras el monje cantaba
el santo obispo de Lima
sentía en su corazón
las dulzuras infinitas.

Y en el jardín del convento,
entre la noche tranquila
entonaba un ruiseñor
sus más dulces melodías.
Siguió cantando el buen monje
al son del arpa querida.

Luego de embalsamar su cuerpo, lo llevaron a la iglesia, donde le dieron sepultura. Cinco meses después, doña Grimanesa, la hermana del Prelado, se presentó al Cabildo de Lima, pidiendo que se trasladase el cuerpo de Toribio de Saña a Lima, para que fuese enterrado en la Catedral, como había sido su voluntad, a lo que el Cabildo asintió. Fue un largo viaje de más de 700 kilómetros, que duró ochenta días, a un promedio de nueve kilómetros diarios. En cada pueblo por donde pasaban, por pequeño que fuese, querían retenerlo lo más posible. Al lle-

gar a Lima, fue inmensa la multitud que salió a recibirlo. Juan de la Roca, el arcediano, relata así la entrada triunfal:

«Más de dos leguas antes que llegase el dicho cuerpo a ella salió mucha gente con hachas encendidas y las trajeron delante y aleladas del dicho cuerpo y entre ellos muchos indios con sus cirios en las manos encendidos y todos llorando con gran ternura y clamando por su santo padre y pastor y a la entrada de la dicha ciudad salió gran suma de gente de todos estados a entrar con el dicho cuerpo y acompañarle y fue tanto que parecía día de juicio, todos mostrando gran sentimiento y derramando lágrimas tiernamente y luego que entró en la dicha ciudad fue notable cosa que nunca se había visto los sentimientos y clamores que había por las calles y ventanas por donde pasaba el dicho cuerpo, lo cual enterneció notablemente a todos los de ella aunque no le habían tratado ni comunicado, sólo por tenerle por cierto y verdadero pastor».

Durante el trayecto arrancaban trozos de sus vestiduras y hasta pedacitos de huesos, teniéndolo todos por santo. El monasterio de Santa Clara, tan querido por él, «recibió como precioso legado el corazón incorrupto del Santo». Finalmente fue sepultado en la Catedral. Con ello dicha iglesia, Primada de Hispanoamérica, tiene el honor de conservar los restos de los dos hombres protagónicos de la historia del Perú: el Marqués don Francisco de Pizarro, quien en 1535 fundó la ciudad, que sería el centro principal del poder español en el continente sudamericano por espacio de tres siglos, y Santo Toribio de Mogrovejo, el segundo arzobispo del Virreinato. La capilla del Santo, que se encuentra en el ala derecha de la Catedral, es la tercera después de la del conquistador Pizarro.

En 1631, veinticinco años después de su muerte, algunos miembros del Cabildo de Lima presentaron una petición para que se abriese información de la vida y costumbres del Santo Arzobispo. Tras el proceso de rigor, fue beatificado el año 1669, y canonizado el 1726. La Cristiandad entera exultó de gozo. El virreinato del Perú, ante todo, pero también las ciudades que lo habían conocido y frecuentado en sus mocedades. Salamanca, por ejemplo, celebró con gran pompa a su exalumno, en su espléndida Plaza Mayor, con fuegos de artificio que dibujaron en su centro una cruz luminosa. Junto con Toribio fueron canonizados varios más, entre los cuales San Francisco Solano, San Luis Gonzaga, San Estanislao de Kostka, San Juan de la Cruz, y otros.

En 1899 se reunieron en Roma, por primera vez, los obispos de Hispanoamérica, con el fin de preparar el nuevo siglo que estaba por comenzar. Allí proclamaron a Santo Toribio «el astro más luciente del episcopado del Nuevo Mundo», y a él se dirigieron en estos términos: «Tú, más que ninguno, acuérdate de nosotros, oh Toribio bendito, ejemplo y esplendor sin igual de Prelados y Padres de Concilios». Acto justiciero, por cierto, ya que nuestro Santo, al disponer la realización del Tercer Concilio limense y orientar sus decretos, hizo de la evangelización la columna vertebral de Hispanoamérica y un sustrato esencial de nuestra cultura, que deberá ser católica, o si no, no será. Los tres siglos que siguieron a dicho Concilio han vivido de él. Aun el Plenario Latinoamericano, al que acabamos de aludir, retuvo buena parte de la legislación auspiciada por el obispo de Lima, no siempre de manera literal pero sí en su espíritu, como base para adaptar la acción pastoral de la Iglesia a los nuevos retos de la historia.

El P. Pedro Leturia S. J., eximio historiador, que llamó a Santo Toribio «el gran Borromeo de los Andes», en el primer Congreso Nacional de Misiones, celebrado en Barcelona el año 1929, confesó: «Nada de cuanto hasta ahora he manejado en el Archivo de Indias me ha inspi-

rado más vivamente que este ilustre metropolitano, gloria del clero español del siglo XVI».

Cuando el año 1979, Juan Pablo II visitó la basílica de Guadalupe, en México, refiriéndose en su homilía al Concilio de Toribio, exaltó con palabras encendidas dicho emprendimiento, «porque hace 400 años supo llevar a feliz término empresa tan singular, que continuará largo tiempo para abarcar hoy en día, tras cinco siglos de evangelización, casi la mitad de la Iglesia católica, arraigada en la cultura del pueblo latinoamericano y formando parte de su entidad propia». Y en 1983, a pedido de todos los obispos del CELAM, lo declaró patrono del Episcopado de América Latina. «Confiamos que como este Santo para ellos será intercesor de celestiales gracias, así también los dichos prelados lo adoptarán como modelo del ministerio episcopal», dijo entonces.

Dios quiera que así sea, multiplicándose obispos de la madeja de este gran Prelado. La fiesta de Santo Toribio se celebra el 27 de abril.

Obras consultadas

Rubén Vargas Ugarte, *Vida de Santo Toribio*, Lima 1971.

Napoleón Mogrovejo, *Santo Toribio de Mogrovejo*, Ed. Trípode, Caracas 1985.

José Antonio Benito Rodríguez, *Crisol de lazos solidarios. Toribio Alfonso Mogrovejo*, Universidad Católica Sedes Sapientiae, Lima 2001.

Nicolás Sánchez Prieto, *Santo Toribio de Mogrovejo, apóstol de los Andes*, BAC Popular, Madrid 1986.

José María Iraburu, *Hechos de los apóstoles de América*, Fundación Gratis Date, 4ª ed., Pamplona 2004.

Jean Dumont, *L'heure de Dieu sur le Nouveau Monde*, Ed. Fleurus, Paris 1991.

Juan Landázuri, «Santo Toribio Legislador», en *Revista Teológica Limense*, septiembre-diciembre 1982, 273-278.

José Dammert Bellido, «El indígena en el Tercer Concilio Limense», en *Revista Teológica Limense*, septiembre-diciembre 1982, 295-305.

Virgilio Levaggi Vega, «Un hito en la evangelización de América Latina», en *Revista Teológica Limense*, septiembre-diciembre 1982, 323-336.

Santo Toribio de Mogrovejo

*Fundando monasterios va Toribio el apóstol
por contemplar primero los misterios.
Fundando monasterios.
Con los sabios conceptos del Concilio de Lima
impartiendo socorros y preceptos.
Con los sabios conceptos.
La claridad y lumbre buscaba de las cosas
movido por la fe y la mansedumbre.
La claridad y lumbre.
El amor al rebaño lo llevó hasta el extremo
de aliviar tanta pena y todo daño.
El amor al rebaño.
Como un padre asistía a los más indefensos
al cuerpo pan y al alma eucaristía.
Como un padre asistía.
En quechua o en guajivo, en guajoyo quitense
nombran las lenguas a mi Cristo vivo.
En quechua o en guajivo.
Por tierras de Pizarro esplende la liturgia
arriba el cáliz y el cantar bizarro.
En tierras de Pizarro.
Caramillos y flautas, la nostalgia aborígen
oye Toribio con palabras cautas.
Caramillos y flautas.
No hay camino escarpado que detenga su marcha
de maestro, de guía y de soldado.
No hay camino escarpado.
Su temple era de hierro, su ternura cristiana
parecíase al Cid en el destierro.
Su temple era de hierro.
Sancho Dávila cuenta de su arrojo sin pausa
que el dolor de la cruz se le presenta.
Sancho Dávila cuenta.
Confirmó a Santa Rosa nuestro fraile viajero
porque en la santidad su sed reposa.
Confirmó a Santa Rosa.
Corazón limosnero de belleza mariana
España te nombró su pregonero.
Corazón limosnero.
Albricias en el cielo, que Toribio se muere
al sonar de las arpas en el suelo.
¡Albricias en el cielo!*

Antonio Caponnetto

9

Padre Antonio Ruiz de Montoya

Nos introducimos ahora en la consideración de la figura de uno de los grandes de nuestra historia, el P. Antonio Ruiz de Montoya, esforzado misionero del período español de nuestra Patria, alma y vida de aquella inédita experiencia misional que fueron las reducciones guaranílicas.

I. Su juventud

Antonio nació en Lima, el 13 de junio de 1585, hijo de don Cristóbal Ruiz de Montoya, originario de Sevilla, y de Ana de Vargas. Por aquel entonces era Lima una ciudad señorial, espiritualmente regida por Santo Toribio de Mogrovejo, entre cuyos méritos se cuenta el de haber sido el redactor de un «Catecismo» escrito en español, quechua y aymara, que fue aprobado por el III Concilio Limense. Época realmente gloriosa aquélla, engalanada con la pureza de Santa Rosa y la humildad de San Martín de Porres. De Lima saldría para llevar la Buena Nueva al norte de nuestra Patria el gran misionero San Francisco Solano. Dicha floración se enmarca en el Siglo de Oro español, poblado de grandes santos, de grandes escritores, de grandes capitanes. Era la España generosa que se transfundía en sus provincias de ultramar.

A los 8 años, Antonio quedó huérfano de padre y madre, por lo que pasó a manos de tutores. Poco antes de morir, su padre lo había inscrito en el Real Colegio de San Martín, recientemente fundado por los jesuitas. Tras una niñez serena, comenzaron los devaneos de la adolescencia, con un creciente deterioro espiritual. Primero dejó la confesión, y luego abandonó los estudios para entregarse de lleno a una vida licenciosa, malgastando la herencia recibida, «con ansias de vivir independiente – como él mismo dice –, señor absoluto de sus acciones y hacienda». Empleó lo que tenía de dinero en comprar alhajas, servicios de plata, costosas tapicerías, todo ello en aras de la vanidad.

Sus biógrafos nos cuentan un episodio interesante de aquella época. El 4 de octubre de 1602, es decir, cuando tenía 17 años, fue hecho «caballero». Así lo relata su compañero y admirador Francisco Jarque: «Ciñó la espada, con asistencia de todos sus amigos, con el aplauso y solemnidad que acostumbran los Caballeros». Pero su caballería era puramente galante, sin el contenido profundo ni el espíritu medieval que había caracterizado a ese noble estamento de la sociedad. Sólo le resultaba útil para emprender inacabables lances callejeros, en esa Lima que por aquel entonces era una ciudad poco iluminada, sobre todo en los arrabales, poblados de huertas.

Se comportaba «peor que un gentil», escribiría luego de sí mismo. No eran, por cierto, juergas inocentes las suyas, sino aventuras tan serias que lo pusieron a veces en peligro de perder la vida o hacerla perder a otros. A consecuencia de tales desmanes, llegó a ser puesto en prisión o amenazado con el destierro.

II. Su conversión e ingreso en la Compañía

Dios comenzó a actuar en su interior insinuándole que ese tipo de vida le podría acarrear algún daño físico. Pronto comprendió que no se trataban de temores infundados. Trasnocando en cierta ocasión por las calles de Lima, se vio atacado por un grupo de muchachos: «Me estuve defendiendo como pude por espacio de media hora, hasta que ya de cansados me dejaron». Luego Dios, haciéndole revivir algunas de las enseñanzas que había recibido en el colegio, le inspiró el temor de la condenación eterna. Tenía miedo que lo matasen «de repente y sin confesión». Ello se reavivó a raíz de un hecho que nos relata su amigo Jarque:

«Habiendo gastado una noche en una gravísima ofensa de Dios, y paseando muy contento, acompañado de los que le habían guardado las espaldas, súbitamente le asaltó una veheméntísima imaginación, que Dios estaba muy indignado contra él». Le pareció ver a Cristo en el aire, en actitud amenazante. Trató de distraerse con sus compañeros, pero he aquí que, poco más adelante, uno de ellos tropezó con un bulto. Era el cuerpo de un muerto que, por la oscuridad, no podían identificar. Acercándose Antonio vio que se trataba de un íntimo amigo suyo, que poco antes se había apartado de ellos. Volvió enseguida a su casa, y no pudiendo conciliar el sueño, se encomendó a la Santísima Virgen.

Cansado de aquella vida de vagabundo, y «considerándose ya metido en el infierno», como se lo confesaría más adelante en carta a su amigo el P. Pedro Comental, se dirigió al virrey del Perú solicitándole permiso para ir a Chile por dos años, en plan caballeresco, con la intención de luchar contra los araucanos, una tribu prácticamente indomable. Tenía, a la sazón, 19 años. Ya estaba a punto de partir, cuando tuvo un sueño extraño. Reavivando quizás la memoria de alguna lectura o de algún sermón, y uniéndolo con su próximo viaje a Chile, se sintió como transportado a una tierra desconocida, donde vivían belicosos indios infieles, en medio de un grupo de varones santos, vestidos de blanco, que ejercían sobre aquéllos el oficio de ángeles. Entonces creyó ver a Cristo quien le daba a entender que él sería uno de ellos.

Cancelando el viaje proyectado, resolvió retomar sus estudios, que había abandonado en aras de su sed de aventuras. Casi al mismo tiempo comenzó a sentir cierto atractivo por la vida religiosa, cierto deseo de entregarse del todo a Dios, y también a la Santísima Virgen, cuyo rosario llevaba siempre consigo. Le propusieron hacer Ejercicios Espirituales de ocho días. Los primeros días fueron de gran desolación, pero luego comenzó a experimentar un creciente desapego por las cosas del mundo. No cabe duda de que se trataba de aquella «indiferencia» que San Ignacio considera inobviable para toda buena elección. «Estando en esto –escribiría luego– me pareció veía a los de la Compañía...», trabajando por la salvación de las almas. En su carta a Comental, donde le hace tantas confidencias, escribe:

«Parecióme ver en un grande campo muchos infieles. Sentíame muy aficionado a ayudarlos, para que se salvaran, y, lo que más me incitaba a esto, era el ver a los de la Compañía como que arremetían hacia ellos, encendidos de caridad para hacerlos cristianos y que se salvaran». En otro lugar completa la imagen: «Aquellos varones procuraban con todo conato arredrar a aquellos que parecían demonios, que todo hacía una representación del juicio final, como comúnmente lo pintan». Se ha señalado cómo en esta experiencia espiritual es perfectamente detectable, cual telón de fondo, tanto la meditación ignaciana del llamamiento del rey temporal y su aplicación a Cristo, sumo capitán, como la de Dos Banderas, y su enfrentamiento entre Cristo y Satanás, en este «gran campo con muchos infieles», donde «arremeten» con valentía los jesuitas.

Según puede verse, lo que le atrajo de la Orden fue su carácter de milicia de Cristo. «Y así hice luego voto de entrar en la Compañía, para emplearme en infieles». Pro-

siguió entonces sus estudios en el Colegio de San Martín, donde cursó las Humanidades y quizás la Filosofía, ingresando luego en la Compañía, el 12 de noviembre de 1606, o sea a los 21 años de edad.

Por aquel entonces, el P. Acquaviva, Superior General de la Orden, había decidido desgajar de la provincia jesuítica del Perú, que a la sazón abarcaba Colombia, Paraguay, Chile y la actual Argentina, la región del Paraguay. En 1604 el P. Diego de Torres era nombrado provincial de la nueva provincia, con sede en Asunción. Enterado de ello, el novicio Antonio se confidenció con su superior informándole «del deseo que el Señor me daba de la conversión de los indios del Paraguay».

Llevaba ya cinco meses en el Noviciado, cuando pasó por Lima el P. Diego de Torres, llevando consigo tres novicios, para dar comienzo a la nueva aventura misionera. Justamente uno de ellos enfermó. Era la ocasión para Antonio, quien al fin fue agregado al grupo. Los novicios viajaron por mar a Chile, y desde allí en dos carretas, cruzando la cordillera, hasta Córdoba, donde acabarían el tiempo de noviciado. El 12 de noviembre de 1608, Antonio hizo sus primeros votos, y luego los estudios de teología. En 1612 se trasladó a Santiago del Estero, donde fue ordenado sacerdote por el obispo Fernando Trejo y Sanabria, retornando enseguida a Córdoba para celebrar su primera Misa. Refiriéndose a su estadía en esta última ciudad dice en carta a Comental:

«En Córdoba he tenido algunos sentimientos particulares. Los que tengo apuntados son que un día, habiendo acabado de comulgar, ofrecí a Nuestro Señor mi corazón para que se aposentase en él, donde me pareció que la Hostia se había vuelto un muy hermoso niño, con quien me estaba regalando. Otra vez, estando amando a mi Señora, me pareció verla con su Hijo en sus brazos, y que me lo entregaba».

III. Su labor en las reducciones guaranícas

Ruiz de Montoya soñaba con las misiones del Paraguay. Como se sabe, los Padres de la Compañía habían iniciado un ambicioso emprendimiento entre los indios, sobre todo guaraníes. Tratóse de una experiencia espléndida, única en la historia mundial de la misionología. No es ésta, por cierto, la ocasión de exponerla en su totalidad, pero al menos digamos lo necesario para comprender mejor la inserción del P. Antonio en la misma.

1. El gran proyecto de las reducciones

Tanto las autoridades de la Iglesia como los gobernantes al servicio de la Corona se mostraban muy preocupados por la multitud de indios salvajes que poblaban la zona del Paraguay y el sur del actual Brasil, zona incuestionablemente española. Sobre todo uno de esos gobernadores, Hernando Arias de Saavedra, más comúnmente conocido como Hernandarias, hermano de Trejo y Sanabria, aquel obispo del Tucumán que ordenó de sacerdote a Montoya, figura señera de la Hispanidad en nuestras tierras, verdadero arquetipo del gobernante católico, se propuso ganar a aquellos indios para España y para la Cristiandad.

El campo era inmenso, poco o nada conocido. Hernandarias propuso tres frentes: el de los indios Guaycurúes, al norte de Asunción; el del Guayrá, en el noreste paraguayo y actual Brasil, donde ya existían dos poblaciones de españoles; y el del Paraná, esto es, la zona meridional del Brasil, la actual provincia argentina de Misiones, el norte de Corrientes y todo la región sudeste del actual Paraguay. El proyecto era ciclópeo.

Dirigióse entonces a Felipe III para pedirle instrucciones ya que, a su juicio, no le era posible reducir por las armas a aquellos cientos de miles de indios guerreros, «porque los españoles no tienen fuerza para poderlos conquistar ni sujetar». La respuesta del Rey fue tan contundente como admirable: «Acercas de esto ha parecido advertiros, que aun cuando hubiere fuerzas bastantes para conquistar dichos Indios, no se ha de hacer sino con sola la doctrina y predicación del Santo Evangelio, valiéndoos de los Religiosos [de la Compañía de Jesús] que han ido para este efecto».

Hernandarias obedeció la orden real. En 1609 se dirigió al P. Diego de Torres pidiéndole que destinase misioneros para cubrir aquellas tres grandes zonas. Aceptó el provincial, enviando dos Padres al Guayrá, dos a los Guaycurúes, y dos al Paraná.

No podemos entretenernos relatando lo que ocurrió entre los Guaycurúes y en el Paraná. Sólo digamos que fue en la segunda de esas zonas donde se estableció la primera de las reducciones permanentes, la de San Ignacio Guazú, al sur del Paraguay. El alma de la misma, como de muchos otros pueblos fundados posteriormente, fue un Santo, Roque González de Santa Cruz, nacido en Asunción, misionero eximio, de los mismos quilates que nuestro Ruiz de Montoya. No deja de resultar simpático saber que el hermano del P. Roque, el capitán Francisco González de Santa Cruz, casado con una de las hijas de Hernandarias, ocuparía luego el cargo de gobernador del Paraguay, apoyando decididamente a las misiones. En cuanto a la zona guaycurú, su evangelización resultó sumamente ardua, por la terrible belicosidad de aquellos indios.

Detengámonos en las reducciones establecidas en la zona del Guayrá, que es donde se va a mover el P. Montoya. En dicha zona, distante doscientas leguas de Asunción, que se extendía entre los ríos Paranapané al norte e Iguazú al sur, había una extraordinaria multitud de indios infieles. En medio de esa región tan vasta se encontraban dos pequeñas poblaciones españolas, Ciudad Real del Guayrá, establecida en 1554, y Villa Rica del Espíritu Santo, fundada en 1576, por orden de Garay. La primera no tenía más de 50 vecinos, y la segunda 150. Como se puede ver, ambos pueblos, totalmente desamparados en lo espiritual, ya que no contaban con sacerdote alguno, eran como islotes en una zona poblada de indios, que se podían calcular en unos 200.000.

Los sacerdotes enviados inicialmente a la región del Guayrá fueron los Padres José Cataldino y Simón Maseta, quienes dieron comienzo a dos reducciones, Nuestra Señora de Loreto, en el río Paranapané, y San Ignacio, en el río Pirapó. Con fecha 17 de febrero de 1620 escribía el provincial de la Compañía que la población de ambas reducciones era de casi 8.000 almas, y

«tienen ya muy formados los pueblos, casas y sementeras y están reducidos a forma de una muy ordenada república, y lo que es más en tierra donde jamás se vio nada de esto, han hecho los Padres estancia de vacas, ovejas y cabras, y plantado viñas y cañas dulces, y hecho casas y unas iglesias admirables, y capacísimas, siendo los mismos Padres los labradores, viñateros, carpinteros, albañiles y arquitectos y enseñando a los indios y haciéndolos oficiales... Tienen el culto divino muy en su punto y han enseñado a los indios el canto de órgano y cantan muy bien a tres coros...» En cuanto a sus iglesias, eran de las mejores del Paraguay. El gobernador Luis de Céspedes aseguraba no haberlas «visto mejores en las Indias, que he corrido todas las de Perú y Chile».

2. Ruiz de Montoya en el Guayrá

A estas reducciones sería destinado el P. Antonio. Partió desde Córdoba con su provincial, que era aún Diego de Torres, y ese gran español que fue don Francisco de Alfaro, del Consejo de Su Majestad y Oidor de la Real Audiencia de Chuquisaca, quien estaba tratando de aplicar sus Ordenanzas acerca de los indios en un todo de

acuerdo con el espíritu de las Leyes de Indias. Tras un recorrido de 260 leguas, llegaron a Asunción. Mientras esperaba allí su partida para las misiones, Antonio se zambulló con tesón en el estudio de la lengua guaraní. Su lugar de destino distaba unas 160 leguas hacia el este, pasando por zonas despobladas, ríos, pantanos y bosques. Conmovedora resulta la página en que el mismo Montoya describe su encuentro con los dos Padres que allí se encontraban.

«Llegué a aquella reducción de Nuestra Señora de Loreto con deseo de ver aquellos dos grandes varones, el Padre Joseph Cataldino y el Padre Simón Maceta; hallélos pobrísimos de todo lo temporal, pero muy ricos de celestial alegría. Los remiendos de sus vestidos eran tantos que no dejaban conocer la primera materia de que se hicieron. Llevaban los zapatos que sacaron de Paraguay remendados con pedazos del toscos paño que cortaban de las orlas de sus sotanas. Tuvéme por dichosísimo de verme en su compañía, como si me viera con la de dos ángeles en carne humana. La choza de su morada y todo su menaje, muy semejante a lo que se escribe de los pobres anacoretas. Carne, vino y sal, no gustaron en muchos años; carne alguna vez nos traían de la caza algún trozo de limosna. El sustento principal y regalo mayor eran patatas, plátanos y raíces de mandioca».

Interesante resulta saber la impresión que de Montoya tuvo el P. Maseta:

«Luego que llegó a las reducciones, edificó mucho, y aun admiró a los Padres que en ellas estaban con el tesón y fervor con que comenzó, no solamente a perfeccionarse en la lengua de los indios, que hablaba tan expeditivamente como ellos, con que hizo mucho fruto, sino también en todas las virtudes y obras de santidad que ejercitaba. Dióse todo a catequizar los adultos, bautizándoles y enseñándoles la doctrina cristiana, confesando y predicando con notable aprovechamiento de sus almas, que amaba mucho en el Señor. Curábalos y sangrábalos en sus dolencias, ayudábalos en sus necesidades con mucha caridad y largueza, quitándole de la boca para que ellos comiesen. Y así los indios lo amaban y veneraban, y él hacía de ellos, aunque fuesen caciques, todo cuanto quería. Más estaba en significarles su voluntad que ellos en obedecerla.

«Era hombre de mucha oración y familiar trato con Dios, y se le echaba bien de ver en la modestia de su semblante y compostura de todo el hombre exterior y en la prontitud y facilidad que tenía en hablar siempre de Dios, como quien nunca le perdía de vista, y en la devoción de Nuestra Señora, que era cordialísima, enterneciéndose siempre que hablaba de sus prerrogativas, de sus virtudes y del poder que tiene con Dios. Acudía con gran confianza en todas sus necesidades al amparo de esta señora y experimentaba presentísima su amorosa protección».

Montoya permanecería en el mundo guaraní por más de veinticinco años, desde 1612 a 1637, y su actuación fue protagónica en toda esa región. Misionero entre 1612 y 1622, luego superior de las misiones del Guayrá entre 1622 y 1634, y finalmente Superior de todas las reducciones desde 1637 a 1638. En el segundo período promovió el establecimiento de varias nuevas fundaciones, además de aquellas dos iniciales. A él se debió, en buena parte, la de San Javier en 1622; en 1625 las de San José y Encarnación; en 1626 las de San Miguel y San Pablo; en 1627 las de San Antonio, Concepción y San Pedro; en 1628 las de los Siete Arcángeles, Santo Tomás y Jesús María. A algunos les pareció que no siempre fue prudente en dichos emprendimientos, fundando pueblos sin suficientes garantías de continuidad. De hecho, varios de ellos, no llegaron a establecerse de manera definitiva. Sea lo que fuere, está en lo cierto el P. Rubén Vargas Ugarte cuando escribe:

«La llegada de Ruiz de Montoya a las misiones marca un nuevo período de las mismas, el de su pleno desenvolvimiento y organización, a la cual Ruiz de Montoya contribuyó cual ninguno, como Superior de las mismas, desde el año 1620. Veinticinco años se consagró sin descanso en recorrer selvas y montes, llanuras y esteros, bajo los más ardientes rayos solares, afanoso por reunir indígenas en pueblos o reducciones. En esos años, como él mismo nos dice, recorrió a pie unas 2000 leguas, casi siempre solo o, a lo más, en

compañía de unos pocos indios, sin otra arma que un báculo y sin otro consuelo que su breviario y su cruz».

Gracias a Dios, el P. Antonio ha dejado relatadas sus experiencias en un libro que tituló *Conquista espiritual del Paraguay*, al que recurriremos abundantemente. Muchos historiadores han mirado con poco aprecio esta obra, en parte por las dificultades que ofrece para una ubicación clara dentro del género historiográfico, pero también por su descuido cronológico, su apasionamiento, y su facilidad en interpretar los hechos recurriendo a causas sobrenaturales.

El libro fue escrito con mucha rapidez, es cierto, debido a las razones que luego diremos, pero no por ello deja de ser formidable, una gesta de héroes apabullantes, con mártires a granel. Tiene también mucho de recopilación de recuerdos personales, pero solamente porque su autor fue protagonista de lo que se relata. Sea lo que fuere, esta obra será fundamental para nuestro propósito.

3. El indio guaraní

Por los datos de los contemporáneos de Montoya, y, sobre todo, por lo que refiere nuestro héroe en su *Conquista espiritual*, conocemos bastante bien las cualidades y defectos del indio guaraní y de su cultura.

Montoya pondera la belleza de su lengua: «Es digna de alabanza y de celebrarse entre las de fama», así como la elocuencia que los caracterizaba. Encuentra, asimismo, en ellos cierta tendencia a la aristocracia; por ejemplo los caciques no se casaban con mujeres vulgares, sino sólo con principales, «y son en eso muy remirados». Ello luego de convertirse, porque antes, los que gozaban de algún poder, tenían un verdadero harén. Por otra parte, frecuentemente estaban dominados por brujos y hechiceros, y practicaban la antropofagia: «Nunca se ven hartos de carne humana, y a los mismos niños, como a cachorros de tigres y leones, destetan con ella», le escribe a Comental.

En cuanto a su religión, señala que la nación guaraní se ha visto libre de ídolos, «como la larga experiencia nos lo ha enseñado», lo que los dispuso para recibir la verdad. Más aún, «conocieron que había Dios, y aun en cierto modo su Unidad, y se colige del nombre que le dieron, que es *Tupá*; la primera palabra *tu* es admiración; la segunda *pa* es interrogación, y así le corresponde al vocablo hebreo *manhu*, *quid est hoc*, en singular».

Particularmente interesante es lo que nos dice acerca de una tradición muy arraigada en dicho pueblo, a saber, la posible presencia del apóstol Santo Tomás en América: «Deseo rastrear que el santo estuvo en la Provincia del Paraguay, y que la tradición de los naturales es cierta, que traía una cruz por compañero de su peregrinación». Dedicó seis capítulos –XXI a XXVI– de su *Conquista espiritual* a esta tradición, insistiendo que fue a raíz de ella que los indios mostraban tanto respeto no sólo por la cruz sino también por los sacerdotes, en quienes veían a los continuadores de la obra de aquel santo o *Pay Zumé* o *Tumé*, como ellos decían. Alude incluso a un camino libre de maleza, que venía desde la costa atlántica hasta el Pacífico y que identifica con la senda recorrida por el Apóstol.

Como adivinamos la extrañeza del lector, agregaremos algunos pormenores sobre esta curiosa tradición.

Cuenta Montoya que, a veces, al acercarse a un poblado de indios, todavía infieles, lo cual hacían siempre a pie, porque allí no había caballos, al verlos llegar con unas cruces de casi dos metros de alto y veinte centímetros de grosor, la gente los recibía con extraordinarias muestras de afecto; las mujeres se les aproximaban

con sus hijitos en brazos, y les regalaban comidas de raíces o frutos de la tierra. Cuando los Padres les mostraban su sorpresa por tanto agasajo, ellos les decían que según una tradición muy antigua, recibida de sus antepasados, Santo Tomás había estado por allí y al irse les advirtió: «Esta doctrina que yo ahora os predico, con el tiempo la perderéis; pero cuando después de muchos tiempos vinieren unos sacerdotes sucesores míos, que trajeren cruces como yo traigo, oirán vuestros descendientes esta doctrina».

Según nos lo asegura el P. Antonio, fue fama constante en todo el Brasil, tanto entre los portugueses como entre los indios, que el santo Apóstol empezó su travesía evangelizadora a partir de la isla de Santos, donde se señalan aún rastros de sus huellas en una gran roca, junto al lugar donde habría desembarcado. Yo no las he visto, dice el Padre, pero a 200 leguas de esa costa, tierra adentro, le mostraron un camino, que la gente llama «el camino de Santo Tomás». También en la ciudad de Asunción, prosigue, en una peña pegada a la ciudad, se ven hoy dos huellas, en forma de sandalias; sostienen los indios que el Apóstol predicaba desde allí.

Montoya se interesó mucho por este tema, intentado recrear el presunto itinerario del Apóstol. El Santo habría estado en Perú, como desde hace siglos piensan los naturales de ese lugar. Luego pasó por Cuzco, el Callao y la isla de Titicaca, predicando el culto a un solo Dios. Mas viendo el poco fruto y la obstinación de los indios, comenzó a reprenderlos ásperamente, de donde éstos le cobraron un gran aborrecimiento, intentando quemar la cruz que llevaba siempre consigo.

En esas regiones, «hízose averiguación por los años de 1600 con un indio muy antiguo, que tendría 120 años, llamado D. Fernando, el cual dijo que por tradición tuvieron sus antepasados, que habían visto en sus tierras un hombre de gran estatura, vestido casi al modo y traje dellos, blanco y zarco, que predicaba dando voces que adorasen a un solo Dios, reprendiendo vicios, y que llevaba consigo una cruz y le acompañaban cinco o seis indios, y que los demonios huían della, los cuales persuadieron muchas veces a los indios, que matasen aquel hombre; porque de no hacerlo se les seguiría mucho daño, y no responderían sus oráculos; los indios ataron al santo y le azotaron...»

Agrega Montoya que el santo obispo de Lima, Toribio de Mogrovejo, fue a venerar sus huellas y mandó hacer sobre la losa una capilla, para guardar las reliquias.

Reflexionando sobre esta extraña tradición, que Montoya considera como «muy probable», recuerda que también en la India Oriental profetizó el Apóstol la reanudación de su predicación evangélica. Como se sabe, cuando en el siglo XVI los misioneros llegaron a la costa malabar, encontraron un grupo de fieles llamados «cristianos de Santo Tomás», por pretender que fue ese Santo quien fundó su Iglesia. En el siglo VII aquellos cristianos abrazaron el nestorianismo. Al arribar los portugueses, trataron éstos de atraerlos a la fe católica; sobre todo San Francisco Javier se apoyó en dicha tradición para su labor evangelizadora.

Pues bien, prosigue nuestro Padre, así como lo hizo en la India Oriental, lo repitió en la India Occidental, profetizando la entrada de los de la Compañía, unos hombres blancos que vendrían de tierras muy remotas a predicar la doctrina que él enseñó y a renovar su memoria en estas partes del Paraguay. De aquella enseñanza, nos dice, quedó hasta nuestros días cierto conocimiento del misterio de la Santísima Trinidad, si bien entendido de manera supersticiosa. En el Perú se veneran tres estatuas del sol, la primera, del Padre y Señor Sol, la segunda, del hijo del Sol, y la tercera, del hermano del Sol. El Apóstol les explicó la unidad de esas tres Personas divinas.

No resulta extraño, termina Antonio, que el Santo que había tocado las llagas de Cristo, amase particularmente

la cruz. También en Oriente, en la ciudad de Malipur, donde fue martirizado, se muestra una cruz cortada en piedra con manchas de sangre.

Refiriéndose a la que usó en nuestras tierras, escribe: «Yo tengo en mi poder un pedazo desta milagrosa cruz, con testimonios ciertos, y haciendo cotejo con una preciosa especie de madera que hay en el Brasil, que los naturales llaman yacarandá, y los españoles palo santo..., de donde se colige que el santo Apóstol fabricó esta venerable cruz en el Brasil, en donde empezó su predicación».

4. Instauración de las reducciones

Especialmente en su *Conquista espiritual* nos ha dejado el P. Montoya el modo como él y sus compañeros en el apostolado establecían las reducciones. Nos explica, ante todo, lo que ellos buscaban al crear pueblos:

«Llamamos reducciones a los pueblos de indios, que viviendo a su antigua usanza en montes, sierras y valles, en escondidos arroyos, en tres, cuatro, o seis casas solas, separados a legua, dos, tres y más unos de otros, los redujo la diligencia de los Padres a poblaciones grandes y a vida política y humana, a beneficiar algodón con que se vistían; porque comúnmente vivían en desnudez, aun sin cubrir lo que la naturaleza ocultó».

El misionero usó de diversas estrategias para ganarse a los indios y lograr que aceptaran reducirse, dejando su vida nómada y salvaje. Pocos tuvieron como él tal don de simpatía, cautivando el corazón de los indígenas. Conocía, asimismo, sus debilidades:

«Comprámosle la voluntad a precio de una cuña, que es una libra de hierro, y son las herramientas con que viven: porque antiguamente eran de piedra, con que cortaban la arbusta de sus labranzas. Presentada una cuña a un cacique –que vale en España cuatro o seis cuartos– sale de los montes y sierras y partes ocultas donde vive, y se reduce al pueblo él y sus vasallos, y doscientas almas, que bien catequizadas reciben el bautismo».

Su principal método era convencer primero a los caciques. En cierta ocasión se topó con uno feroz, llamado Tayaoba, quien se había conjurado con varios hechiceros para apoderarse de él, vengarse en él de los españoles, y si fuera posible, devorarlo. A duras penas pudo Montoya escapar. No pasó mucho tiempo sin que intentara de nuevo su propósito de acercarse a dicho cacique ya que, como él mismo lo dice, «juzgué que, aquél ganado, tendría a los demás de mi bando». Tras diversas tratativas mediante intermediarios, logró por fin que aceptara encontrarse con él. En una de sus cartas detalla el encuentro:

«No sabré declarar el deseo que en mi pecho ardía de verme ya con el [cacique] Tayaoba y traerlo a la Iglesia. Luego que llegué a aquel río, tuve noticia que él había bajado de su tierra a cierto paraje, donde me estaba esperando. Llegué al puesto, y para pasar el río me tenían apercebida una balsa muy enramada... Arrojóse luego el Tayaoba en mis brazos y me dijo: –Padre, aquí he venido a verte, y a que me admitas en el número de tus hijos, y me enseñes lo que tengo que hacer, y verás por experiencia la pronta obediencia que presto a tus mandatos.»

«El mismo ofrecimiento hizo la mujer, que es una gran matrona, arriándome tres hijos que tiene, el mayor de siete años, todos como unos ángeles. Regalé a los niños todo cuanto pude, y tomé al menor de tres años en mis brazos y le hice mil fiestas, de lo que estos gentiles se pagan mucho. Aquí dijeron ellos: –Ahora conocemos, Padre, ser verdad lo que nos han dicho del grande amor que nos tienes a todos. A él y a ella presenté algunas alhauelas, y aunque no de mucho valor, estimaron mucho. Bauticélos después de muchas instancias que me hicieron; dile el nombre de Don Nicolás y a ella de doña María. Pidiéronme luego los casase como ya cristianos, en la faz de la santa Iglesia, que veneraban por madre...»

Una vez ganados los diversos grupos de indios que aceptaban ser reducidos, Montoya los iba conduciendo a su destino. Apenas llegados al lugar donde proyectaba establecer la reducción, el misionero levantaba una cruz muy alta en sitio bien visible. Luego repartía terrenos a los indios, y emprendía, con la ayuda de éstos, las diver-

sas construcciones. «Señaléles sitios, y con mucho fervor dieron principio a sus casas y yo a la de Dios, que, como es la primera en dignidad, lo debe ser en la grandeza, hermosura y alioño del edificio». Destaquemos esta magnífica idea: lo de Dios es lo supremo. Ello se materializaba en la diversidad de las construcciones: las iglesias eran los edificios más altos del pueblo, precisamente por estar dedicados al Altísimo; las casas de los hombres, la de los misioneros incluida, más bajas. Así los indios aprendían por la sola vista el primado de las cosas divinas.

Los momentos en que se establecía un nuevo pueblo han de haber sido para él instantes preñados de emoción. Cuando fundó la reducción de Nuestra Señora de la Encarnación escribe:

«Enarbolóse con asistencia de todo el pueblo una cruz alta y hermosa, que todos, puestas las rodillas por el suelo, adoraron con mucha devoción, a cuyo pie comenzó a lamentarse rendida la idolatría, que tantos siglos había dominado aquellas regiones. Formóse luego la República, repartiendo en los más dignos los oficios de justicia, alcaldes y regidores, a quienes los Padres confieren verdadera jurisdicción, en virtud de una cédula Real del rey nuestro señor. Y, en pocos días, creció tanto, que en mil y quinientos vecinos se contaron ocho mil almas».

¿Qué consolación mayor podía experimentar Montoya que levantar la Cruz de Cristo en medio de aquellos hombres poco menos que salvajes?

He aquí uno de sus relatos: «... Enarbolamos luego el estandarte de la cruz en medio de aquella leonera, porque todas aquellas sierras y quebradas eran habitadas de magos y hechiceros. Fundamos allí una población de 2.000 vecinos y de leoneras de fieras, donde nunca se había visto sino borracheras, deshonestidades, enemistades, muertes, comerse unos a otros, como acaudillados del demonio, de cuya enseñanza procedían tales efectos, viviendo en una inquietud continua, ya hecha aquella tierra un Paraíso, se oía la divina palabra en la iglesia, en sus casas antes de dormir rezaban las oraciones voz en cuello, y lo mismo hacían en despertando. En lugar de aguzar huesos humanos para sus saetas, ya labraban cruces para traer al cuello, y con porfía acudían a saber lo necesario para su bautismo».

En ninguna fundación pasaba Montoya por alto la presencia de Nuestra Señora. Con motivo del establecimiento de una de ellas, en zona inhóspita, escribe:

«Traté luego de entrar a su tierra... el camino todo hasta allí había sido de monte y muy espeso. Parecióme y a los indios también, que era a propósito para fundar un buen pueblo; levantamos luego una hermosa cruz, que todos adoramos; mi casa fue la sombra de un árbol, y en él tenía una imagen de la Concepción de la Virgen, de media vara, mis armas una cruz que continuamente traía en las manos».

Una vez instalados los indios en un lugar, ellos mismos ayudaban a la sustentación del nuevo pueblo: «Sirven los indios, ya bien fundados en la fe, de cazadores para juntar estos rebaños. Y este que hoy rebelde corre por los bosques, ya manso mañana, ayuda a nuestros Padres a rastrear otros, y así se va continuando la espiritual conquista». Nos impresiona con cuánta naturalidad una Montoya lo material con lo espiritual. Es que, como la experiencia les enseñó a aquellos Padres, si lo material no andaba bien, sufría detrimento lo espiritual.

5. La educación del indio

Buena parte del tiempo de los Padres misioneros se dedicaba a la docencia de los indios a ellos encomendados.

Docencia, ante todo, espiritual. Hemos señalado el lugar preponderante del templo en las reducciones. Cuando llegó el P. Antonio al Guayrá y comenzó su labor apostólica en la reducción de Loreto, donde fue nombrado cura, se abocó de inmediato a la erección de un templo

más capaz, pues el anterior era pequeño y provisional. El P. Nicolás Mastrilli, hombre muy entendido, que fue varias veces provincial del Perú y una del Paraguay, en carta al P. General le dice refiriéndose a dicha construcción:

«El templo es tan capaz, tan desahogado, tan hermoso, y con tanta curiosidad y aseo, que aseguro a Vuestra Reverencia con verdad, que cuando entré en él me pareció un retrato del cielo, y si no lo hubiera visto, con dificultad lo creyera; y sólo con verlo di por muy bien empleados los trabajos y peligros de tan largo viaje».

Así como el templo se mostraba arquitectónicamente cual centro espiritual de la reducción, así lo era igualmente de todo lo que tenía que ver con la formación religiosa, no sólo en lo que se refiere a la catequesis, sino también a la introducción de las buenas costumbres. Al fin y al cabo, a ello apuntaban principalmente los Padres al establecer las reducciones. Lo demás no era sino su contorno. «Una [costumbre], y muy loable – nos dice Montoya en su *Conquista*– fue, que bien de mañana oyesen todos Misa, y luego acudiesen a sus labranzas». Tal era el orden: primero Dios, y luego, como derivadas de Él, las demás actividades. Agrega nuestro Padre que del ejercicio de la Misa diaria resultó a veces no sólo motivo de provecho espiritual, sino también aumento de bienes materiales, como si Dios, adaptándose a la cortedad de los indios, hiciese como antaño había hecho con su pueblo elegido, de dura cerviz, uniendo lo espiritual con la prosperidad material.

«Los que no han seguido este ejercicio [de la Misa diaria] han experimentado pobreza y miseria, de que pudiera decir de muchos que oyendo cada día Misa, con mediana labor abundaban en bienes, y de otros que dejándola de oír, y a veces alguna fiesta afanando y trabajando continuamente, apenas se podían sustentar... Les ha el Señor enseñado con cosas exteriores y señales, moviéndolos con éstas a creer las cosas invisibles y del alma».

Resulta admirable el tacto pastoral que mostraban Montoya y sus compañeros en la educación de los indios. Nos cuenta él mismo que, estando todavía en Loreto, señaló una hora a la mañana y otra a la tarde para que acudiesen todos los adultos a la doctrina. Si bien es cierto que tanto en ella como en los sermones que los Padres hacían los domingos exponían con toda claridad los misterios de nuestra santa fe, así como los diez mandamientos, con todo, conociendo los hábitos ancestrales de aquellos indios, «en el sexto guardamos silencio en público, por no marchitar aquellas tiernas plantas, y poner odio al Evangelio, si bien a los peligrosos de la vida instruimos con toda claridad». Alimento sólido para los más formados y leche para los párvulos en la fe. Una perfecta dosis inspirada en la caridad y sabiduría espiritual, donde la gracia no violenta la naturaleza.

Pero la docencia no se redujo a lo puramente espiritual. No sólo se buscó inculcar el cristianismo, es decir, la vida cristiana, de modo que los indígenas lo acogieran en sus corazones, sino que también se propusieron instaurar la Cristiandad, es decir, la impregnación evangélica del orden temporal. Ante todo, en el campo de la cultura. Además de crear una escuela para que los chicos aprendieran a leer y escribir, el P. Montoya se esmeró por formarlos en el buen gusto, iniciando a sus indios en las bellas artes.

Justamente cuando aún no se había terminado la construcción de aquella primorosa iglesia de Loreto, a que nos referimos poco más arriba, llegaron destinados a dicha reducción dos nuevos sacerdotes, uno español, Diego de Salazar, y otro francés, Jean Vaisseau, a quien llamaron Vaseo o Baseo. Este último era un músico avezado, e inducido por Ruiz de Montoya, supo formar en poco tiempo tales discípulos en el arte musical, que pronto se

podieron celebrar los actos de culto con gran solemnidad. Aquellos misioneros habían descubierto la innata inclinación de los indios por la música. Y bien que supieron aprovecharla.

Según testimonios de viajeros que pasaron por diversas reducciones, ni en las catedrales de España, Italia o Francia se podía escuchar algo tan sublime. Fue su preocupación por el decoro del templo lo que impulsó a Montoya a introducir en el culto una música adecuada, que a la vez que alababa a Dios, servía para educar a los neófitos. Con la ayuda del P. Baseo, y aprovechándose de sus notables dotes musicales, supo amansar a esa gente antes salvaje, llegando a ser Loreto una cristiandad floreciente.

En las reducciones se llevó a cabo lo que podríamos llamar «la evangelización por la belleza», ya que juntamente con la música, los indígenas fueron iniciados en las otras bellas artes, la escultura, la arquitectura, la pintura, etc. Volviendo a la formación musical de los indios de Loreto, los cronistas nos cuentan que, en cierta ocasión, cuando se esperaba en Buenos Aires la llegada de un nuevo contingente de misioneros, el entonces provincial, P. Pedro de Oñate, dispuso que Montoya bajara a Buenos Aires con la *schola cantorum* que había organizado el P. Vaisseau. Así lo hizo, llevando consigo catorce de los cantores, juntamente con el director del coro, que era un indio de Loreto.

En Buenos Aires fue todo un acontecimiento. La entera población se agolpó en torno al Colegio de los jesuitas, ubicado entonces en la actual Plaza de Mayo, frente al Banco de la Nación, en la esquina de las calles Rivadavia y Reconquista. Tanto el Gobernador como el Obispo no sabían qué admirar más, si a aquel santo y simpatiquísimo misionero, o a aquellos salvajes de ayer, transformados en jóvenes educados y de admirable habilidad musical.

Se hacía, asimismo, preciso iniciar al indio en el sentido cristiano del trabajo. Nos emociona oírle decir al P. Antonio: «Obligó la necesidad a sembrar por nuestras manos el trigo necesario para hostias». Ello nos trae al recuerdo algo que leímos no hace mucho acerca del modo como se originaron los vinos en Francia. Fue en la Edad Media, cuando los monjes comenzaron a sembrar uva para tener la materia con que celebrar el Santo Sacrificio de la Misa. Así nacieron los exquisitos vinos del sur de Francia. Allí el vino, aquí el trigo. Y en el telón de fondo de ambos, la Sagrada Eucaristía.

Junto con ello, la formación en el sentido del civismo cristiano, introduciendo a los indios en el tejido político de la hispanidad. Ya le hemos oído decir al P. Montoya, con motivo del establecimiento de la reducción de Nuestra Señora de la Encarnación, que lo primero que se hizo, tras enarbolar la cruz, fue la designación de jueces, alcaldes y regidores, según las ordenanzas de las Leyes de Indias. En un informe del gobernador y capitán general de las provincias del Paraguay, don Luis Céspedes Xeria, dirigido al Rey, del 19 de enero de 1629, se puede leer:

«Visité la Ciudad Real y Villa Rica del Espíritu Santo, de donde envié visitadores a las partes donde el Padre Antonio Ruiz, de la Compañía, asiste, y los demás Padres de dicha Compañía, sus súbditos, a servir a las dos Majestades, Divina y humana, con la palabra del santo Evangelio y atrayendo a la obediencia de Dios y del rey a los indios infieles, vecinos a estas dichas provincias, donde me hallo...». Firma esta carta precisamente en la reducción de Loreto.

6. Misionero intrépido

Uno de los rasgos que más impresiona en la figura del P. Montoya es la impavidez de su coraje, fruto de ese fuego que arde en el corazón del apóstol. Cuando se trataba de una nueva fundación, se lanzaba con un empuje rayano en la temeridad.

«Acabados mis Ejercicios –escribió en cierta ocasión–, me puse en camino para esta reducción del Tayaoba, con ánimo de pelear hasta morir o vencer. Y como quien se dispone para lo primero, repartí todas las alhauelas que tenía, llevando sólo el ornamento, la hamaca y un poco de maíz para mi sustento».

Su aprehensión no era para menos. La zona en que se introducía resultaba altamente peligrosa. «Las cartas que mis amigos me escribían, que dejados aquellos tan repetidos peligros, me retirase al descanso y conservación de mi vida, me impelían a arriscarla [arriesgarla]. Invoqué el auxilio de los siete Arcángeles, príncipes de la milicia celeste, a cuyo valor dediqué la primera población que hiciese».

Sigamos el relato del modo como hizo esta fundación, una entre tantas, pero muy típica. En la zona donde reinaba Tayaoba, al que ya mencionamos, en la región norreste del Guayrá, no había nunca penetrado español alguno, ni misionero, ni soldado. Dejémosle a él mismo la palabra.

«Hallábanse aquellos valles y sierras poblados de infinitos hechiceros, llenos de mil errores y supersticiones, que aborrecían peregrinas religiones, predicando la suya por cierta y verdadera... La llave o puerta de toda la provincia era un pueblo distante una jornada... Llegué a su lugar con sol. Dieron aquel día muestras de recibirme con gusto, pero fueron fingidas, porque avisados los vecinos de la comarca de mi llegada, toda aquella noche fue bajando gente armada de todas las sierras circunvecinas con ánimo de degollarme y hacer de mis carnes banquete, como también de las de otros quince indios que iban en mi compañía. Como después supe, deseaban probar a qué sabían las [carne]s de los sacerdotes cristianos, porque sus hechiceros les habían persuadido que eran más sabrosas que las demás. Pasé desvelado aquella noche, preparándome para todo lo que podía suceder...

«Apenas rompió el día, cuando entró en mi choza un grande hechicero, y hallándome de rodillas en oración, sentóse con mucho silencio; yo proseguí por buen rato pidiendo a Nuestro Señor alumbrae aquella gente ciega, para que, saliendo de los errores, se convirtiese a su fe. Levantéme y hallé que, con el primero, se habían ya juntado otros ocho caciques tan hechiceros como él, y, habiéndolos saludado con amorosas y corteses palabras, les significué cómo sólo el deseo de su bien me había traído a sus tierras, no en busca de oro y plata, que bien sabía no lo tenían, sino de sus almas para traerlas al conocimiento de su creador y de su hijo y Redentor de los hombres, Jesucristo, que había bajado del cielo y tomado carne humana en las entrañas de una Virgen para librarnos del cautiverio de Satanás y de las penas del infierno; y llegando a tratar de la eternidad de éstas, con que en él son castigados los malos, uno de ellos me atajó la plática, diciendo a voces: –Este hombre miente. Lo mismo repitieron los otros ocho, y salieron corriendo a buscar sus armas, que, por no causar recelo, las habían dejado escondidas...

«Quedé consolado de haber anunciado a aquellos bárbaros el Evangelio, y sin moverme del puesto en que estaba, me resolví esperarlos, arrojándome en los brazos de la Providencia divina». Algunos de los indios que le acompañaban, sigue contando, le rogaron una y otra vez que se fuese de allí, porque lo iban a matar. Accedió el Padre, y cuando se retiraba, comenzó a caer sobre ellos una lluvia de flechas, sucumbiendo siete de los indios que lo habían acompañado sólo para ayudarlo en la predicación del Evangelio. La víspera se habían confesado y comulgado, y le habían dicho: «Ea, Padre, vamos a predicar la fe, que nosotros en su defensa habemos de perder las vidas».

A lo que acota Montoya: «No les faltó sino decir con los Apóstoles: *Eamus et nos, et moriamur cum eo*, vayámonos también nosotros y muramos con él». Entonces, uno de los indios sobrevivientes, sin decir palabra, le arrebató de los hombros la ropa, le sacó el sombrero de la cabeza, y huyó solo, para que los enemigos lo confundiesen con el Padre. Engañados, los adversarios lo siguieron, pero no lograron matarlo. Luego el indio retornó y le restituyó al Padre su ropa.

A pesar de este fracaso, volvió el Padre a penetrar por segunda y tercera vez en la región del temible Tayaoba. Era una empresa arriesgadísima, pero su celo lo impelía de manera incontenible. Dice Jarque que pocas veces ha convenido más a los ministros del Evangelio la denominación de corderos, enviados a lidiar con crudelísimos lobos, sin otra arma que una cruz en la mano, en una tierra donde los caciques se comían a sus propios vasallos cuando no tenían a mano cautivos enemigos.

«Nada de esto ignoraba el Padre Antonio –agrega–, que aunque se había ya visto entre sus dientes, no escarmentó ni en su cabeza, para la fuga del peligro, ni en la de sus indios compañeros, para evitar la muerte. Porque el deseo de que su Dios fuese conocido y Cristo glorificado de aquellas naciones, era tan fervoroso, que los mayores riesgos se le antojaban seguridades, y llanos los más enriscados montes».

Al parecer, esta vez había logrado su objetivo. En tierras del Gran Tayaoba, cacique de tanto renombre en el Guayrá, fundó la reducción que llamó, como lo había prometido, de Los Siete Arcángeles, levantando la cruz y adorándola. Fue, por desgracia, un intento abortado, ya que pronto los indios se amotinaron, y los cristianos tuvieron que huir. Pero a Montoya no le iban a torcer el brazo. Tenía el Padre una tela, de más de un metro de alto, con la imagen de aquellos príncipes celestiales. La puso en un marco, y llevándola en procesión caminó tres días, acompañado de sólo treinta indios, hasta el sitio de la última frustrada tentativa. Levantó de nuevo la cruz, «y allí con toda brevedad hicimos una fuerte palizada, y una iglesita pequeña, en que cada día decía misa». La actitud amenazadora de aquellas fieras amainó al fin, y comenzaron a acudir nutridos grupos de indios a reducirse.

Relatemos los avatares de otra fundación, esta vez en las regiones del Tayatí. Montoya refiere dicho viaje en carta al provincial.

«Tuvimos muy buenas nuevas, enviándonos un cacique principal su hijo, con algunos de sus vasallos, a darnos la bienvenida. Con que proseguimos nuestro viaje, aunque con mucho trabajo e incomodidad, por no haber camino alguno, sin hallar que hubiesen dejado rastro para guiarnos por él los que fueron delante, en las ramas de los árboles que tronchan los indios para dejar señal, y según es fresca la quiebra se conoce cuánto tiempo hace que pasaron por allí... A esto se añadía el temor de los indios que nos acompañaban... Proseguí mi viaje por tierra para abrir camino, y aunque hice hartas diligencias para ver si podría topar con alguno, no pude...

«Un cacique principal se ofreció llevarme hasta cierto paraje, por donde él antiguamente solía ir de caza, que hasta allí sabía, y no más; y que desde allí se volvería. Este camino emprendí fiado en la divina Providencia, y la experimenté el primer día muy propicia, porque en los demás caminos muchos ratos había de caminar sobre manos y pies y medio arrastrando por ser tan cerrado el bosque y de agrias cuestras. Perdímonos el segundo día, y el que guiaba, perdió el tino, de manera que era necesario subir a las cumbres de los más altos árboles para ver dónde habíamos de seguir nuestra derrota.

«Cogiónos la vigilia de Santiago en un densísimo cerro y nos faltó el agua cuando íbamos carleando la sed. Faltónos también el pan de palo y hubimos de ayunar comiendo sólo palmitos. Son éstos los cogollos de las palmas que las hay altísimas... Cuatro días dejé de decir la Misa, con hartos sentimientos, por no tener agua. Aunque al día siguiente proveyó Dios de unos palos muy gruesos que llaman los naturales Yzipo; cada uno destos, cortado, destila agua para dos personas, muy fría y de buen gusto...»

Cuando llegaron al lugar donde el indio ya no conocía más, le dijo al Padre que quería volverse a su pueblo. «Agradezcíle al cacique, con grato semblante y suaves razones, el beneficio que me había hecho, prometiéndole la paga de parte de Dios, y ya me acogí al sagrado de su misericordia, rumiando el nombre de Padre, que fue el

asunto de toda mi oración; y confieso a V.R. que saltaba de contento de verme desahuciado de todo humano socorro, persuadiéndome que nunca más cerca en mi favor el divino».

Cuál no sería su alegría cuando aparecieron indios de una reducción cercana, cuyo cacique le dio un abrazo. «Prosiguió en una plática tan cuerda, que yo lo admiré mucho y me estaba bañando en agua rosada, alabando el poder de Dios que sabe hacer, no ya de piedras hijos de Abraham, sino lo que parece más, de fieras hambrientas de carne humana, hijos legítimos de Dios y de su esposa la Iglesia. Luego se vino a mí y comenzó a acariciarme con amorosas palabras, significándome cuán sentido estaba de verme tan flaco y fatigado del camino y que me detuviese a descansar en su pueblo».

Encantadores resultan estos relatos del P. Ruiz de Montoya, una suerte de «florejillas», propias de un santo. Lo cierto es que las diversas fundaciones le costaron muchísimo. En una de ellas se vio acosado, él y los pocos indígenas que lo acompañaban, por indios enemigos que descargaron sobre ellos una nube de flechas.

«Topamos –dice–, por gran ventura, en un oculto camino por donde disimular el rastro que dejábamos. Este fue un acequión o pasadizo y hozadero de jabalíes, metido bien en la tierra, hecho un lodazal continuo y tan cubierto y disimulado con unos espinosos juncos, que llevamos a gran ventura dar con este escondrijo. Arrojámonos por él, cuya anchura apenas daba lugar a que uno tras otro pasásemos. El altor era menos porque yendo a gatas, metiendo las rodillas y brazos en el cieno hediondo, nos era fuerza llevar por él arrastrando el rostro, pena de que en levantando un poco la cabeza, topaba luego con las agudas espinas de los juncos. Aflición grande pasé en este estrecho, sucio y espinoso camino, de que salimos como suelen salir los jabalíes del cieno, y yo saqué la cabeza lastimada de los juncos, corriendo la sangre por el rostro, que con las lágrimas de sus ojos me limpió uno de los indios compañeros».

Viajes terribles aquéllos, que avergüenzan nuestro apocamiento y pusilanidad. En cierta ocasión, estando aún en la reducción de Loreto, lo mandaron con un encargo a Asunción, distante 400 kilómetros. Fue primero por el cauce de un río, y luego a pie, bajo un cruel aguacero.

«Sentéme –dice–, arrimando la cabeza al árbol, donde pasé la noche sin comer bocado, ni mis compañeros [tres indios] porque no lo había; el agua que corría por la tierra me sirvió de cama, y la que caía del cielo, de cobija; deseaba el día, por ser tan larga la noche. Al reír del alba probé a levantarme, pero halléme tullido de una pierna, yerta como un palo y con agudos dolores; animeme a caminar arrimado a una cruz que llevaba en las manos; llevaba arrastrando la pierna por el mismo camino del agua que corría; para pasar cualquier palo, que hay muchos atravesados por aquel camino, me sentaba sobre él y con ambas manos pasaba la pierna sobre él con crueles dolores, y, levantándome, proseguía mi camino. Es el cielo testigo del insufrible trabajo que padecí». Los terribles dolores, las rodillas hinchadas, los nervios «como si fuesen de hierro», sintiendo en cualquier movimiento como si le metiesen lanzas, hizo que los indios debiesen llevarlo en una hamaca.

Refiriéndose a otro viaje, cuenta Jarque que, estando en camino, Montoya se sintió muy mal, y se tiró sobre el suelo. Los indios que lo acompañaban lo desampararon, dejándolo solo, y volvieron a sus chozas. Llegó la noche y pensó que sería la última de su vida. Se abrazó al crucifijo, compañero inseparable en todos sus viajes, disponiéndose a bien morir, cuando oyó una voz que le decía «Ánimo, que ya viene tu compañero». Así fue, porque pronto llegó el sacerdote que lo acompañaba en la reducción, y le prestó ayuda.

«Aún no del todo convalecido de su achaque, fue a decir misa en acción de gracias en una cabaña pobre, que servía de iglesia, y comenzando el introito se le presentó de repente la gloria celestial con la velocidad con que un relámpago deslumbra la vista, aunque en su memoria quedó muy vivo y duradero el dibujo de ella, para dar nuevos alientos al alma en los muchos y grandes trabajos que había de padecer».

En otra ocasión, se encontró en inminente peligro de ser devorado por un grupo de indios antropófagos que habían invadido el lugar donde residía, juntamente con otro Padre, José Cataldino, viejo misionero. Sin inmutarse, el P. Ruiz se dirigió a este último, y tras recordarle la conocida frase de San Ignacio de Antioquía: *Christi frumentum sum, dentibus bestiarum molar, ut panis mundus inveniar*, soy trigo de Cristo, seré molido por los dientes de las bestias para que sea hallado pan puro, le dijo: «Padre mío, hoy me parece que será el último día de nuestra peregrinación». A lo que el viejo misionero, con igual valor, le respondió: «Cúmplase la voluntad de Dios», y prosiguió la tarea que tenía entre manos. Realmente era el suyo un «vivir peligrosamente», no por mero amor al peligro, sino por amor al Dios que lo había enamorado desde su juventud.

Cuando se lee su libro *Conquista espiritual* sorprende la reiteración con que relata sucesos milagrosos, y su constante apelación a intervenciones divinas o a la acción del demonio. Montoya no trata de buscar explicaciones naturales, pareciéndole obvias aquellas manifestaciones de la lucha entre el bien y el mal, de las que es, con frecuencia, testigo o protagonista. Las consideraciones de San Agustín sobre las *Dos Ciudades*, y la meditación de las Dos Banderas de San Ignacio, parecen concretarse visiblemente en esta lucha entre Dios y el demonio en medio de la selva y los bosques norteños, tal cual lo había previsto, durante su juventud, en sueño profético. Una auténtica contienda teológica, sobrenatural, como telón de fondo de todas sus actividades apostólicas.

Refiriéndose a los escollos que en cierta ocasión encontró en su trabajo misional escribe: «Pretendía con tan adverso suceso arredrarnos el demonio de tan importante empresa, pero la codicia de ganar tantas almas para el cielo hacía olvidar estos trabajos». Consciente de esta misteriosa presencia demoníaca, era su propósito «hacer rostro con la verdad del Evangelio al mentiroso culto con que el demonio se hacía adorar».

Todo ello se vuelve completamente ininteligible para un espíritu como el de Juan María Gutiérrez, quien en carta a Mitre del 28 de febrero de 1868, le dice: «El Padre Montoya, juzgado por sus propios testimonios ante el tribunal de la verdad y del sentido recto, no tiene más defensa que asimilarlo con Don Quijote. Las lecturas de los libros de caballería le debilitaron a éste el seso y le hicieron ver cosas que no podía ver. El Padre Montoya veía al diablo y creía que hacía milagros por una alucinación algo parecida a la que padecía el manchego».

Sólo puede hablar así quien se limita a juzgar con los sentidos naturales, vuelto incapaz de vislumbrar siquiera los espectáculos sobrenaturales, a los que sólo la fe viva da acceso. Preferimos el juicio del P. Nicolás Mastrilli, uno de sus superiores, que en carta al General de la Orden así informaba del P. Antonio: «Varón perfecto, de mucha oración. En la conversión de la gentilidad acomete trabajos con riesgo de la vida... Imita los pasos de nuestro santo Francisco Javier en el trabajo y discreción».

7. Los enemigos de las reducciones

Numerosos fueron los adversarios del santo emprendimiento de las reducciones, según nos los informa Ruiz de Montoya. En primer lugar, los *hechiceros* y *brujos*, que tenían gran predicamento sobre nutridos grupos de indígenas. Cuenta el Padre que, aprestándose a entrar por primera vez en la zona del famoso Tayaoba, movidos por los brujos, aquellos indios aparentaron recibirlo bien, pero era una ficción, «porque dando aviso de mi llegada, toda aquella noche fue desgalgando gente de

aquellas sierras, con ánimo de comerme y a los que iban en mi compañía, que serían como 15 personas. Tenían deseo –como después supe– de probar la carne de un sacerdote que juzgaban era diferente y más gustosa que las demás». Refiriéndose a una ulterior entrada en la misma zona escribe:

«El que más ardía en furor y deseo de comerme era un mago llamado Guiraberá, el cual se hizo llamar Dios, y con sus mentiras se había apoderado de aquella gente. Su comer ordinario era carne humana, y cuando fabricaba alguna casa o hacía alguna obra, para regalar a sus obreros hacía traer el más gordo indio de su jurisdicción y de aqueste pobre hacían su convite».

Por lo que se lee en la *Conquista espiritual*, los brujos fueron enemigos frontales de los Padres. Uno de ellos, llamado Yeguacaporú, relata Montoya, «se había saboreado con la muerte del P. Cristóbal de Mendoza». Si bien lo sorprendió la muerte, sus sucesores levantaron templos y pronunciaban arengas a los suyos, llegando incluso, por su odio al cristianismo, hasta querer borrar en los fieles las huellas del bautismo. «Yo te desbautizo», le decían al indio ya cristiano, mientras le lavaban todo el cuerpo.

Su principal designio era sembrar el descrédito de la fe cristiana, «amenazando a los que la recibiesen y a los que recibida no la detestasen, a que serían comidos de los tigres, y que las formidables fantasmas saldrían de sus cavernas armadas de ira, con espadas larguísimas de piedra a tomar venganza, y otras boberías a este modo, cosas todas muy formidables a aquella simple gente».

Fueron, pues, éstos los primeros adversarios de los Padres. Pero también se mostraron tales algunos *españoles*, en oposición a veces solapada, a veces patente. Especialmente los vecinos de Villa Rica y Ciudad Real veían con dolor cómo los indios reducidos, exentos del servicio personal, se les escapaban de las manos, no pudiéndolos emplear en sus explotaciones agrícolas o ganaderas. La ira que los embargaba, en razón de la merma de sus ganancias, se acrecentaba aún más porque los jesuitas censuraban sus costumbres y el trato que a veces daban al indio.

No en vano el obispo de Tucumán escribía, en 1637, al rey de España, una severa carta donde, luego de decirle que la Compañía de Jesús era la que verdaderamente descargaba la conciencia tanto del Rey como del Obispo, agregaba que los jesuitas «a un tiempo están padeciendo el odio doméstico de los mismos castellanos de aquel obispado, por el amparo que dan a los indios de aquellas reducciones, amparándoles la libertad natural en que vuestra Majestad los tiene amparados, y doctrinándolos en el Evangelio; y por los moradores de San Pablo de Brasil, ayudado de los tupis, causando estragos, muertes y cautiverios en los indios recién convertidos...»

El Obispo nos acaba de nombrar el tercer y peor enemigo de las reducciones, los llamados *bandeirantes*, con los que a veces llegó a colaborar algún gobernador español, como enseguida diremos. Un escritor inglés, Cunningham Graham, relata:

«Mientras los Jesuitas organizaban sus Reducciones en las Provincias del Guairá y sobre los ríos Paraná y Uruguay, un nido de halcones miraba hacia los neófitos de las mismas y los consideraba pichones que se engrosaban para ser devorados por ellos. Allí en San Pablo de Piratinga, en el Brasil, a unas 800 millas de distancia, venía a la vida una comunidad extraña. Poblada primitivamente por aventureros y criminales portugueses y holandeses. Llegó San Paulo a ser un nido de piratas y un hogar para todos los desesperados del Brasil y del mismo Paraguay».

San Pablo fue fundada en 1553, por el P. Manuel de Nóbrega, según algunos; según otros, por el P. José Anchieta, ambos jesuitas, como reducción o aldea indígena. Pero, con el correr del tiempo, se fue convirtiendo en una especie de refugio de gente advenediza, tanto portugueses, como españoles, italianos y hasta holandeses, una auténtica Babel. Cuando, a comienzos del siglo XVII,

se comenzaron a establecer las reducciones guaranícas, San Pablo tenía unos 15.000 habitantes, muchos de ellos maleantes, que aprovechaban la lejanía de Río de Janeiro, sede de las autoridades portuguesas, para obrar a su arbitrio.

Pues bien, algunos de sus jefes se abocaron a reunir secuaces para organizar «la caza del indio». Tomaron el nombre de *mamelucos*, palabra que designaba al hijo de portugués e india; o también *bandeirantes*, porque en sus incursiones marchaban detrás de una *bandeira*; o *sertonistas*, de *sertao* o *sertón*, como designaban los portugueses la selva y monte habitado por salvajes. Estos aventureros salían de sus casas en grupos numerosos, pertrechados con arcabuces y acompañados de numerosos indios, especialmente de la tribu de los tupíes, que colaboraban estrechamente con ellos.

Tras caminar meses enteros, cuando encontraban algún grupo de indios, los capturaban con astucia y los ataban; al considerar que ya se habían apoderado de suficientes cautivos, regresaban a San Pablo para venderlos como esclavos, allí o en otras poblaciones del Brasil. De nada había servido que los reyes de Portugal prohibiesen esclavizar a los indios; ni a los paulistas les producía escozor que su «caza de indios» se realizase en dominio extranjero, como era el territorio de la corona de España. De hecho, despoblaron zonas enteras.

Estas incursiones, llamadas también *malocas*, comenzaron en gran escala con motivo del establecimiento de las reducciones. Ya desde antes, los *mamelucos* se habían apersonado por la zona del Guayrá, pero ahora, el hecho de encontrar a los indios no ya dispersos sino reunidos en pueblos, facilitaba grandemente su propósito. En 1628 fue el primer gran asalto, si bien en esa ocasión respetaron a los indios reducidos, limitándose a los que estaban sueltos en los alrededores. No fue así al año siguiente, en que saquearon la iglesia del pueblo de San Antonio y la casa de los Padres. Cuenta Ruiz de Montoya que fueron tres de estos últimos a pedirles la devolución de los indios que habían cautivado, y si no, que los llevasen también a ellos. Ciegos de ira, tras decirles que no eran sacerdotes sino demonios, herejes, enemigos de Dios, y que predicaban mentiras a los indios, comenzaron a disparar algunos arcabuzazos, hiriendo a varios indios, y al P. Cristóbal de Mendoza lo lastimaron de un flechazo.

Las *malocas* se reanudaron poco después. «Entraron a son de caja y orden de milicia –cuenta el P. Montoya– en las dos reducciones de San Antonio y San Miguel, destrozando indios a machetazos. Acudieron los pobres indios a guarecerse en la iglesia, en donde –como en el matadero vacas– los mataban, haciendo despojos de las pobres alhajas de las iglesias, erramando los óleos por los suelos». En esa ocasión se apoderaron de unos 9000 indios, entre los de las aldeas y los que vivían aislados. Tras apartar a los maridos de sus mujeres y a los hijos de sus padres, los golpearon y amenazaron de muerte, matando a los que intentaban huir, y encadenados, los trasladaron a San Pablo. Dos Padres decidieron seguirlos, y «habiendo caminado casi 300 leguas a pie llegaron a la villa de San Pablo, pidieron su justicia en varias partes, pero es cosa de cuento tratar del nombre de justicia». Los jueces de la ciudad eran cómplices del atropello. Ni valió recurrir a Río de Janeiro.

En 1630 hubo una nueva invasión, peor aún que la anterior, ya que implicó la ruina de todos los pueblos del Guayrá, con excepción de San Ignacio y Loreto. Entraron en los pueblos a sangre y fuego, no respetando en este caso ni a los mismos misioneros, que fueron golpeados sin miramientos. A los cautivos los trataron crudelísimamente; quienes no caminaban a buen paso eran matados sin compasión.

Durante esos acontecimientos estaba precisamente de visita en las reducciones el provincial del Paraguay, el cual se dirigió enseguida a Villa Rica para informar al gobernador. Éste envió unos 80 soldados. Al llegar hicieron una descarga simbólica, matando a un paulista, y luego retornaron. Se vio que era una farsa. «Los mismos portugueses –asevera Ruiz de Montoya, que estuvo en la acción– nos dijeron que lo que hacían era orden del Gobernador [del Paraguay] y que estaba casado en su tierra, y que les quería mucho, y había venido con ellos desde San Paulo, y que así no los estorbaría y que si viniese allí, antes les ayudaría».

El gobernador era don Luis de Céspedes Xeria, el mismo que antes había hecho tan alto elogio de la obra de la Compañía. En realidad, era un hipócrita. Había venido de España en 1626, y a su paso por Río de Janeiro, se casó con una sobrina del gobernador de Brasil. Luego se dirigió a San Pablo, donde fue recibido con todos los honores, al punto de que varios de esos truhanes lo acompañaron hasta Asunción. Resultaba altamente beneficioso para los mamelucos tener como aliado a este hombre, que cuando estuvo en San Pablo no disimuló su encono por la Compañía. Ruiz de Montoya, y otros Padres, que lo habían conocido, creyeron que encontrarían en él un sólido apoyo para su obra misionera, ya que al comienzo, como dijimos, los había defendido. Pero pronto hubieron de desengañarse.

Las *malocas* se sucedieron una tras otra. Por donde pasaban los paulistas quemaban las iglesias, cortaban cabezas, mutilaban y mataban. «Sin encarecimiento –escribe Montoya, refiriéndose a una de esas incursiones–, aquí se vio la crueldad de Herodes, y con exceso mayor, porque aquél, perdonando a las madres, se contentó con la sangre de sus hijuelos tiernos, pero éstos ni con la una ni con la otra se vieron hartos». Lo único que quedaba era sepultar a los muertos. En 1639, el Cabildo eclesiástico de Asunción se hizo eco de esta situación: «Los Portugueses de la Villa de San Pablo invadieron hostilmente las dichas Reducciones, matando y robando innumerables Indios e Indias, executando enormes crueldades, quemando los templos, rasgando las imágenes, ultrajando los sacerdotes, arrojando en hogueras de fuego, a la partida, a los viejos y enfermos que no podían caminar, estrellando los niños en los palos y piedras y dando a comer sus carnes a sus perros».

Aunque nos suene a increíble, una Real Cédula del 16 de septiembre de 1639 nos informa que, desde 1612 hasta 1638, tanto de las reducciones, como de los que vivían al margen de ellas, fueron cautivados nada menos que 300.000 indios. Sólo en cuatro años, de 1628 a 1631, se vendieron como esclavos, en los mercados brasileños, unos 60.000.

Bien ha señalado el P. Guillermo Furlong que sería un gravísimo error atribuir este acto sólo al salvajismo y codicia de los bandeirantes. Tras sus expediciones invasoras se escondía un intento geopolítico. Río de Janeiro no estaba tan lejos de San Pablo, como para ignorar y dejar impunes tantos crímenes, lo que hace innegable cierta complicidad. Por otra parte, España no llegó a tomar posesión de todo el vasto territorio que le correspondía, según la línea de Tordesillas, y se contentó con ocupar y poblar la franja occidental del Nuevo Mundo, dejando en un lamentable abandono la otra mitad de sus dominios, o sea, la que se extendía hacia el este. Los portugueses, legalmente dueños de una estrecha faja costera, que no llegaba a ser sino una cuadragésima parte de lo que hoy es el Brasil, fueron avanzando de una manera sostenida en dirección al oeste, llegando así a hacer conquistas inmensas en lo que era territorio incuestionablemente español. De lo que concluye Furlong: «Admira ciertamente la arteria, no menos que la continuidad, con que los lusitanos, así los de la Metrópoli políticamente, como los del Brasil prácticamente, fueron posesionándose de lo que no les pertenecía».

Con las misiones que los jesuitas establecieron entre los Maynas, Mojos, Chiquitos y Guaraníes, en una línea que va del actual Ecuador, pasando por Bolivia y Paraguay hasta nuestra Corrientes, se podría decir que le-

vantaron, quizás sin pretenderlo, la más firme muralla contra los avances de los lusitanos en los dominios españoles. Las misiones guaraníes, en particular, constituyeron un serio obstáculo a su ambición más ardiente: la posesión del Río de la Plata. De no ser por ellas, afirma el P. Cayetano Bruno, no es aventurado suponer la absorción total por parte del Brasil de lo que hoy constituye nuestro territorio nacional. Ya en 1616 Hernandarias, instruido por sus lugartenientes del Guayrá, se había dirigido a Felipe III en estos términos:

«Me escriben y avisan siempre de los agravios y robos que los portugueses de el Brasil hacen a los indios de esta jurisdicción, cautivándolos a millares, haciendo en ellos grandes y crueles muertes y desnaturalizándolos, porque los llevan a vender a las poblaciones de aquel Estado; y agora ha llegado tanto su crueldad y atrevimiento, que me avisa el teniente de la ciudad de Jerez, que vinieron y se llevaron de cuajo un pueblo que estaba cerca de ella en servidumbre y de paz».

La única solución que proponía, frente a tantos desmanes, era la «despoblación» de San Pablo, para la que pedía autorización al Rey. Asimismo el gran estadista reiteraba un antiguo plan suyo, propuesto ya en 1607, y era dividir la gobernación del Paraguay, formando con Jerez, Villa Rica y Ciudad Real una nueva provincia y obispado, con lo que la zona hubiera quedado consolidada política y militarmente en el Guayrá. Pero no se le hizo caso y los bandeirantes siguieron con sus tropelías, concedores de la escasa resistencia que podían ofrecer los tenientes de gobernadores, sin soldados casi para escarmentarlos.

Hernandarias se mantendría firme en esta posición. Muchos años después, cuando ya no era gobernador, fue comisionado por la Audiencia de Charcas para investigar los crímenes de los bandeirantes. Logró juntar pruebas incriminatorias más que suficientes, que remitió luego a Charcas, acompañándolas con un resumen que envió desde Santa Fe a Felipe IV el 23 de junio de 1631:

«Los portugueses –dice allí– han destruido ya varias reducciones. Las demás quedan en el mismo peligro. Y todas estas maldades se han hecho en solos tres años del gobierno de don Luis de Céspedes Jeria, vuestro gobernador del Paraguay, que entró por la vía de San Pablo acompañado algunas jornadas de muchos portugueses que venían al *sertón*».

8. El gran éxodo de los guaraníes

La situación se tornaba francamente insostenible. Destruídos ocho de los pueblos del Guayrá, los dos restantes, Loreto y San Ignacio, tenían los días contados. A mediados de 1631, el P. Montoya, por aquel entonces Superior de las misiones, convocó a los Padres para analizar el estado de las cosas. Todos coincidieron en que era preciso transmigrar a una región más segura. Y así, tanto los indios de los dos pueblos sobrevivientes, como los de las otras ocho reducciones devastadas, que se habían refugiado en los montes, atendidos también allí por algunos Padres, entre otros, el P. Antonio, se apresuraron al éxodo.

No fue fácil persuadir a los indios de San Ignacio y de Loreto, unos cinco mil, de la conveniencia de la transmigración. A ello ayudó la insostenible situación de los siete mil que vivían en los montes, aterrorizados ante inminentes nuevas *malocas*. Una vez todos convencidos, se preparó la partida.

«Ponía espanto ver por toda aquella playa ocupados indios en hacer balsas, que son juntas dos canoas o dos maderos grandes, cavados a modo de barco, y sobre ellos forman una casa bien cubierta que resiste el agua y sol; andaba la gente toda ocupada en bajar a la playa sus alhajas, su matalotaje, susavecillas y crianza. El ruido de las herramientas, la priesa y confusión daban demostraciones de acercarse ya el juicio. Y quién lo dudara, viendo seis o siete sacerdotes que allí nos hallamos consumir el Santísimo Sacramento, descol-

gar imágenes, consumir los óleos, recoger los ornamentos, desenterrar tres cuerpos de misioneros insignes que allí sepultados descansaban, para que los que en vida en nuestros trabajos nos fueron compañeros, nos acompañaran también, y no quedaran en aquellos desiertos; desamparar tan lindas yuntuosas iglesias que dejamos bien cerradas, porque no se volvieran en escondrijo de bestias».

Así se fabricaron 700 balsas, juntamente con numerosas carretas, para quienes irían por tierra. Eran en total unos 12.000 indios. Al frente de todo estaba el P. Ruiz de Montoya. Tras dos días de viaje, navegando el Parana-pané abajo hacia el Paraná, se enteraron de que, poco después de su partida, habían llegado los bandeirantes a los pueblos ya desiertos, quedando furiosos al verse burlados.

El primer obstáculo que hallaron los fugitivos fue de parte de un grupo de españoles de Ciudad Real, ubicada junto al río, que habían fortificado una angostura, decididos a cortarles el paso, con la intención de llevarse a los prófugos a sus campos para el servicio personal. La cosa era trágica. Y hasta escandalosa. Los enemigos que dejaban atrás, los *mamelucos*, eran cristianos, al menos de nombre; lo eran también estos españoles, vecinos del Guayrá, que procuraban impedir el paso.

El P. Ruiz de Montoya, que, como dijimos, encabezaba la expedición, se entrevistó con el comandante del fortín, pidiéndole explicaciones y echándole en cara el delito que cometían, pero fue en vano, llegando aquél a amenazarlo, si intentaba regresar a donde estaban los indios. El Padre se escabulló, y tras volver con los suyos, resolvió enviar a otros dos Padres.

Nada se logró. Estaba el peligro de que llegasen los *bandeirantes*, que no les habían perdido la pista, y ahora, aliándose con los españoles, los destrozasen. Resolvieron entonces combatir y forzar el paso, ordenando sus barcas en formación militar. Al ver esto, los españoles optaron por dejarlos pasar.

Siguieron así su marcha, pero muy poco después, los que iban por el río se toparon con un nuevo obstáculo: los famosos Saltos del Guayrá, casi a mitad de camino entre las reducciones originales y las cataratas del Iguazú. El río Paraná, en vez de los cinco kilómetros que tenía, se estrechaba ahora a sólo cincuenta metros, arrojándose sus aguas de una altura de veinte metros. Intentaron buscar un paso, pero perdieron 300 embarcaciones. «Fue fuerza que dejásemos las canoas –escribe Montoya– porque por allí es innavigable el río por la despeñada agua que forma remolinos tales, que rehusa la vista el verlos por el temor que causan». Debieron entonces caminar 25 leguas por tierra, con todo lo que ello significa, porque hubo que cargar la totalidad de los bultos e incluso las mismas embarcaciones. «Todo viviente apercibía su carga, varones, mujeres y niños, acomodando sobre sus costillas sus alhajas y su comida». Acá Montoya apunta un toque emotivo:

«Hacían tierna memoria de sus casas, y principalmente de la de Dios, adonde fue de ellos por muchos años adorado y humildemente servido y recibido en sus almas en el vivífico Sacramento. Llevaban arpas e instrumentos músicos, con que en su patria daban música a Dios en sus festividades, y entre motetes suaves crecía su devoción, juzgando por muy breve tiempo la asistencia larga que hacían en el templo, al son de aquellos acordados instrumentos ya sin cuerdas y deshechos. No sirviéndoles ya más que para una triste memoria, los dejaron perdidos entre las peñas de aquel áspero camino». ¿Cómo no recordar la nostalgia de los desterrados miembros del pueblo elegido: «Junto a los ríos de Babilonia nos sentábamos y llorábamos acordándonos de Sión; de los sauces que hay en medio de ella colgábamos nuestras cítaras» (Ps 137, 12)

Fácil es imaginar lo que ha de haber sufrido el P. Montoya en el transcurso de este viaje, expuesto con los

suyos, no sólo a las inclemencias del tiempo, sino también a las fieras y alimañas. Iba y venía, animando a unos, consolando a otros. Aquella inmensa caravana de 12.000 indígenas estaba alicaída, más aún, decepcionada. Se les había asegurado que de las reducciones del sur pronto vendrían canoas en su ayuda, pero no fue así. Las cartas en que se pedía auxilio no habían llegado a destino, y los misioneros del sur ignoraban lo que últimamente acontecía en el Guayrá.

Para colmo, a los 12.000 indios se juntaron otros más, provenientes del norte, que huían de los paulistas, trayendo noticias frescas de cómo las reducciones abandonadas habían sido arrasadas por los *mamelucos*. Los alimentos escaseaban, por lo que hubo que buscar el sustento en el monte. Fue, asimismo, preciso construir nuevas barcas, pero en esa región había pocos árboles de troncos gruesos. Algunos indios, hartos de tanto ajetreo, optaron por retornar a sus tierras originales o se perdieron para siempre en los montes.

Tras ocho días por tierra pudieron por fin volver al río, más benigno y navegable. Pero la escasez de alimentos se hizo alarmante. «Comían los cueros viejos –relata el P. Ruiz–, los lazos, las maneas de los caballos..., sapos, culebras y toda sabandija que sus ojos veían no se escapaban de sus bocas». Sólo se pudo pensar en sembrar y recoger lo que fuera posible. Para remate de males, cundió una terrible peste, efecto del hambre y de la debilidad, muriendo unas 2000 personas. Relata Montoya que cuando los Padres administraban los últimos sacramentos a los indios, algunos de ellos decían: «más vale que el cuerpo muera, que no que el alma peligre en la fe, entre aquellos hombres sin Dios, vecinos de San Pablo».

Por si ello fuera poco, varias barcas volcaron en aquellas regiones de terribles yacarés. Ante tanta desgracia, confiesa el P. Antonio, «volviéndome al cielo con los ojos destilando lágrimas, acusé mis culpas causadoras de estos desastres, y mirando a Dios que la fe viva representa al vivo, dije: “Señor, ¿es posible que para esto habéis sacado a esta gente de su tierra, y para que mis ojos se quiebren con tal vista, después de haberseme quebrado el corazón con sus trabajos? Dirán –por ventura– que mejor les estaba ser esclavos, que al fin vivieran, que no morir en el vientre de estos peces”». Parecía un nuevo Moisés, repitiendo casi textualmente la invocación de aquel caudillo durante la travesía por el desierto.

Mientras los del Guayrá recorrían su vía crucis, también debieron exiliarse los de Itaitines, porque los bandeirantes, privados ya de los pueblos que estaban antes en aquella región, se habían arrojado sobre éstos, forzándolos también a emigrar. Lo mismo pasó con los del Tape. Los diversos grupos fueron confluyendo en las reducciones ya existentes en el sur del Paraguay, y en nuestras actuales provincias de Corrientes y Misiones, así como en la otra banda del río Uruguay, sobre el Brasil. De todas estas transmigraciones, la más trágica y apresurada fue la del Guayrá.

No pudo, por cierto, el P. Montoya imaginar tantos obstáculos, y la consiguiente pérdida de vidas que hubo que lamentar. Algunos jesuitas lo criticaron por ello, llegando incluso a manifestarle sus quejas al P. General, pero éste salió en defensa de nuestro héroe. Es cierto, admitió en su respuesta, que se hubiera podido ir más despacio, previendo mejor el viaje y la comida, pero eso es fácil decirlo después de ocurridos los hechos. Otros le echaron en cara «la pérdida total del Guayrá para la corona de España»; el Cabildo de Asunción achacó a la Compañía el «haber despoblado y sacado de su natural y pueblos más de doce mil almas..., y haber quitado a Ciudad Real todos los indios encomendados a ella y dejándola desierta».

Pero, decimos nosotros, ¿cómo se hubieran podido defender los indios, no encontrando amparo ni en los vecinos de Villa Rica, ni en los de Ciudad Real, ni en los gobernadores de Asunción? Sea lo que fuere, el P. Antonio resultó ser el protagonista de una de las hazañas más memorable de nuestra historia. Como escribe Cunningham Graham:

«Así Montoya puso en salvo y llevó a puerto seguro a cerca de 12.000 personas, llevándolas a distancia de 500 millas, por regiones desérticas y por un río, obstruido en todo su curso por cataratas. Por lo general el mundo olvida o jamás conoce a sus más grandes hombres, mientras que los pillos, quienes en su vida fueron tal vez los juguetes de la fortuna, duermen en tumbas gloriosas y sus memorias ocupan una página de la historia, gracias a escritores de la misma pasta que ellos».

Se ha escrito que siendo este gran éxodo una página de enorme grandeza épica, comparable, como dijimos, al que antaño encabezara Moisés, no deja de ser lamentable que dicha gesta, de ribetes caballerescos, digna de las musas de Homero o de Virgilio, no haya encontrado algún artista capaz de expresarla en el lienzo o en el cine. Ni siquiera los historiadores le han dado su debido lugar. Lo cierto es que no quedó estéril aquel gesto inicial del joven Montoya cuando, viviendo en Lima, y siendo todavía laico, ingresara airoosamente en el Orden de la Caballería.

IV. Ante la corte de Felipe IV

Volvamos a los hechos. Ya algunos de los dignatarios españoles habían elevado su queja por el reiterado atropello de los bandeirantes. Así, por ejemplo, fray Cristóbal de Aresti, obispo electo de Buenos Aires, le escribía al Papa:

«En el Brasil hay una ciudad –sujeta a un prelado que no es obispo– que se llama San Pablo; en ésta se ha juntado un gran número de hombres de diferentes naciones, ingleses, holandeses, judíos, que haciendo liga con los de la tierra como lobos rabiosos hacen gran estrago en el nuevo rebaño de Vuestra Santidad, cual es los indios nuevamente convertidos en este obispado del Río de la Plata, y en el del Paraguay, entrando en ellos con espíritu diabólico a caza de indios...»

No pocos comenzaron a pensar en la conveniencia de armar a los indios. En 1627, los jesuitas solicitaron a la Real Audiencia de Charcas y al General de la Orden la autorización para ello, única manera, a su juicio, de enfrentar a los agresores. Ambas instancias dieron su acuerdo, sólo que el General puso como condición que los Padres no empuñasen las armas ni fuesen capitanes de las tropas. El proyecto no se concretó de manera inmediata. En 1631, la Congregación Provincial de los jesuitas del Paraguay retomó la consideración del tema, que se tornaba cada vez más apremiante. Porque los paulistas, viendo que no había reacción, creyeron que podían proseguir impunemente sus malocas, aunque ahora los indios estuviesen más lejos. Y así siguieron destruyendo algunas reducciones. El año 1639, en una de ellas, matarían al P. Diego de Alfaro, hijo del famoso visitador español, don Francisco de Alfaro, que había reemplazado al P. Ruiz de Montoya como superior en el Tape.

Era, pues, urgente que los indios se armasen. Sin embargo, parecía más oportuno que una innovación semejante fuese aprobada personalmente por el Rey, el cual, por lo demás, ya estaba anoticiado del asunto. Con este objeto, la Congregación Provincial, reunida en Córdoba en 1637, decidió enviar al P. Ruiz de Montoya como procurador ante la corte. Y así, aunque no se encontraba nada bien de salud, nuestro Padre partió para Madrid, con muchos documentos en las manos, llegando a destino hacia fines de 1639. En su viaje, pasó por Río de Janeiro, donde pudo reconocer a muchos indios guaraníes del Tape, allí retenidos como esclavos.

No bien Montoya partió hacia Europa, algunos jesuitas, en la seguridad de que el Rey concedería el permiso para usar armas, dieron por otorgada dicha licencia. Por lo demás, pensaban que era un derecho legítimo el que los indios se defendiesen de manera eficiente contra sus enemigos, y como éstos se valían de armas de fuego,

podían también los indios, que no tenían sino flechas, hachas y macanas, valerse de aquellas armas. Obtenida una licencia provisional del gobernador de Buenos Aires, compraron numerosos arcabuces junto con las debidas municiones.

Un hermano, Domingo Torres, que había sido soldado en Chile, entrenó a los guaraníes en su uso, y a fines de 1640, no había reducción que careciese de ellos. Incluso contaron con algunas piezas de artillería, fabricadas en los mismos pueblos con cañas de bambú, forradas de cuero. Ello fue providencial ya que, a los pocos meses, cerca de 500 bandeirantes con 2700 indios tupíes, se lanzaron a una maloca. Grande fue su sorpresa cuando vieron que los indios los enfrentaban con armas condignas, infligiéndoles una aplastante derrota. En adelante ya no aparecerían con la frecuencia habitual, y desde 1657 cesaron totalmente en sus intentos.

Pero no nos adelantemos en el tiempo. Lo hemos dejado al P. Montoya llegando a Madrid. Pronto obtuvo una entrevista con Felipe IV, donde le explicó detalladamente lo que sucedía, y le dejó varios informes sobre los delitos cometidos, juntamente con diversos pedidos en favor de las reducciones.

«Lo primero que le dije –escribe– fue cómo los portugueses y holandeses le querían quitar la mejor pieza de su Real Corona que era el Perú...; y con un báculo en la mano, muriéndome, como Su Majestad veía, había venido a sus Reales pies a pedir remedio de males tan graves como prometía la perfidia de los rebeldes, que ya por San Pablo acometían el cerro de Potosí; cuya cercanía, agravios, muertes de indios, quemas de iglesias, heridas de sacerdotes, esclavitud de hombres libres, daban voces. Y porque a las mías se diese crédito, había hecho dos Memoriales impresos, que si Su Majestad se servía pasar por ellos los ojos, se lastimaría su Real corazón, y movería el amor de sus vasallos al remedio». El Rey le dijo: «Dad acá, que yo los veré con cuidado».

Pensó Montoya que dichos documentos correrían la suerte de tantos, es decir, que el Rey se limitaría a enviarlos al Consejo de Indias, para escuchar luego su parecer, con lo que el asunto entraba en los carriles de la burocracia. Mas no fue así. Felipe IV los leyó y consideró atentamente, y luego los remitió al Consejo con esta apremiante recomendación: «Mirad de las cosas que ese religioso me avisa: son de tanto peso, que mi persona había de ir al remedio. Remediadlo con todo cuidado». Ello lo supo después el Padre por uno de los miembros del Consejo, Juan de Solórzano, el famoso juriscónsul indiano, quien le dijo: «Mucho le han picado al Rey sus Memoriales; porque los leyó y luego nos lo envió al Consejo con este recado: «Mirad... Padre, cuidados nos da, por el que Su Majestad tiene; y espero que se ha de remediar».

Tras algunos meses de estudio, y habiendo escuchado en diversas ocasiones al mismo P. Montoya, el Consejo concedió varios de los pedidos solicitados, pero no el más requerido, el de las armas. Volvió entonces nuestro Padre a la carga, hasta que el 21 de mayo de 1640, Felipe IV firmó una Real Cédula por la que transfería al virrey de Lima el poder de otorgar a los jesuitas la autorización para dotar con armas de fuego a los indios, si ello era conveniente. Las doce medidas que el Padre había propuesto en sus Memoriales para afrontar la persecución de los mamelucos, se vieron aceptadas por el Supremo Consejo de Indias y consignadas en Cédulas Reales que sucesivamente se fueron despachando; entre ellas, que ningún indio pudiese ser hecho esclavo, que se diese jurisdicción al gobernador de Río de Janeiro sobre San Pablo, que se otorgase libertad a todos los indios cautivos, que fuesen castigados los culpables, etc. Por otra parte, en 1639 el Rey había advertido al gobernador del Paraguay que tomase más cuidado en el asunto, llamándole la atención sobre algunos pormenores no desdeñables:

«A lo que guardan menos respeto –le decía– es a las iglesias, profanándolas y quemándolas..., saqueando los vasos y ornamentos sagrados, deshaciendo, pisando y rompiendo las cosas santas, cual si fuera estatuto de luteranos. Y... se tiene entendido que la mayor parte, además de ser delincuentes, facinerosos, desterrados del Portugal por sus delitos, son cristianos nuevos, y se sabe que a los indios que se les reparten les ponen nombres del Testamento viejo, que son circunstancias dignas de toda atención».

Lástima que no todo lo dispuesto según las doce recomendaciones de Montoya se pudo actuar, principalmente porque la unión entre España y Portugal, mantenida desde 1580, concluyó justamente con el alzamiento de Portugal en 1640 y de Brasil en 1641.

Mientras todo esto se estaba agenciando, el P. Montoya se sentía cada vez peor de salud. Los médicos no le daban tregua, pero él, sacando fuerzas de su debilidad, además de aquellas tramitaciones, se abocó a otras tareas, principalmente literarias, que dejarían huellas duraderas en la historia. Cuando viajó a España había llevado consigo el fruto de sus trabajos de largos años sobre el idioma guaraní, y un catecismo adaptado a las circunstancias, obras que traía bastante elaboradas. Su pericia en la lengua indígena era proverbial. Ya en una vieja Carta Anua, de 1616, decía de Montoya el provincial Pedro de Oñate:

«El padre Antonio ha hecho un arte y vocabulario en la lengua guaraní, y según me escriben los padres parece que Nuestro Señor le ha comunicado don de lenguas, según es la facilidad, brevedad y excelencia con que la habla».

Cuatro libros publicó durante su estadía en Madrid, quizás el fruto más decantado de su labor entre los guaraníes. El primero, la *Conquista espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús en las provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape*, al que tanto hemos recurrido para esta semblanza, apareció el año 1639. Basándose en las Cartas Anuas de la provincia jesuítica del Paraguay, así como en su experiencia de testigo, muchas veces protagonista, lo compuso durante su viaje a España, para dar noticia en Europa de los trabajos de los misioneros, con la intención de suscitar, mediante copias manuscritas difundidas por doquier, posibles nuevas vocaciones para aquel trabajoso ministerio.

No se trata de una obra pacientemente madurada, sino de un texto escrito con premura, estrechamente vinculado, más allá del propósito vocacional, con su gestión ante las autoridades políticas de la Metrópoli. Por eso, al tiempo que una crónica, es también un informe del estado de las misiones, y un alegato contra los *bandeirantes*, que completaba sus acusaciones ante la Corte. En su Dedicatoria a Octavio Centurión, marqués de Monasterios, le dice: «Gozarás de ver cómo se funda la Iglesia en las regiones que estaban en la sombra de la muerte, y las puertas del infierno, cómo se exalta la Fe, cómo se vence al demonio, cómo se redimen las almas». En la Introducción leemos:

«El haber cerca de treinta años que sin divertirme a otro empleo, mi principal ha sido su enseñanza y conversión a nuestra santa fe, coronando mi deseo trabajos y los más ordinarios peligros de muerte y de ser comido de bárbaros... He vivido todo el tiempo dicho en la provincia del Paraguay y como en el desierto, en busca de fieras, de indios bárbaros, atravesando campos y trasegando montes en busca suya, para agregarlos al aprisco de la Iglesia santa y al servicio de Su Majestad, de que con mis compañeros hice trece reducciones o poblaciones, con el afán, hambre, desnudez y peligros frecuentes de vida que la imaginación no alcanza, en cuyo ejercicio me parecía estar en el desierto».

La defensa que en dicho libro intenta de los indios para que, como dice al final, dirigiéndose al Rey, «vivan amparados del poderoso brazo con que Su Majestad, que Dios aumente, defiende sus vasallos», hace que la obra

del P. Montoya haya sido comparada a la de Las Casas. Pero las diferencias son abismales. Para Las Casas la dialéctica entre el indio y el español es desmesurada e implacable, mientras que a Montoya no le nubla el juicio, más aún, su libro expone uno de los más originales intentos de instituir una Cristiandad en nuestras tierras, en armonía con el resto de la sociedad española y bajo la protección de la Corona.

La segunda obra que publicó durante su estancia en Madrid, el año 1639, fue el *Tesoro de la Lengua Guaraní, dedicado a la Soberana Virgen concebida sin mancha de pecado original*, de más de 400 páginas. El idioma guaraní, difícil de hablar y que nunca había sido escrito por los aborígenes, le debe la gramática de mayor autoridad. De los guaraníes aprendió la lengua y, mediante ella, se interiorizó en toda la riqueza de su cultura. Mitre ha destacado la importancia historiográfica de la obra:

«Esta es el panléxico de la lengua guaraní... Sin él, el guaraní... sería un idioma indescifrable para el filólogo. Es no sólo un diccionario, que da la significación de las voces con sus etimologías, sino que las descompone en sus elementos, analizándolas gramaticalmente por sus radicales y partículas de composición, de manera de penetrar en su sentido primario y en su artificio de frases». M. Domínguez, por su parte, afirma que en el *Tesoro* «está virtualmente el indio tal como era en el momento histórico de la conquista, su antropofagia, su aritmética o manera de contar por nudos, los arrebatos con que las mujeres lloraban a sus deudos, sus hechizos y adivinaciones inocentes, sus extrañas endechas melancólicas y otros miles datos que escaparon a quienes nos describieron sus costumbres... Allí está cuanto el hombre de la selva amó y esperó en esta vida y en la otra, el mundo de los conceptos, su ideación, etc.».

El tercer libro fue el *Catecismo de la Lengua Guaraní dedicado a la Purísima Virgen María Concebida sin pecado original*, que apareció también en 1639. Esta obra, de más de 300 páginas, con un texto paralelamente escrito en castellano y guaraní, estaba destinado al uso de los misioneros, haciéndoles partícipes de su larga experiencia apostólica. Ya Bolaños había publicado un Catecismo, pero era un breve compendio de doctrina, mientras que ésta es una obra más completa, dirigida sobre todo a los catequistas.

Finalmente nos dejó *Arte, Bocabulario de la lengua Guaraní*, publicado en 1640, de más de 600 páginas. La arduidad para poder expresar con letras impresas los sonidos de esa lengua, lo que hizo «teniendo por intérpretes a los naturales», se hace evidente cuando leemos lo que él mismo nos dice en su obra:

«Quatro pronunciaciones tiene esta lengua muy necesarias, para hablar propiamente... La primera pronunciación es narigal, que se forma en la nariz... La segunda es una pronunciación gutural, que se forma *in gutture*, contrayendo la lengua hacia dentro... La tercera incluye las dos dichas, y se ha de pronunciar con nariz e *in gutture* juntamente... La cuarta pronunciación es gutural, contracta...» ¿Cómo expresar con nuestras letras tan diversos sonidos y matices? Fue ello lo que llevó a que desde ya se pensase en establecer una imprenta en las mismas reducciones, creándose nuevos cuerpos de letras, para editar allí dichas obras. Como se sabe, la primera imprenta que existió en nuestra Patria se instaló en la reducción de Loreto, en la actual provincia de Misiones.

Por desgracia, una parte de la obra del P. Ruiz de Montoya se perdió en Lisboa. Ya vuelto de España, le escribiría al P. Comental, el año 1642, refiriéndose a sus libros en lengua guaraní:

«Fue ventura haber dejado en Madrid la mitad de dos mil cuatrocientos cuerpos que imprimir, porque la otra mitad, con todo cuanto tenía, lo envié a Lisboa, donde queda todo sin haber podido sacarlo, y así vengo de la misma manera que si me hubiesen robado holandeses, padeciendo las necesidades del que, perdida la nao, escapa a nado, y gracias a Dios, que escapé con la vida, porque si me cogiera el alzamiento de Lisboa, sin duda que me la quitaran por lo que obré en la Corte contra portugueses». Recuérdese que preci-

samente en ese tiempo se producía la separación de España y Portugal, y Montoya había hablado duramente contra la corte de Lisboa.

Hemos dicho que nuestro héroe se enfermó seriamente en Madrid. A decir verdad, poca confianza tenía en los médicos que lo atendían, como se revela en una de sus cartas, donde escribe, no sin humor:

«Trece sangrías me dieron, y proseguían. Yo alegué lo que V. R. me había ordenado, que no sangraran; pero aunque me veían tan consumido, juzgaban convenir matarme a sangrías. Finalmente, llamaron al protomédico del Rey, como en caso desesperado ya; apartáronse a un rincón a tratar de acabar de matarme, y movido del deseo que tengo de volverme a esa provincia, les dije: «Cúrenme como quisieren, porque no me han de enterrar aquí, que he de volver a mi provincia».

Hacía ya 23 meses que estaba en Madrid. La nostalgia de sus amadas reducciones se acrecentaba de día en día. Cuenta Jarque que algunas señoras madrileñas le pidieron que se quedase en la capital de España y se dedicase a convertirlas a ellas, como había hecho con tantos gentiles. A lo que contestó: «Señoras, esta corte de Madrid es muy buena para dejarla por amor de Dios». Y volviéndose a un Padre que se encontraba allí con él, le dijo: «Padre Manquiano, no permita V.R. que mis huesos queden entre españoles, aunque muera entre ellos; procure que vayan a donde están los indios, mis queridos hijos, que allí donde trabajaron y se molieron, han de descansar». Ese mismo anhelo queda también de manifiesto en una carta que escribió al P. Francisco Díaz Taño, quien volvía por aquel entonces al Río de la Plata. La reproducimos, con los comentarios entre paréntesis que le hace Jarque:

«La carta de V. R. recibí con muy grande gusto y no con poca envidia de ver a V. R. partirse para mí patria –llama patria suya a la provincia del Paraguay, y a las reducciones donde vivió lo mejor de su vida– y quedarme yo en este destierro –destierro llama a Lisboa, a la corte de Madrid y a toda España, que por desterrado se tenía en ella). No es para mí este ruido, besamanos, cortesías, perdimiento de tiempo, y sobre todo traer ocupada la mente en negocios, cuidados y trazas, que pocas veces se logran. Finalmente, mi Padre, quedo como desterrado, y no hay día que para mi consuelo no finja que ya me llevan al navío, pero quiere Dios que sean no más que pensamientos por ahora, para que cuando después vuelva por ella, estime más el humilde empleo con mis indios, ajeno de embarazos, libre de emulaciones y cuidados inútiles. V. R. y sus compañeros gocen tanto bien, aunque no hayan de conseguir más que la conversión de un solo gentil. Que muchas veces parece que el no convertirlos a montones es no llenar el vacío del deseo. En lo cual conviene andar al paso de Dios sin pretender echar un pie delante de lo que quiere Su Majestad».

Por fin logró de sus superiores la autorización para retornar, el año 1643. Tras una visita a la Santa Casa de Loyola y el Pilar de Zaragoza, se embarcó en Sevilla, rumbo a Lima, su provincia religiosa.

V. Sus últimos años

Como las disposiciones de Felipe IV remitían a la decisión del virrey del Perú, el marqués de Mancera, el asunto de las armas, fue preciso que antes de regresar a la provincia del Paraguay e incorporarse de nuevo a las reducciones, se detuviese en Lima para gestionar personalmente, con el calor que lo caracterizaba, el permiso anhelado.

1. Trámites en Lima

Montoya llegó así a la ciudad virreinal.

«Aún vivían por este tiempo –escribe Jarque– algunos ciudadanos caballeros, eclesiásticos, seculares y religiosos que habían conocido y tratado familiarmente el Padre Antonio antes que entrase en la Compañía. Cuando éstos vieron tan prodigiosa mudanza en el

sujeto y lo mucho que se había adelantado en el camino de la perfección, le cobraron particular cariño y fueron los que más se hicieron pregoneros de sus virtudes. Acreditólo mucho la grande autoridad del Ilmo. Sr. D. Pedro de Contreras y Sotomayor, arzobispo de Cuzco, que se había criado con él en el mismo seminario de San Martín. Este insigne prelado decía: –El Padre Antonio Ruiz no es santo ordinario, es un gigante en santidad, es santazo de marca mayor».

Sus gestiones ante el Virrey fueron exitosas, resolviéndose definitivamente, en 1645, la cuestión que tanto le preocupaba: «Es conveniente que manejen armas de fuego para su defensa contra portugueses dichos indios». Se determinó asimismo el número de armas que se les enviaría. En consecuencia, las Misiones recibieron gruesas partidas de mosquetes y arcabuces, así como la conveniente provisión de pólvora y municiones. Por su parte el Rey, en 1647, ordenó al Virrey que, ya que de doce años a esa parte, los indios habían defendido celosamente la frontera con el Brasil, les premiase por ello, concediéndoles al mismo tiempo cierto alivio en sus tributos.

A lo que correspondió el nuevo Virrey, en 1649, declarando a los indios «custodios de las fronteras y oponentes de los portugueses del Brasil», merced a lo cual quedaban relevados de cualquier tipo de servicio personal, con la pequeña obligación de pagar «solamente, (como) tributo a Su Majestad en reconocimiento de señorío, un peso de ocho reales por cada indio, en plata y no en especie». De esta manera, los guaraníes de las misiones jesuíticas pasaban a constituirse en guarnición de fronteras, para la protección de los dominios de España. Y tan eficaz fue dicha defensa que, por más de un siglo, es decir, hasta el aciago tratado de límites de 1750, aquellos pueblos impusieron respeto a los invasores.

A pesar del éxito de sus gestiones, Montoya se encontraba a disgusto en Lima, como le pasó en Madrid. Aunque tenía allí numerosos conocidos, se sentía como en destierro. Le repugnaba, sobre todo, la vida cortesana, igual que en España. Así se lo dijo al propio Virrey, que mucho lo apreciaba:

«Señor Excelentísimo, tan bien parece un religioso en su celda, como un príncipe en su trono haciendo justicia; y aquél parece muy mal en los palacios y casas de los señores cuando a empellones no lo mete en ellos la mayor gloria de Dios, o la caridad y celo del bien común».

Sólo para ello visitaba a las autoridades políticas. Pero lo hacía a regañadientes: «Con vergüenza acudo a palacio y tribunales, aunque hallo en todos demasía en los agasajos y favores; todos me hacen muchas honras; pero como no la he menester, ni las apetezco, me enfadan». Su pensamiento y su corazón estaban en otra parte, a miles de kilómetros de allí, en sus queridas reducciones.

En las cartas que envió desde Lima alude con frecuencia a su condición de desterrado, y cuando escribe a alguno de los Padres que están en las reducciones, aprovecha la ocasión para enviar cariñosos saludos a indios conocidos que menciona por sus nombres. En una de ellas dice: «Tenemos dos mártires nuevos: el Padre Romero, mi connovicio, mi condiscípulo y mi deudo cercano. Dióle Dios los que a mí me ha negado tantas veces por mi indignidad. Matáronle en los Itatines, conquista nueva que empecé antes de ir a España». Y agrega: «Las demás reducciones perseveran con muchos aumentos, así me lo escriben, y aunque desean mucho verme por allá, deseo yo más verlos y morir entre ellos, porque deseo que mis huesos resuciten en medio de los suyos».

2. El Ruiz de Montoya místico

Durante su estadía en Lima acaeció un hecho preñado de consecuencias. Un jesuita, limeño con él, Francisco del Castillo, de 28 años, recién ordenado de sacerdote, y destinado a aquellas misiones, se acercó un día al P. Antonio para pedirle ayuda ya que estaba estudiando la lengua guaraní. Como se encontraba también espiritualmente inquieto por cierta inconstancia en materia de oración,

recurrió a su profesor de guaraní en busca de consejos para su vida espiritual, lo que Montoya aceptó complacido. Y así el P. Antonio comenzó a enseñarle el modo y ejercicio de oración mental que él mismo tenía, inclinándolo a la sencillez de espíritu y a una vida en la continua presencia de Dios. Al enterarse Francisco de que Montoya preparaba su pronto regreso al Paraguay, le solicitó con insistencia que le dejase algunas recomendaciones por escrito.

Tal fue el origen de un tratado de mística al que su autor llamó *Sílex del divino amor y raptó del ánima en el conocimiento de la primera Causa*, que quizás redactó hacia 1650. Antonio mostró la obra a personas entendidas, que aconsejaron publicarla. Pero por algunas dificultades prácticas, relacionadas sobre todo con las láminas ilustrativas que habían de acompañar al texto, el libro permaneció inédito por varios siglos. Gracias a Dios, el P. Rubén Vargas Ugarte encontró recientemente una copia en el Archivo Arzobispal de Lima, y la obra fue publicada por la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Trátase de un trabajo espléndido de gran nivel espiritual. El título parece depender de un libro de Louis de Blois, benedictino flamenco, que lleva por nombre *Yesca del divino amor*. La palabra *sílex* designa una variedad de piedra cuarzo, que produce chispas cuando se la fricciona. La obra se entronca en la gran tradición mística del catolicismo. Los motivos teresianos, muy frecuentes, se entrecruzan con los de San Juan de la Cruz. Se habla del monte de la contemplación, del castillo de la vida interior, de las mansiones, lo que revela una clara inspiración carmelitana.

Pero hay además evidentes influjos de Dionisio, San Bernardo, Hugo de San Víctor, los místicos renano-flamencos, fray Luis de Granada, San Juan de Ávila, Nieremberg, Álvarez de Paz, y, como es obvio, de San Ignacio, especialmente de sus Ejercicios y, dentro de ellos, de la contemplación para alcanzar amor. Mas la obra no se reduce a una mera sistematización de las ideas de dichos autores, sino que es fruto de una profunda experiencia personal, presentada con frescura, calor y poesía.

Una de las consultas que Francisco le había hecho al P. Montoya era acerca de la universalidad del llamado a la contemplación, o si aquél era privativo de algunos privilegiados. Montoya contesta de manera categórica: todos estamos convocados a la contemplación, lo que en el fondo no es sino llevar la fe hasta sus últimas consecuencias.

A la objeción de Francisco: «Dices que este ejercicio tan sublime no es para nuevos, ni para todo género de gente, con que pretendes conservarte en tu tibieza, sino solamente para aquellos que fueron llamados a las bodas que el otro rey celebró para sola la esposa...», le responde: «A la vista de esta divina visión, en que consiste una eternidad de gloria, eres llamado... Déjate llevar de la fe hasta que en el cielo se llene tu entendimiento de aquel divino *lumen* de gloria».

Analicemos algunas de las enseñanzas del *Sílex*.

a. Elevación espiritual de todo el hombre

El proceso de la vida interior supone un largo itinerario. En lo que toca a la oración, será preciso pasar de la «cogitación» a la «meditación», y de la «meditación» a la «contemplación» y unión con Dios, como de una chispa de fuego se enciende una antorcha, y de ésta un monte de leña. La meditación es como ingresar en una pieza muy adornada de retratos y pinturas; entramos en ella, la recorremos, hasta que nos detenemos en un objeto que arrebató nuestra admiración y gusto. Eso es la contemplación.

Pero la contemplación, bien entendida, supone la ofrenda del propio ser, cuerpo y alma. Montoya ve en el alma la imagen más perfecta de Dios, una imagen indeleble. Sus tres potencias reflejan el esplendor divino: la memoria, que es como la fuente, espeja la persona del Padre; el entendimiento, que es como el arroyo, la persona del Hijo; y la voluntad, que es como el lago que se forma de esa fuente y de ese arroyo, la persona del Espíritu Santo. Por eso dice la Escritura que «Dios creó al hombre a su imagen». Con sus tres potencias distintas y su esencia única, el alma se asemeja a Dios, uno en esencia y trino en persona. Están también los sentidos, pero éstos son, al decir del P. Antonio, «la región exterior o el arrabal» del hombre.

El centro y el fondo del alma no es otro que la concordia de las potencias: memoria, entendimiento y voluntad, a las que hay que recoger de todo lo criado, levantándolas unidas entre sí al ser sobrenatural por la participación de la gracia en la esencia del alma. «Es tan capaz el alma, que ella misma no se sabe comprender mientras vive en la carne de este cuerpo, hasta que, apartada de él, conozca en el cielo su grandeza y vea la capacidad que tiene, en que cabe Dios y no harta su hambre y deseo sino Él».

El hombre está hecho para conocer y amar a Dios. Por eso la teología, escribe Montoya, es una por el objeto, porque sólo mira a Dios, pero se viste de dos diversos trajes. La escolástica se atavía de la razón natural; alcanza a Dios por el entendimiento, pero no lo encuentra en sí mismo, sino como metido y encerrado en la razón. La mística viste traje simple y humilde; huyendo de vocablos y argumentos, se esconde en el silencio, porque apunta «no sólo al conocimiento de la primera Causa, sino a su aprehensión y unión con Ella con un desnudo, simple y silencioso acto».

Para ser menos indigna de una vocación tan elevada, el alma deberá irse liberando de todo tipo de ataduras. Sólo así podrá levantar vuelo hacia Dios, hacia ese Dios que, paradójicamente, la habita, que «es el *apex* y el centro de tu alma», le dice a Francisco. Como María, la de Betania, que «no se divertía de la presencia de Dios, que tenía presente... Dios fue su salmodia, con que para sí cogió la mejor parte». Interioridad a la vez que trascendencia. «La mente tenla despabilada siempre, para que por instantes suba a la divina presencia, que sin subir la tienes en tu centro».

Será preciso, por cierto, un proceso de purificación de las facultades del alma si se quiere acceder a la divina contemplación. Habrá que encender la lámpara del entendimiento con los rayos de la fe, «a cuya luz irás borrando las formas y figuras, imágenes y apetitos de todo lo sensible; con que caminarás seguro al conocimiento de la primera Causa, que, como desnuda de formas y accidentes, necesitas para hallarla de una total desnudez de ellas». Montoya contrapone la fuerza de la fe con la volubilidad de la imaginación: «La fe concilia gusto, como verdad cierta. La imaginación, tedio, olvido e inconstancia. Y así los que la siguen imitan a la noria, de cuyos arcaduces apenas se llena uno cuando se vacía en otro, y en [un] instante le contemplas lleno y vacío. Son también imitadores de la araña que todo el tiempo gasta en tejer y destejer sus telas. Y el fruto de su afán es un mosquito».

Será menester despojarse de los sentidos, pero también de los logros del entendimiento en el plano meramente racional. Montoya recurre a un texto terminante del salterio: «He sido reducido a la nada y no entendí; fui hecho como jumento ante ti, y yo siempre contigo» (Ps 72, 22,23). Lo que así comenta:

«Redúctete a ser nada en todos tus sentidos. Y en el entendimiento aplica aquel *nescivi*, no entendí. Fúndate totalmente en la igno-

rancia. Que en ésta hallarás el más sublime saber y la ciencia mayor. Retira tu entendimiento de todo criado ente, sea cual fuere, y con rigor abstrae de él tu pensamiento al modo de un jumento. A Dios te une con el *et ego semper tecum*, y yo siempre contigo. Y lo estarás, si en la fe sola tienes fijo e invariable el pensamiento y la voluntad enhundida (sic) en la primera Causa. Esto explicó el gran Dionisio, que se desterrase todo lo sensible de sentidos y, del entendimiento, todo inteligible criado, estando atento sólo a los rayos claros de las divinas tinieblas de la fe, en que habita la Verdad divina».

La contemplación permitirá «una soberana exultación del entendimiento», haciendo caminar al alma hacia una vida pura y celestial, angélica y divina. Montoya hace suya la definición de la contemplación como *elevatio spiritus in Deum*, elevación del espíritu a Dios y también *conversatio amicabile et assidua cum amico Deo*, conversación amigable y asidua con nuestro amigo Dios. «Centella de fuego la llamó alguno, la cual, si no hay estorbo, sube a su región tan alta que el entendimiento se queda sin poder seguilla (sic). Porque su centro es sola la divinidad, eterno fuego de donde ella salió como una chispa». El entendimiento es el ojo del alma, «de cuyo mirar queda herido el Esposo».

El P. Antonio relaciona la contemplación con el espíritu de infancia espiritual. Si uno no se hace como niño, no puede entrar en el reino de la contemplación. El niño, escribe, sin recurrir a argumentaciones complicadas, toma el panal de miel; no pregunta antes quién lo hizo, ni para qué sirve, sólo le interesa el dulce que contiene y poder degustarlo. Por eso el hortelano cuando ve que un chico quiere entrar a la huerta, lo despide sin más trámite; en cambio, cuando a ella acuden doctores, filósofos, médicos o sofistas, los recibe con sosiego, para que el filósofo defina la fruta, el médico señale sus cualidades...

«Y es porque conoce que estos doctos entran sólo a apacentar la curiosidad en la fruta, no a comerla. Los niños sí, a comer y hartarse de ella». Tampoco al demonio le preocupa que hagamos curiosos y eruditos discursos sobre las cosas de Dios, o los diversos modos de orar. Pero si llegamos a gustar el fruto, entonces se sulfura tratando de impedirnoslo. «Y así, dejadas las cuestiones, te conviene valerte de la simplicidad de niño, con que veloz, alegre, desocupado, ansioso, confiado y libre, llegarás a satisfacerte con plenitud entera de los suaves frutos de aquel divino árbol de la vida».

Pero no basta con elevar el ojo de la inteligencia. Será preciso, asimismo, afinar la voluntad. Ya la experiencia se encarga de mostrarnos la vanidad de la vida, en que lo pretérito se muestra como pasado, lo presente transcurre con el volar del tiempo, y el futuro será pronto pasado. Todo lo que acontece en esta vida «está constante en la inconstancia». Por eso, si eres cuerdo, «sé constante en emplear tu voluntad entera en lo que siempre fue, es y será, sin contingencia de dejar de ser eternamente, que es Dios, Padre y único Bien tuyo».

La voluntad es llevada por la gracia a la unión. Siguiendo a Santa Teresa, Montoya le dice a Francisco que sólo será de Dios cuando su voluntad estuviere tan unida a la divina que no haga diferencia de amargo o dulce. Claro que más penoso es lo amargo que lo dulce. De ahí la necesidad de que la voluntad se disponga a «padecer lo divino», padecer lo que el entendimiento le muestra. Ante el ejemplo de Cristo, que se abrazó con la pasión y la cruz, la voluntad deberá estar dispuesta al sufrimiento y a la muerte, llegando a preferir el dolor al gozo, «porque en éste [en el gozar] puede haber muchos engaños y peligros, pero en el rapto de la voluntad, metida en el *apex* –ápice– de un padecer sensible y tan sutil como éste, no sólo no hay peligro antes suma seguridad». En este estado tan sublime de enajenación, re-

nuncia y desapropiación, la voluntad del hombre acaba por rendirse a la voluntad de Dios.

Porque de lo que en el fondo se trata es de eso: de unir la propia voluntad a la de Dios. Nunca dicha unión será perfecta.

Sin embargo, dice Montoya, «aunque parece que aquí la halles imperfecta, porque dar el sí en un desposorio es de dos sujetos, el darse las manos es de dos personas, el abrazarse con el amor divino es de dos entes, llegará su hora cuando esta unión en dos voluntades divididas vengan, como dos ceras, a derretirse en una y venga a formarse un deogéneo, no por naturaleza ni por la unión sola de la gracia común, que esa es unión común a todo justo. Será la unión con que el elemento más noble y luminoso, que es el fuego de que la invisibilidad de Dios se viste para hacerse visible objeto al hombre, y un pedazo de tierra convertida en hierro frío, negro, áspero, pesado y sin forma de agente ni potencia activa, se unen y transforman. De manera que no perdiendo el hierro su entidad y forma, ni el fuego su esencia y cualidades, hacen una mística metamorfosis... Con que el barro negro, pesado y tosco, por aquel tiempo que con especial gracia dura la unión del alma, parece un Dios sin distinguirse por entonces diferencia».

Así el alma, a través de sus dos facultades más nobles, entra en desposorios con Dios, más allá del espacio y del tiempo. Por eso, le dice a Francisco, cuando ores no lo hagas en un lugar. Porque Dios es uno, y tú y tu lugar son dos. Dios te quiere solo. Has de estar sin lugar, para que en ti tenga lugar esta presencia, y tu alma viva respirando en Dios. A ello se reduce el «único necesario» de María. En dicho ámbito no sólo encuentran su plenitud la inteligencia y la voluntad sino que incluso se recobran los sentidos, pero ahora en un nivel místico: se oye sin oídos, se toca sin tacto, se ve sin ojos carnales. He ahí el itinerario de la elevación espiritual. Montoya se aplica a señalar las diversas moradas o mansiones –trece– que integran el castillo donde habita el Esposo divino.

En su transcurso se produce el éxtasis, acompañado a veces por el propio cuerpo: «Es tan vehemente y arrebata esta acción del alma, padecida con tanta violencia, a recogerse al corazón y la cabeza, que parece quiere llevar el cuerpo por los aires. Y de aquí procede la elevación del cuerpo, que queda a las fuerzas del alma tan ligero y no con más peso que una pluma, haciendo aquí aquella divina ave de rapiña del divino Esposo lo que el halcón que en sus uñas arrebató la humilde avecilla y la tramonta».

b. Dejarse hacer por Dios

Para Montoya el espíritu es la parte más alta y sublime del alma, la que confina con los ángeles, la que nos permite entender y amar las cosas eternas. Incluye allí aquellas dos potencias de que hablamos: el entendimiento, que cuando lo ilumina la fe, es como el ojo con que se percibe las cosas divinas; y la voluntad, con que se ama las cosas percibidas. Pero enseguida señala la diferencia que hay entre el hombre espiritual y el hombre contemplativo. «El fin de aquél es pedir, el de éste es unirse con Dios por medio de la contemplación. El oficio de aquél es *agere* –moverse o actuar–; el de éste es *agi* –ser movido–; aquél hace y éste padece».

De ahí la necesidad de la pasividad, como disposición que se ha de procurar con todas veras. Montoya le recomienda a su discípulo que se ponga como la materia en manos del artesano, no rebelándose contra la forma que le quiere dar según su idea. «Déjate en las manos de Dios, como en las mías este papel, para que yo escriba en él lo que yo quisiera. Y si esta disposición alcanzas, verás en ti la forma que te imprime».

Volverse pasivo frente al Amado. «Pasivo es cuando no está en tu mano sino en la ajena el suspenderte. La cual con violencia te arrebató de tu acción y te suspende, sin que tu voluntad con contrario acto pueda resistir». En este estado, el alma unas veces habla sin pronunciar palabras, otras calla, guardando silencio; habla derramando sus deseos, dando golpes al corazón de Dios; calla cuando

deja de pedir, suspendiendo el entendimiento y dando paso al amor. «Ata aquí Dios la imaginación aturdida. Y ya no tiene licencia de callejear. El entendimiento está asido a Dios, como el acero de la piedra imán».

c. El desnudamiento

Será preciso, le enseña Montoya a su confidente espiritual, el despojo total del alma, mediante un ofrecimiento libre e irrevocable de abandono en las manos de Dios, «fundiendo el metal de su voluntad en el metal de otra», de tal modo que se vuelva totalmente «enajenada», hecha de otro, des apropiada, al punto de tornar real lo del Apóstol: «ya no vivo yo sino que Cristo vive en mí». Admirablemente se lo dice:

«Una sola cosa te pide tu eterno Padre, que mudes los pronombres. Y, en lugar de mi gusto, pongas su gusto». Pero enseguida agrega: «En des apropiarte de tu voluntad y darle muerte y sepultura en la divina, no la perdiste, antes la mejoraste». Como se ve, trátase de un proceso de progresiva simplificación, y en el fondo, de transferencia de personalidades. Montoya es fiel a la enseñanza tradicional. Ya San Jerónimo describía la imitación de Cristo como «seguir desnudo a Cristo desnudo».

San Juan de la Cruz, por su parte, afirmaba que siendo desnuda la esencia de Dios, también el alma había de llegar desnuda de materia y formas a la unión con Él. El motivo de la «desnudez» asoma en todas las páginas del *Sílex*.

En relación con este tema, el P. Antonio, enaltece el sentido positivo de la nada. Tal fue nuestro origen, y el de todo el universo, antes de la creación. «Mira qué estupendo poder que en nada y de nada fabricó tan grandes cuerpos y tan latos espacios que pensarlo sólo deja suspenso el entendimiento». Si el hombre, que viene de la nada, llega a entender que es nada, será materia aptísima para que Dios lo modele a su gusto. «Conociéndose Dios ser infinito, en ese infinito ser conoció la nada. Porque Dios es todo ser y fuera de Él todo es nada. Dista el ser del no ser espacios infinitos. Y esos espacios de antigüedad tiene tu alma».

Siempre de nuevo será preciso «reducirse a nada», ya que el proceso de santificación es una suerte de retoma del proyecto inicial de la creación.

Y, «como el principio de su obrar sea la nada, de la cual sacó los cielos, los ángeles, los hombres..., quiere, para fabricar en ti lo que desea, hallar en ti disposición de nada y lo que ésta encierra en sí, que es no repugnancia... Ponte en aquel paraje que tenías antes que en ti naciera el ser que tienes, y, aunque en aquella nada puedes decir que eras Dios, porque estabas entonces en su divina idea y todo lo que está en Dios es Dios; pero en ti solo no eras nada».

«Mira con atención y rendido agradecimiento lo que en Dios sin ti fuiste en aquella nada. Mira ¿quién le rogó por ti que te hiciese y que de no ser te diese el ser que tienes? ¿Quién solicitó su memoria a que olvidado no te dejase en aquel inmenso caos de la nada y que aquí hallaras un abismo en que fundar tu nada y tu agradecimiento, pues siendo nada fuiste todo lo que pudiste ser?... Toma este consejo y vuélvete a tu nada... El principio de tu obrar ha de ser *nihil* – nada – y, mientras más te redujeras a ser nada, más apta materia serás en que Dios obre... Ponte en el quicio de la voluntad divina. Déjate llevar por donde Él quiere».

Magnífico texto, digno de figurar entre las páginas selectas de los grandes maestros de la mística. En otro lugar insiste:

«Te importa reducir a nada cuanto en ti tienes, para que tu ser sea en Dios y puedas transformarte en un ser deífico». La idea de Montoya queda de algún modo concretada en el espléndido «acto de renunciación» que propone a su dirigido: renuncio, en general, a todo lo que no sea Dios, renuncio a mi ingenio, mi libertad, mi razón, a los honores humanos, las posesiones, los puestos, las alabanzas de los demás, los gustos, el descanso y la comodidad, «porque deseo ponerme desnudo absolutamente en la presencia de mi Dios, como lo estaba la nada, para que de mí, como de nada, haga o deje de hacer lo que fuere de su debido gusto».

De esta manera, le dice a Francisco, tu voluntad se dará por satisfecha con el peor lugar, con el peor vesti-

do, con la peor comida, con el peor desprecio; aspirando incluso a un total olvido de los hombres, dispuesto a que Dios te aniquile, si tal fuera su voluntad, es decir, que vuelvas a aquel caos de la nada, de donde te sacó.

«Y esta consideración te aprovechará mucho a buscar la muerte a tu voluntad en todo caso, así *ad extra* de criaturas, en disgusto o gusto, como *ad intra* de tu interior república; con que tu voluntad ya muerta, al calor del divino incendio, recibirán las cenizas de tu fénix más gloriosa vida».

El lenguaje que emplea Montoya podrá escandalizar a los ignorantes, malinterpretándolo, o a los mediocres, que lo tacharán de exagerado. Ello en nada invalida la grandeza de esta mística de la nada y de la aniquilación, uno de los grandes temas del *Sílex*. No se trata de andar siempre particularizando la renuncia y el abrazo con la nada, le dice a su discípulo: «Porque te será de estorbo grande repetir todo este acto, te has de valer de sólo esta palabra *renuncio*, refiriéndote a todo este acto... No has de descender a singularizar lo que renuncias, sino hacer una total renunciación; de todo lo cual ha de recibir sus quilates en el afecto. Porque si descienes a particularizar las cosas que renuncias te distraerás de aquella intuición, a que el alma debe esta atentísima con sola la voluntad y la mente». Tal es la clave de la contemplación: «Mientras más hicieses de vivir no en lugar, vivirás con más anchura en Dios, que nada ocupa».

d. La inefabilidad de Dios

En el modo de hablar de Montoya se delata la dificultad que experimentaba para declarar plenamente la verdad entrevista. Las palabras con que trata de enseñarle, le dice a Francisco, son completamente inadecuadas, sólo alcanzan «los arrabales de la ciudad en que tu Padre celestial vive»; las luces que ves son antorchas que allá no sirven.

A medida que vayas conociendo más a Dios, desearás que tu memoria, tu entendimiento y toda tu voluntad se concentren en sólo Él, «y cree que esta estrechura encierra latitud infinita, porque la empleas en aquella infinidad de Dios». Si en Él pones los ojos, eres topo; si con tu tacto quieres abrazarlo, quedarás vacío; si quieres explicar sus perfecciones con palabras, «quedará mudo tu concepto». Sólo puedes conocer sus atributos a través de las creaturas, pero «todas las perfecciones de Dios son increadas».

Al hombre no le es dado expresar de manera apropiada las cosas divinas. Sólo le queda hacer juegos de palabras, recurrir a paradojas. No te espante, le dice por ejemplo a Francisco, el nombre de muerte o mortificación, que si llegas a morir en las manos de Dios con esa muerte, verás muy claro que es la verdadera vida. «Y advierte que, mientras no acabares de morir, vivirás muriendo. Y tanto más gustarás de la mortificación cuanto más te acercares a la muerte, porque te reconocerás más cerca de la vida». La verdad es que «el que más sabe de Él, conoce en sí más ignorancia, por lo infinito que en sí encierra».

Dios se deja conocer mejor por la nesciencia que por el saber del hombre más inteligente.

«Y en esa desesperación de comprender hallará la mayor comprensión que pueda imaginarse. Y en ese caminar a veloz paso en oscuridad tan tenebrosa está el sosiego, la quietud, el reposo y el no bullirse el alma en tal veloz carrera». Será preciso, agrega, siguiendo a San Juan de la Cruz, «rastrear en su ausencia». Desnudándose de su presunta ciencia, se arrojará a «lo más denso de la tenebrosa calígine», en donde habita aquella luz increada. «Y ése viene a quedar tan ciego en claridad tan oscura que viene a perder totalmente la vista y con ella los demás sentidos. Y ése, cuando conoce más entiende menos. Y viene a quedar más ignorante, cuanto más se anega en el abismo de la incomprendible esencia».

Desde el punto de vista de nuestra mirada, Dios se manifiesta no tanto en la luz cuanto en la tiniebla. Quien a Él se encamina es como si estuviese subiendo a un altísimo monte. Al paso que asciende, se adensan las nubes, hasta que se interna en el mismo espesor de la nube. Montoya recurre a algunos textos de la Escritura para refrendar la imagen: «Dios dijo que habitaría en la nube» (1 Re 8,12), «Dios quiere habitar en la tiniebla» (2 Cron 6,1), «Obscuridad bajo sus pies» (Ps 17, 10), «Hizo de las tinieblas su tienda» (Ps 17, 12), «Nubes y obscuridad en torno a él» (Ps 96, 10).

«Es, pues, visión intelectual de Dios *in caligine* [en la tiniebla] aquel conocimiento con que, dejada toda criatura y toda semejanza de misterios aún sobrenaturales es llevada el alma a Dios como incomprendible, incogitable e [in]inteligible e inmensurable, y es sumergida en Él como en un piélago de infinita esencia, que la misma alma ignora... Vese el entendimiento simplemente arrebatado a una vista en que no ve nada... Ve, porque aprehende todo lo que es en una oscuridad y cierta nébula que encierra toda la luz increada, cuya claridad sensible, con toda certidumbre que es inmensa, no ve. Porque la oscuridad no se ve. Y ve porque ve una inmensa luz cubierta de tinieblas... Así como sucede al que fijamente pone los ojos en el sol por algún rato y al punto los cierra para que los ojos no queden totalmente ciegos y teniéndolos así cerrados no ve el sol pero aprehende una luz muy grande, y quedan insuficientes los ojos y como lesos para mirar al sol, así el entendimiento... Y con la divina, infinita iluminación quedan cerrados los párpados de su flaqueza. Y estando así presente a Dios no lo ve claramente, porque lo inmenso e incomprendible que reverbera, obtunde la vista y tapa los ojos del entendimiento. Y queda esto con una ciencia divina, fundada en la nesciencia de Dios, que es la mayor ciencia que se puede alcanzar en esta vida».

Las expresiones de Montoya nos traen al recuerdo la mística apofática de San Gregorio de Nyssa y su exaltación de la tiniebla como cumbre de la contemplación mística. De hecho, el P. Antonio menciona expresamente al Niceno y su obra *La vida de Moisés*, cuando afirma que la ascensión espiritual hacia la contemplación ha sido prefigurada en aquella subida de Moisés al monte: «Moisés accedió a la tiniebla en la que estaba Dios» (Ex 20,21) y «al séptimo día llamó Yahvé a Moisés de en medio de la tiniebla» (Ex 24, 16). Invoca asimismo a Dionisio según el cual «este no ver y no saber es verdaderamente ver y saber». De lo cual colige que será preciso anteponer esta oscuridad clara a todos los conceptos, arrojándose solo y despojado de sí, a esa divina oscuridad y caos.

«El objeto que [el entendimiento] ha de tener en esta vista es una impotencia de no poder ver, no poder comprender, no poder alcanzar, no poder penetrar lo que desea. Y esa impotencia, tenebrosidad, deslumbramiento, ceguedad y pérdida total de poder ver es el objeto de su mayor vista. Y entonces ve más cuando se ve más ciego».

Como se puede advertir, la teología mística de Ruiz de Montoya, deudora sobre todo de los Padres griegos, y especialmente de Dionisio, predilecciona las negaciones y las paradojas. Las expresiones de esta índole se suceden: «obscuridad luminosa», «los rayos de la divina obscuridad», «la mayor ignorancia es mayor sabiduría», «tanto más contenta queda el alma con esta caliginosa luz, cuanto menos distintamente ve», «en la ignorancia hallarás el más sublime saber», «sin ver nada verás todo», «tu mente fija en la vista de lo que no viste», «aquí toca sin tacto lo que no es palpable», «aquí se quema sin que haya fuego», «murieron y fueron sepultados en la misma vida», «mientras no acabares de morir, vivirás muriendo», «todo lo que pasa en esta vida, que sólo está constante en la inconstancia», «pues el que más sabe de Él, conoce en sí más ignorancia, por lo infinito que en sí encierra», «a esta oscuridad y caligine subida caminas, donde la mayor oscuridad es mayor luz y la mayor ignorancia, mayor sabiduría»...

En su lucha por decir lo indecible, como todos los grandes místicos, Montoya desconcierta nuestro apego cartesiano a las «ideas claras y distintas», en la seguridad de que el acceso a la trascendencia pasa por la nada, la tiniebla, la ignorancia, las negaciones y las paradojas, es decir, por la renuncia a todo lo tangible e inteligible.

Resultan, a este respecto, muy expresivas las palabras con que cierra el libro: «He procurado decirte en poco mucho. Pero, como el sujeto de todo este tratado es Dios incomprendible, todo cuanto se ha dicho es nada».

e. Mística y terruño

Quisiéramos acotar un dato ilustrativo. Y es el carácter telúrico de su experiencia mística, o mejor, la relación de su experiencia espiritual con el entorno en que le tocó actuar. Que el autor del *Sílex* sea el mismo que el de la *Conquista espiritual* no deja de resultar sorprendente. Entre ambas obras la relación es más estrecha de lo que se podría imaginar.

El mundo desbordante de la selva paraguaya, brasileña y argentina, habitad de los queridos guaraníes, capitaneados por este hombre excepcional, invade las páginas del *Sílex*. El frecuente recurso a los árboles, los arroyos, los insectos, a los que vuelve inesperadamente en medio de las más sublimes experiencias contemplativas, expresa la profundidad de su enraizamiento en nuestro paisaje criollo, a pesar de su declarada renuncia al mundo; al perderlo, lo volvió a encontrar, pero ahora en otro nivel.

Mientras vamos leyendo el *Sílex*, escuchamos el canto de las aves que surcan el cielo, el chillido de los monos que se congregan en manadas, el deslizarse de las serpientes de río que emponzoñan las aguas para atraer a los peces incautos. Los engaños en la vida espiritual le recuerdan a Montoya lo que le sucede a «la culebra, que se desnuda de la túnica que tenía tan rota, que ni a ella ni a otro sirve, quedándose con otra nueva y tan arraigada que ella misma no puede desnudarse de ella». La poca estimación de sí mismo se asemeja a la del «hongo que sale del estiércol». El vuelo del águila le evoca al Espíritu Santo, que arrebató a los polluelos para llevarlos a las alturas de la gloria. Los que dejan la virtud porque no les gusta su ejercicio «imitan al papagayo, quien primero reconoce el grano y, si no es de su gusto, lo arroja y, si le cuadra al gusto, lo deshace y desmenuza y de él sólo come lo que su gusto apetece; y desperdicia mucho».

Refiriéndose al carbunco, un coleóptero de zonas tropicales que emite destellos azulados, escribe: «Alguna vez viste al celebrado carbunco. Criólo la potencia de Dios en una vil criatura para que tú conozcas su nobleza. Quién ve en un animalejo del tamaño y forma de un porrillo, a quien, después de haber comunicado lo común que a todo animal, le puso en la frente una antorcha tan parecida al fuego y al luminoso brillar de las estrellas, que él solo sobrepuja a la luz de muchas luces encendidas. Tus ojos vieron con espanto en este animalejo la omnipotencia de Dios. Pues en él, al punto que le viste, hiciste algún concepto del *lumen gloriae* –luz de la gloria), con que los cuerpos bienaventurados, penetrados de él, despiden rayos de luces en el cielo. Puso Dios en este animalejo un ojo en el superior lugar de la cabeza y superior en grandeza a los dos comunes. Cubriólo con sus párpados para que más o menos a su gusto le sirviera. Y ¿de qué?, si piensas. Sólo para buscar el sustento de su vil cuerpo en lo más obscuro de la noche, cuando sólo tiene licencia de buscarlo».

La necesidad que Montoya experimentaba de mantener la devoción cuando se dirigía de un pueblo a otro, de adorarle en la iglesia que había dejado lo que duraba la mitad del camino, y en adelante adorarle en la iglesia donde iba, le recuerda «al girasol que al moverse del sol allí se inclina y cuando se le pone en el ocaso se vuelve a enderezar mirando al cielo por no perder tiempo, como mirando al lugar que encierra al que desea, hasta que lo ve salir otra vez por el oriente». Los tornasoles del gira-

sol se le muestran como una invitación a polarizarse en Dios, a hacer de su vida un acto de plegaria indeficiente, orientando siempre la mente hacia el Señor. En todas las creaturas encontraba un incentivo para elevarse a Dios: «Ves una flor muy hermosa y olorosa; penetra, por eso que ves, oyes y hueles y palpas, en la causa de todo eso».

Refiriéndose a la grandeza del sol y a la belleza de los astros: «Mira, que esto que ves –escribe–, así medido y adornado con tantas lámparas tan estupendamente grandes, son los arrabales de la ciudad en que el celestial Padre vive». Ruiz de Montoya es un místico criollo, un místico nuestro, que partiendo de la naturaleza en que se movió supo elevarse airoosamente al mundo de la trascendencia.

Interesantes son, asimismo, las similitudes espirituales que le sugiere la navegación azarosa de la época. La oración abstracta es «como la nave que, zafando las áncoras, que la tenían presa, y, soltando las velas al tiempo, se enmara y engolfa y pierde de vista la tierra a poco espacio. Mira con la aguja al norte de su rumbo, a las Indias del mejor tesoro...» El entendimiento infecundo es «como navío que, quebrado el mástil y sin velas, anda acosado de las olas, sin potencia alguna de hacer viaje, esperando sólo algún furioso huracán que lo trastorne...»

Las páginas del *Sílex* incluyen también elementos de medicina, así como alusiones a los diversos oficios humanos, observaciones sobre las facultades del alma, y referencias a las jerarquías angélicas. Todos estos elementos, naturales y sobrenaturales, se entrecruzan en una red vibrante de símbolos, vertebrados en torno a Dios, el ser subsistente y englobante.

«Y no entiendas que este buscar y hallar a Dios de esta manera es sólo para el obscuro retiro de tu celda. Al sol del mediodía en las calles y plazas lo hallarás, si quieres poner algún cuidado en buscar a quien en cualquier parte está presente y quiere y te solicita a que lo busques, y anda perdido por que tú le halles».

No deja de ser conmovedora una notable confesión que Montoya nos ha dejado en su *Sílex*, es a saber, que fue uno de sus indios guaraníes, Ignacio Piraycí, de la reducción de Nuestra Señora de Loreto, en el Guayrá, quien lo instruyó en el modo de hacer oración. Este indio, nos cuenta, tras su bautismo en edad madura, se aplicó al estudio de la ley divina, oía misa cada día, y visitaba el Santísimo al ir al trabajo y al retornar de él. Poco a poco Dios se le fue comunicando. Recurriendo el P. Antonio a la segunda persona para relatar su propia experiencia escribe: «Acuérdese que andabas por aquellos días deseoso de hallar modo fácil de tener continuamente presencia de la primera Causa. Y quiso el cielo que éste, nuevo en la fe, a ti ejercitante antiguo, te enseñase en un solo acto de fe lo que buscabas». Un día, al salir de misa, sin preguntarle él nada, le contó el indio cómo vivía incesantemente en la presencia de Dios:

«Yo, dice, en despertando, luego creo que está Dios allí presente y acompañado de esta memoria me levanto. Junto mi familia y, guiando yo el coro, rezo con ellos todas las oraciones. Acudo luego a oír misa, donde continúo mi memoria y acto de fe que allí está Dios presente. Con este misma memoria vuelvo a mi casa. Convocho mi gente a que acuda al trabajo. Voy con ellos. Y por todo el camino conservo esta memoria, que nunca se me pierde, mientras la labor dura. Vuélvome al pueblo y mi pensar en el camino es sólo que allí está Dios presente y me acompaña. Con este mismo pensamiento entro en la iglesia, primero que en mi casa. Allí adoro al Señor y le doy gracias por el continuo cuidado que de mí tiene. Con que alegre y contento entro en mi casa a descansar. Y, mientras como, no me olvido que está allí Dios presente. Con esto duermo. Y éste es mi continuo ejercicio».

Así era de simple su oración, acota Montoya. En lugar de todos los momentos que se suelen enumerar para hacer la oración mental: puntos de meditación, composición de lugar, petición, etc., sólo vivir en la presencia de Dios.

Bien ha escrito Jarque: «De este maestro tomó la lección el P. Antonio para serlo después de ciencia tan provechosa. Dio mil gracias al Padre de las Misericordias: *Quia abscondit haec a sapientibus et revelavit parvulis*, porque escondió estas cosas a los sabios y las reveló a los pequeños».

Por eso le recomendaba al P. Francisco que no se extrañase si alguna persona rústica le consultaba sobre cuestiones místicas, abstraídas de formas y figuras. «Considera que más sabio sale del retraído rincón el idiota, olvidado de sí, que de la cátedra el que soberbio se vende por letrado». Adviértase que en aquellos tiempos se llamaba «idiota» al hombre sin letras.

La figura mística del P. Ruiz de Montoya merecería ser más conocida. Su existencia es una lograda realización del ideal soñado por San Ignacio, rara mezcla de contemplación y de acción. Los primeros jesuitas gustaban calificar al fundador de la Compañía, como *contemplativus in actione*. Sólo un estilo de vida semejante es capaz de explicar adecuadamente esa gran gesta sagrada y pastoral que fueron las reducciones guaraníicas.

En los consejos que el P. Antonio le dio al P. Francisco acerca de la oración y de la manera de prepararse a ella como corresponde, le decía: «No tendrás por larga ni ociosa esta preparación, si has llegado a conocer qué cosa es hablar con aquella tremenda Majestad de Dios, qué son los negocios sobre que hablas, que son su mayor gloria, tu salvación y la de tus prójimos». Le será preciso unir armoniosa y jerárquicamente la contemplación y la acción: «Tú no te hagas juez en el pleito de Marta y María, que la sentencia ya la dio el Maestro: *Maria optimam partem elegit*, María eligió la mejor parte. Y tú, si eres cuerpo, divide el cuerpo entre las dos hermanas. Y, pues el empleo de María es el mejor, no le des el peor tiempo. Alienta tu cuidado a la conciencia en que el que más sabe viene a ser más ignorante».

VI. En hombros de sus indios

Hemos dejado al P. Montoya en su Lima natal. Lo que realmente anhelaba era volver cuanto antes a sus queridos indios. Pero la cosa se hacía cada vez más difícil porque su salud declinaba día a día. Trasladado al colegio de San Pablo, murió en uno de sus cuartos, el 11 de abril de 1652, en brazos de su amigo y discípulo, el ahora venerable P. Francisco del Castillo. Sin duda que su deseo hubiera sido morir mártir. Pero Dios no lo quiso así.

El entierro fue imponente, ya que a él asistió el Virrey y la Real Audiencia en pleno, así como lo más granado de la población. Ya su fama de misionero apostólico y santo había cundido por la ciudad. Pocos días después, los padres de la Provincia jesuítica del Paraguay, así como numerosos indios, pidieron que enviaran los restos del querido P. Antonio a las reducciones. No era, por cierto, simple trasladarlos a tan gran distancia. Con todo, los jesuitas limeños accedieron a aquel razonable deseo, si bien no todos sus despojos fueron enviados. Se dice que en Lima se conserva todavía una caja sellada donde habrían quedado algunos restos del Padre, quizás dos huesos.

Un grupo de cuarenta guaraníes, provenientes de Loreto, se dirigieron a Lima para recuperar aquel cuerpo que realmente les pertenecía y llevarlo consigo hasta su tierra. Para ello debieron recorrer a pie, en viaje de ida y vuelta, unos 11.000 kilómetros. Ignoramos la ruta precisa que siguieron en el recorrido de ida, pero en lo que toca al retorno sabemos que pasaron por Potosí, Salta, Tucumán, Santiago del Estero y Córdoba. En todas estas ciudades una multitud se agolpó a su paso. Luego se dirigieron a Santa Fe, desde donde, por vía fluvial, llegaron a Asunción. De allí el féretro fue llevado triunfalmente por todas las reducciones al sudeste del Paraguay, hasta Encarnación, desde donde pasó a Candelaria, de

ésta a San Ignacio Miní y finalmente a Loreto.

A sus queridas reducciones retornó, pues, el P. Montoya, en hombros de sus hijos. Ni muerto dejó de seguir viajando este misionero incansable, hasta perderse en la selva de sus arrobos místicos. Enterrado en la sacristía del templo de la reducción de Loreto, en la actual provincia argentina de Misiones, no se ha localizado aún su tumba, recubierta por la exuberante vegetación de este mundo con el que se había identificado.

Así se cumplió el deseo que, según dijimos, manifestó en Madrid al P. Manquiano: «No permita V. R. que mis huesos queden entre españoles, aunque muera entre ellos; procure que vayan a donde están los indios, mis queridos hijos, que allí donde trabajaron y se molieron, han de descansar». Sabemos que en la actualidad, con motivo de las restauraciones arqueológicas de algunos de los pueblos jesuíticos, se están realizando estudios en aquel lugar, con la intención de ubicar el lugar preciso de la sacristía, y en ella los valiosos restos sagrados del querido P. Antonio.

He ahí la figura gigantesca de Ruiz de Montoya. Explorador y descubridor de tierras aún no conocidas. Notable geógrafo, uno de los primeros que trazó un mapa de aquella vasta región, para llevarlo consigo a Madrid. Eminente lingüista, que dio a conocer la estructura del difícil idioma guaraní. Apóstol incansable que se gastó y desgastó fecundando aquellas vastas tierras con el espíritu del Evangelio. Padre y defensor de los indios, sus hijos amados, ante la corona de España. Místico sublime, que penetró en las tinieblas del Dios trascendente, ciego porque encandilado ante tanta luz. Y si no selló su sacrificada vida con el martirio, como tanto lo hubiera deseado, hizo de toda su existencia una continua ofrenda de sí mismo en provecho de los demás.

Gloria al P. Antonio Ruiz de Montoya, no inferior en ardoroso celo y en espíritu de abnegación a San Francisco Solano y a San Roque González de Santa Cruz. Bien merecería que se le iniciase el proceso de canonización.

Obras Consultadas

Antonio Ruiz de Montoya, *La Conquista Espiritual del Paraguay*, Equipo Difusor de Estudios de Historia Iberoamericana, Rosario 1989.

Silex del Divino Amor, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima 1991.

Guillermo Furlong, *Misiones y sus pueblos de guaraníes*, Buenos Aires 1962.

Antonio Ruiz de Montoya y su Carta a Comental, Escritores Coloniales Rioplatenses XVII, Theoria, Buenos Aires 1964.

Pablo Hernández, *Organización social de las Doctrinas Guaraníes de la Compañía de Jesús*, tomo I, Gustavo Gili Ed., Barcelona 1913.

«Un misionero jesuita del Paraguay ante la corte de Felipe IV», en *Razón y Fe*, año XI, t. XXXIII (1912) 7179; 215222.

Hugo Storni, «Antonio Ruiz de Montoya», en *Archivum Historicum Societatis Iesu*, Roma 1984, pp.425442.

Alberto M. Sarrabayrouse, «Antonio Ruiz de Montoya. El hombre, el santo, el apóstol, el maestro», *Cuadernos Monásticos* 35 (1975) 429450.

Antonio Ruiz de Montoya

*El Guayrá es la acechanza sin abrigo,
una noche apartada de la estrella,
el martirio esperando tras la huella
y yo siempre contigo.*

*Tayaoba me busca sin descanso
declarándome furia de enemigo
junto al río su puño se hace manso
y yo siempre contigo.*

*Este cuerpo frailuno que castigo
por la legua infinita del abismo,
lleva a todos el agua del bautismo
y yo siempre contigo.*

*Buen grano para hostias voy sembrando,
el sol de la cosecha es el testigo,
ya comulgan los indios meditando
y yo siempre contigo.*

*En el canto, en la misa, en el mensaje,
en el nuevo poblado que bendigo,
los ángeles cubrían el paisaje
y yo siempre contigo.*

*Todo es milagro aquí, no me desdigo
(después me acusarán con aquel mote
de tener la cabeza de Quijote...)
y yo siempre contigo.*

*Siempre contigo Dios de las Milicias,
desnudo como un páramo mendigo,
agitan bandeirantes sus codicias
y yo siempre contigo.*

*En hombros de sus hijos, como un padre,
regresaba a su tierra pregonera.
Voces indias rezaban a la Madre
y España sonreía misionera.*

Antonio Caponnetto

10

Gabriel García Moreno

Nos adentraremos ahora en la consideración de un personaje eminentemente político, García Moreno, quien se nos revelará como un magnífico arquetipo del estadista católico en el seno del mundo moderno.

Fue el Ecuador su patria amada. La cordillera de los Andes, que en dos ramas paralelas corre de norte a sur, divide a dicha nación en tres partes. La primera lo ocupa la llanura, que se extiende desde el océano Pacífico hasta la primera de esas ramas. Entre ambas secciones de la cordillera se encuentra la segunda, una gran meseta. La tercera parte, cubierta por bosques casi vírgenes en los tiempos de nuestro homenajado, cubre el terreno que

va desde el segundo ramal de la cordillera hacia el este, zona habitada por indios, muchas veces salvajes. Gran parte de la población vive entre montañas gigantescas y volcanes, a grandes alturas sobre el nivel del mar. Primitivamente existió un reino indígena en Quito, que luego conquistarían los Incas. Finalmente llegaron los españoles. Tal fue el escenario histórico-geográfico donde se desarrolló la vida de García Moreno.

I. Niñez candorosa y juventud intrépida

Nació Gabriel en Guayaquil, el 21 de diciembre de 1821. Eran años arduos y bravíos. Al independizarse de España sus provincias de ultramar, el Ecuador siguió el destino de Colombia, que por aquel entonces se llamaba Nueva Granada, formando con ella y con Venezuela una sola nación. Fue Simón Bolívar el creador de esta confederación, a la que llamó la Gran Colombia, gobernándola durante varios años. En 1830, por exigencia de un grupo de ingratos y traidores, debió dejar el poder, y se retiró a Cartagena, con la idea de trasladarse a Europa. No pudo hacerlo, ya que murió en aquella ciudad el mismo año, como si hubiese comprendido que la Gran Colombia no subsistiría. De hecho, veinte días antes, se había consumado la separación de Venezuela.

El padre de Gabriel, Gabriel García Gómez, era español, nacido en Castilla la Vieja. Vivió varios años en Cádiz, donde estudió y trabajó con uno de sus tíos, que había sido en otro tiempo secretario del rey Carlos IV. En 1793 se trasladó a América, estableciéndose en Guayaquil. Allí se casó con una joven de prosapia, Mercedes Moreno, hija de don Ignacio Moreno, caballero de la Orden de Carlos III. Un hermano de Mercedes, Miguel Juan Moreno, fue padre de Ignacio, quien llegaría a ser Cardenal Arzobispo de Toledo. Como se ve, tratábase de una familia de alcurnia.

Don Gabriel, el padre de nuestro héroe, era un ferviente católico. Cuando se empezó a hablar de emancipación, no quiso saber nada con los propulsores de dicha idea, sobre todo porque parecía que al querer independizarse de España pensaban hacerlo también de la religión que España había traído a nuestras tierras. Ya las logias estaban trabajando en ese sentido. Doña Mercedes, su madre, era una mujer austera, llena de dignidad y de piedad, en plena comunión espiritual y doctrinal con su marido. El hijo mayor siguió la carrera eclesiástica; el segundo, aunque seglar, fue un estudioso de la liturgia; el tercero, uno de los mayores estancieros del Ecuador; el cuarto, un excelente administrador. Vinieron luego tres mujeres, jóvenes llenas de piedad. Gabriel fue el octavo y último de los hijos. A raíz de las turbulencias políticas, la familia experimentó graves y crecientes reveses económicos. Justamente cuando nació Gabriel, la situación era más precaria que nunca. Sin embargo Mercedes siguió educando a sus hijos con gran entereza.

Gabriel pasó en Guayaquil su infancia y pubertad. Esa ciudad se vio especialmente sacudida por un cúmulo de acontecimientos bélicos y políticos. Apenas tendría un año, cuando Bolívar entró en ella como triunfador. A los pocos días, éste y San Martín decidieron que Guayaquil formase parte de la *Gran Colombia*. En 1823 el general Sucre declaró independiente las tierras del virreinato del Perú. Gabriel tenía dos años. En el 26 estallaron varias sublevaciones y Bolívar debió volver a Guayaquil, donde mandó fusilar unos centenares de revolucionarios. Luego puso coo a los peruanos que querían apoderarse del sur de Ecuador. Las vicisitudes se sucedían. Un día Guayaquil estaba bajo el poder de Colombia, y al día siguiente enarbolaba la bandera peruana.

Hasta el día de la erección legal de la república de Ecuador, que quedó así independizada del norte (Colombia) y del sur (Perú). Era el año 1830, cuando el general Juan José Flores asumió el poder. Gabriel tenía nueve años. Sin embargo, afirmar que con ello llegó la paz es un decir, ya que en los seis años que siguieron hubo en Ecuador 18 revoluciones, una guerra civil, así como numerosos fusilamientos y asesinatos políticos. Tantas tribulaciones no pudieron sino dejar huella profunda en el alma de Gabriel. Pero también el anhelo de que algún día reinase el orden. Por eso cuando en 1835, Rocafuerte tomó el poder y usó mano dura, el joven de 14 años debió complacerse en ello. Lo cierto es que admiró a este presidente, que más tarde sería considerado como precursor suyo, si bien le disgustaron algunas de sus actitudes, deudoras del *liberalismo* que impregnaba el ambiente.

Al morir García Gómez, doña Mercedes encomendó la educación de Gabriel al P. Betancourt, religioso del convento de la Merced. El Padre accedió gustoso, pero poco después, como en Guayaquil no había colegios secundarios ni Universidad, creyó que sería oportuno mandarlo a Quito, donde podrían hospedarle dos hermanas del religioso que residían en dicha ciudad. En 1836, se despidió Gabriel de su madre y de sus hermanos, y acompañado por unos arrieros, emprendió a caballo el camino, un camino largo, abrupto y peligroso, particularmente para un chico de quince años. Con la cabeza llena de ilusiones, cubrió la travesía en dos semanas. Sin duda que ha de haberse quedado impresionado cuando divisó por primera vez la ciudad de Quito, ciudad solariega, señorial y recoleta, con más de cincuenta iglesias coloniales, algunas de ellas espléndidas, como las de la Compañía, San Francisco y San Agustín, construida en la falda de un cerro, a más de 2500 metros sobre el nivel del mar y rodeada por montañas mucho más altas. Una especie de nido de águilas.

Allí se inscribió en un curso de latín, ya que el conocimiento de ese idioma era indispensable para seguir después los estudios superiores. Inmediatamente llamó la atención de sus profesores no sólo por su capacidad de trabajo y su talento, sino también por el temple de su carácter, a veces impulsivo. Al cabo de un año de latín, ingresó como externo en el colegio de San Francisco, donde cursó filosofía, matemáticas, historia y ciencias naturales, es decir, los estudios secundarios. El instituto dependía de la Universidad, algo así como nuestro Colegio Nacional de Buenos Aires.

Terminados dichos estudios, entró en la Universidad de San Fulgencio, para seguir la carrera de Derecho. Esta Universidad había sido fundada en tiempos de Felipe II, más precisamente el año 1586. Ya no era, por cierto, como en aquellas épocas. En vez del antiguo to mismo, predominaban los principios cartesianos y secularizantes, así como doctrinas racionalistas y anti-cristianas. El contraste con la formación que había recibido en Guayaquil hubo de ser doloroso, sembrando quizás ciertas perplejidades en lo que toca a sus convicciones religiosas.

Con todo, lo esencial permaneció siempre firme, al punto que un día juzgó que debía entregarse a Dios en el sacerdocio. Tenía 18 años. Al saberlo, su madre se llenó de alegría y su hermano mayor, sacerdote en Guayaquil, se ofreció a costearle los gastos. Comenzó los estudios correspondientes, pero al cabo de un año desistió de su propósito. Tratóse, sin duda, de una de esas vocaciones llamadas temporales. Retomó entonces los estudios interrumpidos.

Especial interés sentía por las ciencias, sobre todo las matemáticas y la química, buscando siempre las causas y el por qué de los fenómenos. Se interesó también en el estudio de las lenguas. Además del latín, cuyos clásicos citaba con facilidad, llegó a dominar el inglés, el francés y el italiano. Mas su anhelo por defender los valores religiosos de la patria, le fue haciendo virar hacia el campo de las leyes y de la política, sin descuidar la investigación científica. Se pondría al servicio de la Iglesia, pero desde las trincheras del mundo, de donde provenían las principales ofensivas, mediante legislaciones anticristianas y a veces directamente persecutorias.

Sus cinco años de carrera de Derecho, tuvieron así dos vertientes. Una, la de los estudios específicos, siempre exitosos, dado su gran talento, y la otra, la de su formación como militante católico. No quería ser uno de aquellos católicos componedores, que tanto abundaban y que tanto aborrecería. Quería ser un católico combatiente, por lo que convocó en su torno a un grupo de jóvenes, dispuestos a despertarse del letargo generalizado y ponerse de pie. Sólo les pedía contundencia en la fe y espíritu de sacrificio. Ya había cumplido 23 años, y los que lo rodeaban admiraban su pasta de jefe. Recordemos que eran épocas turbulentas. Al igual que algunos de sus compañeros, varias veces se echó al campo, fusil al hombro, para tomar parte en las escaramuzas que menudeaban las luchas civiles, siempre eligiendo la mejor alternativa.

De esta faceta bélica del estudiante Gabriel se nos cuenta una anécdota con aires de sainete. Los buenos católicos eran por aquel entonces enemigos del general Flores. García Moreno se enteró de que el general había enviado a sus partidarios un convoy con fusiles y municiones. Reunió entonces a sus amigos y se emboscaron entre los árboles del monte, donde sabían que la expedición se iba a detener. Cuando éste llegó, los de Flores bajaron para tomar el rancho. Con dos o tres de los suyos, se acercó a ellos Gabriel, y comenzaron a contar chistes y cuentos, mientras corría la chicha. Los soldados se durmieron. Al despertarse, no quedaban ni municiones, ni mulos...

No es que García Moreno fuese un tirabombas, pero cada tanto se embarcaba en alguna incursión de ese estilo con sus amigos. Claro que su mayor inquietud seguía siendo la formación. En 1844 recibió el título de *doctor*. Pero todavía no era abogado, ya que ello requería, según las normas establecidas, cierto tiempo de práctica.

A principios de 1845, dando pábulo a sus nunca olvidadas inclinaciones científicas, realizó junto con su profesor y amigo, el geólogo Wisse, una verdadera hazaña, descendiendo junto con él al cráter de Pichincha, aventura heroica y fascinante, cuyos detalles nos los dejaron ambos relatados en sendos escritos. Este tipo de aventuras revelan, además de su interés por la ciencia, el temple de un luchador. Toda su vida sería un conflicto ininterrumpido. Así como ahora luchaba contra la naturaleza hostil, combatiría hasta su último aliento contra las ideas disolventes que buscaban destruir a la patria. Excursiones como aquéllas no podían sino fortalecer su carácter enérgico y viril, preparándolo para las grandes batallas políticas y doctrinales.

La ciencia y la política: he ahí sus dos mayores pasiones. ¿Será un sabio? ¿Será un caudillo de su pueblo? Tal fue la encrucijada que se le presentó por esos años. Quizás como resultado de la política del general Flores, que él consideraba abominable, se decidió por el segundo

camino. Se nos cuenta que en aquellos días un peruano, condiscípulo suyo, le aconsejó escribir la historia del Ecuador. Gabriel, que sin duda ya había elegido la dirección de su vida, le respondió: «Mejor es hacerla».

Fue así cómo a los 25 años, se abocó a la acción política, actividad que en adelante polarizaría su vida. Al mismo tiempo entró en el bufete de un famoso abogado de Quito, donde comenzó a dar muestras de su espíritu ajeno a toda componenda. Sus alegatos eran arremetidas en favor de la justicia. En cierta ocasión, el presidente del tribunal quiso encargarle la defensa de un asesino notorio. García Moreno se negó terminantemente. «Aseguro a usted, señor presidente, que me sería más fácil asesinar que defender a un asesino». Su figura, franca y leal, comenzó a atraer la atención de muchas personas, sobre todo de la clase alta quiteña. Coadyuvaba a ello su físico elegante, de buena estatura y expresión vivaz, ojos negros y penetrantes.

De este modo, los halagos del mundo lo fueron rodeando, razón por la cual mermó su interés por el estudio, así como su afición por las ciencias naturales y las excursiones científicas. Quizás ello correspondió a un cierto enfriamiento en su vida espiritual. Pero pronto cayó en la cuenta de que el aplauso de los salones lo estaba ablandando, y cortó por lo sano. Siempre enemigo de las medias tintas, no se le ocurrió nada mejor que raparse el pelo, de modo que durante seis semanas no pudo salir de su casa. Sumergiéndose de nuevo en los libros, clarificó las ideas, y retomó su vocación de combatiente. Por este tiempo contrajo matrimonio con Rosa Ascasubi, mujer de fortuna y alta situación social, que le llevaba doce años. La comunión de ambos en los mismos ideales era perfecta.

II. En medio de los huracanes de la política

A partir de ahora, García Moreno se sumergió de cabeza en las lides políticas. No nos sería fácil, y por otra parte excedería los límites de la presente semblanza, describir los sucesivos avatares, tan complejos, de la historia ecuatoriana. Sólo señalaremos algunos de sus momentos más importantes, en el grado en que se relacionan con la actuación de nuestro héroe.

1. El presidente Flores y los primeros pasos de García Moreno

Uno de los personajes inobviables con los que tuvo que ver, fue el general Flores, a quien nos hemos referido páginas atrás. Flores era de extracción liberal. Sin tener el talante de un perseguidor de la Iglesia, incubaba en su interior una secreta hostilidad contra las raíces religiosas del Ecuador. No por nada mantenía un trato fluido con los masones de Nueva Granada, que tal era por aquel entonces el nombre de Colombia. Éstos, bajo el pretexto de beneficencia, habían tratado de establecer logias, tanto en Quito como en otras ciudades del Ecuador. En un país donde todos eran católicos y no existía ni un solo disidente, reclamaban una libertad de culto que nadie les pedía.

A los mejores católicos no se les escapaba que detrás de tales pretensiones se escondía la intención de romper la unidad religiosa de la patria, gloria de la herencia española, y así algunos, sobre todo jóvenes, comenzaron a agruparse para la resistencia. Pronto la arrematadora palabra de García Moreno lo puso a la cabeza de ellos, invitándolos a reparar en los errores del gobierno y exhortándolos a la lucha. Frente a la Constitución nueva que, a instancias de Flores, acababa de imponer la Con-

vección, una Constitución de tipo liberal, numerosos grupos comenzaron a recorrer las calles al grito de «¡Viva la religión, muera la Constitución!».

El Gobierno, haciendo oídos sordos a la protesta, exigió prestar juramento a la nueva Carta Magna. Si bien muchos católicos, ignorantes o pusilánimes, e incluso algunos sacerdotes partidarios de la conciliación, prestaron el juramento exigido, la mayor parte del clero aseguró que el juramento era ilícito. Finalmente estalló una revolución en Guayaquil, que se extendió rápidamente a otras regiones del país. En Quito, García Moreno se enroló entre los voluntarios. Tras la victoria, los rebeldes rompieron las actas de la Convención y proclamaron la destitución del Presidente. Flores tuvo que irse al extranjero. García Moreno fue uno de los principales gestores de este movimiento.

Reunióse nuevamente la Convención, y tras redactar otra Constitución, algo mejor que la anterior, valiéndose de manejos turbios eligió a Vicente Ramón Roca como presidente. La situación había cambiado, pero sólo en las apariencias. García Moreno era demasiado íntegro y demasiado patriota como para poder soportar pasivamente lo que estaba aconteciendo, y así se lanzó a la publicación de un periódico satírico al que llamó *El Zurriago*, palabra que designa el látigo con se castigaba o zurra a alguien, donde cada semana azotaba a los que él llamaba *vendidos*. Cuando la prosa no bastaba, recurría al verso:

*Si quieres a todo trance
en política medrar,
procura ser diputado
y es muy fácil lo demás.*

*Has de tener dos conciencias,
dos caras que remudar,
dos opiniones, dos lenguas,
y voluntades un par.*

*Tendrás el pico de loro,
las uñas de gavián,
la artimaña de la zorra,
del lobo el hambre voraz.*

El Zurriago denunciaba «el culto de la aritmética», el mundo de los números, donde todo se consigue fácilmente con el oro y los empleos.

«¡Estos son los frutos amargos que el árbol de la libertad ha producido!... No se crea que culpamos a la libertad, no; culpamos sólo a los que de ella abusan. Entre nosotros la libertad ha sido una virgen pura e inocente, abandonada a los ultrajes de brutales libertinos».

El gobierno denunció al periódico. Le molestaba su título, su ironía, su oposición sistemática, y amenazó a sus redactores con juicios y multas. Ellos no se amilanaron: «Quien afirma que de la nada, nada se hace, mente, remiente, y es un grandísimo embustero. De la nada se hace fácilmente un oficial mayor de un ministerio, y se harán con el tiempo cosas mayores». He aquí una nueva faceta de la personalidad de García Moreno. Este joven de 25 años, experto más bien en ciencias naturales y en derecho, jamás había hecho incursiones literarias. Y sin embargo en las páginas de *El Zurriago* escribía con la seguridad de un periodista consumado.

Ante el peligro de que Flores reapareciese en la escena política, el presidente Roca quiso aprovechar la capacidad y la energía del joven García Moreno. Sabiéndolo enemigo acérrimo de Flores, lo nombró Gobernador de Guayas, zona donde éste había encontrado apoyo, para que depurase dicho territorio. Allí fue nuestro Gabriel. De manera fulminante, metió en la cárcel a los partidarios del antiguo presidente y desterró a los más peligro-

sos. De este modo, a los ocho días de haber llegado, comunicó al Gobierno el completo restablecimiento de la tranquilidad en esa provincia. Así entró públicamente en la política, con ese éxito inicial que le fue dando renombre en todo el país.

Por aquellos tiempos Gabriel comenzó a interesarse en una idea grandiosa: la de que se estableciera una confederación de naciones del Pacífico, para defenderse contra probables agresiones europeas, semejantes a las que entre nosotros Juan Manuel de Rosas tenía que afrontar por esos mismos años. En orden a dicho objetivo, el Gobierno ecuatoriano entró en contacto diplomático con los gobiernos de Chile, Bolivia, Perú y Nueva Granada, realizándose un encuentro, en 1847, entre representantes de cada una de dichas naciones. Desgraciadamente no se llegó a nada concreto.

Señalemos a este propósito dos observaciones, que creemos de interés. La primera es la libertad internacional de que por aquel entonces disfrutaban los pequeños pueblos hispanoamericanos, que podían reunirse sin la anuencia de los Estados Unidos, y la segunda, la gravitación política de García Moreno, un muchacho de tan sólo 25 años.

2. Viaje a Europa y ulterior enfrentamiento con Urbina

La situación política del Ecuador no se serenaba. García Moreno juzgó conveniente hacer un paréntesis en su actuación pública, y resolvió dirigirse a Europa para permanecer allí por un breve tiempo, con el deseo de informarse mejor de la situación que allí se vivía. Recorrió así Francia, Inglaterra y Alemania, tres países que encontró muy convulsionados. En Francia, sin embargo, pudo conocer la existencia de pequeños grupos de reacción católica. Ello puso de nuevo su voluntad en pie. Si en la patria del racionalismo más exacerbado, de la Ilustración más refinada, surgían esos grupos que no se sonrojaban de verse calificados como *ultramontanos* y polemizaban con gobiernos poderosos, no tendría él por qué atemorizarse de hacer otro tanto en el Ecuador.

Quedó también muy impresionado y enardecido cuando llegaron a sus manos algunos folletos que daban cuenta de la primera guerra carlista en España, cuyos militantes enarbolaban crucifijos. Una decisión brotó desde lo más profundo de su ser: al volver a su patria, congregaría junto a sí grupos selectos pero decididos, que fuesen ocupando puestos destacados, especialmente en el mundo de la cultura. Durante su breve estancia en Europa tuvo también ocasión de admirar la belleza del arte católico, y la obra grandiosa realizada por la Iglesia, según los monumentos lo testimoniaban.

A los cuatro meses, emprendió el regreso. Tras llegar a la ciudad de Panamá, que era entonces puerto colombiano, se embarcó en un buque que se dirigía hacia el sur. Con Gabriel viajaban algunos jesuitas, que acababan de ser expulsados de Nueva Granada, tras haberseles expropiado todos sus colegios y misiones. Seis años antes habían sido invitados por el partido conservador, pero luego los llamados *radicales* denunciaron el «grave peligro» que entrañaba la presencia de aquellos padres, quienes al crear colegios y misiones, conspiraban contra la libertad, no sólo en Bogotá sino en toda América. El hondo espíritu de justicia que caracterizaba a García Moreno lo acercó enseguida a esos sacerdotes, arbitrariamente perseguidos por los liberales que gobernaban en Nueva Granada, juntamente con los masones. Se acercó a ellos no sólo en razón de su amor a la justicia, sino también por

las inquietudes intelectuales que los caracterizaban, ya que entre esos desterrados había varios sacerdotes eminentes.

Cuando el vapor atracó en Guayaquil, García Moreno fue inmediatamente a verlo a Diego Noboa, jefe político de la zona, para pedirle que permitiese el desembarco de los padres, a lo que dio su consentimiento. Poco después Noboa sería elegido Presidente. El gobierno de Colombia presionó entonces para que no se los recibiese en el Ecuador. Lo mismo hicieron los masones del Ecuador que, curiosamente, se remitían al decreto de expulsión de Carlos III. Noboa no hizo caso y en 1851 fue derogada la Pragmática del rey de España. Volvieron entonces los padres, tras 83 años de destierro, y entraron en Quito en medio de las aclamaciones del pueblo y el repique de todas las campanas de la ciudad. Les devolvieron su antigua iglesia, al tiempo que les ofrecieron un viejo convento y la casa de la Moneda, para que estableciesen allí un colegio.

Entra ahora en el escenario político una nueva figura, el general José María Urbina, quien sería Presidente de Ecuador desde 1852 a 1856. Durante los veinte años de su existencia independiente, el Ecuador había vivido bajo la férula de un liberalismo con pretensiones de conservador. Flores y Roca eran, ambos, falsos conservadores y declamadores del liberalismo. No tenían la menor idea del carácter sobrenatural de la Iglesia, así como de los principios de la ley natural por los que deben regirse las sociedades civiles. Su liberalismo consistía en adular al pueblo soberano, y su conservadorismo en quedarse en el poder, «conservándolo» lo más posible.

Aparece ahora el general Urbina. En 1837 había sido encargado de negocios en Bogotá, nido de masones, donde como era de prever se relacionó con los dirigentes secretos de la Revolución anticristiana. Luego sería Gobernador de Guayaquil y finalmente Presidente. Durante sus años de gobierno nació, en cierto modo, el liberalismo ecuatoriano. Siempre hubo liberales, por cierto, pero permanecían aislados, sin agruparse. Con Urbina comienza a formarse lentamente un partido liberal, con pretensiones no sólo en el campo político sino también en el religioso. A su propagación contribuiría no poco el apoyo de la masonería, recientemente fundada.

Durante toda la vida de García Moreno, Urbina será el gran enemigo, manifiesto a veces, agazapado otras. En él vería algo así como la encarnación del espíritu revolucionario. Un terrible duelo iba a empezar. De un lado estaba el poder; del otro, la inteligencia. A Urbina la obedecían los *tauras*, escribe uno de sus biógrafos, es decir, aquella soldadesca indisciplinada y ladrona que lo secundaban ciegamente; a García Moreno los ritmos, las palabras, la idea, el Verbo. Hasta que un día el escritor empuñase también la espada para vencer a su enemigo.

Comenzó Urbina su campaña azuzando al embajador de Colombia para que atacase a la Compañía de Jesús, como efectivamente lo hizo, mediante un folleto en contra de dicha Orden. García Moreno, que según hemos visto, había colaborado para que los jesuitas volvieran al país, sacó su pluma y contestó con un duro escrito, al que puso por título *Defensa de los jesuitas*. Allí decía:

«Es una verdad histórica que esta orden religiosa ha sido aborrecida por cuantos han atacado al catolicismo, sea con la franqueza del valor, sea con la perfidia de la cobardía. Calvino aconsejaba contra ella la muerte, proscripción o calumnia. D' Alembert, escribiendo a Voltaire, esperaba que de la destrucción de la Compañía se siguiera la ruina de la religión católica. El mismo concepto en menos palabras expresaba Manuel de Roda, ministro de Carlos III,

cuando quince días después de haber sido expulsada de España esta Orden célebre, decía al duque de Choiseul, ministro de Luis XV: «Triunfo completo. La operación nada ha dejado que desear. Hemos muerto a la hija; sólo nos falta hacer otro tanto con la madre, la Iglesia romana»». Las setenta páginas del ardiente folleto reavivaron el fuego sacro en los buenos ecuatorianos, bastante aletargados.

García Moreno ya era ampliamente reconocido como jefe y cabeza del movimiento católico, al que se agregaban cada día nuevos militantes, por lo que Urbina no le quitaba la mirada de encima, en la inteligencia de que no sería sino con él con quien se tendría que batir para poder implantar su régimen. Lo primero que hizo fue reunir una Convención, hechura suya, en orden a promulgar una nueva Constitución, más liberal aún, la sexta desde la independencia. ¡Cuánta razón tenía nuestro don Juan Manuel cuando miraba de soslayo los prematuros intentos de los unitarios por imponer una Constitución, un mero «cuadernito», sin raíces en la realidad! No parecía bueno establecer una Constitución mientras el país no estuviese suficientemente consolidado. Sin embargo, Urbina así lo hizo.

Y de paso y cañazo expulsó a los jesuitas aduciendo que «la célula real de Carlos III estaba vigente». ¡Tanto hablar contra los españoles y ponderar las ventajas de la independencia, para acabar entronizando de nuevo al difunto monarca! Sea lo que fuere, la orden se cumplió de manera contundente. Entraron los soldados a bayoneta calada, y pusieron a los padres y hermanos bajo custodia. La gente en la calle, de rodillas, impotente. Al pasar el P. Blas, que era el superior, el umbral del colegio, en medio del silencio general, García Moreno gritó con voz trémula de cólera y emoción: «¡Adiós, padre! ¡Juro que de aquí a diez años cantaremos el Te Deum en la catedral!».

A los pocos días, publicó otro escrito, un extenso y erudito trabajo de cien páginas, bajo el nombre de *Adiós a los jesuitas*. Entre otras cosas allí se podía leer: «No sois vosotros los más desventurados. Después de algunas semanas de privaciones o tormentos, llegaréis a playas más hospitalarias... ¡Infelices los que permanecemos en el Ecuador, contando los días de la vida por el número de sus infortunios!».

Se ha dicho que el deseo de realizar la profecía del Te Deum fue uno de los móviles que lo impulsaron a lanzarse definitivamente a la arena política. A su juicio, los jesuitas representaban la reacción más inteligente contra el liberalismo y el espíritu de la masonería. Eran como el epicentro de la gran lucha teológica de los tiempos modernos. El combate contra Urbina no era fácil. El pueblo estaba atemorizado, la prensa amordazada, los pulpitos mudos. Lo cierto es que por el odio de unos y la cobardía de los otros, la verdad católica se veía cada vez más avasallada. García Moreno no se dejaría amilanar, limitándose a contemplar con los brazos cruzados la agonía del cristianismo en su patria. Dio a conocer entonces un nuevo escrito que llamó *Al general Urbina*. La lucha exigía cautela y sagacidad.

Por un lado debería atizar la llama de los católicos acobardados, de aquellos católicos que partiendo del principio de que parecía oportuno conceder algo al Gobierno para no irritarlo demasiado y poder conducirlo poco a poco a la enmienda, se rehusaban a levantar la bandera de la Realeza de Cristo, por temor de que se los acusase de temerarios y exagerados. Por otro lado se hacía preciso minar el prestigio populachero del Gobierno, para lo cual resolvió fundar un semanario, *La Nación*.

En el primer número expuso su ideario: recoger el estandarte de la religión católica, que era la de la nación, y tremolarlo con intrepidez frente al enemigo. Urbina acusó recibo, y encargó a Franco, comandante general de Quito,

que hiciese entender al ofensor que si osaba publicar un segundo número, él y sus colaboradores serían deportados. Cuando el oficial le comunicó la prohibición, García Moreno le respondió:

«Pues decirle a vuestro amo que a los numerosos motivos que tengo para publicar el periódico, ahora agrego otro muy importante: el de no deshonrarme callando a todas esas sus amenazas».

Apareció el segundo número, más incisivo aún que el primero. Allí se leía: «¿Hay un pícaro redomado que reúna la doble ventaja de la maldad y de la estupidez, uno que sea tan cobarde como rapaz y tan rapaz como insolente, uno que posea el instinto de la ferocidad y las actitudes de verdugo? Pues a ese ser abominable se le nombrará gobernador de provincia o magistrado de policía y se le dejará robar y oprimir a su arbitrio para que consuma el último resto de nuestra estoica paciencia». Examinaba asimismo las aberraciones del Gobierno, sobre todo la escandalosa expulsión de los jesuitas. «Admirable es, por cierto, la política de nuestro Gabinete, exactamente parecido a un ebrio de andar incierto y vacilante... Tal es el gobierno que nos rige; su conducta prepara su caída, y su caída será la del ebrio».

Dos horas después, Urbina, ciego de cólera, firmaba el decreto de arresto y extradición. García Moreno tenía 32 años. Salió de su casa, acompañado de dos de sus camaradas, también incluidos en la orden de destierro, y se dirigieron a la plaza, a fin de ser arrestados en plena calle, a la vista de todos. En medio de los vítores de la multitud, los guardias debieron abrirles paso entre el gentío, llevándolos a destino incierto. Tras un larguísimo recorrido, llegaron a la frontera colombiana, donde fueron entregados al Gobernador de aquella zona, el masón Obando, quien los envió a un sórdido calabozo. Lo que Urbina había logrado con semejante medida era enaltecer, contra su voluntad, la figura de su principal enemigo. García Moreno, que hasta entonces no había sido sino un periodista de talento, se vio magnificado a los ojos del pueblo. Ahora era un gran personaje, acaso el primero de la oposición.

No se iba a rendir nuestro héroe, siempre entero, tanto en la prosperidad como en la adversidad. En cuanto pudo, escapó de la prisión, y reiterando de manera inversa su escabrosa e interminable caminata, llegó de nuevo a Quito. Desde allí se dirigió a Guayaquil, refugiándose en una corbeta francesa que a los pocos días zarparía para Perú. Estando todavía a bordo, hubo elecciones en Ecuador para el futuro Congreso. La Junta electoral de Guayaquil lo eligió como miembro del Senado, con lo que el decreto del destierro quedaba invalidado. Urbina no sabía qué hacer y dio orden de arrestarlo ni bien pisase tierra. En tales circunstancias, García Moreno resolvió quedarse en la fragata, que pronto partió para Lima.

Sin embargo, no soportando la lejanía de su patria, volvió a escondidas a Guayaquil. Allí fue descubierto y conducido a un buque de guerra, que lo abandonó en el puertecillo de Paita, al norte del Perú, donde no había sino aire, arena y agua salada. ¿Qué haría en ese lugar, en medio de la soledad más total? Estudiar, devorar libros de ciencia, filosofía, política y teología.

El destierro, que duró casi dos años (1853-1854), acrisoló su espíritu. El verdadero modo de resignarse, escribía desde allí a los suyos, «no consiste en perder el ánimo y entregarse desfallecido a los rigores de la suerte, sino en conservar la serenidad del espíritu en medio de los sufrimientos, resistiendo con valor los trabajos sin inclinar la frente y poniendo nuestras esperanzas más allá de la vida, no por consejo de la melancolía, sino por impulso de la fe».

Al mismo tiempo seguía pensando en su patria, o mejor, pensando su patria. Sus compañeros de destierro le oían hablar con entusiasmo de los proyectos que bullían en su interior: cambio de la Constitución, reforma del clero, disciplina del Ejército, educación, obras públicas...

En aquellas soledades se estaba gestando el futuro gran presidente del Ecuador.

Un día se enteró de que Urbina, juntamente con su ministro Espinel, no contentos con haberlo arrojado del país, se esforzaban por deshonrarlo. Poco le afectaban dichas críticas ya que «hombres como Espinel, o Urbina –decía–, no infaman cuando insultan, sino cuando elogian; porque ordinariamente alaban a los que se les parecen, y los que se les parecen, son los hijos del oprobio». Pero para que el pueblo no cayese en engaño, lanzó contra ellos un folleto de contraofensiva:

«No es mía la culpa si me obligan a exponer la verdad en mi defensa, y si la verdad, como el fuego, donde llega alumbra y quema». La prosa de García Moreno se volvía cada vez más cáustica. Algunas de sus frases las hubiera envidiado Veuillot o León Bloy. Por ejemplo ésta: «Me he acostumbrado, como Boileau, a llamar gato al gato y Urbina a un traidor».

3. Tres años en París

El régimen de Urbina estaba trastabillando. García Moreno creía que si alguien tomaba el pendón de Dios y de la Patria, la nación podría levantarse de su letargo. Él debía prepararse cabalmente para dicho relevo. Como no le era posible hacerlo en Paita, donde carecía de bibliotecas y maestros adecuados, resolvió que mientras Urbina iba colmando la medida de sus iniquidades, se dirigiría a París. Así lo hizo, permaneciendo allí desde 1854 a 1856. No tomó tal resolución como quien va en búsqueda de fáciles placeres, o para olvidar sus penas y las de su patria. París fue mucho más que un lugar de destierro. Fueron tres años de preparación, de reconcentración espiritual, tres años de silencio, de ese silencio que suele preceder a las grandes decisiones y a la acción trascendente. Alojóse en el Barrio Latino, en una modesta habitación, donde gustaba quedarse estudiando hasta altas horas de la noche.

Cierto día, paseando con algunos amigos por el parque de Luxemburgo, uno de ellos contó que un conocido suyo, al borde de la muerte, había rehusado los sacramentos. Otro del grupo, ateo fanfarrón, defendió dicha actitud. García Moreno intervino entonces, aduciendo los argumentos propios de un católico en favor de la necesidad de la reconciliación con Dios. El ateo le dijo desafiante: «Usted habla muy bien, pero me parece que a esa religión tan hermosa la descuida un poco en la práctica. Se ufana de católico intransigente, pero dígame, ¿cuánto hace que no se confiesa?». García Moreno quedó por algunos instantes desconcertado. Era verdad que no vivía en plena consonancia con lo que sostenía. Sumergido en el vértigo de la política y en su afán por saber cosas humanas, se había enfriado un tanto en su vida espiritual. «Usted me ha respondido con un argumento personal que tal vez le parezca excelente hoy, pero que mañana no valdrá más», le contestó. Bruscamente dio media vuelta y se encaminó hacia su casa, muy nervioso. Esa misma tarde cayó de rodillas frente a un confesor. Fue un verdadero golpe de gracia, una conversión de la fe a las obras.

Desde entonces se lo vio casi todos los días en la iglesia de San Sulpicio, oyendo misa antes de abocarse al trabajo. Asimismo comenzó a rezar diariamente el rosario.

Luis Veuillot escribiría muchos años después: «En San Sulpicio le han visto, sin duda, varios de entre nosotros. Nos complacemos en decir que, tal vez sin conocerlo, hemos unido nuestra súplica a la suya; en todo caso, era de los nuestros y reclamamos el honor de ser de los suyos».

Durante su estancia en París, se dedicó como nunca al estudio, ampliando sus conocimientos de historia y crí-

tica literaria. Por las tardes asistía a lecciones de geología y mineralogía, las primeras a cargo del famoso Charles D'Orbigny. Tal interés no era expresión de mera curiosidad. Según lo aseguró él mismo en una de sus cartas, estudiaba para ser más útil a la Patria. Si se interesaba en la química orgánica es porque le parecía beneficioso para ulteriores proyectos de destilación y azúcar. Asimismo se puso al corriente de los movimientos políticos, industriales y militares de Francia, y en todo lo tocante a la organización de sus colegios y universidades. Es cierto que por aquellos años, Francia estaba socialmente desquiciada. La llegada al poder de Napoleón III, que como emperador había puesto freno a tantos desmanes, lo llevó a deducir que desde el poder un hombre prudente y enérgico puede contribuir decisivamente a la salvación de un pueblo. Pero también entendió que de poco servía liberar una nación de la tiranía democrática si luego se la sujetaba a la tiranía del cesarismo despótico. Sólo una revolución verdaderamente católica sería capaz de rescatar a un país que iba a la deriva, con tal de que encontrase un hombre que la encarnase.

Entre los libros que pudo leer, hubo uno que parecía especialmente escrito para él: *La Historia Universal de la Iglesia católica*, el P. Rohrbacher, una verdadera enciclopedia doctrinal, donde se ensamblan la teología, la política y la historia. Allí quedaba plenamente demostrado lo absurdo que era la lucha entre el Estado y la Iglesia, así como el divorcio entre ambos. García Moreno quedó deslumbrado ante esta verdad: el pueblo de Dios tiene derecho a ser gobernado cristianamente, concretándose en la práctica la Realeza Social de Jesucristo.

Hay algo que le gustó especialmente en dicha obra, y era precisamente lo que algunos le reprochaban, a saber, la amalgama de la teología con la historia. Estimaba también en aquel autor su integridad doctrinal, tan ajena a compromisos y paliativos, así como la severidad con que fustigaba a los falsos doctores, sin perder el buen humor, que tan bien se avenía con el espíritu de Gabriel. Esta lectura fue fundamental, ya que a través de ella penetró en su alma el espíritu de Carlomagno, de San Fernando y de San Luis. Tres veces leyó sus veintinueve volúmenes.

Como se ve, el destierro lo maduró, al tiempo que amplió enormemente sus horizontes.

Refiriéndose a esta etapa de su vida escribió Veuillot: «Solo en tierra extraña, desconocido, pero alentado por su fe y su gran corazón, García Moreno se educó a sí mismo para reinar, si tal era la voluntad de Dios. Aprendió cuanto debía saber para gobernar a un pueblo en otro tiempo cristiano, pero que se estaba volviendo salvaje... Con este fin trató de ser sabio. París, a donde la Providencia lo condujo, era el taller más a propósito para este aprendiz. París, cristiano también, pero bárbaro y salvaje al propio tiempo, ofrece el espectáculo del combate de los dos elementos. Tiene escuelas de sacerdotes y de mártires y es una vasta fábrica de anticristos, de ídolos y verdugos. El futuro presidente y misionero futuro del Ecuador, tenía ante sus ojos el bien y el mal. Cuando volvió a su lejano país, su elección estaba hecha: ya sabía dónde se hallaba la verdadera gloria».

Había llegado a entender el gran tema de las *Dos Ciudades* de San Agustín en la Francia poblada de anticristos pero no carente de combatientes de la fe como el mismo Veuillot, el cardenal Pie, dom Guéranger y tantos otros.

4. Alcalde, rector y senador

El período presidencial de Urbina llegaba a su fin en 1856. La Iglesia había sido su principal enemigo. Propósito suyo fue destruirla o al menos someterla. No se atrevió, por cierto, a expulsar a los obispos y sacerdotes, como hizo con los jesuitas, pero trató de corrom-

perlos o dominarlos. Para ello se valió de diversos expedientes, como por ejemplo alojar soldados en los conventos, intervenir en los seminarios nombrando personas indignas, insistir a través de los diarios en los presuntos abusos del clero... Los colegios se habían convertido en cuarteles y la Universidad estaba degradada. Al término de su período trató de ser reelecto, pero en vano, ya que sus mismos partidarios estaban hartos de su despotismo.

Entonces hizo lo posible para que subiese su candidato, el general Francisco Robles, hechura suya, y lo logró. Era un cambio de personas, no de políticas. A pesar de todo, los amigos de García Moreno le pidieron al nuevo presidente un salvoconducto para aquel ciudadano desterrado. Creyendo Robles que con ese gesto se metía en el bolsillo a la oposición, lo rubricó.

García Moreno volvió a entrar en la capital con la aureola de un caballero que ha sufrido mucho por la causa de la religión y de la patria. La municipalidad de Quito lo nombró alcalde, cargo que corresponde al de juez, como quien rinde un homenaje a su noble pasión por la justicia. Poco después, hallándose vacante el cargo de rector de la Universidad, el claustro lo eligió como tal. Aceptó con gusto dicha designación y se abocó de inmediato a elevar el ánimo muy alicaído de profesores y alumnos; jerarquizó el nivel académico de las facultades, sobre todo de la de ciencias, por él tan amada; presidió exámenes y pronunció numerosas conferencias.

Pero ni alcaldía ni rectorado satisfacían su propósito fundamental, que era fundar un movimiento, motorizar una oposición a los que entonces la gente llamaba «los gemelos», es decir, Urbina y Robles. Con motivo de las elecciones que debían hacerse en mayo de 1857 para elegir a los miembros del Congreso, un grupo de amigos lo propuso como candidato a senador. En orden a promover su designación, y con el fin de despertar al pueblo de su modorra, crearon un órgano periodístico llamado *La Unión Nacional*, donde pudieran unirse y expresarse todos los descontentos, contribuyendo así a la derrota del gobierno liberal. Esta votación tenía especial importancia ya que una de las atribuciones de los vencedores era la elección del futuro Presidente, al término del período de Robles. Así lo entendía Urbina, quien maniobró astutamente desde la trastienda. Más allá de las consabidas trapisondas preelectorales hubo incluso amenazas el día mismo de las elecciones. Un grupo de jóvenes limpios y valientes enfrentaron físicamente dichas conminaciones, hasta el punto de que corrió sangre.

Finalmente García Moreno fue elegido. Urbina tendría que resignarse con una Cámara donde la oposición, encabezada por un fogoso y arrullador caudillo, lo pondría contra las cuerdas. García Moreno entró en el recinto pisando recio, rodeado de sus nuevos colegas.

Uno de los grandes debates de aquel Congreso fue en torno a la presencia y el influjo de la masonería en el Ecuador. Urbina, que se había fundado en el derecho del Patronato para prohibir a los institutos religiosos en el país, como buen liberal no trepidaba en abrir las puertas a todas las sociedades secretas. En sentido inverso, García Moreno presentó un proyecto de ley por el cual se autorizaba al poder ejecutivo a establecer congregaciones religiosas, y al mismo tiempo se decretaba la clausura de las logias. La religión católica, decía dicho documento en sus considerandos, es la religión de todos los ecuatorianos, la única reconocida por la Constitución, y por ende no se podía admitir, sin grave inconsecuencia, la acción de sociedades antirreligiosas. Un opositor afir-

mó que cerrar las logias masónicas sería oponerse al espíritu del siglo; otro acotó que no tenían carácter anti-religioso.

«Por cierto –exclamó García Moreno fijando sus ojos en aquellos oradores–, que tengo que hacer notar la inconsecuencia de los que se dicen liberales: quieren la libertad para el establecimiento de logias o de sociedades contrarias a la religión y a la moral. Para ellos no debe haber trabas de ningún género, no debe esperarse el permiso o autorización del Poder Ejecutivo; pero cuando se trata de una institución católica, de asociaciones que favorecen y desenvuelven las más eminentes virtudes sociales, entonces no debe haber libertad, sino trabas y obstáculos....»

«Para que se establezcan libremente todas las asociaciones religiosas o irreligiosas sin traba alguna, era menester que no hubiese una religión dominante, como en los Estados Unidos; pero siendo la única religión del Ecuador la cristiana, católica, apostólica, romana, no puede permitirse el establecimiento de una asociación condenada por la Iglesia católica, apostólica, romana.»

Al fin el proyecto prosperó y se votó la supresión de las logias, pero para evitar la furia de los *hermanos* se lo sometió al futuro Congreso. El Gobierno se apresuró a negar su aprobación a la ley.

La actuación de García Moreno en las Cámaras reveló una nueva veta de su personalidad, la del orador. Hasta entonces poco había hablado en público. Ahora mostró el vuelo de su verbo. Las ideas y las palabras salían juntas de sus labios, sin vacilación alguna. Su manera de expresarse era enérgica, directa, precisa, sin floripondios ni adjetivos innecesarios. Su mirada, de estupenda elocuencia, refrendaba sus ideas y sus gestos. Desarrollaba su pensamiento con lógica irrefutable y con absoluta convicción. En la réplica se mostraba temible, capaz de aplastar a su contrincante con unas cuantas palabras, o con un chiste que dejaba en ridículo al adversario. Era, en verdad, un orador eximio, a lo Donoso Cortés.

5. *Presidente provisional*

Por cierto que todavía el poder seguía en otras manos, las de Urbina y Robles. Sin embargo los «gemelos» no las tenían todas consigo. Ahora en la Cámara legislativa se escuchaba una voz poderosa que se atrevía a cuestionar sus decisiones. Desde aquellos momentos, los acontecimientos se atropellaron, a tal punto que el Gobierno disolvió el Congreso, implantando una nueva dictadura, pero no por nueva, desconocida, la «dictadura de los liberales». La oposición apretó filas en torno a García Moreno. Ante las turbulencias que arreciaban, el Gobierno abandonó la capital y se refugió en Guayaquil, apoyado por los elementos más serviles del ejército, acompañando su decisión con nutridos fusilamientos. Lo que Urbina y Robles anhelaban era capturar a García Moreno, pero al no poder hacerlo, decretaron nuevamente su destierro, esta vez para siempre. También García Moreno andaba por Guayaquil. Cuando el cerco se cerró, no le quedó sino buscar refugio en un barco que se preparaba a zarpar rumbo al Perú.

En tan intrincada situación, los mejores ecuatorianos, no dispuestos a presenciar pasivamente la destrucción de su patria, se resolvieron a luchar contra aquellos insensatos, enemigos de la religión y de la patria. En todo el país se respiraba un clima de sublevación generalizada. Un grupo del ejército se amotinó contra los «gemelos», y su comandante entró con veinte soldados en la casa del Presidente, arrestando a Robles y Urbina. Pero al fin la revuelta fue sofocada, y los militares que se habían rebelado debieron volver a los cuarteles. Los déspotas estaban todavía festejando, cuando se enteraron de que un nuevo levantamiento popular había estallado en Qui-

to. Esta vez los insurrectos triunfaron, no sólo en la capital sino también en gran parte del país, y eligieron un triunvirato, cuyo jefe supremo sería García Moreno. Enterado de la decisión, nuestro héroe, que todavía estaba en Guayaquil, se dirigió velozmente a Quito.

El viaje fue terrible. Su guía, mordido por una víbora, expiró ante sus ojos, y él quedó solo, sin la menor idea del camino que había de seguir, en medio de sierras y mesetas. Cabalgó dos días sin rumbo seguro, escualido por falta de alimentos. Cuando su caballo cayó extenuado, debió seguir a pie... En fin, una odisea. Pero él nunca se amilanaba. El fervor de la Patria herida encendía su corazón.

Apenas llegado a Quito, tomó las riendas de la situación. Era inminente un contraataque arrollador de las tropas de Urbina y Robles. Se hacía así preciso reclutar voluntarios, armarlos y entrenarlos. Si bien García Moreno no era militar de profesión, dominaba el oficio de las armas, algo que había aprendido en un país zaranizado por tan frecuentes revoluciones. Manejaba la espada como un maestro de esgrima, era hábil tirador y estupendo jinete. Además, su afición a saber de todo, lo había impulsado a estudiar historia militar, estrategia, cartografía y otras ramas auxiliares de la guerra, así como a presenciar maniobras de todo tipo.

Acercóse Urbina con soldados veteranos, perfectamente armados. El gobierno provisional salió a su encuentro con voluntarios bisoños. La lucha duró seis horas. Desde el principio hasta el fin, estuvo García Moreno en medio del fuego, olvidado de su seguridad personal, luchando, arengando y curando heridos. Sin embargo su derrota fue total. A la hora del desbande, vio pasar delante de sí al coronel Vintimilla, que huía a caballo. Cuando éste reconoció al presidente interino, desmontó de su corcel y se lo ofreció generosamente. «No –le dijo García Moreno–, ¿qué será de usted si lo dejo así?». «Poco me importa –exclamó noblemente el coronel–; no faltarán nunca Vintimillas, pero no tenemos más que un García Moreno». Lo obligó a montar y alejarse al galope. Enfiló García Moreno por desfiladeros desconocidos y se internó en tupidos bosques. Cuando pasaba por algún pueblo, sus habitantes, conmovidos, lo aclamaban, ya que para ellos él era su esperanza.

Mientras tanto Urbina entraba en Quito. Los patriotas cerraron los postigos de sus ventanas. Poco después lo haría Robles. El gobierno provisional se refugió en la ciudad de Ibarra. García Moreno era tozudo: «Voy a seguir la empresa hasta concluir con Urbina y el último urbinista. Por contraria que parezca la situación, la dominaremos con tal de que no perdamos la confianza y el valor». Urbina, por su parte, implantó la violencia, enajenándose cada vez más a la población.

Ya que por las armas no se veía posibilidad próxima de victoria, García Moreno recurrió a la diplomacia, dirigiéndose otra vez al Perú para conseguir el apoyo del presidente Castilla, enemigo de los «gemelos», mientras Carvajal, que integraba el triunvirato, reunía tropas de ecuatorianos que vivían en tierras colombianas. Lo encontró en Paita, donde él había estado en su último destierro. Castilla se mostró ampliamente comprensivo y favorable, pero García Moreno se dio cuenta de que lo que buscaba era aprovechar la ocasión para apoderarse de alguna porción de tierra ecuatoriana, cosa a la que jamás se hubiera avenido nuestro héroe. Ante este fracaso, resolvió apelar al general Franco, que si bien parecía apoyar a Urbina, por lo menos era patriota y amaba al Ecuador. Llegándose encubiertamente a Guayaquil, se

entrevistó con él en secreto. Pero también Franco tenía segundas intenciones, que se guardaría bien de revelar. Quería, sí, echar a Urbina y Robles, pero no en provecho del gobierno provisional, sino para asumir él mismo la presidencia. Asimismo García Moreno pudo entrever que Franco se entendía con Castilla, dispuesto a cederle parte del Ecuador.

Sea lo que fuere, Franco acabó por sublevarse. Acudió Robles a sofocarlo, pero la suerte le fue adversa, siendo vencido, arrestado y deportado. Urbina, no sabiendo qué hacer, optó por subordinarse al nuevo jefe, mas éste lo puso también en un buque extranjero para que fuese a acompañar a su «gemelo». Así el Ecuador quedó libre de dos malhechores. Mientras tanto, en Quito reinaba una gran conmoción. Por lo demás, Franco no se mostraba menos funesto que aquellos a quienes había vencido. Dueño de Guayaquil, llamó a elecciones, y sin respetar las formas legales, fue elegido por la fuerza como Presidente, si bien permaneciendo en aquella ciudad. En vano García Moreno trató de acercársele. Ahora a Franco ya no le interesaba entablar contacto alguno. Entonces nuestro héroe debió empeñarse en iniciar nuevos reclutamientos, buscar cañones y vituallas. Incluso ordenó instalar una fábrica de armas cerca de Quito.

Mientras tanto, Franco y Castilla, ahora aliados, trataban de infiltrar espías y traidores en las fuerzas del gobierno provisional, logrando soliviantar a algunos efectivos del ejército leal. En cierta ocasión en que García Moreno se encontraba en Riobamba, descansando por la noche, un grupo de soldados sediciosos, pistola en mano, irrumpieron en su habitación y lo detuvieron, tras lo cual se embriagaron y se dieron al pillaje. Un amigo le propuso entonces a García Moreno huir por la ventana. Él le contestó que en caso de escapar sería por la puerta. Y así lo hizo. Aprovechando que los carceleros estaban borrachos, con voz de mando llamó al que estaba de guardia, y le ordenó que abriese la puerta. El soldado obedeció. García Moreno se puso en busca de los suyos, y encontró en Calpi a catorce de ellos que lo escoltaron. No salían de su asombro cuando el jefe les dijo que era su intención volver inmediatamente a Riobamba. Allí los soldados seguían totalmente borrachos, por lo que finalmente los dominó, castigando a los cabecillas.

En Guayaquil la cosa se ponía cada vez peor. Castilla, a la cabeza de una escuadra de 6000 hombres, había ya recuperado el sur del Ecuador, con la anuencia cobarde de Franco, que sin vacilar se disponía a entregarle *la perla del Pacífico*. La indignación cundió por todo el país. Los jóvenes pedían armas para ir en socorro de la Patria avasallada. García Moreno, al ver al Ecuador a punto de desaparecer, pensó en solicitar ayuda a Francia. Él amaba a esa nación, la conocía y la apreciaba, especialmente en esos momentos en que el gobierno galo reconocía la autoridad de la Iglesia.

¿Pero bastaba ello para que diese semejante paso? Se ha dicho que lo que lo movió no fue sino el cansancio en la lucha contra el desenfreno de la soldadesca y la turbulencia de los demagogos, con el consiguiente avance de la anarquía. Pero también el ver avanzar rápidamente el torrente arrasador de la raza angloamericana. Francia era católica y latina, y el mundo sajón, de diferente raza y religión que la nuestra. Quizás constituyó un paso erróneo, y que por lo demás no tuvo éxito, pero fue causa de que durante mucho tiempo se lo acusase de haber pretendido vender el Ecuador a una nación europea, máxime estando fresco el desembarco de Maximiliano en México.

La situación era gravísima. El poderoso ejército extranjero ya se encontraba sólidamente instalado en territorio ecuatoriano. Por otra parte, las tropas apostadas en Quito no aseguraban su fidelidad. Sin embargo, entendiendo García Moreno que era mejor morir que vender la Patria, decidió recurrir nuevamente a las armas. Tras arengar a los suyos con fervor patriótico, se dirigió hacia el sur, al frente del ejército. Esta vez ganó batalla tras batalla, conquistando Cuenca, y luego Loja, ciudad limítrofe con Perú. Sólo quedaba a los usurpadores la provincia de Guayaquil. Todavía trató de solucionar las cosas por las buenas, enviando emisarios a Franco, en la esperanza de que aún conservase rescoldos de amor a la Patria y honor militar. Pero el muy canalla, hollando todo resto de hidalguía, aprisionó a los enviados. Ante semejante ultraje, el Presidente provisional se dirigió a los ecuatorianos en los siguientes términos:

«¡Compatriotas! Sólo los cobardes prefieren la traición a la guerra, la intriga al combate. Corramos a las armas para defender el honor y la nacionalidad de la Patria. Unión, firmeza y valor, he aquí lo que ella reclama de nosotros. La Providencia nos protege, la gloria nos aguarda y las Repúblicas hermanas, lejos de ser espectadores indiferentes, nos sostendrán en la heroica lucha a que estamos preparados».

Y a sus tropas así les habló: «¡Soldados! El gobierno de Guayaquil, sin más derecho que su ambición desenfrenada, sin otro motivo que el de su complicidad con el enemigo extranjero, y después de haber vendido inicua y a nuestros hermanos del litoral, se prepara a emplear contra vosotros y contra los pueblos del interior las armas que deben emplearse únicamente en defensa de nuestra nacionalidad, se prepara a decorar con sangre ecuatoriana el camino por donde ha de seguirle un pérfido conquistador; viene a desgarrar el pabellón nacional para enarbolar el extranjero y ofrecerle en homenaje vuestra patria y hogares, vuestro porvenir, vuestras glorias y vuestra libertad... Preparaos, pues, a escarmentar para siempre traición tan detestable».

La actitud decidida de García Moreno, amedrentó a Castilla. No valía la pena arriesgarse por Franco, aquel aliado suyo tan egoísta. Y así lo dejó prácticamente solo, si bien con las espaldas aseguradas por la flota peruana, que permanecía fondeada en el puerto. En esos momentos, el general Flores, aquel viejo general que había sido adversario de García Moreno y vivía tranquilamente exiliado en el Perú, sintió un escozor de patriotismo, y dejando de lado sus desventuras, su destierro y sus resentimientos, se puso a disposición del jefe ecuatoriano: «En las circunstancias difíciles en que os halláis, hacedme saber si puedo seros útil, y estoy a vuestras órdenes». García Moreno, olvidando antiguos agravios, no sólo lo recibió, sino que le encomendó el mando de todas sus tropas: «Venga usted inmediatamente, para ser nuestro general en jefe». Las tropas nacionales, encabezadas ahora por ese prestigioso jefe, antiguo lugarteniente de Bolívar, se enfrentaron a las de Franco en Babahoyo y lo derrotaron, provocando su huida. Luego de la batalla, con ese olvido de sí mismo tan propio de los espíritus magnánimos, exclamó García Moreno: «Estas ventajas principalmente son debidas al genio guerrero de nuestro general en jefe y a las virtudes militares de nuestros oficiales y soldados».

Refugióse Franco en Guayaquil, y la declaró ciudad independiente, bajo el brazo protector del Perú. Hasta allí lo siguió García Moreno, juntamente con Flores. Abriéndose paso por la parte más inhóspita, llena de cuevas, rocas y esteros, las fuerzas nacionales atacaron a Franco, apareciendo de improviso en esa zona impensada. Tras encarnizada lucha, el enemigo huyó a la desbandada, mientras su jefe se embarcaba en un buque peruano. Terminaron así quince meses de lucha armada. Era el 24 de septiembre de 1860. García Moreno ya dominaba todo

el Ecuador. Como el día de la victoria coincidió con la fiesta de la Virgen de la Merced, el vencedor decretó que la nación y el ejército ecuatorianos quedasen en adelante bajo su protección.

III. La primera presidencia

Durante los quince años que acabamos de considerar, la figura de García Moreno se nos ha ido mostrando con las eminentes cualidades de un jefe político que desde la oposición se empeñó en liberar a su Patria de los tiranos liberales o radicales, valiéndose de diversos recursos: la pluma, la palabra o la espada. Con todo, hay personas que son excelentes para hacer oposición, pero luego, a la hora de gobernar, se revelan incapaces. En las circunstancias que había vivido el Ecuador, una vez vencidas las fuerzas de la Revolución, se hacía preciso restaurar el edificio social, que reposaba sobre frágiles cimientos, como la soberanía del pueblo, y más en general, los principios de 1789.

Ecuador era débil y, por ende, menos susceptible de un intento de restauración. Si lo miramos hacia fuera, advertimos que estaba como cercado por dos repúblicas vecinas, celosas entre sí, pero siempre dispuestas a aliarse para sostener los postulados masónicos de la Revolución. En el interior, actuaban no sólo los liberales, que se negaban a reconocer el carácter sobrenatural de la Iglesia, subordinándola por tanto al Estado, sino también los llamados *radicales*, de obediencia masónica, quienes veían en la Iglesia un enemigo que había que destruir. En cuanto a los católicos, la mayor parte se mostraban pusilánimes, vacilando entre los derechos de la Iglesia y los presuntos derechos del pueblo. En momentos de peligro nacional, García Moreno había logrado agrupar en su torno a fuerzas dispares. Nunca, por cierto, recibió el apoyo de los radicales, pero sí el de algunos liberales y católicos «contemporizadores».

Ahora, al día siguiente de la común victoria contra Urbina y sus adláteres, aquella precaria coalición se hizo trizas y cada uno de los grupos se apartó, llevándose su parte de botín. Por el momento, García Moreno no pasaba de ser el jefe de un gobierno provisional, con el encargo de llamar a Convención para que sus integrantes redactasen una nueva Constitución, y luego designasen el próximo Presidente. Cuarenta fueron los diputados elegidos, que ahora comenzaron a sesionar. Quienes se oponían a García Moreno veían con temor el futuro, llegando incluso, en cierta ocasión, hasta intentar asesinarlo, aunque gracias a Dios sin éxito. Los que resultaron electos como constituyentes eran por lo general católicos, si bien casi todos liberales. Tras la sesión de apertura, García Moreno dio cuenta de sus actos ante la Convención y le devolvió sus poderes. Eufusivamente felicitado, fue nombrado presidente interino de la misma.

1. García Moreno Presidente

Uno de los primeros temas que se planteó la Convención fue el de la religión oficial. El proyecto elaborado declaraba religión del Estado a la católica, con exclusión de las demás. Oponiéndose a ello, varios diputados adujeron que semejante propósito atentaba contra la civilización moderna, la libertad de conciencia, la voluntad del pueblo, constituyendo un retorno al espíritu de la Inquisición, etc. Desde otro punto de vista, aunque coincidiendo con los anteriores, un sacerdote liberal afirmó que el artículo era innecesario ya que si Dios es como el sol, que cada día sale para todos, resultaba una obviedad reconocerlo oficialmente. García Moreno se valió de toda

su influencia para mantener el artículo y refutar a sus opositores.

Tras el análisis de los otros capítulos, se planteó la segunda cuestión, la elección del Presidente. La Convención había decretado que en adelante el Jefe de Estado fuese nombrado por sufragio universal, si bien se reservaba la presente elección. De manera unánime y sin debate lo eligieron a García Moreno por cuatro años, con el aplauso general del pueblo. Era el 10 de marzo de 1861. Muy satisfecho debió quedar el novel Presidente cuando se aprobó la concertación de un Concordato con la Santa Sede, que debía ejecutarse sin esperar la ratificación del futuro Congreso. También se decretó la reorganización de la economía, del ejército, de la educación, así como la construcción de una carretera de Quito a Guayaquil. De este modo, García Moreno tenía carta blanca para llevar a cabo todos sus planes de estadista. Luego veremos cómo los concretaría. Nuestro héroe tenía 40 años cuando asumió el poder.

Intentemos esbozar un retrato suyo, en base a los que nos han legado los artistas de su tiempo. Era alto y delgado, de figura noble, esbelta y elegante. Su frente, ancha y espaciosa, revelaba una inteligencia descolante. Sus ojos, negros, profundos y escrutadores; a veces se mostraban serenos, otras veces relampagueaban; se dice que cuando daba órdenes, parecía que miraban con gran autoridad. La nariz, muy recta, y de tamaño más bien grande. La boca era ancha, con bigotes negros, espesos, de bordes cortos y caídos. La mandíbula, algo avanzada, realzaba su aspecto de caudillo. El rostro, anguloso y severo. Su fisonomía, en general, resultaba atractiva y hasta fascinante, revelando una personalidad sobresaliente, un aristócrata y gran señor. Había algo de marcial en su continente. Gustaba de cruzar los brazos, lo que acrecentaba su distinción y señorío. Sus ademanes eran precisos y enérgicos. Se ha dicho que su voz, sin suavidad ni matices, sonaba un tanto destemplada, y que hablaba con demasiada rapidez.

En cuanto a sus características psicológicas y morales destacamos, de acuerdo al testimonio de sus contemporáneos, su voluntad poderosa, casi sobrehumana, que le llevó a vencer no sólo la geografía del paisaje ecuatoriano sino también a sus contrincantes, transformando a su patria de arriba abajo, y que le permitiría vencerse a sí mismo, adelantando velozmente en el camino de la virtud. Su inteligencia era penetrante, sumamente aguda, apasionado por todas las formas del saber, y capaz de comprender con excepcional rapidez, no sólo a las personas sino también las situaciones. Eran proverbiales su vehemencia y combatividad, así como su afición por la aventura y el peligro. El profundo espíritu religioso que lo caracterizaba le permitía estar siempre pronto a sacrificar su vida por las causas trascendentes. Su temple de hierro lo hacía implacable con los delincuentes y corruptos, si bien no descartaba el ejercicio de la misericordia. La honradez de su conducta se hizo patente por el modo de administrar los dineros públicos, jamás aprovechando los cargos que invistió para acrecentar su patrimonio personal. De temple voluntarioso y decidido, nunca postergaba sus resoluciones o dilataba su ejecución. Se caracterizaba, asimismo, por una enorme capacidad de trabajo, en virtud de la cual pudo realizar más obras que todos los presidentes del Ecuador que le precedieron. Su memoria era asombrosa. Todos le reconocieron el don de atraer a los demás, de convencerlos y entusiasmarlos. Poseyó el arte de la palabra, que lo convirtió en el primer orador de su tiempo, siendo a la vez un espléndido conversador, rápido y sentencioso en las réplicas, a veces mordaz.

Tal es el hombre que ahora asume el poder. Un contemporáneo suyo dijo que lo único pequeño en él «fue el escenario a que lo trajo la Providencia para el desenvolvimiento de sus magnas acciones». Sin embargo, obró como los magnánimos, que engrandecen aun lo que es minúsculo. Tomó posesión del mando, prestando juramento en la catedral de Quito, una de las más hermosas de América. El presidente de la Convención, nuestro ya conocido general Flores, ahora admirador de García Moreno, pronunció el discurso de circunstancia.

En su respuesta, García Moreno se comprometió a «restablecer el imperio de la moral, sin la cual el orden

no es más que tregua o cansancio y fuera de la cual la libertad es engaño y quimera». Para ello, agregó, se serviría de dos medios: la represión enérgica del crimen y la educación sólidamente cristiana de las nuevas generaciones. Protegería la religión, sin cuya influencia juzgaba imposible la reforma moral. Fomentaría la industria, el comercio y la agricultura, hasta ahora atrasados «por falta de conocimientos o de vías de comunicación». Ordenaría la hacienda pública «sobre la triple base de la probidad, la economía y el crédito nacional». Cuidaría del ejército y de las buenas relaciones internacionales. Espléndido y programático discurso, cuyos enunciados habrá de cumplir punto por punto.

2. El Concordato con la Santa Sede

En realidad García Moreno no estaba satisfecho con la Constitución que había aprobado la Convención. La consideraba «demagógica» y proclive a establecer la «anarquía organizada». Especialmente lamentaba la insuficiencia de los poderes que había puesto en sus manos. Es posible que tal limitación fuese intencional. Los convencionales lo habían elegido porque salvó al país, pero le cercenaban sus atribuciones, para que no cambiase demasiado las cosas. Más adelante se declararía arrepentido de haber aceptado el gobierno en semejantes condiciones.

Sea lo que fuere, se abocó inmediatamente a preparar el Concordato con la Santa Sede. Hasta entonces, el Ecuador se había regido por la ley del Patronato, heredada de los reyes españoles. El poder político se arrogaba la capacidad de erigir nuevas diócesis, trazando sus límites; de autorizar la convocación de sínodos o concilios nacionales o regionales; de permitir la erección de nuevos monasterios o la supresión de los antiguos; de nombrar obispos, curas y canónigos; de conceder o no el *exaequatur* a las bulas pontificias, etc. La Santa Sede objetaba dicho comportamiento señalando que el Patronato era un privilegio personal que los Papas habían concedido a los reyes de España por su reconocida fidelidad a la Iglesia, y que por tanto no se transmitía automáticamente a los gobernantes de Hispanoamérica.

Se imponía, pues, zanjar dicha situación, mediante un Concordato. Para cumplimentarlo, García Moreno envió un representante a la Santa Sede con instrucciones precisas. El Gobierno empezaba asegurando que no estaba en sus intenciones imponer ni exigir concesiones sino sólo solicitar al Papa un remedio para los males que aquejaban a la Iglesia en Ecuador. «El Gobierno desea únicamente que la Iglesia goce de toda la libertad e independencia de que necesita para cumplir su misión divina, y que el Poder civil sea el defensor de esa independencia y el garante de esa libertad». En segundo lugar se decía que si bien la Constitución asegura el ejercicio exclusivo de la religión católica, como «no faltan hombres extraviados que procuran abrir la puerta a la introducción de nuevos cultos, estimando a la impiedad y la apostasía», sería conveniente que dicha situación se contemplase en el Concordato, de modo que además de no permitirse el establecimiento de cultos disidentes, quedase prohibido el de cualquier sociedad condenada por la Iglesia. A continuación se pide la supresión del *exaequatur*.

Luego se solicita que en razón de que las malas costumbres se iban extendiendo cada vez más entre los niños y los jóvenes, la Santa Sede dé facultad a los obispos e imponga al Gobierno la obligación de impedir en las escuelas y Universidades el uso de libros condenados por la Iglesia. Asimismo se afirma la necesidad de

una reforma del clero, lo que resulta imposible mientras la jurisdicción eclesiástica esté sometida a la civil, y los delincuentes eludan de ese modo el castigo debido. Finalmente se señala el deseo de que la Santa Sede provea libremente los obispados, y los obispos los demás beneficios, quedando sólo el Gobierno con el derecho de oponerse a la promoción de eclesiásticos indignos o perturbadores. Había un anexo sobre la reforma del clero regular, para cuyo cumplimiento se pedía el envío de un delegado apostólico.

Al cabo de seis meses de tratativas, el proyecto quedó firmado *ad referendum*. Sus artículos reproducían casi textualmente las instrucciones que García Moreno había dado a su plenipotenciario. El texto se cerraba con esta cláusula: «La ley del Patronato está y queda suprimida».

El cambio de firmas debía verificarse en Quito. Pío IX envió para ello un delegado apostólico, con una carta en la que felicitaba a García Moreno «por su piedad profunda hacia la Santa Sede, su ardiente celo por los intereses de la Iglesia católica, y le exhortaba a favorecer, con todas sus fuerzas, la plena libertad de esta esposa de Cristo, así como la difusión de sus divinas enseñanzas, sobre las cuales reposan la paz y ventura de los pueblos». Cuando el delegado hizo entrega de la carta, expresó su satisfacción por el feliz encuentro de la espada y el cayado, que mutuamente se sostenían.

García Moreno admiraba al intrépido Pío IX, hostigado en aquel entonces por los Garibaldi y los Cavour. Al saludar a su delegado le dijo:

«Os ruego que manifestéis a nuestro Padre Santísimo estos sinceros sentimientos y aprovechando esta ocasión solemne, os ruego le digáis también que, como verdaderos católicos, no somos ni podemos ser insensibles a los ataques dirigidos a la Santa Sede y contra su soberanía temporal; soberanía que es la condición indispensable de su libertad e independencia, así como lo es del reposo y la civilización del mundo. Decidle que si bien a los débiles no nos es dado oponer un dique de hierro contra la impiedad y la ingratitud de los unos, y contra la timidez y la imprevisión de los otros, sí nos toca levantar la voz para condenar el crimen y extender la mano para señalar al delincuente. Decidle, en fin, os ruego, que unidos más fuertemente a él en el tiempo de la adversidad, aquí, al pie de los Andes y a las orillas del Grande Océano, rogamos por él y por el término de las aflicciones que lo rodean, y que abrigamos la íntima y consoladora convicción de que pasarán los días de prueba, porque cuando la fuerza oprime en lo presente, la justicia se reserva el porvenir».

Poco después ocurrió algo muy revelador. Cuando el comisionado del gobierno ecuatoriano volvió de Roma, se dieron cuenta de que no se había llegado a un acuerdo sobre la demanda del Presidente relacionada con la reforma del clero regular. Como se recordará, García Moreno había pedido el envío de un delegado apostólico provisto de amplios poderes, para lograr que los malos religiosos se reformasen o, si así no lo hacían, fuesen secularizados.

A la Santa Sede la medida pareció demasiado enérgica. El Papa, afirmó su vocero, deseaba tanto como el Presidente llegar a esa reforma, pero por medios persuasivos. García Moreno pensaba que dicho modo de proceder constituiría un obstáculo a su proyecto de regeneración del país, ya que aquellos religiosos, desacostumbrados a toda regla, no se dejarían convencer, y seguirían haciendo daño a todo el cuerpo social. De esta manera, convencido de que el Concordato y la reforma del clero regular eran inescindibles, se rehusó terminantemente a admitir el uno sin la otra. «Volved inmediatamente a Roma —le dijo a su ministro—, y decid al Papa que acepto todos los artículos del Concordato, pero a condición de que ha de imponer la reforma. Si él no puede imponer la refor-

ma, yo no puedo imponer el Concordato». Pío IX quedó estupefacto. El ministro le explicó que García Moreno pensaba que si el Papa conociese la situación real del Ecuador como él la conocía, se convencería de la necesidad de la reforma. Por fin el Santo Padre accedió a lo solicitado.

El Concordato fue oportunamente promulgado en Quito. Luego de una solemne misa pontifical, el Presidente y el delegado de la Santa Sede, rodeados de las autoridades civiles y militares, procedieron al cambio de firmas, y a continuación se leyeron al pueblo los artículos del Concordato. Tras entonarse el *Te Deum*, con un fondo de salvas de artillería, se izaron las banderas del Ecuador y del Vaticano. Ceremonias semejantes tuvieron lugar en las principales ciudades del país. Quedaba así patente, para asombro del mundo, que había un país, el Ecuador, cuyo Estado se unía a la Iglesia en un designio común, y la Iglesia aceptaba gozosamente la unión con dicho Estado. Parece obvio decirlo, pero desde aquel día, el liberalismo y la masonería le declararon a García Moreno la guerra frontal.

3. El cerco del Perú y Colombia

Nuestro héroe había asumido el poder en un momento difícil en lo que toca a las relaciones internacionales del Ecuador, sobre todo por cuanto acontecía en los países limítrofes. Colombia acababa de salir de una guerra civil, tras la cual había sido designado como jefe de gobierno Julio Arboleda, un político de familia distinguida, valeroso en el combate, excelente orador, y hasta poeta en sus ratos de ocio. De espíritu hondamente religioso, se asemejaba en muchas cosas a García Moreno. Sus enemigos no se lo perdonarían. Y así lograron que el general Tomás de Mosquera, al frente de los *radicales*, se rebelase contra él. Apoderóse el general de Bogotá, y comenzó a perseguir a la Iglesia. Arboleda, mientras tanto, se retiró a los confines de Ecuador, y desde allí organizó la resistencia, con el apoyo de la población católica. Todo el Ecuador, y especialmente García Moreno, deseaba su triunfo, cuando aconteció un incidente desdichado.

Un batallón de Arboleda, persiguiendo a los de Mosquera, cruzó el límite del Ecuador, e hirió gravemente al jefe ecuatoriano del lugar. García Moreno, lleno de indignación, protestó severamente, pidiendo a su amigo Arboleda la destitución del jefe responsable y la entrega del que hirió al comandante militar de la frontera. Al mismo tiempo envió a ese lugar una división de soldados. Arboleda se negó, aduciendo razones que a García Moreno le parecieron insuficientes. Para el caudillo ecuatoriano era una cuestión de honor nacional, por lo que él mismo se dirigió a caballo hacia la frontera, trayecto que le exigió no menos de tres días. Se entabló el combate y su pequeño ejército fue derrotado. En la lucha había derrochado valor, como siempre. Sus camaradas nos cuentan que en el momento del desbande se precipitó con cinco soldados en medio de los batallones enemigos, hiriendo a izquierda y derecha.

Por fin se entregó a un oficial colombiano pidiéndole que lo llevara a su jefe, ante quien rendiría su espada. Arboleda se sintió desconcertado al verlo. Una derrota como aquella, le dijo, mientras le devolvía la espada, es honrosa para el Ecuador y gloriosa para su comandante. Eran dos jefes católicos, y en el fondo ambos comprendían que mejor que un enfrentamiento de este tipo hubiese sido volver sus armas contra el enemigo común, la Revolución liberalmasónica, que en aquellos momentos hacía estragos en Nueva Granada y no se cansaba de

intrigar en el Ecuador para recuperar el poder. Ambos estadistas firmaron un tratado de alianza, tras lo cual García Moreno retornó a la capital. Poco tiempo después Arboleda sería asesinado, asegurándose así el triunfo del radicalismo en Colombia.

Nuestro Presidente llevaba ya dos años en el poder. El pueblo católico lo admiraba, pero tanto los liberales como los radicales, orgullosos de titularse progresistas o librepensadores, lo execraban con toda su alma, y desde ya fraguaban su caída. El jefe de esa especie de coalición era el general Urbina, exiliado por aquel entonces en el Perú. Sólo su retorno haría posible la desaparición política de García Moreno. Para el logro de sus objetivos, Urbina comenzó a buscar el respaldo del Perú y de Nueva Granada, dos malos ladrones, como decía el P. Solano, puestos a izquierda y derecha del Ecuador para despojarlo cuando se les presentara la ocasión. El apoyo del colombiano Mosquera era bien explicable, pero también el del peruano Castilla, cuyas pretensiones sobre el territorio ecuatoriano y resentimientos contra García Moreno ya se habían hecho patentes.

Para el logro de sus inconfesables propósitos, los enemigos del gran ecuatoriano idearon una estratagema: hacer públicas aquellas cartas del mandatario al gobierno francés, a que nos referimos más arriba, donde solicitaba el apoyo de dicho gobierno. Las misivas, que se habían conservado secretas hasta entonces, fueron entregadas a Castilla y publicadas en un periódico de Lima. Urbina se rasgó las vestiduras. Por instigación suya, toda la prensa americana clamó contra «la gran traición de García Morente», cual si éste hubiera hecho gestiones para que el Ecuador fuese aceptado como colonia francesa. Castilla se creyó tanto más autorizado a explotar este incidente cuanto que, en su momento, él había protestado contra la ocupación de México por los franceses a las órdenes de Maximiliano, calificando el intento de invasión a un país hispanoamericano; al tiempo que ofrecía armas y dinero a Benito Juárez, llenaba de invectivas a los franceses que residían en Lima.

García Moreno le escribió a Castilla explicándole cómo había sido aquella gestión suya, pero éste hizo oídos sordos y amenazó con invadir el Ecuador por mar y tierra, en razón de lo cual aquél debió fortificar a Guayaquil y prepararse para la guerra, que gracias a Dios no llegó a concretarse. El presidente del Perú se contentó con romper relaciones con el gobierno ecuatoriano, y dar asilo a todos los conspiradores. Munido de su autorización, el incansable Urbina equipó un buque en el puerto de Callao, con la intención de desembarcar en algún punto del Ecuador y sublevar desde allí al país. Pero Castilla, presionado por los diplomáticos, debió desistir de sus intentos. Poco después terminó su mandato.

De Perú ya nada podían esperar los enemigos internos de García Moreno. No les quedaba sino volverse hacia el otro ladrón, es decir, hacia Mosquera, nuevo presidente de Colombia, que tras vencer al partido católico en la persona de Arboleda, se dedicaba a perseguir a la Iglesia. En García Moreno veía como un símbolo del patriotismo católico y al enemigo declarado de las logias masónicas. Urbina, que ya nada podía esperar del gobierno de Lima, se volvió, pues, hacia él:

«Es tal la situación y el anonadamiento en que gimen esos pueblos –le escribí–, que poco o nada pueden hacer sin un apoyo de afuera... No necesita V. sino quererlo para que la redención del Ecuador se efectúe y queden conjurados los peligros que amenazan a la América, puesto que para ello puede V. contar, además de los poderosos elementos de que dispone la nueva confederación que preside V., con la decidida cooperación del gran partido liberal en cuyo nombre hablo a Vd.»

Lo invitaba, así, a «liberar» a América de los peligros a que García Moreno la había expuesto al dirigirse a los franceses. Siempre el mismo argumento.

Mosquera había concebido un plan grandioso: englobar las tres repúblicas, Nueva Granada, Venezuela y Ecuador, que en tiempos de Bolívar habían formado la Gran Colombia, en una sola nación bajo el nombre de Estados Unidos del Sur, que pronto rivalizarían con los del Norte. La idea no era mala, en absoluto. Lo malo era el espíritu con que la proyectaba. La unión debía hacerse sobre las bases de un liberalismo de inspiración masónica. No deja de ser sugestivo que justamente cuando García Moreno concluía el Concordato con la Santa Sede, Mosquera impusiera a Colombia una Constitución furiosamente liberal. A la invitación que le dirigió Mosquera de tener con él una entrevista sobre dicho proyecto, respondió García Moreno de manera viril y franca:

«No puede ser asunto de nuestras Conferencias ningún proyecto que tienda a refundir las dos nacionalidades en una sola, bajo la forma de gobierno adoptada en vuestra República. Habiendo confiado el Ecuador su existencia y porvenir a instituciones y formas muy diversas de las vuestras, no podrá pues aceptar ninguna otra forma sin sacrificar ese porvenir y esas instituciones profundamente arraigadas en el corazón de los pueblos y del gobierno encargado de sus destinos».

Sobre semejantes presupuestos no se veía factible ninguna unión, por interesante que el proyecto pudiese ser en sí. Mosquera no se amilanó. En carta pública a Urbina le decía: «Nosotros que hemos sido un mismo pueblo podemos decir: Colombia fue y Colombia será. Si Flores y García Moreno no se someten a la voluntad popular, ellos caerán sin que les valga ningún protectorado».

La guerra era inevitable entre ambos presidentes, uno de los cuales había resuelto anexar el Ecuador a sus Estados, y el otro morir antes que ceder un palmo de su territorio. Para llevar adelante sus designios, Mosquera se movió con la habilidad que lo caracterizaba. Sabía que ese año debía tener lugar la reunión del Congreso en el Ecuador, ya que en dicho país era costumbre que los legisladores tuvieran sesiones cada dos años. Últimamente habían ingresado en el recinto nuevos representantes elegidos bajo la influencia de los grupos liberales, quedando en minoría los que apoyaban a García Moreno. Mosquera pensó que había que aprovechar la ocasión. En efecto, por instigación suya, al reunirse los legisladores pusieron otra vez sobre el tapete el tema del Concordato, como si éste hubiese implicado una suerte de sometimiento del Ecuador a la Curia Romana. Se dijo que el Concordato debía ser aprobado por el nuevo Congreso, cuando en realidad ya había sido promulgado, cumpliéndose las intenciones de la Convención anterior. Al fin el triunfo fue de García Moreno.

Con todo, Mosquera no se detuvo. Convocó ahora a una «cruzada», pero al revés:

«Venid conmigo a los confines del sur a afianzar la libertad y unificarnos por sentimientos fraternales con los colombianos del Ecuador, que necesitan, no nuestras armas sino nuestros buenos oficios para hacer triunfar el principio republicano sobre la opresión teocrática que se quiere fundar en la tierra de Atahualpa que, la primera en Colombia, invocó la libertad y el derecho en 1809».

En el entretanto, el presidente colombiano estaba desterrando obispos, encarcelando sacerdotes, expulsando religiosos, despojando iglesias y conventos, lo que le valió que Pío IX fulminara sobre él una excomunión resonante y dirigiera una encíclica a los obispos colombianos donde deploraba «los criminales horrores que están desolando vuestro país... Terrible será el juicio de los que

abusan de su poder». Mosquera seguía impertérrito. Había que escoger entre «la opresión teocrática» de García Moreno y su «liberación laicista».

No bien se conoció la proclama de Mosquera, desde todas las provincias y ayuntamientos del Ecuador llegaron múltiples adhesiones a García Moreno, expresando su rechazo a la unión con Colombia y su repudio a las injurias del Presidente de dicho país.

En una de ellas se leía: «Amamos y blasonamos el ser colombianos en el pasado; al presente no podemos ni queremos ser otra cosa que ecuatorianos... Es incompatible para nosotros la unión colombiana, por el lado que más toca al corazón del hombre, por ese sentimiento superior a cuanto existe, por esa fe y amor inefables de la humanidad, por la Religión... Antes de ser republicanos somos cristianos; para nosotros, que estamos convencidos de que el árbol de la libertad nació al pie de la Cruz del Gólgota, es intolerable una república formada a impulsos de aquellos errores».

La guerra estaba ya a la vista. García Moreno no la quería, por lo que agotó todos los medios de conciliación. Pero resultaron inútiles. Mosquera, que ya se había instalado en la frontera, le dio veinticuatro horas para elegir entre la confederación o la muerte. Al mismo tiempo dirigió un manifiesto a Colombia, donde acusó a García Moreno de oponerse a la regeneración de América, de haber querido someter su país al protectorado de Francia, de haberlo convertido en feudo de Roma por un concordato desastroso para el Ecuador y para toda Colombia, de haber reestablecido la orden de los jesuitas, instituto que se caracterizaba por luchar siempre contra los gobiernos liberales. Obligado al combate, García Moreno se dirigió a la frontera, teniendo que dejar en Guayaquil sus mejores tropas para hacer frente a un probable levantamiento de sus enemigos, instigados por Urbina. Éste, a su vez, con la connivencia del Perú, organizaba una invasión.

Las primeras batallas contra Mosquera le fueron favorables a las tropas del Ecuador. Los soldados que cruzaron la frontera se extrañaban al ver cómo la mayoría de los colombianos de esa región, que eran católicos, se incorporaban a sus filas. Mosquera debió huir. Pero una vez repuesto de sus primeras derrotas, enfrentó de nuevo al ejército de García Moreno, siendo nuevamente derrotado. Y acá sucedió lo imprevisible. Cuando las trompetas anunciaban la victoria, algunos batallones ecuatorianos arrojaron sus armas. La verdad es que estaban comandados por jefes traidores, cómplices de Urbina y vendidos a Mosquera. Ahora el jefe colombiano tenía vía libre hacia Quito.

García Moreno lanzó entonces una proclama para que todo el Ecuador se levantara en defensa de sus ideales:

«¡Compatriotas! Dios ha querido probarnos, y debemos adorar sus designios inescrutables... Ahora más que nunca necesitamos hacer grandes esfuerzos para salvar nuestra Religión y nuestra Patria; ahora más que nunca debemos oponer a nuestro injusto enemigo un valor a toda prueba y una constancia incontrastable». Ecuador se puso de pie. «Marchemos en defensa de nuestra patria – podía leerse en un diario–, en defensa de nuestra fe, del pudor de nuestras mujeres, de la inocencia de nuestros hijos y de nuestro propio honor, y sucumbamos todos, incéndiense nuestras ciudades y destrúyanse nuestras heredades antes que abrir indefensas las entradas del suelo ecuatoriano a los sicarios del cisma y a los enemigos de Dios».

Las cosas no llegaron a mayores, y el 30 de diciembre de 1863 se firmó un tratado de paz. Mosquera le escribió a Urbina dándole la noticia, no sin cierta vergüenza, ya que la victoria había sido de García Moreno.

Desde entonces dejó en paz al Ecuador, pero dentro de su país siguió encarcelando y fusilando a los buenos colombianos, hasta que lo echaron al destierro. Como era

de esperar, se dirigió a Lima, donde lo aguardaba su amigo Urbina, con quien firmó un pacto secreto para derribar el gobierno de Ecuador. Queda claro que su odio a todo lo que el Ecuador de García Moreno representaba era en él inveterado.

Como se ve, en el ámbito de las relaciones internacionales, García Moreno defendió siempre con decisión la dignidad y la soberanía de su patria. Un anécdota para cerrar este tema. En cierta ocasión, el Gobierno de Bogotá envió a Quito un nuevo embajador. Éste, al presentar sus cartas credenciales, luego de los lugares comunes, se permitió divagaciones sobre la unión, independencia y libertad de los pueblos, con un escondido sentido crítico a la política del gobernante ecuatoriano. La respuesta de García Moreno fue contundente, si bien no exenta de ironía:

«Os he oído con viva complacencia, porque creo en la sinceridad de vuestro lenguaje... Habéis hablado de independencia, unión y libertad. La independencia es la vida de un pueblo y quiero independencia para el Ecuador y para la América entera; y porque la quiero, aborrezco con toda la indignación de mi alma a los mayores enemigos de ella: la licencia, la demagogia y la anarquía.

«La unión, garantía de la paz y condición de la fuerza, la he deseado, la he buscado siempre; y por eso, bajo mi mandato, el Ecuador ha procurado estrechar los vínculos que nos ligan con las naciones amigas; y por eso respeta la justicia y el derecho de todos los pueblos; y por eso no consiente que en su territorio se armen en medio de la paz hordas criminales para perturbar el reposo de sus vecinos, como no debe consentirlo ningún país en que se estime todavía el honor y se condene la perfidia.

«La libertad para los hombres leales no es un grito de guerra y exterminio, sino el medio de desarrollo más fecundo y poderoso para la sociedad y el individuo cuando en ellos hay moral, justicia en las leyes y probidad en el gobierno. Amigo verdadero de la libertad será, pues, aquel que tienda a moralizar su país, que procure rectificar las injusticias sociales, y que se asocie a los hombres de bien para trabajar sin tregua en pro de la patria; y estoy seguro que vos, como liberal ardiente y sincero, abrigáis idénticas ideas».

4. Su tarea de estadista

García Moreno iba terminando sus cuatro años de gobierno. Grande había sido su tarea de reconstrucción nacional. Si quisiéramos hacer un balance muy general, tendríamos que decir que puso a su pueblo en movimiento. Hombre dinámico y laborioso como pocos, arrastraba a todos con su empuje y su ejemplo, principalmente a sus ministros y colaboradores inmediatos, en quienes no perdonaba la menor falta.

En lo que toca a los funcionarios, su primer cuidado fue reunir un *personal administrativo* competente, consagrado con toda el alma a la realización de sus grandes designios. Sin atender a influencia alguna, cuando era necesario separaba de su cargo a quienes se mostraban incapaces o renuentes. Los empleados debían hacerse presentes en sus lugares de trabajo a las diez de la mañana y permanecer allí hasta las cinco de la tarde. Si las ausencias eran frecuentes e injustificadas les llegaba la cesantía.

De este modo separó del presupuesto gran número de inútiles que vivían a costillas del Estado. Tal manera de proceder suscitó, como era de esperar, fuertes resistencias, especialmente de parte de los liberales, ya que desmontaba todo su andamiaje. De este modo las funciones y servicios estatales fueron pasando a manos de gente idónea y honrada.

Asimismo se abocó a la construcción de *obras públicas*. Hizo arreglar puentes, pavimentar calles, embellecer plazas, trazar viaductos, así como emprender considerables obras en el puerto de Guayaquil. Preocupóse también por la explotación del petróleo.

Pero nada tan importante como la multiplicación de rutas. En 1862 sólo había 46 kilómetros de caminos, en pésimo estado de conservación, con lo que las diversas regiones del país, condenadas al aislamiento, veían cerradas las puertas a toda posibilidad de progreso comercial, agrícola o minero. García Moreno propuso una innovadora red de carreteras en toda la nación, de modo que los pueblos de montaña, las ciudades y los diversos asentamientos quedasen comunicados con los puertos del Pacífico. Lo que ni los incas, ni los españoles, ni los ideólogos de la revolución habían sido capaces de imaginar, García Moreno lo llevó a cabo. Dentro de este conjunto vial cabe destacar la importancia del gran camino que va de la capital a Guayaquil, cuya concreción suscitó grandes críticas, como si se tratase de una empresa faraónica. Se ha dicho que sólo esta obra, concluida durante su segundo mandato, bastaría para inmortalizar a nuestro Presidente.

García Moreno se ocupó también por sanear la *economía nacional*, lo que resultaba imprescindible si quería realizar las numerosas y trascendentes empresas que proyectaba. En sus treinta años de existencia independiente, jamás el país había logrado nivelar sus gastos con los ingresos. La agricultura permanecía en sus primitivismo, por falta de brazos, instrumentos de labranza y caminos. El comercio estaba frenado por las constantes revueltas y la falta de comunicaciones. No había controles económicos.

Se necesitaba un estadista de la envergadura de García Moreno para poner orden en este campo. Más allá de lo que se hubiera podido esperar, logró saldar las deudas del Estado desde el origen de la república. Los *recaudadores del fisco* debían comparecer cada año ante un tribunal para rendir cuenta detallada de su gestión. También aquí García Moreno quiso dar ejemplo. Aunque no era pudiente, resolvió ceder al Estado la mitad de su sueldo, entregando el resto a obras de caridad. Una política económica tan ajustada despertó un nuevo y nutrido grupo de adversarios entre los empleados corruptos que todavía quedaban.

Otro tema que ocupó su atención fue el de la reorganización de las *fuerzas armadas*. Extraño polifaceterismo el de este hombre. Lo hemos visto actuar como abogado, periodista, poeta, profesor, químico y orador. Ahora se nos mostrará organizando el ejército de su patria. Aunque no fue militar de profesión, el hecho de haber conocido los campos de batalla, combatiendo a la cabeza de sus tropas, le permitió calibrar mejor el estado deplorable de las fuerzas armadas. Por algo habían salido de sus filas tantos revolucionarios profesionales, al estilo de Urbina y de Robles.

Bien señala Manuel Gálvez, que al revés de los que sucedió en Argentina, donde los caudillos eran hombres de campo, jefes de gauchos, que se convertían de golpe en generales, en el Ecuador los caudillos fueron militares de carrera, sin arrastre popular. Por eso, las revoluciones no pasaron de ser por lo general meros cuartelazos, pronunciamientos de jefes díscolos o ambiciosos. García Moreno, hombre de orden y disciplina, detestaba este tipo de ejército. «O mi cabeza ha de ser clavada en un poste –decía– o el ejército ha de entrar en el orden». El estado en que se encontraban las fuerzas armadas exigía una reforma drástica ya que, como lo había constatado, «un ejército así constituido es un cáncer que roe a la nación: o lo reformaré, o lo destruiré». Luchó así contra la inmoralidad, el latrocinio y la prepotencia, encarcelando jefes, oficiales y soldados corrompidos. El ejército entró en ese molde, pero ello le valió al Presidente nuevos y poderosos enemigos.

Tras esta triple ofensiva, sobre los empleados, las finanzas y las fuerzas armadas, se dispuso a ocuparse de lo que sería el campo predilecto de su actividad gubernativa, la *formación de una Cristiandad*, es decir, de una sociedad cristiana impregnada por el espíritu del Evangelio y la doctrina de la Iglesia. El fundamento no podía ser otro que la *educación*, ya que de ella depende en buena parte la orientación y la solidez del tejido social. Bien lo sabían los hombres de la Revolución. Por eso su primer cuidado había sido laicizar los colegios, so pretexto de la «neutralidad» escolar. Fue principalmente Urbina quien trabajó para ello en todos los niveles, desde la primaria hasta la Universidad. Si García Moreno se proponía construir una civilización cristiana, debía reformar la enseñanza de arriba abajo. Aunque carecía de medios para hacerlo de manera plenaria, al menos propugnaría la creación de buenos colegios bajo la dirección de religiosos. Invitó así a varias congregaciones francesas, los Hermanos de la Salle, las Madres del Sagrado Corazón, las Hermanas de la Caridad, para que con la ayuda del Estado creasen sendos colegios u obras educativas.

En lo que toca al nivel secundario y sobre todo universitario pensó en los jesuitas, a quienes en otros tiempos había llevado a la capital. Ahora fueron instalados de nuevo en Quito, en su antigua casa de San Luis, y después en un establecimiento de segunda enseñanza. De este último saldrían enjambres de profesores para fundar nuevos colegios en Guayaquil y en Cuenca. Quizás ningún otro acontecimiento lo haya hecho más feliz que el retorno de los sacerdotes y hermanos de la Compañía. Recordemos aquello que le había dicho a un padre el día de la expulsión de la Orden, en 1852, hacía justamente una década: «¡Dentro de diez años cantaremos el *Te Deum* en Quito!». Destaca Gálvez la estrecha unión que habría desde entonces entre esos sacerdotes y García Moreno. Sin él, los jesuitas no hubieran podido volver al Ecuador, y sin ellos nunca García Moreno hubiera realizado la parte espiritual y religiosa de su obra. Los padres de la Compañía lo miraban como al mejor de sus amigos, casi uno de los suyos. Sus enemigos lo acusaron de haberse hecho jesuita.

No descuidó tampoco la situación del *clero*, no sólo secular sino también regular. ¿Por qué le preocupaba tanto la reforma del clero? Porque quería hacer de su país un pueblo realmente cristiano. Y no hay pueblo cristiano sin santos pastores, dispuestos a ser «la luz del mundo y la sal de la tierra». La buena conducta del estamento eclesiástico —el Ecuador contaba con 415 religiosos y 524 sacerdotes seculares, así como 391 religiosas—, era a su juicio un prerrequisito necesario para el bienestar espiritual de su Patria. Frente a la actitud de no pocos católicos mojigatos, que so pretexto de piedad preferían hacerse los que no veían los defectos y vicios de los hombres de Iglesia, García Moreno se rehusaba a mirar para otro lado, decidido como estaba a denunciar a quien correspondiera la corrupción del clero y colaborar con lo que estaba a su alcance para hacerla desaparecer, o al menos aminorarla.

En las instrucciones que le dio a su enviado para la concertación del Concordato se podía leer: «La reforma del clero regular, entregado casi todo a la disolución, a la embriaguez, y a los demás vicios, es imposible. Contener el mal es todo lo que puede hacerse». No deja de resultar interesante este propósito de contribuir al mejoramiento del nivel espiritual de frailes y clérigos, no sólo como católico, sino también como gobernante y patriota, en orden a suprimir las consecuencias que el mal

ejemplo del clero produce en todos, especialmente en los jóvenes.

Tras remover las dificultades que encontró en la Santa Sede, con motivo del Concordato, para que desde Roma se tomaran medidas contra el clero mundanizado, logró que tanto el arzobispo de Quito, que era bastante pusilánime, como el fiscal de la nación, convocasen a un Concilio nacional, con el fin de hacer conocer las leyes concordatarias y resolver su cumplimiento. El Concilio decidió que todas las leyes canónicas relativas a las costumbres y la disciplina del clero, serían puestas en vigor, que los escándalos serían reprimidos, y que se cumpliría estrictamente el ritual de la sagrada liturgia. García Moreno instó vivamente a los Obispos que hiciesen observar las disposiciones del Concilio. «En cuanto a mí —dijo—, os ayudaré con todo el poder; vuestros decretos serán respetados; pero a vosotros os toca juzgar y castigar a los culpables». Muy preocupado por el peso de la carga que se le venía encima, el arzobispo de Quito le confesó a García Moreno que estaba atemorizado por las consecuencias de la represión de los abusos. «¿Qué importa? —le respondió el Presidente—. Es preciso sacrificar la vida, si Dios lo quiere, por el honor de su Iglesia».

Punto central de la reforma del clero era el establecimiento de tribunales eclesiásticos para evitar que los sacerdotes aseglarados apelasen a tribunales civiles. Así se hizo y con fruto. Otro tema de preocupación lo constituía la soledad de los párrocos, perdidos en las enormes extensiones del Ecuador. Pío IX, siendo todavía joven sacerdote, había conocido la inmensidad de nuestras pampas, con motivo de su viaje por Argentina y Chile, integrando la comitiva de la misión Muzzi, y así comprendió fácilmente la conveniencia de aumentar el número de las sedes episcopales. García Moreno solicitó la creación de tres nuevas diócesis: Ibarra, Riobamba y Loja. A la sombra de cada obispado debía fundarse un seminario, para formar nuevas generaciones de sacerdotes verdaderamente apostólicos.

El problema más arduo lo constituían las congregaciones religiosas, pobladas de sacerdotes jiróvagos. A pedido de García Moreno, el Santo Padre envió un delegado apostólico con la misión de poner orden. Se produjo entonces una especie de desbandada; algunos se secularizaron, otros huyeron, por lo que el Presidente, que, como se ve, era una especie de «obispo de afuera», se movió a traer de Europa nuevos religiosos, más idóneos y espirituales, para reemplazar a los desertores, lo que no dejó de ocasionarle críticas.

En 1861 el arzobispo de Quito hizo varios nombramientos de párrocos. García Moreno se negó a confirmarlos, porque según le dijo al prelado, eran «tahúres y libertinos». El Arzobispo le respondió que todos los hombres tenían debilidades y que era un error ser demasiado duro con un hermano en falta. García Moreno no simpatizaba con dicho prelado. Refiriéndose a él, le decía en carta a un amigo suyo: «Es una desgracia que el señor Riofrío sea Arzobispo», y luego agregaba: «La integridad sin firmeza, es como color sin cuerpo». Incluso llegó a afirmar que si su propio hermano sacerdote, Manuel, fuese elegido, como se rumoreaba, para obispo de Cuenca, «sería una calamidad deplorable».

A algunos les parecerá insólita la manera desenvuelta con que García Moreno se refiere o se dirige a los curas y obispos. En realidad, dicha manera de proceder no es sino una expresión de la libertad que caracteriza a los hijos de Dios. En cierta ocasión le hizo saber al Papa que algunos prelados y parte del clero se estaban oponiendo al Concordato. Otra vez se le quejó del Nuncio, porque

era condescendiente con los obispos, o no se ocupaba de la división de las diócesis. Varias anécdotas son reveladoras de esa libertad de espíritu. Estaba cierta vez discutiendo con el Nuncio, cuando entró en el cuarto donde hablaban un oso domesticado, propiedad del enviado de la Santa Sede. «Mire usted –le dijo el prelado– cómo hasta los animales feroces se domestican con el buen modo». A lo que García Moreno respondió: «Es que ese oso no ha sido fraile». En otra oportunidad, volviendo de una de sus muchas batallas, en la que había resultado vencedor, al llegar a Quito encargó una misa solemne en la catedral, pidiéndole al Nuncio que la celebrase. Éste se excusó, aduciendo que su ministerio era de paz. García Moreno, indignado, dispuso que le cerraran las puertas de la catedral. Como se ve, no era un acólito, ni un servil.

Hemos tratado de reseñar, a grandes líneas, su obra de restauración nacional, llevada adelante en medio de incontables obstáculos. A principios de 1864, García Moreno se sentía agobiado por el número de problemas, y se preguntaba si le sería posible seguir luchando contra todas las fuerzas revolucionarias del interior y del extranjero, que sobre él presionaban sin cesar. Los liberales y los radicales no se detenían en su propósito irrenunciable de anular el Concordato. Los francmasones de Colombia seguían adelante en su plan de unirse a los del Perú, haciendo pie en el infaltable Urbina, para urdir nuevas invasiones.

En 1865, año en que terminaba la gestión que había asumido cuatro años atrás, García Moreno presentó su Mensaje al Congreso, que se había reunido para elegir nuevo Presidente. Como el aspecto de su gobierno más cuestionado era la represión que empleó para acabar con los levantamientos, le pareció conveniente ofrecer una aclaración:

«En la alternativa inevitable de entregar el país en manos de insignes malhechores o de tomar sobre mí la responsabilidad de salvarlo escarmentándolos en el patíbulo, no debía ni podía vacilar». Luego enumeró los resultados de su gestión: saneamiento de las finanzas, administración depurada, ejército regido por la disciplina, iniciación de la reforma del clero, comienzo de grandes obras públicas, fundación de escuelas y colegios...

IV. La segunda presidencia

Los días de García Moreno en el poder se iban terminando. Diez corporaciones de Quito, compuestas por obreros, propietarios y ciudadanos distinguidos, le entregaron una medalla de oro con una dedicatoria: «¡A García Moreno, modelo de virtud, como recuerdo de los servicios hechos a la patria!», expresándole así su agradecimiento porque había salvado al Ecuador del naufragio. En sentido inverso, algunos pidieron que se le hiciera un juicio por sus actos presuntamente arbitrarios, lo que provocó la indignación de los patriotas, según los cuales sólo lo podían atacar los demagogos inmorales por haberles salido al paso, así como los anarquistas y comunistas, por haber salvado a la nación. De hecho, su gobierno había sido el único en Hispanoamérica no sometido a las logias. Difícilmente podrían perdonarle los cuatro años durante los cuales había tenido sujetos a radicales y liberales en las cámaras y en los campos de batalla.

García Moreno, mientras tanto, estaba pensando en su sucesor. Luego de considerarlo detenidamente, puso los ojos en Jerónimo Carrión, hombre sencillo y religioso, al que adhirieron los conservadores. La oposición se dividía entre dos candidatos: Pedro Carbó, apoyado por los radicales e íntimo amigo de Urbina, y Gómez de la Torre, caudillo del partido liberal. Carbó, aunque nefasto, era un verdadero inútil. Un día en que, caminando

por la calle con un amigo suyo, torpe como él, se encontró con García Moreno, acompañado de un grupo de sus seguidores, éste comentó con gracejo: «Ahí va la nulidad en dos tomos». Entendiendo Carbó que sus posibilidades de éxito eran nulas, acabó por expatriarse a Lima, de modo que los radicales tuvieron que alinearse tras el candidato liberal, Gómez de la Torre.

Los cómputos favorecieron a Carrión, el preferido de García Moreno. Urbina, que estaba en Lima, se puso furioso. Y mandando de paseo el sufragio universal, convocó a una guerra civil. Enseguida organizó una flota y se acercó a Guayaquil, fondeando en la rada de Jambeli, a unas siete leguas de aquella ciudad. El general Flores, tan patriota en los últimos años de su vida, había muerto.

De modo que García Moreno, todavía en el poder, tuvo que tomar la jefatura del ejército. En tres días llegó a Guayaquil. No nos es posible relatar por menudo los avatares de esta campaña. Lo cierto es que el Presidente y sus hombres, puñal en mano, se lanzaron contra el enemigo, en un acto de temeridad, y aboraron sus barcos, derrotándolo completamente. Los prisioneros fueron juzgados, y los más culpables, condenados a muerte. Esta acción pasó a los libros de historia con el nombre de Combate de Jambelí. Tras la victoria, García Moreno retornó a Quito, preparándose para entregar el poder al candidato electo.

1. El interregno

Subió Carrión al poder, pronunciando un magnífico discurso. Pero enseguida comenzó a experimentar presiones de todos lados, y no teniendo el temple de García Moreno, buscó quedar bien con los liberales y con los radicales. La camarilla liberal lo aplaudía con reservas; los radicales mismos, algunos de ellos antiguos exiliados que volvían de Perú o de Colombia, se declararon satisfechos con el nuevo gobernante. Mala señal. Ambos grupos, que ahora tenían plena libertad de acción, comenzaron a imprimir periódicos impíos e inmorales. En ellos exaltaban a Carrión, cuya política, decían, contrastaba gloriosamente con «las ideas despóticas» de García Moreno.

Cuando en el parlamento se propuso elegir a este último comandante en jefe del ejército, fue Carrión quien se negó a refrendar la designación. Otros grupos, dirigidos por las logias, llegaron más allá, pidiendo la cabeza de García Moreno. Carrión, víctima de su equilibrismo, acabó por decidir que su antecesor se alejara de Ecuador.

a. Misión diplomática a Chile

En los primeros días de año 1866, sucedió un hecho no carente de gravedad. A raíz de un conflicto inicialmente diplomático, el gobierno peruano había declarado la guerra a España. Chile, haciendo causa común con Perú, entró también en lucha contra la Madre Patria. En tales circunstancias el gobierno ecuatoriano, que había tomado partido en favor de las dos naciones hispanoamericanas, decidió enviar a Chile a García Moreno como diplomático. El título colorado fue la decisión de firmar con dicho país un «tratado de comercio y navegación», por lo que el Presidente reclamaba «la colaboración patriótica de su ilustre predecesor», que allí iría como ministro plenipotenciario. García Moreno entendió inmediatamente que se trataba de una jugada para alejarlo. Aunque no tenía la menor influencia en el gabinete, su sola presencia en el Ecuador turbaba el sosiego de los revolucionarios. Sin embargo, puenteando la maniobra, aceptó el nombramiento. Su estadía en Chile le serviría

para tomarse un descanso.

Se embarcó hacia el puerto de Callao y desde allí tomó el tren en dirección a Lima. Los refugiados ecuatorianos que vivían en Perú ya habían anunciado que si García Moreno se atrevía a poner los pies en Lima sería saludado a balazos. Y así fue. Ni bien descendió al andén, un hombre le disparó dos tiros en la cabeza. No habiendo acertado, García Moreno logró sujetar al agresor y lo apretó contra una columna. Pero éste se zafó y disparó de nuevo, hiriéndole otra vez. García Moreno sacó entonces su revólver, pero cuando le iba a tirar, llegó la policía. El fracasado asesino era sobrino de Urbina y hermano de unos de los fusilados luego de la batalla de Jambelí.

Los radicales, que en el Perú estaban en el gobierno, tergiversaron el hecho, haciendo que el asesino, amparado por las logias, apareciese como víctima de un arranque del «siempre violento» García Moreno, el cual acabó siendo censurado por el tribunal. Carrión, desde Quito, no abrió la boca para defender a su emisario. García Moreno se había salvado milagrosamente de la muerte. Nos dicen sus biógrafos que este hecho lo impresionó vivamente y que estuvo en el origen de un período de decidida transformación espiritual. Si hasta entonces había sido un católico ferviente, desde ahora su alma se elevaría a gran altura.

Una vez repuesto de las heridas, continuó su viaje oficial a Chile, por más que sus amigos le advirtieron que otros conjurados lo esperaban en Valparaíso, y que quizás el gobierno de aquel país se negaría a admitir a un embajador acusado de intento de homicidio. Mas no fue así. El presidente de Chile y sus ministros lo recibieron con todos los honores. En el discurso que pronunció García Moreno el día de su recepción oficial, se refirió a la necesidad de estrechar vínculos entre los países hispanoamericanos:

«La naturaleza nos destinó a formar un gran pueblo, en la más bella y rica porción del globo, y nosotros, en vez de mirarnos como familias libres y distintas de una sola nación, nos hemos obstinado en considerarnos como extranjeros y a veces como enemigos; y aunque nuestros intereses económicos se armonizan de una manera admirable, pues cada una de nuestras regiones produce lo que falta en las otras, hemos casi prohibido, por medio de aduanas y tarifas, el ventajoso cambio de nuestros productos, y detenido, por consiguiente, el vuelo de nuestra industria. Pero llegó el día de que todas las creaciones de una política egoísta apareciesen como son, inútiles o perniciosas; el peligro indujo a reunirse a los que no habían dejado de formar un solo pueblo, y la injusta agresión de España ha restituido a una parte de la América la fuerza de cohesión que le habían arrebatado funestos errores».

En los seis meses que pasó en Chile, García Moreno desarrolló una intensa actividad. Asistió a tertulias y actos académicos, o pronunciaba conferencias, siempre defendiendo su concepción de la política y la hermandad hispanoamericana. La misión fue un éxito. Se firmaron convenios postales, diplomáticos y económicos. El gobierno chileno otorgó 18 becas para que jóvenes del Ecuador y del Perú, sus aliados, pudiesen estudiar gratuitamente en Santiago. En el discurso con que García Moreno respondió a dicha concesión, elevó el asunto hacia un nivel de cooperación superior:

«Ojalá que este vasto plan llegue pronto a plantearse, y se acerque el día en que, para defenderse, no necesite más la América del Sur ir a buscar en tierra extranjera los elementos de resistencia a costa de enormes sacrificios y a merced de los que, sin cesar de explotarnos, nos humillan y desprecian».

Señala Manuel Gálvez que al hablar así, el estadista ecuatoriano se mostró precursor de la prédica nacionalista de los argentinos frente al imperialismo yanqui e inglés.

Como se ve, el expediente maniobrero de los radicales ecuatorianos les había salido por la culata. Gracias a su actuación en Chile, García Moreno pasó a ser una figura de prestigio internacional. Volvió a Quito, y tras dar cuenta a Carrión de su cometido, se retiró a Guayaquil.

Mientras tanto, las cosas en el Ecuador no andaban nada bien. El gobierno de Carrión, renovando los litigios entre la Iglesia y el Estado, suspendió la ejecución del Concordato y restauró el antiguo régimen del Patronato. ¿No se estaba haciendo necesaria la vuelta de García Moreno al escenario político? Así lo pensaron los conservadores, y lo propusieron como senador para el próximo Congreso. Según era de esperar, resultó electo holgadamente. Sin embargo la Cámara, compuesta por una mayoría liberal, resolvió negarle el acuerdo. Precisamente en esos momentos García Moreno estaba ingresando en el palacio para asumir. «¡Es él, es García Moreno!», exclamaron con asombro cuando lo vieron subir las escaleras. Entró en el salón de sesiones y los allí presentes se levantaron para recibirlo. Con todo, al día siguiente, la comisión encargada proponía la admisión de todos los senadores que habían sido electos, con excepción de García Moreno. Conociendo de antemano el resultado, no quiso éste esperar el final de la comedia y se retiró.

La situación política había llegado a un pico máximo de tensión. Carrión, presa del temor, no atinó sino a nombrar un gabinete de amigos íntimos de García Moreno. Pero ante el repudio de los radicales, les pidió enseguida la renuncia, para poner otros de signo contrario. La política pendular de siempre, y ahora llevada hasta el ridículo. Abandonado de todos y presionado por la Cámara, Carrión debió presentar su renuncia. El caos era inminente. García Moreno pasó a ser la figura imprescindible, logrando que el vicepresidente convocase a los electores para nombrar un nuevo Presidente.

El escogido fue Javier Espinosa, quien subió con el encargo de gobernar durante dieciocho meses, esto es, hasta el término del período constitucional.

b. Se retira a una estancia

Espinosa era un hombre honesto, conservador y católico. Sin embargo, como varios de sus antecesores, se dejaría prender, él también, en las redes del liberalismo, formando un gabinete de ministros heterogéneos. La anarquía se acrecentaba día a día, en los diarios se leían los rumores más terribles. La gente esperaba una mano dura. Pero Espinosa no hacía sino pedir pruebas legales para todo, con lo que postergaba indefinidamente cualquier tipo de medida correctiva. Señalemos, de paso, en relación con lo que estamos relatando, una seria deficiencia en la personalidad política de García Moreno y es la facilidad con que se engañaba en la apreciación de la gente. Dos veces había propuesto a hombres concretos para tomar las riendas del Gobierno –Carrión y Espinosa–, y en ambos casos se había equivocado. Los dos se mostraron ineptos, sin fuste, timoratos y componedores con los liberales.

Sea lo que fuere, en las actuales circunstancias los amigos de García Moreno entendían que sólo éste podía salvar a la Patria. Pero él no creyó llegado el momento. Descorazonado ante la defección de Espinosa, que había desairado su confianza, decidió retirarse al campo, arrendando en el norte del país, no lejos de Ibarra, la estancia de Guachala, con la intención de explotarla personalmente. Sólo así podría reponer el desgaste físico y psicológico que había sufrido en los años tan intensos que acababan de transcurrir.

Su mujer, Rosa Ascasubi, había muerto, y acababa de casarse en segundas nupcias con Mariana de Alcázar, sobrina de los Ascasubi. La familia de Mariana no ocultaba su temor por este casamiento, previendo momentos muy dramáticos para el Ecuador, que podrían incluir el asesinato de Gabriel. Las contrariedades de los últimos tiempos habían sido ininterrumpidas: el atentado de Lima, la anulación de su pliego de senador, y finalmente la pérdida de una hija. García Moreno llevó a Mariana a la estancia. Allí no sólo descansarían, sino que también podría acrecentar sus bienes, ya que su situación económica no era holgada. Esta etapa de su vida nos revela una nueva faceta de su rica personalidad, la del hombre de campo, dirigiendo a su peones, arreando la hacienda y arrojando a veces el hombro, en plena comunión con su nueva esposa.

Pero Dios no quería que este hombre extraordinario tuviese un momento de reposo. El 13 de agosto de 1868, toda la provincia de Ibarra se revolvió sobre sí misma a raíz de intensos terremotos. La tierra se abría, las casas se desplomaban, hombres y mujeres desaparecían bajo los escombros, muriendo la mitad de la población. Para colmo, bandas de forajidos se lanzaron al saqueo y los indios salvajes de esa región, dando pábulo al resentimiento dormido, se arrojaron contra los blancos al grito de «¡Viva el gran Atahualpa!». El gobierno de Quito no sabía qué hacer. Al fin envió un emisario a García Moreno con el siguiente mensaje:

«La lamentable situación a que ha quedado reducida la desventurada provincia de Imbadura—Ibarra— exige medidas extraordinarias, y sobre todo, un hombre de inteligencia, actividad y energía que distingue a usted. En esta virtud, el supremo gobierno... tiene a bien investir a usted de todas las facultades ordinarias y extraordinarias [...] teniendo bajo su dependencia a las autoridades políticas, administrativas, militares y de hacienda, y obrando con el carácter de jefe civil y militar de la provincia, proceda a dictar cuantas providencias juzgue necesarias para salvarla de su ruina».

García Moreno no dudó un instante. Saltando sobre su alazán, se dirigió a las zonas más afectadas, llevando ayuda, reprimiendo a los salteadores y reduciendo a los indios alzados. En poco tiempo retornó el orden a toda la provincia. Aquel éxito suscitó nuevas iras en las filas de sus enemigos. Cuando, un mes más tarde, García Moreno tuvo que abandonar Ibarra, que poco a poco se iba recuperando, todo el pueblo acudió para despedirlo. «Al salvador de Ibarra», grabaron en una medalla de oro.

c. Presidencia interina

En 1869, Espinosa terminaba de completar el período del presidente renunciante. Los conservadores, que si bien no formaban todavía un partido político, constituían sin embargo un factor de presión, pensaron otra vez en García Moreno como próximo Presidente, pero éste se rehusó terminantemente. Más aún, fue entonces cuando confesó que había cometido un grave error al haber aceptado la presidencia en 1861, porque no era posible gobernar como correspondía con una Constitución tan absurda. Mientras tanto, las cosas iban de mal en peor, lo que movió a García Moreno a poner en duda su anterior resolución.

Cuando comprendió que «los enemigos del catolicismo y de la Patria, los partidarios de Urbina, que hoy se llaman liberales», daban muestras de querer retornar al poder, entonces decidió aceptar la candidatura que le habían ofrecido. A aquellos enemigos, dijo, «se han unido ahora algunos a quienes mueven intereses no transparentes o el despecho de innobles rencores, y otros que llamándose católicos son enemigos del Concordato, se burlan del Sumo Pontífice y del *Syllabus*, y regalan el

apodo jansenístico de ultramontanos a los verdaderos hijos de la Iglesia. Esta unión, lejos de arredrarme, es un segundo y poderoso motivo para justificar mi aceptación». En las actuales circunstancias señaló, ya no se podía esperar nada de los eternos «centristas» y «equilibrados», o mejor, equilibristas, que siempre acababan inclinándose por lo peor. Luego agregaba:

«Para concluir, justo es dar a conocer cuáles serán los principios directores de mi conducta si la nación me llama a gobernarla. Respeto y protección a la religión católica que profesamos; adhesión incontrastable a la Santa Sede; fomento de la educación basada sólidamente en la moral y la fe; complemento y difusión de la enseñanza en todos sus ramos; conclusión de los caminos principados y apertura de otros según las necesidades y recursos del país; garantías para las personas y la propiedad, para el comercio, la agricultura y la industria; libertad para todo y para todos, menos para el crimen; represión justa, pronta y enérgica de la demagogia y de la anarquía; conservación de las buenas relaciones con nuestros aliados, con las otras naciones hermanas y en general con las demás potencias con las que nos ligan vínculos de amistad y de comercio; colocación en los empleos de los hombres honrados, según su mérito y aptitudes; en una palabra, todo lo que tienda a hacer del Ecuador un país moral y libre, civilizado y rico, he aquí lo que me servirá de regla y de guía en el ejercicio del poder supremo si el voto popular me designa para ejercerlo».

Comenta el P. Alfonso Berthe: «He aquí el programa de la civilización católica en todo su esplendor. Lenguaje tan noble es el de un gran cristiano y gran patriota, que no quiere engañar ni a los conservadores ni a los revolucionarios. Los conservadores deben saber que este católico sin mezcla, no se inclinará jamás a las doctrinas liberales, y los revolucionarios que tienen delante de sí al ángel exterminador». Y conste, agrega aquel biógrafo suyo, «que ésta no era una profesión de fe de pacotilla, como las que se suele fijar en las esquinas en tiempos de elección; era el plan meditado y detallado del magnífico edificio que este genio político quería levantar sobre las ruinas de la revolución».

De todo el país comenzaron a llegar, uno tras otro, mensajes de apoyo. Sus enemigos, no sólo los ecuatorianos sino también los del Perú y de Colombia, trataban. En espera de los acontecimientos, García Moreno seguía viviendo apaciblemente en su estancia, en medio de la hacienda y los trigales.

Un día llegaron a su casa de campo algunos amigos para decirle que era preciso actuar, que se estaba fraguando una rebelión armada para tomar el poder, y resultaba urgente su presencia. Si no, el pueblo caería una vez más en manos de la gente de Urbina. Le contaron todos los detalles de la revuelta, que comenzaría en Guayaquil. Se sabía, asimismo, de un pacto secreto entre Urbina y Mosquera, según el cual Ecuador quedaría desmembrado; su parte limítrofe con Colombia se declararían independiente, aunque de hecho sometida a la nación contigua. Luego una banda liquidaría a García Moreno en Guachala. El caudillo no necesitó oír más. Horas después, partía con sus amigos hacia Quito.

Al llegar a la capital, vio que la cosa iba en serio y era inminente. Espinosa parecía no advertir nada. García Moreno pensó entonces que se daban todas las condiciones requeridas para promover un golpe de Estado. ¿Era acaso lícito permitir que el país cayese otra vez en manos de Urbina, presenciando con los brazos cruzados el desmembramiento de la Patria, la ruina de la religión y el triunfo del ideario masónico?

«Caballeros, seremos golpistas a la fuerza. Ya sólo nos queda coger las armas y encomendarnos a Dios». Enseguida envió emisarios a todo el país para que cuando estallase el golpe las diversas provincias se adhirieran. Él, mientras tanto, se dirigió a Guayaquil, por ser un lugar crucial. Allí empezaría la revolución. A las doce de la noche se dirigió al cuartel, seguido de un puñado de los suyos. El centinela le gritó el quién vive. «García

Moreno», respondió. El soldado, muy nervioso, le preguntó qué quería a esa hora. «Quiero salvar la religión y la Patria. Ya me conoces. Déjame pasar». «¡Viva García Moreno!», gritó el centinela. Reunió entonces a los jefes y oficiales y les dijo que Urbina intentaba sublevar el país, y que venía para recabar la adhesión del ejército y defender así la religión y la patria. «¡Viva García Moreno!», exclamaron. El caudillo tomó el mando de las tropas. Los habitantes de Quito, por su parte, recorrían las calles, viviendo, ellos también, al héroe.

Luego se redactó un acta. «Desde esta fecha cesa el actual gobierno en el ejercicio de su autoridad, y se encarga el mando de la república, en calidad de presidente interino al señor doctor don Gabriel García Moreno... Se convocará una convención o asamblea nacional que reforme la Constitución política del Estado. El proyecto de la Constitución que se acordare, se someterá al examen y aprobación del pueblo».

Enseguida el recién nombrado hizo pública una proclama que dirigió a toda la nación. Comenzaba dando cuenta de la situación del país: los agentes de Urbina que preparaban la entrega de Guayaquil y la emancipación del norte, la desidia del Presidente de la República, dominado por la pusilanimidad, etc., para concluir que seguir apoyando a ese Gobierno no era sino favorecer a los traidores y colaborar en la destrucción de la Patria. Declaraba luego su aceptación del cargo sólo por un tiempo, hasta que lograra asegurar el orden y reformar las instituciones. Luego dejaría el mando para entregarlo al que fuese designado por el pueblo. Tras requerir el apoyo de todas las provincias, volvió a Guayaquil, para apoderarse del depósito de armas que allí había almacenado Urbina. Desde todos los rincones del país llegó la adhesión de los ecuatorianos a esta revolución incruenta.

García Moreno ya era Presidente, pero quiso dejar bien en claro que sólo de manera interina, renunciando de antemano al mandato presidencial. Su propósito fundamental durante este interinato se reduciría a asegurar el futuro de la nación, dotándola de una Constitución verdaderamente nacional y católica. Para lograrlo, se hacía menester tomar algunas medidas colaterales. Una de ellas tenía que ver con el futuro de la Universidad de Quito, que tanto influía en las capas pensantes de la sociedad. García Moreno la conocía muy bien, ya desde sus años de estudiante, cuando los profesores le enseñaron errores perniciosos; luego como rector, luchando en vano contra las ideas liberales que impregnaban la enseñanza, y finalmente como Jefe de Gobierno, encontrando la oposición del Consejo de Instrucción Pública.

La *Universidad* era, ahora, una institución enemiga de la autoridad de la Iglesia y del recto orden natural. La medida que tomó fue tajante.

Tras afirmar que «ha llegado a ser un foco de subversión de las más sanas doctrinas», resolvió: «Queda disuelta la Universidad. Quedan igualmente suprimidos el Consejo General de Instrucción Pública, los Consejos académicos y comisiones de provincia».

Otro tema urticante era el del *Concordato*. En los últimos años, los liberales habían logrado impedir, parcialmente al menos, sus buenos efectos, sobre todo en lo que toca a la reforma del clero, presionando sobre Roma hasta lograr la supresión del fuero eclesiástico, con la consiguiente merma del poder de los obispos. García Moreno quería que la Iglesia fuese realmente libre, y así, previo arreglo con la Santa Sede anuló la mutilación que se había perpetrado.

d. Convocatoria a elecciones y nueva Constitución

Estas medidas, junto con otras de menor importancia, dejaron el camino expedito para la convocatoria a elec-

ciones de convencionales. La asamblea debía componerse de treinta diputados, tres por provincia, cuyo principal cometido era votar una nueva Constitución, que fuese realmente católica. Semejante perspectiva sulfuró a los enemigos a tal punto que, para evitarlo, estalló una conjura al grito de «¡Viva Urbina!». El grito cayó en el vacío, ya que la gente había depositado toda su confianza en García Moreno. Los diputados de la Convención, casi todos de buena línea, se reunieron con él, y le aseguraron que tratarían de reformar la Constitución de acuerdo a lo que debía ser, pero que luego se necesitaría un brazo enérgico para hacerla cumplir, insinuándole con ello que desde ya lo vislumbraban como el futuro Presidente. Él les respondió que estaba atado por su palabra de honor de ser sólo «interino».

El proyecto trazado por García Moreno tendía a dos grandes objetivos: el primero armonizar la Constitución con la doctrina católica, y el segundo investir a la autoridad del vigor suficiente para vencer la subversión. Piénsese que en 39 años hubo en Ecuador cerca de cincuenta revoluciones y motines.

«La civilización moderna, creada por catolicismo –les dijo a los convencionales en el discurso inaugural–, degenera y bastardea a medida que se aparta de los principios católicos; y a esta causa se debe la progresiva y común debilidad de los caracteres, que puede llamarse la enfermedad endémica del siglo. Nuestras instituciones han reconocido hasta ahora nuestra feliz unidad de creencia, único vínculo que nos queda en un país tan dividido por los intereses y pasiones de partidos, de localidades y de razas; pero limitándose a ese reconocimiento estéril, ha dejado abierto el camino a todos los ataques de que la Iglesia ha sido blanco con tanta frecuencia. Entre el pueblo arrodillado al pie del altar del Dios verdadero y los enemigos de la religión, es necesario levantar un muro de defensa, y esto es lo que me he propuesto, y lo que creo esencial en las reformas que sostiene el proyecto de constitución. Por lo que toca al ensanche de las atribuciones del Poder Ejecutivo, la razón y la experiencia han puesto fuera de duda que un gobierno débil es insuficiente en nuestras agitadas repúblicas para preservar el orden contra los que medran en los trastornos políticos».

Vuelto a casa, presentó su renuncia oficial a la presidencia de la asamblea, que ésta rechazó ya que, según le dijeron en un documento firmado por todos sus miembros, había de serlo hasta el fin de la misma. Él se negó terminantemente. Lo nombraron entonces general en jefe del ejército:

«Considerando que el ilustre ciudadano Gabriel García Moreno ha mandado varias veces en campaña el ejército de la república, y combatido en mar y en tierra con heroico denuedo; que por las brillantes cualidades que posee como guerrero, y los reiterados y eminentes servicios que ha prestado a la nación, los generales, jefes y oficiales del ejército y de la guardia nacional han hecho constantes votos porque ocupe el primer puesto en la escuela militar...: se nombra al señor Gabriel García Moreno general en jefe del ejército». Tras siete días de reflexión, respondió que aceptaba el nombramiento «por el deber de seguir defendiendo la religión y la patria».

Dijimos que dos eran los temas principales. El primero, la reforma de la Constitución. García Moreno veía en la Carta Magna la quintaesencia de una nación, la gran impulsadora de su vida material y moral. Pensaba, con razón, que en sus líneas esenciales no podía depender del capricho de los ciudadanos, sino de la voluntad de Dios. Como político católico que era, creía que Dios había enviado a su Hijo a la tierra para reinar no sólo en los corazones sino también en las sociedades, fueran éstas familiares o sociales, y que, en consecuencia, las Constituciones de los pueblos debían estar impregnadas por el espíritu del Evangelio.

La Iglesia, esposa de Cristo, depositaria de su poder y de sus tesoros, tenía que ser algo así como el alma de la nación. El Estado, disponiendo de la espada, había de encargarse de la defensa de la Iglesia contra los enemi-

gos del orden cristiano a fin de asegurar su libertad de acción, es decir, la libre comunicación de sus bienes al pueblo, y también de la promoción del bien común de la sociedad, trabajando en pro de un recto orden temporal, a fin de que los hijos de la Iglesia pudiesen gozar de la añadidura prometida a los que buscan ante todo el reino de Dios y su justicia. Este segundo poder se uniría a la Iglesia como el cuerpo al alma, derivándose de esa unión serena el buen orden de la sociedad. No otra sería la doctrina de la encíclica *De constitutione civitatum christiana*, promulgada por León XIII pocos años después de la muerte de García Moreno. Como se ve, éste fue un precursor de dicha doctrina y un ejecutor de la misma.

La reforma de la Constitución fue quizás la obra más audaz de García Moreno. Porque su propósito no fue la mera promulgación de una Constitución más –¡esta era ya la séptima!–, sino la de dar al Ecuador, por fin, una Constitución como Dios manda, una Constitución católica, que pudiera ser absolutamente definitiva, salvo en detalles. Hasta entonces la Revolución había intentado modelar al Ecuador según sus principios, reemplazando la soberanía de Dios por la soberanía del pueblo. Se había hecho creer a la gente que la nueva república nacía sobre los escombros de la cultura hispánica, basándose en el espíritu de 1789 y la Declaración de los derechos del hombre. No pocos católicos, aun influyentes, estaban convencidos de lo mismo, llegando a aceptar la subordinación de la Iglesia al Estado bajo una fórmula hipócrita: «Iglesia libre en Estado libre». Para ellos eso era estar con los tiempos, con la civilización moderna. La Iglesia se había encargado de condenar tales ideas.

Fue sobre todo Pío IX, en su *Syllabus*, quien afirmó que la Iglesia no podía reconciliarse con la civilización moderna, es decir, con la civilización brotada de los principios de la Revolución francesa. En los países católicos, el catolicismo debía ser la religión del Estado, aunque a veces se pudiese tolerar el error, para evitar males mayores. García Moreno se había propuesto aplicar en su patria esta doctrina. Refiriéndose a los católicos liberales, que atacaban al *Syllabus*, decía:

«No quieren comprender que si el *Syllabus* queda como letra muerta, las sociedades han concluido; y que si el Papa nos pone delante de los ojos los verdaderos principios sociales, es porque el mundo tiene necesidad de ellos para no perecer».

La Constitución que hizo aprobar, totalmente conforme a los principios del *Syllabus*, fue la refutación viva de lo que afirmaban no pocos liberales católicos, a saber, que aquellos principios eran inaplicables, o suponían un sistema absolutamente ideal, que de ningún modo existe ni puede existir en la realidad.

Por eso si las Constituciones de índole liberal, embebidas en el espíritu de la Revolución, suelen comenzar con una apelación a la nueva divinidad, el pueblo soberano, en el proyecto que García Moreno presentó de la suya, y que fue finalmente aprobado, aparecen estas palabras, que eran las que solían encontrarse en las Cartas tradicionales: «En el nombre del Dios uno y trino, autor, conservador y legislador del universo, la convención nacional del Ecuador ha decretado la siguiente Constitución».

Para que no quedasen dudas, en su primer artículo se declara: «La religión de la República es la católica, apostólica, romana, con exclusión de cualquier otra, y se conservará con los derechos y prerrogativas de que debe gozar, según la ley de Dios y las disposiciones canónicas. Los poderes políticos están obligados a protegerla y hacerla respetar».

No era sino el reconocimiento formal de la soberanía

de Cristo y de su Iglesia. Ésta podía de nuevo poseer bienes, custodiar la enseñanza, organizar tribunales eclesiásticos, convocar sínodos, elegir a sus pastores. De ningún modo el Estado quedaba debilitado, sino al revés. Y en cuanto a los dos poderes, el civil y el eclesiástico, ya no se encontraban enfrentados, sino el uno junto al otro, en estrecha unión.

Para mantener la serenidad de esta unión, se consideró necesario excluir a los factores de discordia. Por ello, en el artículo que trata de los derechos de los ciudadanos, García Moreno introdujo esta cláusula: «No puede ser electo, ni elegible, ni funcionario público en cualquier grado que sea, quien no profese la religión católica». Hoy parece un artículo francamente discriminatorio. Pero entonces se consideró necesario para ser coherentes con el artículo primero y evitar la infiltración de principios anticatólicos en la sociedad. Este artículo fue votado por unanimidad, con la excepción de dos diputados. Asimismo se declaró «privado de sus derechos de ciudadano todo individuo que perteneciese a una sociedad prohibida por la Iglesia». Artículo osado éste, ya que enfrentaba directamente a la masonería. Desde aquel día en las logias se comenzó a soñar con pistolas y puñales.

Consagrada la catolicidad del Estado, había que pensar en la restauración del poder político. Desde la independencia de la República, dicho poder se había visto debilitado, principalmente por obra de los liberales, que defendían la libertad de prensa, de los clubes impíos, de las sectas, en una palabra, la libertad del mal. En tales condiciones la autoridad poco podía hacer, atada, como estaba, de pies y manos, ya que las normas que debía hacer cumplir dependían de las mayorías cambiantes de los legisladores, quienes promulgaban leyes a su arbitrio, sin atender lo que prescribe la ley divina o la natural. La Constitución fortaleció así el Poder Ejecutivo, decidiendo que el Presidente fuese elegido por seis años, pudiendo ser reelecto una sola vez.

García Moreno quiso que la Carta Magna fuese plebiscitada. Así se hizo y resultó aprobada por catorce mil electores contra quinientos. Quedó de ese modo demostrado, escribe Berthe, cómo en medio de la apostasía general de las naciones, existía aún un pueblo cristiano sobre la tierra.

Faltaba por resolver un problema fundamental. ¿Quién haría cumplir la Constitución? Había un consenso general de que no podía ser otro que García Moreno. Así se lo hicieron saber los diputados, que eran quienes debían elegir al Presidente. Él objetaba que había comprometido su palabra de honor de que se entregaría el poder a otro. Los legisladores insistieron: un juramento que involucra la destrucción de la Patria no puede ser obligatorio. Sus enemigos se erizaron, calificándolo de traidor y perjuro si aceptaba el nombramiento.

El 20 de julio, la Convención se reunió en la iglesia de la Compañía donde, tras una misa solemne, se procedió a la designación del Presidente de la República. García Moreno fue elegido por unanimidad. Todos lo votaron menos uno. Él se rehusó, pero ellos le dijeron que no podía hacerlo porque la Convención así lo había decidido. Luego de una ponderada deliberación, acabó por aceptar, y el 30 de julio se dirigió a la catedral para asumir:

«Juro por Dios Nuestro Señor y estos Santos Evangelios desempeñar fielmente el cargo de presidente de la República, profesar y proteger la religión católica, apostólica, romana, conservar la integridad e independencia del Estado, guardar y hacer guardar la Constitución y las leyes. Si así lo hiciere, Dios me ayude y sea mi defensa; y si no, Él y la patria me lo demanden».

Carvajal, que había presidido la Convención, lo felicitó en nombre de la nación:

«¡Patria y religión! He aquí los dos nombres que habéis unido en la fórmula de vuestro juramento, para ofrecer a la nación un símbolo perfecto de felicidad social... Ocho años ha que en ocasión igual y en este mismo templo, hicisteis por primera vez el mismo juramento; y merced a la lealtad de vuestra palabra, la patria ha cambiado de faz, y la religión católica es para ella un elemento de vida y de progreso».

García Moreno le contestó con palabras sublimes. Escribamos algunas de las frases del discurso:

«La experiencia de cuatro años de mandato me ha demostrado que entre nosotros es más difícil al hombre honrado procurar el bien de todos que al perverso hacer el mal; porque mientras para éste hay siempre cooperadores interesados, para el bien no suele haber sino la indiferencia del egoísmo y la resistencia de la rutina y de los antiguos abusos... Vos lo habéis indicado ya en vuestro benévolo discurso.

«La moralidad y energía del pueblo, que van cobrando nuevo vigor en la fuente regeneradora del catolicismo; la lealtad y valor del ejército, libre hoy de los traidores que deshonoraban sus filas; la exacta observancia de las leyes y la solidez de las instituciones, que vuestra experiencia y patriotismo han dado al país, y que éste se apresuró a aprobar por inmensa mayoría de votos; la estrecha unión con nuestros aliados y la cordial inteligencia con los demás Estados hermanos y con todas las potencias amigas; la buena fe y la justicia, como única política digna, conciliadora y segura; y sobre todo, la fe en Dios, la cual no nos ha abandonado jamás, ni en medio de los reveses, ni en los días de infortunio: ved aquí, Excmo señor, los medios con que cuento para sobreponerme a mis temores y cumplir mi solemne juramento. ¡Feliz yo, si logro sellarlo con mi sangre, en defensa de nuestro augusto símbolo, religión y patria!».

Comentando este feliz término, escribe el P. Berthe: «La historia no nos ofrece nada más bello que este histórico debate entre un pueblo que durante seis meses reclama a su jefe, y este jefe que se niega obstinadamente a los deseos del pueblo por no violar la palabra empeñada, y que, al fin, sólo cede al imperioso deber de defender la religión y la patria. Después de lo cual dejemos a los liberales y radicales declamar a sus anchas contra el perjuro y ambicioso García Moreno: algo ciertamente faltaría a la gloria de este grande hombre, si no se viese honrado con el odio de los fariseos y asesinos».

2. El estadista católico

García Moreno tiene apenas 47 años, cuando asume la segunda presidencia, pero ha envejecido mucho y prematuramente, como resultado de tantas contrariedades y conflictos de toda índole. Sus cabellos están canos y los ojos se le han ahondado. Su rostro ha tomado cierto carácter ascético.

Había llegado la hora de rehacer el país. Y así puso manos a la obra, iniciando su reconstrucción en todos los campos a la vez, sin respiro ni alivio. Fue en estos momentos cuando se reconstituyó el Partido Conservador, que hasta entonces no había existido como tal, siendo tan sólo una corriente de opinión. Pero no lo fundó García Moreno. Él no era hombre de partidos, entendiendo el Ecuador como una unidad de destino, más allá de los partidos. Por lo demás, el tema del Concordato había apartado de su lado a no pocos conservadores que eran liberales en religión o en política.

Hombre hecho al trabajo y acostumbrado a la disciplina, se entregó de manera irrestricta a su obra de estadista. Trabajaba por diez, revisaba personalmente toda la correspondencia, enviaba cartas a sus funcionarios, redactaba informes, instrucciones de toda clase, proyectos de ley, planes para el campo...

Sin embargo, y ello no deja de resultar admirable, encontraba tiempo para leer libros de filosofía, de historia, e incluso de litera-

tura. Frecuentaba el Quijote y los grandes pensadores católicos, deleitándose con el ideario de Balmes y los argumentos de Donoso Cortés, así como de los apologistas católicos franceses. Ello le posibilitaba estar siempre renovando el arsenal de sus pensamientos, lo que dejaba pasmados a sus opositores. Incluso se permitía, en los tiempos libres, incursiones poéticas, como por ejemplo traducir en verso los tres salmos penitenciales, y ello con tanta perfección que parecieran haber sido originalmente escritos en español. «Nada hay sano en mi alma corrompida», dice en su versión del salmo 37; y también: «De dolor encorvado, la tristeza / como mi sombra junto a mí camina». El salmo 31 así lo vierte: «Me hirió tu mano y me ahité, punzante / como espina, roedor remordimiento». Se ha dicho que si se hubiera dedicado a las letras, hubiera sido un notable poeta místico.

a. Sacerdotes, soldados y magistrados

Pero éstos no eran sino *divertimentos* en el curso de sus días. Lo principal fue su tarea restauradora de la Patria. Para trabajar eficazmente en dicho designio debía reclutar un triple grupo de colaboradores: sacerdotes celosos, soldados caballerescos y magistrados íntegros. El sacerdote enseña la verdad, el soldado la custodia, y el magistrado la vindica. Son, por lo demás, los tres estamentos más odiados por la Revolución y los que más trata de corromper.

Lo primero que hizo fue abocarse a colaborar en la *reforma del clero*. Decimos «colaborar», porque en este campo su accionar no podía ser sino indirecto. La reforma eclesiástica, que tanto lo había empeñado desde 1862 a 1865, languidecía en los últimos cuatro años, sobre todo por la abolición de los tribunales propios de dicha corporación. Era preciso retomar la tarea interrumpida. El enviado de la Santa Sede, que hacía las veces de nuncio, no mostraba mayor interés en actuar y ni siquiera en cooperar con el Presidente.

Al darse cuenta de que en él no encontraría apoyo, García Moreno se dirigió directamente a Roma. El Papa dispuso el envío de un nuevo delegado que mejor le secundara. Comenzaron así a realizarse, con el aval del Presidente, diversos concilios provinciales que hicieron reflorar la disciplina eclesiástica y mejoraron la formación del clero. Todo ello suscitó la ira de los enemigos, quienes afirmaban que los curas se habían vuelto sacristanes del poder político.

El arzobispo de Quito les salió al paso: «La Iglesia es libre —dijo— cuando sus gobernantes pueden ejercer sin contradicción el poder que reciben de Jesucristo, y cuando no se desconocen ni se pisotean por la potestad civil los derechos que goza por su misma naturaleza. Y ambas condiciones se hallan reunidas aquí, respecto de la Iglesia ecuatoriana... Esto no puede tener otro nombre que el de libertad».

García Moreno llamó también a los jesuitas, que habían sido expulsados por Urbina. Entre ellos se encontraba el P. Manuel Proaño, pensador profundo, autor de obras de filosofía y teología, que sería el alma de la consagración del Ecuador al Sagrado Corazón. Promovió asimismo la erección de nuevas diócesis, ya que las anteriores eran inmensas, en una topografía sumamente complicada. De este modo, en permanente contacto con la Santa Sede, fue reconstruyendo, «desde fuera», ladrillo a ladrillo, la Iglesia en Ecuador, con pleno respeto a la jerarquía local. Desde Roma, el Papa secundaba estrechamente sus planes, al tiempo que exhortaba a los obispos y a los párrocos a que recorriesen sus sedes, con lo que el celo se volvió a encender en aquellos pastores adormecidos.

En 1873, por insinuación del Presidente, se celebró un concilio nacional, el *Tercer Concilio de Quito*, que promovió una verdadera renovación en la moral del clero. Así, con nuevas autoridades, con nuevas diócesis, aun en las zonas más apartadas, y con una legislación que se conocía y se hacía cumplir, el catolicismo comenzó a prosperar en el Ecuador. Refiriéndose a ello escribe el historiador Ricardo García Villoslada:

«La figura de Gabriel García Moreno es en el aspecto político-religioso la más alta y pura y heroica de toda América, y nada pierde en comparación con las más culminantes de la Europa cristiana en sus tiempos mejores. Basta ella sola, aunque faltaran otras, para que la república del Ecuador merezca un brillante capítulo en los anales de la Iglesia».

El segundo estamento del que se ocupó fue el de las *fuerzas armadas*. Ya hemos dicho que la milicia en el Ecuador, conducida frecuentemente por jefes y oficiales proclives al espíritu de la Revolución, se caracterizaba por el libertinaje y la violencia gratuita. En los años anteriores, especialmente durante su primera presidencia, García Moreno había procurado corregir esa situación, pero lo que se necesitaba era un cambio sustancial. En orden a ello, redujo el ejército a unos miles de soldados, celosos guardianes de la soberanía y de las fronteras. Al mismo tiempo, creó una guardia nacional, mucho más numerosa, para casos de guerra. La conscripción se volvió obligatoria, lo que posibilitó la formación de un nutrido cuerpo de reservistas.

Tampoco se escatimaron gastos para sustituir el antiguo armamento por las mejores armas usadas en Europa. Asimismo un grupo de oficiales experimentados fueron enviados a observar las maniobras de los ejércitos extranjeros, sobre todo en Prusia, elevándose así la capacidad bélica de la milicia. El Presidente quería un ejército fuerte, disciplinado, moral, instruido, con espíritu de sacrificio y patriotismo. Para mejor cumplimentar este propósito, fundó una escuela de cadetes que, dirigidos por jefes seleccionados, fuese un semillero de caballeros y de héroes.

De esta manera el ejército pasó a ser una institución muy respetada, donde se premiaban más los méritos que la antigüedad. García Moreno quería también dejar bien en claro el carácter católico de las fuerzas armadas. Para su logro, pidió al Papa la erección de un clero castrense, cuyos capellanes no sólo debían limitarse a celebrar misa y administrar sacramentos, sino que también tenían que instruir religiosamente a la tropa. Incluso se organizaron tandas de ejercicios espirituales para los militares. En escuelas especialmente creadas para ellos, los reclutas aprendían a leer, lo que les permitía estudiar el catecismo y adquirir los conocimientos humanos elementales. De este modo fue desapareciendo el anterior libertinaje y vagancia que hacía de los cuarteles focos de corrupción. Los oficiales y los soldados comenzaron a considerar a García Moreno como un padre. Temían su severidad, es cierto, pero al mismo tiempo lo admiraban al verlo tan dedicado a su misión de gobernante. Él los trataba como si fueran sus hijos, hacía que se les pagase puntualmente y establecía pensiones para heridos o enfermos.

Hubo casos insólitos de ejemplaridad moral. En cierta ocasión, un teniente, estando de guardia, encontró un envoltorio. Al abrirlo vio que se trataba de una buena cantidad de billetes de banco, que al día siguiente los hizo llegar a manos de García Moreno. Tras la consiguiente investigación policial, apareció el dueño, un comerciante extranjero, quien quiso premiar al teniente con cien pesos. Éste juzgó que no correspondía aceptarlos. García Moreno intervino: «No tenéis ninguna razón para rehusar este agasajo que se os quiere hacer voluntariamente y como reconocimiento a este acto de honor y lealtad vuestro».

El joven teniente le respondió: «Señor presidente, precisamente mi honor es el que me prohíbe aceptarlo; hice lo que debía hacer y no merezco recompensa alguna por cumplir con mi deber y mi conciencia». A lo que el Jefe de Estado: «Perfectamente, teniente, tenéis toda la razón... pero yo también tengo el derecho de daros algo que no me podéis rehusar. Desde ahora sois capitán».

El tercer estamento que había que sanear era el de la *justicia*. Los códigos legales resultaban incompletos o absurdos, totalmente inadecuados para enfrentar las corrientes revolucionarias y evitar los desórdenes. García Moreno, doctor en derecho, que ya había experimentado la incoherencia de la legislación durante su primera presidencia, trató de ajustarla ahora a los principios del derecho natural e incluso del derecho canónico, pidiéndole a los obispos que le indicasen los artículos que contradecían las disposiciones del Concordato. De la reforma del código civil se pasó a la del código penal, teniendo en cuenta el estado de decadencia del mundo moderno, según aquel principio que formulara Donoso Cortés, de que cuanto más baja el termómetro de la conciencia, más debe subir el termómetro de la represión. Y así se introdujeron disposiciones severas contra los blasfemos, concubinos, borrachos y atentadores de la moralidad pública.

Pero no bastaba con mejorar los códigos. Había que depurar a los mismos jueces. Con frecuencia sus fallos dependían del soborno que los acusados estaban dispuestos a pagar, lo que se explicaba, en parte, por los malos sueldos que recibían y que García Moreno se ocupó en acrecentar sustancialmente. Sin embargo ello sólo hubiera significado quedarse en la periferia del problema. Era preciso ocuparse de la calidad de los jueces. Y así el Presidente se interesó por la formación profesional de los candidatos a la jurisprudencia. Con frecuencia aparecía en la Facultad de Derecho y asistía personalmente a los exámenes, haciéndoles preguntas a los estudiantes.

Un día, cierto aspirante al doctorado contestó satisfactoriamente a los examinadores. «Conoce usted perfectamente el derecho –le dijo el Presidente–, pero ¿sabe usted también el catecismo? Un magistrado debe conocer ante todo la ley de Dios para administrar justicia». Le hizo entonces algunas preguntas, y al ver que nada sabía: «Caballero –le dijo con toda seriedad–, sois doctor; pero no ejerceréis vuestra profesión hasta que hayáis aprendido la doctrina cristiana. Id unos cuantos días al convento de los franciscanos para aprenderla».

En virtud de la nueva Constitución, el gobierno intervino en el nombramiento de los jueces, tarea hasta entonces reservada a los legisladores. De este modo se logró descartar a los incapaces o a los indignos. Los jueces debían responder de sus sentencias, y si algún abogado aceptaba una causa notoriamente injusta se hacía pasible de graves penas. Por todo el Ecuador corrió una anécdota muy aleccionadora.

Cierta mujer, famosa por su vida desarreglada, había cometido un asesinato. Los jueces, que no eran propiamente malos, pero sí débiles, trataron de salvarla, buscando minimizar la naturaleza del crimen, para acabar condenándola sólo a unos cuantos meses de destierro. García Moreno quedó indignado por la lenidad del castigo, pero no pudiendo hacer nada por vía judicial, quiso al menos castigar la cobardía de aquellos jueces. Tras hacerlos comparecer les dijo:

«Habéis condenado a unos meses de destierro a esa mujer notoriamente culpable de asesinato. Pues bien, es preciso ejecutar la sentencia. Como mis soldados están ocupados, la ley me autoriza a designar ciudadanos particulares para dar convoy a los condenados, y os elijo a vosotros para conducir a esa criminal a Nueva Granada».

Se pusieron colorados, ya que ello significaba una humillación pública. Pero no fue todo. Cuando se apresta-

ron a buscar los caballos para el largo viaje, advirtieron que García Moreno ya había pensado en ello: eran varios mulos cojos y bichocos. «Vais a hacer un servicio al público y es preciso que viajéis a expensas del gobierno. No os quejéis de las caballerías: son menos cojas que vuestros fallos».

b. La educación

Mientras se iban consolidando los estamentos religioso, militar y judicial, García Moreno trató de cumplir otras obligaciones del Estado. La *instrucción pública* estaba poco menos que en ruinas. Durante el dominio español, de la Universidad de Quito habían salido numerosos filósofos, teólogos y abogados, aunque no tantos literatos y científicos. Los colegios eran pocos, y los que funcionaban estaban reservados por lo general a la clase alta. La gente sencilla contaba con escuelas primarias bastante rudimentarias. Después de la separación de España, y sobre todo en la época de Urbina y de los suyos, con frecuencia las aulas de la Universidad, colegios, seminarios y conventos, fueron convertidas en cuarteles, con las consecuencias que son fáciles de imaginar.

La labor de García Moreno en este campo fue admirable, máxime porque el asunto no carecía de dificultades. El país era muy pobre, y no había dinero para fundar y sostener escuelas y colegios. Por otra parte, pocos eran los profesores adecuados. Pero no por ello se amilanó. Lo primero que hizo fue la reforma de la *instrucción primaria*. Las escuelas de este nivel, mal organizadas y dirigidas, tenían escasísimos alumnos. Como lo señalamos anteriormente, durante su primera presidencia ya se había preocupado de ese problema, invitando a religiosos de diferentes congregaciones de enseñanza, florecientes por aquellos tiempos en Europa. Así empezaron a llegar los Hermanos de la Salle, las Hermanas del Sagrado Corazón, las Religiosas de la Providencia, entre otros, instalando comunidades en ciudades grandes como Quito, Cuenca y Guayaquil, para establecer allí escuelas gratuitas y libres.

Ahora, en el mensaje de 1871 al Congreso, había afirmado: «El proyecto de ley que se os presentará concede al gobierno la autorización... a fin de que doscientos mil niños al menos, reciban la educación; y declara indirectamente obligatoria para todos la instrucción primaria», aclarando que dicha instrucción sería gratuita.

Poco después trajo de Europa nuevas tandas de religiosos para iniciar escuelas primarias en el interior de la república y en los pueblos pequeños. Pero como los que llegaron no fueron suficientes, resolvió suscitar maestros locales, para lo cual creó una escuela normal, según el sistema educativo de los Hermanos, de modo que los que de allí saliesen, católicos, patriotas y bien formados, fueran aptos para trabajar en el campo. Pensemos que por esos tiempos gobernaba Domingo Faustino Sarmiento en Argentina, con una política educativa diametralmente diversa a la sustentada por García Moreno.

Lo cierto es que en poco tiempo floreció la enseñanza primaria. A principios de 1875, las nuevas escuelas llegaron a quinientas. La educación alcanzó a todos, incluidos los indios, de quienes hablaremos después. Asimismo hubo cursos especiales para soldados y presos. García Moreno gozaba cuando veía esta multitud de alumnos, formados en el cristianismo y la práctica de las virtudes. Estaba preparando el futuro de la nación, estaba preparando un pueblo cristiano.

Preocupóse también de la *educación secundaria* o segunda enseñanza. En cierto modo, era ésta aún más importante, ya que es allí donde se forman los futuros dirigentes. Para ello recurrió especialmente al auxilio de la

Compañía de Jesús, dándoles plena libertad para que empleasen los métodos por ellos consagrados en la *Ratio studiorum*. Casi todas las provincias pudieron contar con un colegio de este tipo.

En Quito, García Moreno hizo levantar uno magnífico, que confió a dichos padres, y que llegaría a tener más de 1600 alumnos. Él quería llamarlo San José, pero el Obispo prefirió denominarlo San Gabriel, en honor de su ilustre fundador.

Cuando pronunció el Mensaje ante el Congreso había expuesto su criterio en este ámbito: «Si los colegios han de ser buenos –dijo–, dando garantías de la moralidad y aprovechamiento de los alumnos, es necesario no omitir gastos para que sean lo que deben ser; pero si han de ser malos, es mejor no tenerlos, porque la mayor calamidad para la nación es que la juventud pierda sus mejores años en pervertirse en el ocio o en adquirir con un estéril trabajo nociones incompletas, inútiles o falsas».

Dicho criterio coincidía puntualmente con el que tenían los jesuitas. En un discurso ante alumnos y profesores, el rector del colegio de Quito hizo suya aquella sentencia de Quintiliano: «Si las escuelas, al dar la instrucción, deben corromper las costumbres, no vacilo en decir que sería preciso preferir la virtud al saber». Para erigir colegios femeninos, García Moreno llamó a nuevas congregaciones, sobre todo el Sagrado Corazón, que fundaron institutos en Quito y en otras ciudades, algunos de ellos para alumnas internas. También promovió la creación de escuelas de artes y oficios.

Se ocupó asimismo, como era previsible, de la *enseñanza superior*, coronando de este modo el edificio educativo. Recuérdese que su primer acto al ser elegido de manera provisional fue disolver la antigua Universidad de Quito, nido de errores y de agnosticismo. Su proyecto era fundar, sobre las ruinas de aquella, una Universidad nueva, fiel al espíritu de la Constitución recientemente promulgada. Los profesores no sólo debían ser sabios sino también buenos cristianos. La teología, enseñada según la doctrina de Santo Tomás, sería como el sol que domina el resto de las asignaturas.

En una sesión literaria que los padres dominicos celebraron en Quito, se sostuvo formalmente, en pleno acuerdo con García Moreno: «Para extirpar los errores de nuestra sociedad moderna, nada más necesario hoy, como en los siglos pasados, que enseñar la doctrina de Santo Tomás en los cursos de Teología». Al propiciarlo, García Moreno se adelantaba, también en esto, a las declaraciones de León XIII.

Las facultades de filosofía y de teología se las confió a la Iglesia. La de derecho, reorganizada según los principios católicos, la encomendó a la Compañía, que con la total anuencia de García Moreno, basó sus cursos en los principios de Tarquini y Taparelli. Resolvió también erigir una facultad de ciencias, que encargó a un grupo de jesuitas alemanes. Con este motivo llegaron al país, físicos, químicos, naturalistas y matemáticos. Creó además una escuela politécnica con tres carreras, arquitectura, ingeniería y artes industriales. Pronto surgió la facultad de medicina. Tampoco en este campo había profesores competentes. Para equiparla, hizo traer de Europa todos los instrumentos necesarios.

Cuando los extranjeros recorrían las aulas recién montadas se quedaban impresionados: gabinete de física, provisto de diversos instrumentos de mecánica y óptica; laboratorio de química; colecciones completas de biología, mineralogía y botánica; todo un equipo que aventajaba a muchos de los institutos superiores europeos. Asimismo trajeron de Montpellier dos médicos prestigiosos, uno especializado en cirugía y otro en anatomía, con todos los aparatos necesarios, para formar a los que serían catedráticos de la facultad. Piénsese que la universi-

dad católica de París no contaba aún con facultad de medicina. Gracias a las sucesivas promociones de nuevos doctores pronto se montarían numerosos hospitales.

García Moreno puso en todas estas fundaciones su mayor empeño, ya que sobre dicha base científica quería fundar la prosperidad material de la nación.

En los diversos claustros universitarios se fue formando, poco a poco, una falange de jóvenes deseosos de construir un Ecuador pujante, uniendo en sus corazones el interés por los conocimientos con el doble amor a Dios y a la Patria. En 1873 se creó una congregación mariana para universitarios, bajo la dirección de uno de los decanos, que era sacerdote, con el propósito de que sus miembros emprendiesen una cruzada de evangelización en el campo cultural. De allí saldrían jóvenes portadores de ideales, jóvenes valientes, que despreciarían el respeto humano. El modo privilegiado de transformación fueron los ejercicios ignacianos y las obras de caridad.

Para unir la belleza con la verdad, García Moreno fundó también una Academia de Bellas Artes, donde se cultivó la pintura, la escultura y la música. Para esta empresa hizo venir, con grandes gastos, un grupo de profesores de Roma, al tiempo que envió a dicha ciudad discípulos selectos para perfeccionarse y convertirse luego en maestros. Estableció asimismo en Quito un conservatorio nacional de música religiosa y profana, trayendo también de Roma organistas y maestros de canto, que al tiempo que formaban destacados alumnos, contribuyeron al realce de la liturgia en los templos de la ciudad. Uno de esos maestros, conversando en cierta ocasión con el Presidente, quedó impresionado al verle disertar sobre teorías del arte, como si fuese un experto.

Otro proyecto que excogitó García Moreno fue la erección de un observatorio internacional en las afueras de Quito. Varios sabios astrónomos le habían señalado la posición excepcionalmente ventajosa del lugar, por encontrarse a tres mil metros de altura sobre el nivel del mar, bajo la línea del equinoccio, y contar con un cielo de admirable pureza y transparencia. Comunicó su propósito a centros científicos de Francia, y luego de Inglaterra y Estados Unidos, sin encontrar el eco esperado. Pero él se había empeñado en realizarlo, y abriendo grandes créditos para montarlo debidamente, hizo traer de Múnchen los mejores aparatos. De hecho nunca lo pudo inaugurar, porque la muerte se lo impidió. Sus sucesores, los «progresistas» liberales, dejarían morir la empresa.

Como se ve, las iniciativas culturales de García Moreno fueron múltiples. Él las consideraba como parte de su función de gobernante. Nada escapó a su visión gigantesca, desde la escuela primaria hasta la Universidad. Y todo lo realizó con presteza, sin aumentar los impuestos ni contraer deudas, un poco autoritariamente, quizás, porque de otro modo nada se hubiera podido hacer. Durante medio siglo, la Revolución no había sido capaz de crear nada serio en ninguno de aquellos campos. En sólo seis años, García Moreno hizo pasar a su Patria de las espesas tinieblas de la ignorancia a la luz de la sabiduría. Cuando los liberales retomaran el poder, el Ecuador volvería al caos original.

c. Obras públicas

García Moreno se lanzó también a un asombroso plan de *obras públicas*. En sus seis años de gobierno construyó numerosos edificios, entre ellos colegios, hospitales, cuarteles, casas de huérfanos, penitenciaría, conservatorio...

Emprendió asimismo la construcción de una amplia *red de carreteras*. Hasta entonces el ecuatoriano debía viajar a caballo, llevando sus bultos a lomo de mula o a espaldas de indios. Ir de Guayaquil a Quito, como lo hiciera muchas veces nuestro héroe, constituía una verdadera odisea; caminos impracticables, precipicios, nieves perpetuas. De ahí que las poblaciones del interior se encontrasen tan aisladas, principalmente en la época de lluvias. Todo lo que se producía quedaba en los pueblos, y en ellos debía ser consumido, sin posibilidad de comercialización.

García Moreno se propuso solucionar dicha situación. Lo primero que resolvió hacer fue la carretera de Quito a Guayaquil. Cuando dio a conocer su propósito, la calificaron de utópico, de dilapidador de los bienes públicos. Él los dejó hablar, y se lanzó a concretar su designio.

Nuevas dificultades aparecieron sobre la marcha, especialmente cuando protestaron los propietarios por cuyas tierras debía pasar la ruta. Él siguió adelante. Por lo demás, los problemas técnicos no eran pequeños. Hubo que traer, incluso del extranjero, ingenieros capaces para nivelar el terreno, construir viaductos y grandes puentes. Durante diez años, miles de trabajadores se emplearon en abrir picadas a través de las selvas y bordear montañas, acompañados de médicos por si enfermaban, así como de sacerdotes para que les enseñaran religión y oraran con ellos. Comenzada en 1862, durante su primera presidencia, la carretera quedó concluida en 1872. Los que antes consideraron que se trataba de una locura, hoy se mostraban asombrados.

«Sin este hombre de genio —se decía— el Ecuador permanecería siempre en la *statu quo* a que por su posición parecía irremediablemente condenado. Su energía ha vencido todos los obstáculos, triunfado de la pusilanimidad de unos, de la indolencia de otros y de todas las pasiones sublevadas contra él. El Ecuador no tiene voces suficientes para bendecirlo y celebrar su gloria».

Simultáneamente mandó hacer otras cuatro rutas, dando vida a varias regiones hasta entonces relegadas. Por estas cinco grandes arterias, las ciudades y provincias, conectadas entre sí, se ponían en comunicación con la capital.

También la ciudad de Quito conoció durante su mandato un progreso sustancial. El terreno en las partes bajas de la ciudad fue levantado y en las altas rebajado. Las calles, hasta entonces sucias y cenagosas, fueron empedradas, posibilitándose así el paso de los carruajes. ¿De dónde sacaba dinero para hacer frente a tantos gastos? Desde las guerras de la independencia, Ecuador había contraído una *deuda externa* abrumadora. Los gobiernos se sucedían, heredando dicha deuda, que se acrecentaba siempre más con los intereses. Por otro lado, el despilfarro había creado una abultada deuda interna. La bancarota era inminente. García Moreno supo sacar al país de la ruina. Eliminada la corrupción, los ingresos aumentaron de modo sorprendente. Así los sueldos de los empleados pudieron elevarse en un tercio mientras que los impuestos disminuyeron. El sucre, unidad monetaria del Ecuador, llegó a estar a la par del dólar, como en ningún otro país de Hispanoamérica.

Leemos en su Mensaje al Congreso de 1875: «Con los recursos de los seis últimos años, hemos dedicado cerca de seis millones de pesos tanto a la total extinción de la deuda angloamericana, como a la amortización de la interior. Tengo la satisfacción de anunciaros que la deuda inscripta quedará extinguida el año próximo, y la flotante, dentro de corto número de años».

Bien escribe el P. Berthe que, aunque se sonrían los materialistas, toda la ciencia económica de García Moreno se encuentra resumida en esta máxima del Señor: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y el res-

to, es decir, la felicidad temporal, se os dará por añadidura». Un éxito tan categórico no fue sino el resultado de la victoria sobre la corrupción y de la aplicación de la virtud de la justicia. En tres años se duplicaron las rentas del Estado. Con el orden reapareció la confianza, y con la confianza la actividad, multiplicándose el trabajo con tantas obras públicas. Se ve así cuán falso es el axioma de quienes afirman que sólo los gobiernos materialistas son capaces de hacer progresar materialmente un país. Como si el gobernante católico, por preferir los bienes trascendentes, estuviese inhabilitado para comprender la importancia de los problemas económicos, volviéndose de ese modo incapaz de alcanzar su solución.

No descuidó García Moreno el fomento de la agricultura. El campo estaba poco menos que abandonado, las estancias se veían siempre amenazadas por los *malones*, asaltos, de la indiada. A ello se unía la indolencia de los peones. García Moreno había tenido experiencia de los trabajos agrícolas, según lo señalamos páginas atrás, y trató de incorporar, también en este ramo, los adelantos técnicos de otros países.

d. Salud pública

Muy cerca de la Casa de Gobierno estaba el hospital de Quito, que todavía conservaba el título de «Hospital de San Juan de Dios». El edificio era grande, con una doble fachada y hermosos patios, pero estaba muy mal atendido. Al empezar su segundo mandato, García Moreno anunció al Congreso: «Nuestros establecimientos de beneficencia presentan un cuadro repugnante, indigno de un pueblo cristiano y civilizado, no sólo a consecuencia de la insuficiencia de las rentas, sino principalmente por la falta completa de caridad de los que lo sirven». Enseguida se puso en acción. Comenzó por traer Hermanas de la Caridad para la atención espiritual de los enfermos. Luego promulgó un reglamento, que dictó personalmente. Pronto el hospital sería considerado como uno de los mejores de Hispanoamérica.

Una tarde, pasando por Guayaquil, visitó el hospital, como solía hacerlo cada vez que llegaba a una ciudad. Aquel día se encontró con un espectáculo vergonzoso: los enfermos estaban tendidos en el suelo, sobre precarias esteras. Indignado, le dijo al gobernador, que lo acompañaba:

—Estos pobres infelices están muy mal acostados, ¿cómo es que no se les provee lo necesario?

—Señor presidente, carecemos de recursos...

—Lo cual, por lo que veo, no impide que usted goce de buena salud y se acueste en buenos colchones, mientras estos desgraciados enfermos tienen que dormir por los suelos.

—Le prometo, señor presidente, que dentro de pocas semanas quedarán remediadas sus necesidades.

—Bueno, pero no dentro de pocas semanas, porque no tienen tiempo de esperar. Usted se acostará aquí en una estera y en el suelo esta misma noche y todas las que sigan, hasta que cada enfermo de éstos tenga un colchón y su avío decente.

Por supuesto que antes de terminar ese día, hubo camas y colchones para todos los enfermos, y el gobernador pudo dormir tranquilamente en su casa.

Había también un leprosería en el Ecuador, que estaba en pésimas condiciones. Un día, muy temprano, apareció de improviso García Moreno. Al mediodía comió con los enfermos y conversó largamente con ellos. Antes de irse, dejó una orden tajante: de inmediato debía mejorarse la alimentación. Así se hizo. Luego de unos meses, entró de nuevo, sin haberse anunciado, y comió nuevamente con los enfermos. Uno de ellos, de esos que nunca están satisfechos, se volvió a quejar delante

de los demás. Él, sonriendo, le contestó: «Amigo mío, sepa usted que yo no estoy tan bien alimentado y eso que soy el presidente de la república».

Pululaban también en el Ecuador niños abandonados y niños huérfanos. Ambos tenían casas propias. Él las tomó bajo su protección y las transformó totalmente de case-rones tristes que eran en lugares acogedores y festivos. El de los niños abandonados lo confió a las Hermanas de la Caridad. Luego esos niños se trasladaron a un buen edificio, cedido por un donante, que García Moreno se encargó de dotar y sostener. El de los huérfanos se lo encargó a las Hermanas de la Providencia. Tras su muerte, ambos establecimientos tuvieron que luchar a brazo partido para poder sobrevivir.

e. La atención de los indios

Una buena parte del territorio del Ecuador está cubierto de selvas vírgenes. En las márgenes del Napo, del Marañón, del Putumayo y de otros ríos, vivían más de 200.000 indios, entre los cuales se encontraban los temibles jíbaros, crueles y belicosos. Muchos de ellos mero-deaban por los poblados. En los tiempos del dominio español, la corona encargó a los jesuitas su cuidado, y ellos, de manera semejante a como lo hicieron entre los guaraníes, habían establecido reducciones, es decir, pueblos de indígenas, para que se agrupasen, no sólo en poblaciones, sino también en cristiandades. La expulsión de los padres de la Compañía tuvo en este sentido graves consecuencias. Llegada la independencia y el acceso al poder de los liberales, la despreocupación por los indios fue total, y éstos volvieron a su mundo salvaje original. Cuando García Moreno subió a la presidencia por segunda vez, retomó un proyecto ya iniciado en su primer mandato, publicando en 1870 el siguiente decreto, que suscitó, como no era para menos, la ira de los liberales:

«Siendo imposible organizar un gobierno civil entre los salvajes, e igualmente imposible la vida social sin autoridad, los Padres misioneros establecerán un gobernador en cada centro de población, invistiéndole del derecho de mantener el orden y administrar justicia... En cada centro habrá una escuela fundada a expensas del gobierno, a la cual tendrán obligación de concurrir todos los niños hasta la edad de doce años, y se les enseñará además de la doctrina cristiana la lengua española, la aritmética y la música».

El trabajo apostólico de los misioneros fue tan exitoso como en tiempos pasados. En dos años fundaron veinte aldeas con 10.000 cristianos. Se creó también una Escuela Normal de indios, en orden a formar maestros indígenas para que luego pudiesen educar a sus hermanos de raza.

Juntamente con la atención de los indios, se preocupó García Moreno por ayudar a los cristianos que vivían en zonas abandonadas, donde sólo de tiempo en tiempo aparecía algún sacerdote. El Presidente hizo lo que estaba a su alcance, tratando de acrecentar el número del clero, dándoles una renta suficiente, con la obligación de residencia. Logró asimismo del Papa, como lo señalamos anteriormente, la erección de nuevas diócesis en esas zonas desamparadas. Numerosos misioneros, sobre todo redentoristas, comenzaron a recorrer dichos parajes. También en las ciudades se predicaron misiones. García Moreno gozaba con ello, según lo deja entrever en carta a un amigo:

«El buen Dios nos bendice, y el país progresa verdaderamente, y la reforma de las costumbres se nota en todas partes gracias a los jesuitas, a los dominicos, a los observantes, a los redentoristas, a los carmelitas, etc., que ayudan, llenos de celo, a los sacerdotes del país. Es incalculable el número de los que, durante la cuaresma, han sido regenerados por la penitencia. Como en nuestra juventud se contaban los que cumplían los deberes religiosos, hoy contamos los

que rehúsan cumplirlos. Se diría verdaderamente que Dios nos lleva de la mano, como hace un tierno padre con un niño que principia a dar sus primeros pasos».

f. *Su vida interior*

No hubo dicotomía entre la vida pública del Presidente y su vida privada. De él se conserva un plan de reforma interior que trazó luego de hacer una tanda de Ejercicios Espirituales. Dividía en dos partes su programa. En la primera, que se refiere a su vida pública, se obligaba a no decidir nada sin pensarlo o sin hacerse asesorar convenientemente; a escribir todas las mañanas lo que había de realizar en el día; a hacerlo todo exclusivamente *ad maiorem Dei gloriam*, a la mayor gloria de Dios.

La segunda parte, que se refiere a su vida privada, nos muestra al hombre que busca la perfección, dejando traslucir sus luchas interiores, su sed de Dios, su temperamento místico. Se impone la obligación, en la oración de la mañana, de «pedir particularmente la humildad»; de trabajar de un modo útil y perseverante y de distribuir bien su tiempo; de contenerse pensando en Dios y en la Virgen; de no dejarse llevar por la cólera, siendo amable aun con los importunos; de hacer examen de su conducta antes de comer y de dormir; de poner actos de humildad y desearse toda clase de humillaciones, «procurando no merecerlas», y de alegrarse de que censuren sus actos y su persona; de oír misa, rezar el rosario y leer el Kempis diariamente; de conservar la presencia de Dios y de confesarse una vez por semana. Luego vienen dos propósitos.

Hará examen general de su vida cada noche, y examen particular dos veces al día, sobre la humildad, la modestia, la caridad y la paciencia. En las dudas y tentaciones se habrá como si estuviese en la hora de su muerte, preguntándose: «¿Qué pensaré de esto en mi agonía?». Tratará de mantenerse lo más conscientemente posible en la presencia de Dios, sobre todo al hablar, para refrenar la lengua. Evitará, con toda prudencia, las familiaridades. Leerá todas las noches, después del Kempis, «éstas y las otras instrucciones». No hablará de él como no sea para mostrar sus defectos o malas acciones. Levantará su corazón a Dios, ofreciéndole sus obras antes de emprezarlas. Se mortificará todos los días, menos los domingos, con cilicios y disciplinas.

Cuando leemos este programa de santificación advertimos enseguida el influjo que ejerció en él la espiritualidad de San Ignacio, a través de los Ejercicios. En el telón de fondo de sus propósitos late el espíritu de la meditación del *Reino*, de las *Dos Banderas* y de la tercera manera de humildad. Es allí donde encontró la solución a la aparente dualidad del hombre de mando y del católico sincero. A lo largo de su mandato seguiría haciendo todos los años los Ejercicios Espirituales. También, a veces, retiros de un día. En este caso hacía correr la voz de que se iba a otro lugar, no para disimular su propósito, ya que se había liberado por completo del respeto humano, sino para que no lo molestasen. Montaba entonces a caballo y se dirigía hacia Cotocollao, sitio próximo a la capital, donde tenía una quinta de descanso; luego, al anochecer, retornaba a Quito, dejaba el caballo en las afueras e iba al colegio de San Gabriel, donde se encerraba en un cuarto para meditar. Sólo tres personas tenían noticia de su estadía en el colegio, el Rector, el que lo dirigía en los Ejercicios, y un hermano coadjutor que le servía.

Veamos cómo fue cumpliendo el programa al que nos referimos más arriba. A veces se mostraba demasiado severo y tajante en sus conversaciones, principalmente

cuando se trataba de temas relacionados con la doctrina o la justicia. Es que estaba convencido de defender la verdad. Sobre todo lo irritaba el tener que alternar con personas de mentalidad liberal; en ocasiones, empleaba palabras duras para desenmascarar sus sofismas. En cambio, cuando se trataba de temas prudenciales, discutía con la mayor calma y aceptaba que lo contradijesen. «Me equivoqué –le decía a su adversario–; esta cuestión la conoce usted mejor que yo». Por otro lado, como todos los grandes hombres, sabía reconocer sus errores y se mostraba pronto a repararlos.

Se cuenta que en cierta ocasión estaba hablando con un arquitecto de un asunto urgente; de pronto entró un sacerdote e intentó interrumpirlo. García Moreno se sintió molesto, y más cuando vio que se trataba de un tema insignificante. «No merecía la pena de que usted se incomodara, ni de haberme incomodado por semejante pequeñez», le dijo despidiéndole. El sacerdote se retiró bastante contrariado, pero cuál no sería su sorpresa cuando al día siguiente vio que García Moreno iba a su casa para pedirle perdón por su conducta de la víspera.

Cuando estaba con un adversario era capaz de ser incisivo, hasta echar rayos y centellas, pero luego se volvía cordial, coloquial y hasta emotivo. Sus enemigos sólo se quedaron con su faz intransigente, cual si hubiera sido un intratable. Su epistolario, casi desconocido, nos lo muestra como un hombre apacible y bondadoso.

El ritmo de su vida puede parecer vertiginoso, pero en realidad era muy metódico, con un horario bastante estricto. Dedicaba un tiempo a su familia, a leer los diarios, a descansar lo que necesitaba, a fomentar la eutrapelia con amigos y contertulios. Se levantaba a las seis de la mañana, iba a la iglesia para oír misa, en que cumulgaba casi todos los días. De la iglesia se dirigía al hospital para hacer una visita a los pobres y enfermos. A las siete ya estaba trabajando. Suspendía sus labores a la diez para almorzar. Luego volvía a sus tareas hasta las tres de la tarde. Hacia las cuatro, comía, y después, hasta las seis, visitaba e inspeccionaba obras públicas. Dedicaba tres horas a su familia y amigos, así como a sus plegarias personales. A las nueve leía diarios, escribía cartas, hasta las once o doce, en que se acostaba. Afirma Gálvez que, al igual que otros hombres excepcionales y de temperamento análogo, como Felipe II o, entre nosotros, Juan Manuel de Rosas, estaba al tanto de todos los detalles de la administración.

El Kempis fue su libro de cabecera. Siempre lo llevaba consigo. Lo leía, lo releía, recurría a él en circunstancias puntuales, en la catedral, en su casa, o cuando en los viajes pernoctaba en algún mesón. A pesar de sus absorbentes ocupaciones, consagraba diariamente media hora a la oración mental. «Si los reyes hiciesen todos los días media hora de oración –decía Santa Teresa–, cuán presto se renovarían la faz de la tierra».

Cuando rezaba en las iglesias, se lo veía tan absorto en la oración, que a veces hablaba en voz alta, sin reparar en ello. Más de una vez se le oyó exclamar: «¡Señor, salva a Ecuador!». El secreto de su vida de estadista fue, como se lo había propuesto: «conservar siempre la presencia de Dios». Varias personas que entraron en su despacho nos cuentan que a veces lo encontraron arrodillado ante un crucifijo. Era conocida su devoción a la Cruz. Al ser sorprendido, se levantaba sonriendo, un poco ruborizado, y pedía disculpas por no haber advertido la presencia del visitante o del empleado.

Especial era su devoción a la Santísima Virgen, cuyo escapulario llevaba. Todas las noches, rodeado de su familia, así como de sus ayudantes y sirvientes, rezaba el rosario, al que agregaba una lectura piadosa, que solía comentar con unción y fervor. Había ingresado en la congregación mariana que los jesuitas dirigían en Quito. El grupo de los varones contaba con dos secciones, una para sus miembros más importantes y otra para la gente sencilla. Enteróse García Moreno de que en la primera había personas de mucha influencia pero que política-

mente no coincidían con él, y pensando que su presencia podría resultarles embarazosa, le pidió al padre encargado estar en el otro grupo. Al padre no le pareció del todo bien. Pero el Presidente insistió: «No, padre, mi puesto está en medio del pueblo». Y asistía puntualmente a las reuniones, como uno más, sin la menor singularidad.

Particular devoción mostraba por San José. Precisamente en aquellos años, Pío IX lo había proclamado patrono de la Iglesia universal, debiéndose celebrar su fiesta el 19 de marzo. Dicha designación no encontró el menor eco entre los reyes y presidentes de las naciones. En el Ecuador, en cambio, se le dio singular relevancia. Ese día fue declarado feriado nacional, celebrándose en todo el país con gran solemnidad. También veneraba de manera especial a la beata Mariana de Jesús, llamada la Azucena de Quito. Sufría al ver su culto poco honrado por la gente, y sus reliquias casi olvidadas en una iglesia. Durante su primera presidencia entregó una parte de su sueldo para embellecer el santuario que se le dedicó, donde luego serían trasladados sus despojos mortales. Más tarde dispuso que se le hiciera una urna magnífica para conservar dichos restos.

Pero lo que más valoraba García Moreno era la Sagrada Eucaristía. Así nos lo testimonia un profesor alemán, que lo había tratado de cerca, acompañándolo con frecuencia a esa finca donde iba algunas veces a descansar.

«Siempre me estaba edificando —escribe—, por su bondad, y su amabilidad encantadora, que sin embargo era grave, y sobre todo por su profunda piedad. Por la mañana, a la hora de la misa, iba a su capilla, preparaba por sí mismo los ornamentos y ayudaba la misa en presencia de su familia y de los habitantes del lugar. Si le hubieseis visto con su elevada estatura, sus facciones pronunciadas, sus cabellos blancos y su continente militar; si hubieseis podido leer como nosotros, en aquella fisonomía el temor de Dios, la fe viva, la piedad ardiente de que su corazón estaba henchido, comprenderíais el respeto que infundía a todos la presencia de este hombre del Señor».

En las procesiones de Corpus se lo veía con su uniforme de general en jefe y todas sus condecoraciones, tomando el guión y precediendo al palio. Un día, en que el calor era sofocante, le pidieron que se pusiera el sombrero para evitar una insolación, pero él declaró que delante de su Dios no se cubría. Le gustaba acompañar al Viático, cuando advertía que lo llevaban por las calles a algún enfermo de gravedad.

Destacóse también por sus obras de caridad. En Ecuador eran numerosos los pobres. García Moreno emprendió una lucha sin tregua contra las causas de la pobreza. Pero mientras tanto, trató de acudir concretamente en ayuda de las víctimas. Ya vimos cómo en Quito fundó casas de misericordia para los niños abandonados. En cuanto a las mujeres de mala vida, creó para ellas hogares especiales, a cargo de las Hijas del Buen Pastor, donde las monjas trataban de regenerarlas, bajo la protección de María Magdalena. Mejoró asimismo la situación de los que estaban presos por diversos delitos. Cada tanto se daba una vuelta por las cárceles para ver en qué estado se encontraban, y con la ayuda de capellanes fervorosos trataba de que tuviesen una función educativa. A los presos se les daba clases de religión, lectura y escritura, y en ocasiones era él mismo quien les tomaba examen. Se les impuso trabajos manuales, prometiéndoles la libertad si observaban buena conducta.

Bandidos y ladrones asolaban el país, especialmente en la zona montañosa, donde numerosas cuevas les servían de madrigueras. Incluso en las inmediaciones de Quito operaban bajo la conducción de jefes de banda, sabiéndose que actuaban con la complicidad de algunos policías. García Moreno eligió a uno de éstos últimos, en quien creyó poder confiar, para que le trajera preso al principal jefe de la banda, el más temido en aquella tierra. Logró hacerlo el policía, y el delincuente fue conducido ante García Moreno. Estaba cierto de que iba a ser condenado a muerte, pero cuál no sería su

sorpresa cuando vio que el Presidente lo acogía con benevolencia, invocando sus sentimientos de honor y de religión. La única pena que le impuso fue pasar todos los días una hora con un santo religioso que le designó, y de hacerle a él dos visitas, una por la mañana y otra por la tarde. El bandolero se transformó por completo. Entonces el Presidente puso la policía a su disposición, y le encargó que la condujese a sus antiguos compañeros del delito «para transformarlos —le dijo—, en hombres de bien, como tú». Pocos días después los malhechores fueron apresados y llevados a aquella cárcel donde se planeaba su regeneración. Para suplir la antigua y sórdida prisión, García Moreno hizo construir un nuevo edificio, terminado en 1875. Una vez inaugurado, se vio que era casi inútil porque no había delincuentes que encerrar. Sólo alojó unos cincuenta.

g. Las virtudes del gobernante

Muchas son las virtudes que caracterizaron a García Moreno y que resplandecieron tanto en el ámbito familiar como en el político. Fue proverbial el amor por su familia, donde este hombre tan severo volcaba toda su capacidad de ternura. Su dedicación al quehacer político jamás lo absorbió de tal manera que sofocase el deseo de estar entre los suyos. Con su mujer no tenía secretos, y ella compartía tanto sus éxitos como sus preocupaciones. Cuando Dios se llevó a su hija, sólo atinaba a llorar. «Qué débil que soy. ¡Y tan fuerte como me creía!».

La delicadeza paternal de su alma se concentró entonces en su hijo, de quien quería hacer otro hombre como él, y por eso lo educó, sin permisivismos, en el amor de Dios y de la Patria. Cuando lo presentó en el colegio de los Hermanos, le dijo al Director:

«Aquí está mi hijo; tiene seis años y lo que deseo es que hagáis de él un buen cristiano. La ciencia y la virtud harán de él un buen ciudadano. No tengáis consideración con él, os lo ruego; y si merece castigo, no miréis en él al hijo del presidente de la república, sino un escolar cualquiera a quien es preciso enderezar».

Amaba sin límites a su madre. Dios se la conservó hasta la edad de 94 años. Con ocasión de su muerte, recibió una carta del arzobispo de Toledo, que era primo suyo, donde le expresaba sus condolencias. En su respuesta García Moreno le decía:

«¡Cuántas veces en mi niñez me inculcaba con tanto celo que una sola cosa debía temer en este mundo, el pecado; y que sería feliz si por no cometerlo lo sacrificaba todo, sin exceptuar los bienes, el honor y la vida!».

Pero más allá de las virtudes que practicó en su vida familiar, queremos acá destacar sobre todo las que tienen relación con su manera de ejercer el gobierno. La primera de ellas es la *prudencia*, de la que dio relevante ejemplo. Es cierto que a veces se lo acusó de obrar con precipitación.

«A mí me llaman atolondrado y loco —respondía—, porque el pueblo, habituado a leer mil proyectos escritos, sin verlos jamás realizados, sólo ve en mis actos la presteza y rapidez de la ejecución, y no pone en cuenta la lentitud y madurez del consejo que precede a mis resoluciones. Yo pienso bien las cosas antes de hacerlas; mas una vez pensadas no doy tregua a la mano ni desisto hasta no haberlas cuanto antes concluido; este es mi atolondramiento y locura».

Descolló, asimismo, en otra virtud muy propia de un verdadero estadista, la de la *justicia*. García Moreno tenía muy en claro su misión primordial de «dar a cada cual lo que le corresponde». Precisamente una de sus máximas más frecuentes fue: «Libertad para todo y para todos, menos para el mal y los malhechores».

El primer derecho que encontró violado fue el de Jesucristo, como Rey de las sociedades. En vez de «dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios», el César revolucionario había usurpado los derechos de Dios en pro de lo que llamó «derechos del hombre». Este despojo ya había echado raíces en las naciones antiguamente

cristianas, y ahora se veía defendido por los gobiernos, sancionado en las constituciones de ambos mundos, y aceptado de manera generalizada por la opinión pública. García Moreno, convencido como estaba de que un jefe de Estado no debía someterse a la Revolución, enfrentó valerosamente dicha situación. Los liberales enarbolaban las leyes arbitrariamente escritas por ellos. Él les opondría las leyes escritas por Dios en el corazón de los hombres, en el Decálogo y en el Evangelio.

«Creía, con los filósofos de todos los tiempos y de todos los países –escribe el P. Berthe–, que las leyes eternas están por encima de las ficciones parlamentarias, que las constituciones son hechas para los pueblos y no los pueblos para las constituciones, por consiguiente, que si la ley constitucional pone a una nación en peligro de muerte, la salud del pueblo llega a ser la suprema ley. Cuando la legalidad basta, decía él con Donoso Cortés, la legalidad, cuando no basta para salvar a un pueblo, la dictadura». Por eso afirmaba: «Nadie creará jamás que para salvar la constitución, ese pedazo de papel que se rasga aquí cada cuatro años, estoy obligado a entregar la república a sus verdugos».

Sobre estas bases forjó con mano firme una Constitución católica, que puso término a la soberanía de los hombres, propugnada por la Revolución, supliéndola por una nueva y solemne ratificación de los derechos de Dios.

He ahí el primer y más trascendente acto de justicia: dar a Dios lo que es de Dios, dar a Cristo lo que es de Cristo. Al mal y el bien les otorgaría lo que a cada uno de ellos le corresponde, al bien el amor, al mal el odio. Amó el bien con entusiasmo, con pasión, y odió el mal «con vehemencia, con furor». Este hombre, «de talla colosal», era totalmente ajeno a todo tipo de «equilibrismo», que es una de las expresiones más abominables de la mediocridad. Su radicalismo no lo llevó a sacrificar ninguna libertad legítima, la de las familias y corporaciones, la de prensa y asociación, con tal de que respetasen la religión, la moral y el orden público. Pero en modo alguno juzgó que la libertad podía hacerse extensible a la impiedad, la inmoralidad y el espíritu revolucionario.

Si fue preciso devolver a Dios lo que a Él le pertenecía, el espíritu de justicia lo impelió a dar al pueblo lo que es suyo. El primer derecho del pueblo es a ser bien dirigido, a tener buenos gobernantes. García Moreno practicó con enorme equidad la justicia distributiva, eligiendo para las dignidades y los empleos según los méritos y aptitudes respectivos. Nada de acomodar a protectores o amigos. «El mal de este siglo –afirmaba– es no saber decir que no. Vosotros solicitáis este empleo como un favor, y yo os digo: el hombre es para el empleo y no el empleo para el hombre».

Volcóse asimismo, y sin vacilaciones, en favor de los débiles, sobre todo de los oprimidos por los poderosos. Cuando hacía reconocimientos por el interior del país, o se alojaba en alguna posada, a él acudían los pobres de la región en busca de equidad. Este hombre de Dios, como antaño San Luis bajo la encina de Vincennes, escuchaba sus quejas, y hacía justicia.

En cierta ocasión, un grupo de indios le contaron que un rico propietario, para acrecentar sus posesiones, se había apoderado de parcelas que les pertenecían. García Moreno llamó inmediatamente al acusado y tras verificar la realidad de los hechos, le ordenó devolver enseguida lo robado; además como ocupaba altos puestos, lo destituyó de sus cargos.

Otra vez, una pobre viuda le contó cómo un miserable estafador le había robado todo su peculio. Habiendo quedado en la miseria, y no teniendo cómo mantener a sus hijos, se había visto obligada a vender una pequeña propiedad, lo único que le quedaba. El que se la compró le dijo que le iba a pagar dentro de un mes, pero le exigió que enseguida le adelantase el recibo. Ella, que era una mujer sencilla

llega e ingenua, así lo hizo. Pasó un mes, y el comprador se negó a pagarle nada, aduciendo que ella ya había firmado dicho recibo y que por tanto nada le debía. Llorando, se dirigió a García Moreno, quien no ocultó su indignación. Legalmente nada podía hacer, porque los papeles estaban en favor del delincuente.

Entonces lo llamó, y le preguntó si era cierto que había comprado aquella propiedad. Él le dijo que sí. «Esta mujer tiene necesidad de dinero –le replicó el Presidente– y se lamenta de que la hagáis esperar demasiado la suma que le debéis». El ladrón le juró que ya le había pagado, y en prueba de ello le mostró el recibo correspondiente. Era lo que García Moreno estaba esperando: «Amigo mío –dijo fingiéndose sorprendido–, he hecho mal en sospechar de vuestra lealtad, y os debo una reparación. Hace mucho tiempo que ando buscando un hombre honrado de vuestra especie para un nuevo empleo que voy a crear: os nombro gobernador de Galápagos, y como no conviene que un gran dignatario viaje sin escolta, dos agentes os acompañarán a vuestro domicilio, donde haréis inmediatamente vuestros preparativos de viaje». Luego lo despidió, lanzándole una mirada severa. Las islas de los Galápagos eran unas rocas perdidas en medio del mar, donde sólo había víboras y bestias feroces. El delincuente, desesperado, hizo llamar a la viuda, le entregó su dinero, y le pidió de rodillas que obtuviese la revocación de la terrible sentencia. Así lo hizo la mujer. «Yo lo había nombrado gobernador –le contestó García Moreno a la señora–, mas ya que tiene tan poco apego a las dignidades, anuncie que admito su dimisión».

Anécdotas como ésta corrían de boca en boca por todo el país, suscitando la admiración general. Es claro que a los perversos y delincuentes tales actitudes no les caían en gracia. Sus enemigos, al ver con cuánta energía acosaba a los malhechores, lo tildaron de déspota, confundiendo despotismo con equidad. Es cierto que en algunas ocasiones, muy excepcionales por lo demás, no vaciló en fusilar. Por ejemplo a un grupo de jefes que se habían aliado con invasores extranjeros. «No tiene caridad», decían de él ciertos objetores «piadosos», a los que él respondía que más caridad había que tener con los inocentes que con los criminales, los cuales, si se los dejaba impunes, seguirían matando inocentes. A uno de aquéllos le dijo: «Usted se lamenta de la suerte de los verdugos; yo tengo compasión de la víctima».

Un caso tiene que ver con nosotros, los argentinos. Tras una batalla librada en la ciudad de Guayaquil, en la que García Moreno salió vencedor, el Presidente ordenó el encarcelamiento del abogado argentino Santiago Viola, acusado de ser agente de enlace entre el famoso Urbina y sus cómplices en la ciudad. Cuando Viola estaba en Buenos Aires, había pertenecido a la Asociación de Mayo, cuyos miembros eran al principio partidarios de Rosas, pero luego se volvieron sus adversarios más enconados. Temiendo la reacción de don Juan Manuel, Viola huyó a Montevideo, y luego a Guayaquil, donde adquirió gran predicamento social. Pronto se mostró enemigo furioso de García Moreno. Quizás su estilo de gobernar le traería al recuerdo la figura para él execrable del dictador argentino. Apenas arrestado, compareció ante García Moreno. «Doctor Viola –le preguntó el Presidente–, ¿sabe usted la pena que merece un traidor?». «La muerte», contestó Viola. García Moreno le mostró las pruebas de su traición: «Doctor Viola, ya que la traición es patente y que, a su propio juicio, la muerte es el castigo de la traición, prepárese usted a ella. Será usted fusilado a las cinco de la tarde». Todo Guayaquil pidió por Viola, incluidos los diplomáticos; el propio Obispo le sugirió que dicha ejecución era contraria a la Constitución. García Moreno respondió que cuando el país se encontraba en juego, la salvación de la Patria estaba por encima de la misma Constitución. Llegó la hora. Viola rechazó al sacerdote y fue ejecutado. Rosas había dicho: «Crimen sin castigo, calamidad». Y García Moreno: «Hay algo peor que un crimen, y es un crimen impune».

No significa esto que fuese frío, o cruel, como si se gozara en el dolor ajeno. Baste un ejemplo para probarlo. Un día cayó en sus manos el general Maldonado, que era el más peligroso cabecilla de una grave sedición que ponía en peligro la estabilidad del país. Para colmo, dicho jefe había reincidido en conjurar contra el Gobierno. García Moreno lo fue a ver en el calabozo. «No cuenta usted ya, general, con jueces prevaricadores, que se

burlan de la justicia absolviendo a los mayores criminales. Le dije a usted que si volvía a conspirar sería fusilado en la plaza. Prepárese usted a comparecer delante de Dios, pues mañana, a estas horas, habrá dejado de existir».

El Presidente pasó esa noche angustiado, rezando y dudando. Por un lado se inclinaba a rever su decisión, y por otro a ser inflexible, para salvar a la Patria. Corrió la voz en toda la ciudad, e intercedieron en favor de Maldonado los amigos del general, y hasta los propios parientes de García Moreno. Incluso el Arzobispo se unió a los suplicantes. A este último el Presidente le contestó: «Si usted me asegura que incurro en pecado venial por esta sentencia de muerte, perdono a Maldonado, aun exponiendo la paz de la república». El prelado no se animó a hacerlo, con lo que García Moreno quedó plenamente tranquilo en su conciencia.

Como el pueblo comenzaba a removerse, el jefe de la prisión envió un ayudante a García Moreno, con el encargo de preguntarle si no se podría reconsiderar la medida. Éste le respondió: «Dígale al coronel que si a las cinco de la tarde no oigo disparos, él será fusilado». A las cinco en punto, García Moreno oyó la descarga. Había conmoción en el gentío, tanto que los amigos del Presidente le recomendaron que no saliese del palacio, como pensaba hacerlo para inspeccionar los trabajos de reparación de una calle. Pero él se negó. No tenía por qué ocultarse. Al contrario, debía terminar su obra demostrando que sólo lo había guiado la justicia y tenía la conciencia en paz. Por eso había dispuesto que la ejecución fuese espectacular, en pleno día y en la plaza principal de Quito. ¿Por qué iba a temer ahora, si había obrado de acuerdo a justicia? De ahí que quiso salir a la calle, solo, sin guardaespaldas.

Ese mismo día hizo pública una proclama: El gobierno tiene que optar, afirmaba en ella, «o deja que el orden y vuestros más caros intereses, junto con la Constitución y las leyes, sean devorados por la audacia de los traidores y sepultados en la anarquía; o asume la grave y gloriosa responsabilidad de reprimirlos por medios severos pero justos, terribles pero necesarios; e indigno sería yo de la confianza con que me honráis si vacilase un momento en hacerme responsable de la salvación de la Patria». Y terminaba: «En adelante, a los que corrompe el oro los reprimirá el plomo; al crimen seguirá el castigo; a los peligros que hoy corre el orden, sucederá la calma que tanto deseáis; y si para conseguirlo es necesario sacrificar mi vida, pronto estoy a inmolarme por vuestro reposo y vuestra felicidad».

Otra virtud en la que resplandeció como estadista fue la *fortaleza*. Ya hemos conocido algunas manifestaciones de dicha virtud. Jamás hizo concesión alguna al respeto humano. Fue el hombre menos hipócrita del mundo. Y el político menos maquiavélico. Todo en él era auténtico y coherente, lo que pensaba, lo que decía y lo que hacía. Como lo expresó en su Mensaje de 1873:

«Pues que tenemos la dicha de ser católicos, seámoslo lógica y abiertamente, seámoslo en nuestra vida privada y en nuestra existencia pública y confirmemos la verdad de nuestros sentimientos y de nuestras palabras con el testimonio público de nuestras obras». Este deber le parecía especialmente imperativo en aquellos días, «de guerra espantosa y universal que se hace a nuestra Religión sacrosanta, ahora que todo se liga, que todo conspira contra Dios y su Ungido».

La neutralidad o el desinterés en dicho combate hubiera constituido a sus ojos un acto de imperdonable cobardía. Se necesitaba fortaleza de espíritu para hacer suyo el ideal del Estado católico explícitamente sustentado por la Iglesia. Dicho ideal chocaba, ante todo, con la pública oposición de los adversarios del cristianismo, tanto de los llamados «radicales», que querían hacer desaparecer a la Iglesia, para librarse de sus reivindicaciones, como

de los «liberales», que consentían en dejarla vivir, pero encerrada en las sacristías.

En segundo lugar chocaba con la displicencia de muchos católicos que consideraban buena la separación de la Iglesia y del Estado. Eran los católicos liberales, que si bien aceptaban especulativamente la tesis de la unión de ambas sociedades, enseguida agregaban que en la hipótesis que planteaba el mundo moderno, más adherido a la declaración de los derechos del hombre que a los preceptos del Decálogo y del Evangelio, no podía existir un Estado confesadamente católico, sin provocar con ello la guerra civil. El liberalismo resultaba inaceptable, decían, pero al fin y al cabo no era sino un mal menor, para evitar otro más grave.

García Moreno respondía que aceptar como principio la separación de la Iglesia y del Estado implicaba negar el derecho de Jesucristo sobre las naciones, y que reconocer la tesis y luego declararla imposible de aplicar, era como aceptar los mandamientos en principio, pero agregar enseguida que son inaplicables porque si se los cumpliera se haría violencia a nuestra naturaleza caída. A lo cual añadía que así como la fe sin obras es incapaz de alcanzarnos la salvación, la doctrina social de la Iglesia no salvará al mundo del caos si ni siquiera se intenta traducirla en los hechos.

Oponerse a tantos enemigos, de afuera y de adentro, requería una elevada cuota de fortaleza y de paciencia. Comentando el aluvión de ataques, denuestos y calumnias de que era objeto, les decía a sus amigos:

«Mirad, la injuria es mi sueldo. Si mis enemigos me atacaran por algún crimen que yo hubiera cometido, pediríales perdón, y trataría de enmendarme; pero se conjuran contra mí, porque amo de veras a mi Patria, porque trato de salvar el tesoro más preciado, la fe; porque soy y me nuestro sumiso hijo de la Iglesia...»

El criterio que lo guiaba lo manifestó así ante el Congreso: «El Ecuador es un pueblo profundamente religioso: yo nunca puedo representarle como lo merece, sin conservar, sostener y defender hasta el último trance nuestra verdadera y divina religión. Mas aunque la fe es acendrada, mucho temo que el pueblo se halle herido de la enfermedad endémica del siglo, la debilidad de carácter; mucho me temo que una persecución violenta, no halle entre nosotros muchos mártires. Es indispensable levantar de algún modo el espíritu de los ecuatorianos». García Moreno buscaba infundir fortaleza a un pueblo debilitado por las logias y el liberalismo.

Por defender sus ideas, a veces tuvo desencuentros con las mismas autoridades eclesiásticas, especialmente cuando juzgaba que algún obispo no cumplía adecuadamente su deber. En cierta ocasión se dirigió a la Curia, por medio de su canciller, para exponerle al Arzobispo su extrañeza al ver que en las iglesias no se había rezado el Viernes Santo, entre las plegarias que anteceden a la adoración de la santa cruz, la oración por el Jefe de Estado, preguntando si sucedería lo mismo los próximos años. El Arzobispo consultó al Nuncio, quien le respondió que desde la caída del Imperio ya no había oración especial con esa intención. El Presidente resolvió entonces no asistir a las próximas ceremonias, y así lo hizo saber a la Curia. Pocos meses después, el Nuncio le comunicó que el Papa le había concedido el privilegio de que el Viernes Santo se dijese dos oraciones: una por el Presidente, y otra por la República.

El paso que dio el jefe de Estado no fue movido por el orgullo o la vanidad sino por el deseo de acrecentar su autoridad moral y por creer seriamente en la necesidad de una especial protección divina. A algunos les podrá llamar la atención estos encontronazos con autoridades eclesiásticas. En el fondo no eran sino la consecuencia de su adhesión profunda a la Iglesia, a la que quería pura y santa. Su actitud nos recuerda el modo de proceder de

Leon Bloy, quien por amor a la Iglesia atacó con tanta vehemencia a sacerdotes que faltaban a su deber o que transigían con el espíritu de la época.

Se le ha echado en cara cierto autoritarismo en su conducción política. Es que las circunstancias lo obligaron a ello. Si hubiera entrado en trato con los grupos revolucionarios, hubiese sido en detrimento de la restauración del país. La experiencia del comportamiento de Luis XVI lo confirmaba en su conducta. Se ha dicho también que menospreciaba la opinión. Lo cierto es que antes de obrar se ponía en la presencia de Dios y no de la opinión pública. Estaba convencido de que el Gobierno no debía seguir la opinión sino encauzarla. Este obstinarse en ser fiel a los dictámenes de su conciencia, al plan de Dios y a la doctrina de la Iglesia, a pesar de las exigencias perentorias de la Revolución y los ejemplos dados por todos los gobiernos de su época, revela una actitud de heroica fortaleza. Nunca pecó contra la luz. Cuando entendía lo que debía hacer, se mostraba inamovible, cosa que impresionaba grandemente a todos, especialmente a sus adversarios. Un contemporáneo decía ver en él «la mirada fría e implacable de acero pavonado, de los retratos de Felipe II».

El acto supremo de fortaleza es el martirio. García Moreno no podía sino aspirar a él. Sobre todo en los postreros años de su vida surgió desde lo más hondo de su ser un anhelo incoercible de sufrir y morir por Cristo.

Claramente lo manifestó al asumir el mando por segunda vez, cuando refiriéndose al juramento que acababa de pronunciar, dijo con energía: «¡Feliz yo si logro sellarlo con mi sangre, en defensa de nuestro augusto símbolo, religión y patria». Cinco años después, en carta a un sacerdote, le ruega que le alcance de Dios fuerzas para regocijarse de tener que sufrir «en unión con Nuestro Señor». Considera «una verdadera felicidad» el soportar insultos, ya que ello lo hacía entrar en comunión con los jesuitas perseguidos, los buenos obispos y el Papa. Recordemos cómo, en 1873, le pide al Santo Padre alcanzarle de Dios «que le conceda morir en defensa de la fe y de la Iglesia».

García Moreno tenía la certeza de que su muerte había sido ya resuelta por sus enemigos, pero eso no le atemorizaba. Sabía que entre esos enemigos se encontraba la Masonería, que lo consideraba como el hombre de lo sobrenatural, el hombre de Cristo. Por eso no le disgustaba la perspectiva de su muerte. Poco antes de caer bajo el puñal homicida, le escribió a un amigo íntimo que estaba en Europa:

«Voy a ser asesinado. Soy dichoso de morir por la santa Fe. Nos veremos en el Cielo». Días atrás, en carta a Pío IX le hacía saber que las logias de los países vecinos, instigadas por las de Alemania, procuraban «sigilosamente» hacerlo desaparecer. Por eso, le dice, «necesito más que nunca de la protección divina para vivir y morir en defensa de nuestra Religión santa y de esta pequeña República». Y agrega: «¡Qué fortuna para mí, Santísimo Padre, la de ser aborrecido y calumniado por causa de nuestro Divino Redentor! ¡Y qué felicidad tan inmensa sería para mí, si vuestra bendición me alcanzara del Cielo el derramar mi sangre por el que, siendo Dios, quiso derramar la suya en la Cruz, por nosotros!».

El deseo de dar la vida por Cristo fue, sin duda, el principal efecto de la honda devoción que sentía por la Cruz, lugar del martirio del Señor. Sabía muy bien que su obra le había acarreado el odio de los enemigos de Cristo. Pero sabía también, y ello lo llenaba de consuelo, que al morir por la Iglesia y por Cristo, completaría en su carne lo que falta a aquella pasión, ganando muchas almas para Dios en Hispanoamérica y en el mundo.

Por aquellos días se realizó en Quito una misión predicada por los padres redentoristas. A su término, García Moreno iba a dar ante los ecuatorianos y ante el mundo entero, un testimonio magnífico de su amor a la Cruz. Diríase un acontecimiento tomado de la Edad Media, cuyo

protagonista podría haber sido San Luis de Francia, San Fernando de Castilla o Godofredo de Bouillon. Estamos en Quito, en su plaza mayor, con sus viejas casonas coloniales y su magnífica Catedral. La iglesia desborda de concurrencia. Allí se encuentra el Presidente y sus ministros, pero también numerosos nobles, estudiantes, obreros e indios, todos unidos por la fe común. Como recuerdo de la misión, los padres habían regalado a la ciudad una enorme cruz, de seis metros de largo, tomada en bloque y sin cortes de un solo árbol, que sería llevada en procesión por las calles de la ciudad, para quedar finalmente emplazada en la Catedral. Uno de los misioneros pronunció ante los presentes una alocución. Luego de recordar que la redención nos vino por la cruz, prosiguió diciendo que ahora, al recorrer procesionalmente con ella las calles de Quito, se estaba significando el triunfo de Cristo Redentor.

Siglos atrás, agregó, el emperador Heraclio había cargado sobre sus espaldas la cruz del Calvario, aquella misma cruz sobre la que murió Cristo y que, tras haber sido capturada por los persas, acababa de ser devuelta al Imperio cristiano. Tras el sermón, comenzó el acto procesional. Ahí estaba la inmensa cruz, que aguardaba ser cargada por los fieles. De pronto, sucedió lo inesperado. El Presidente de la república se acerca a ella, la carga sobre sus hombros, y comienza a caminar lentamente, seguido del pueblo, que observaba estupefacto. Luego de haber recorrido un buen tramo, estaba sudoroso y parecía sumamente cansado. Entonces, a semejanza de los que sucedió en el Vía Crucis, una mujer se le acercó y le ofreció de beber. Un año más tarde, cuando cayese bajo los puñales y las balas, todos acabarían por comprender el símbolo de lo que estuvieron presenciando.

García Moreno se destacó asimismo por la virtud de la *humildad*. Su rango presidencial no le impidió visitar frecuentemente a los enfermos y a los encarcelados, ni pedir perdón cuando creía haber molestado a alguien. Este hombre, a quien sus enemigos lo consideraban como una persona llena de orgullo y de ambición, jamás buscó el poder por dar pábulo a un anhelo de autopromoción. No admitió la primera presidencia sino contra su voluntad, y en la segunda fue necesario obligarlo para que la aceptase. Nunca le interesó la popularidad, ni el aplauso de la multitud, ni el caer simpático al pueblo o mostrarse condescendiente con él. Por haber estado tan lejos de toda especie de populismo, los agravios se multiplicaron. A un religioso que confidencialmente le relataba cuánto sufría de parte de sus enemigos, le consoló diciéndole:

«Compadezco vuestras penas; pero habéis tenido magnífica ocasión de atesorar para la eternidad. Los golpes que os han dado os parecerían menos duros, si los comparaseis con los que yo estoy recibiendo todos los días. Haced como yo, poned los ultrajes al pie de la cruz, y pedid a Dios que perdona a los culpables. Pedidle que me dé bastante fuerza, no sólo para hacer el bien a los que derraman sobre mí de palabra y por escrito los torrentes de odio que guardan en su corazón; sino para regocijarme ante Dios de tener que sufrir algo en unión con Nuestro Señor».

Cuando se encontraba frente a un sacerdote, su humildad tomaba la forma de la reverencia. En cierta ocasión, un padre capuchino, que estaba de paso por Quito, fue a visitarle; al verlo, se sacó el sombrero. «Cúbrase, por amor de Dios, padre», le dijo, mientras él se descubría. El padre replicó: «No puedo cubrirme ante el presidente de la república». A lo que García Moreno contestó: «Padre, ¿qué es un jefe de Estado ante un ministro de Dios?». A otro sacerdote le había pedido que lo confesara cada semana. Éste, para ahorrarle un cuarto de hora de camino, le ofreció ir él a la Casa de Gobierno. «Perdóname, padre, el pecador es el que tiene que ir a buscar al

juez, que el juez no va a ir buscando al pecador».

Su humildad quedaba también de manifiesto cuando les pedía por escrito a algunos sacerdotes de su confianza que le hiciesen conocer los errores en que como gobernante había incurrido. Pero la más bella forma de humildad cristiana fue su modo de aceptar las injurias, no sólo con resignación sino llegando a experimentar júbilo.

En cierta ocasión dijo: «No puedo evitar la inevitable alegría de que me siento poseído al verme calumniado e injuriado sin tregua por los enemigos de la Iglesia... Si ellos aborrecen en mí la fidelidad a mi Dios, les agradezco y me esforzaré en merecer sus odios; la injuria es mi salario». Con cuánta verdad pudo hacer suya la expresión de San Pablo: «Sobrebundando de gozo en mis tribulaciones».

3. La realce social de Jesucristo

García Moreno había entendido perfectamente la diversidad que se escondía en el ideario de 1789 y su radical incompatibilidad con la doctrina católica. Había entendido que en la historia de su tiempo se seguía concretando el enfrentamiento teológico de las Dos Ciudades de San Agustín o de las Dos Banderas de San Ignacio. De ahí que consideraba su quehacer político como una forma, y cuán elevada, de combate y de apostolado. Escribe el P. Berthe que su celo era tan intenso que si hubiera sido sacerdote habría sido un San Francisco Javier. Como Jefe de Estado quiso al menos abrir caminos a la Iglesia, a sus sacerdotes y misioneros, derribando los obstáculos que la Revolución había acumulado. De tal manera lo devoraba este fuego de caridad, que no podía ocultarlo ni aun cuando estaba de viaje, recorriendo los caminos de su Patria.

«Cuando el presidente venía en medio de nosotros para vivir como simple particular –contaban aquellos pobres labradores–, no nos perdonaba ni el castigo, ni la corrección; pero era un verdadero santo; nos daba grandes jornales y magníficas recompensas; nos enseñaba la doctrina cristiana, rezaba el rosario, nos explicaba el evangelio, nos hacía oír misa, y a todos nos preparaba para la confesión y comunión. La paz y la abundancia reinaban en nuestras casas; porque sólo con la presencia de tan excelente caballero, se ahuyentaban todos los vicios».

La humildad a que arriba nos referimos hacía que cuando hablaba de sus actos de gobierno, por ejemplo ante los miembros del Congreso, trataba de disminuir sus méritos para que todo fuese ordenado a Dios. «Entro en estos detalles –dijo en cierta ocasión– no para gloria nuestra sino de Aquel a quien todo lo debemos, y a quien adoramos como a nuestro Redentor y nuestro Padre, nuestro protector y nuestro Dios». Dios era para él un ser vivo, no aquel «Ser supremo» o aquella «Providencia» genérica, tan frecuente en los discursos de gobernantes secularizados. Concretaba así el lema ignaciano: *Omnia ad maiorem Dei gloriam*, todo a la mayor gloria de Dios. De ahí que no pudiera disimular su gozo cuando se enteraba de que el cristianismo hacía progresos en su Patria. También cuando prosperaba en el extranjero, ya que su corazón era católico, es decir, universal.

«¡Gloria a Dios y a la Iglesia –escribió en 1874– por las numerosas conversiones que se operan entre los disidentes, especialmente las del Marqués de Ripón, de lord Grey y de su Majestad la reina madre de Baviera! Es indudable que estos grandes ejemplos tengan influencia decisiva en la conversión de todos los protestantes de recto corazón».

Cierta vez le reprocharon el haber puesto el Estado a los pies de la Iglesia. Él respondió:

«Este país es incontestablemente el reino de Dios; le pertenece en propiedad y no ha hecho otra cosa que confiarlo a mi solicitud. Debo, pues, hacer todos los esfuerzos imaginables para que impere en este reino; para que mis mandatos estén subordinados a los suyos, para que mis leyes hagan respetar su ley». No era sino la

aplicación de aquellas dos súplicas de la oración dominical: «Venga a nosotros tu reino» y «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo»

a. En defensa de Pío IX

Como bien escribe el P. Berthe, García Moreno pareciera haber nacido para luchar contra los principios de la Revolución francesa, que tanto se habían propagado por todas las naciones cristianas. De algún modo logró vencerlos en su Patria, volviendo a sentar en el trono del Estado a nuestro Señor Jesucristo. En Ecuador había sucedido lo que en otros países hispanoamericanos, o al menos en algunos de sus grupos dirigentes, esto es, que al emanciparse de España habían pretendido emanciparse también de los principios católicos que España nos había traído, tendiendo la mano a los revolucionarios de ultramar. En nuestra Argentina esos grupos estuvieron representados por personajes como Moreno, Monteagudo y Rivadavia. El gran papa Pío IX, hoy beatificado por Juan Pablo II, había salido valientemente al encuentro de la Revolución Anticristiana. García Moreno, como gobernante de un país cristiano, era un cultivador de la obediencia. Ante todo de la obediencia a Dios, entendiendo que las leyes divinas están por encima de las leyes humanas, pero también de la obediencia al Santo Padre, por quien sentía un cariño realmente filial.

Pues bien, fue precisamente este Papa quien en 1864 promulgó el *Syllabus*, donde denunciaba la perniciosidad del naturalismo, el racionalismo y el liberalismo dominantes. En una de sus cláusulas decía que al Sumo Pontífice no le era lícito reconciliarse y transigir con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna, es decir, con los principios de la Revolución. El liberalismo, que se podría definir como la aplicación del naturalismo en el campo de la política, es uno de los errores más difíciles de erradicar.

Cuando a un liberal se le dice que un gobierno, si quiere ser tal, no puede mantenerse como el fiel de la balanza, equidistante del bien y del mal, enseguida responde que su interlocutor es un extremista. Si se le dice que como la naturaleza humana está herida por el pecado, la verdad necesita protección para no ser aplastada por el error, contesta que ello es innecesario, ya que la verdad triunfa naturalmente del error, sin requerir ningún apoyo de afuera; Dios no precisa que lo defiendan, Él se defiende a sí mismo. Si un documento como el *Syllabus* anatematiza sus errores, trata al Papa de retrógrado. El único dogma superviviente es el de la democracia liberal, aunque la experiencia muestre los desastres a que ha llevado.

Estas ideas se iban extendiendo por todos los pueblos que durante el medioevo habían integrado el bloque de la Cristiandad. A dicha expansión del mal coadyuvaban los acontecimientos políticos que tenían a Italia por epicentro. Allí los garibaldinos y los carbonarios, como se autodenominaban los masones de aquella península, habían tomado por asalto la ciudad de Roma, donde residía el Papa, el 20 de septiembre de 1870. Al Sumo Pontífice lo defendieron varias compañías de soldados, algunos voluntarios austríacos, un grupo de franceses y de españoles tradicionalistas. Oficialmente Francia había colaborado en aquel despojo, retirando sus tropas en momentos decisivos.

Al año siguiente, quizás como castigo de Dios a una nación que había sido la primera que abrazó la fe católica, y que ahora daba una nueva muestra de su secular apostasía, un comité revolucionario llamado la *Commune*, se apoderó de París, llenando de sangre sus calles. Refirién-

dose a ello, exclamaba García Moreno: «¡Qué desgracia que esta Francia cuyo glorioso pasado tanto amo, sea gobernada por bandidos! Conducida por un hombre de energía, pronto volvería a tomar su puesto de hija primogénita de la Iglesia». Sólo el Imperio austrohúngaro, el único poder europeo que no era liberal y que dominaba el noreste de Italia, apoyó al Papa en dicha coyuntura.

Un estadista católico de la talla de García Moreno no podía permanecer indiferente en aquellas circunstancias. Al mejor estilo caballeresco, sin atender a la poquedad de sus fuerzas y despreciando todo respeto humano, sacó la cara en favor del Papa ultrajado, proclamando el derecho de gentes, reclamando justicia, y reprochando su cobardía a reyes y potencias de gran ascendiente. Aquella voz, humilde pero majestuosa, resonó en las altas cancillerías, llenando de vergüenza a los buenos católicos europeos. Empezó la ofensiva enviando a través de su ministro de relaciones exteriores, por vía diplomática, una nota de enérgica protesta al ministro de Víctor Manuel II, el rey usurpador. Entre otras cosas allí le decía:

«Atacada la existencia del catolicismo en el Representante de la unidad católica... a quien se le ha privado de su dominio temporal, única y necesaria garantía de libertad e independencia en el ejercicio de su misión divina, es innegable que todo católico, y con mayor razón todo gobierno que rige a una porción considerable de católicos, tiene no sólo el derecho, sino el deber de protestar contra aquel odioso y sacrílego atentado, y, sin embargo, el gobierno del infrascripto aguardó en vano que se hiciera oír la protesta autorizada de los Estados poderosos de Europa contra la injusta y violenta ocupación de Roma, o que Su Majestad el rey Víctor Manuel, rindiendo espontáneo homenaje a la justicia y al sagrado carácter del inerte y anciano Pontífice, retrocediera en el camino de la usurpación y devolviera a la Santa Sede el territorio que acaba de arrebatarle.

«Pero no habiéndose oído hasta hoy la voz de ninguna de las potencias del antiguo continente, y siguiendo oprimida Roma por las tropas de Su Alteza el rey Víctor Manuel, el gobierno del Ecuador, a pesar de su debilidad y de la distancia... cumple con el deber de protestar, como protesta, ante Dios y el mundo, en nombre de la justicia ultrajada, y, sobre todo, en nombre del católico pueblo ecuatoriano... de ese indigno abuso de la fuerza en perjuicio de Su Santidad y de la Iglesia Católica... El rey Víctor Manuel repare noblemente el efecto deplorable de una ceguera pasajera, antes de que el trono de sus ilustres antepasados sea tal vez reducido a cenizas por el fuego vengador de la Revolución Francesa...».

Al mismo tiempo envió, también por conducto diplomático, copia de aquel documento a todos los gobiernos hispanoamericanos, con una carta adjunta donde les exhortaba a reprobación públicamente la violenta ocupación de Roma. «Una violación tan completa de la justicia contra el Augusto Jefe de la Iglesia católica no puede ser mirada con indiferencia por los gobiernos de la América libre, y ya que el antiguo mundo ha encontrado sólo el silencio de los reyes, es natural que en el nuevo halle la esperada reprobación de los gobiernos que lo representan». No encontró eco alguno el Don Quijote moderno. En carta a un amigo le confesaba:

«Colombia me ha dado respuesta negativa, en términos moderados. Costa Rica una respuesta igualmente negativa, pero en términos insolentes. Bolivia me ha hecho decir con mucha cortesía que tomaba mi protesta en gran consideración. En cuanto a Chile, el Perú y los otros Estados, no se han dignado siquiera enviarme una nota de recibo. Empero ¿qué importa eso? Dios no tiene necesidad de nosotros, ni de nada para cumplir sus promesas, y Él las cumplirá, a despecho del infierno y de sus satélites los francmasones, que por medio de sus gobernantes, son más o menos dueños de toda América, a excepción de nuestra patria».

Si la abstención de los estamentos políticos fue tal, las minorías católicas de muchos países, que no se habían dejado contaminar por el liberalismo, se enardecieron ante el testimonio martirial del gran ecuatoriano. Un columnista del diario español *La Cruz*, escribía:

«El antiguo mundo, este mundo, envilecido con los envilecimientos más asquerosos; este mundo que tiene monarcas que ni reinan ni gobiernan... este mundo antiguo, donde han desaparecido todas las virtudes y donde sólo imperan los malvados... se han hecho cómplices en la revolución... y hasta complacientes, han visto los gobiernos liberales este triunfo del mal, sin que uno solo haya enviado una palabra de consuelo a la gran víctima del Vaticano... Pero hay al otro lado de los mares una región donde se conserva la lengua y la fe de la antigua España; una región donde el catolicismo es la base del gobierno, de sus leyes... una nación que no está contaminada con el virus del liberalismo... pues bien, esa nación es la única que ha escuchado la voz del gran Pío IX, esa nación es la única que ha levantado heroica, solemne y enérgica protesta contra la iniquidad...»

Acentos semejantes encontramos en aquel grupo de apologistas católicos franceses, tan queridos por García Moreno, que giraban en torno al periódico *L'Univers*.

Algunos patriotas quiteños entregaron un documento al Nuncio: «Si nosotros nada podemos hacer contra ese funesto atentado, al menos lo reprobamos y condenamos con nuestro corazón, y rogamos al Ser Supremo, al Dios de las naciones y de los ejércitos, que abrevie este tiempo de prueba y de tribulación, y devuelva la independencia y libertad al Jefe de la Iglesia».

El Papa quedó profundamente emocionado al conocer la actitud de García Moreno. Cuando llegó a sus manos la declaración oficial exclamó: «¡Ah! Si éste fuese un rey poderoso no le hubiera faltado al Papa todo el apoyo del mundo». El 21 de marzo de 1871 le envió una carta de elogiosa gratitud, junto con la máxima condecoración vaticana, la gran cruz de la Orden de Pío IX. En la carta le decía:

«A los numerosos y magníficos testimonios de piadosa adhesión que nos habéis dado en el cumplimiento de los deberes de vuestro cargo, habéis añadido una prueba espléndida de fidelidad a la Santa Sede y a nuestra humilde persona... En un tiempo desastroso para la santa Iglesia, no habéis temido condenar públicamente con aplauso de todos los corazones honrados, la usurpación de nuestro poder temporal que hombres ingratos y pérfidos acaban de perpetrar».

Ante todos los diputados reunidos en el recinto del Congreso, García Moreno explicó así su actitud:

«Si el último de los ecuatorianos hubiese sido vejado en su persona o en sus bienes por el más poderoso de los gobiernos, habríamos protestado altamente contra ese abuso de fuerza, como el único medio que le queda a los Estados pequeños para no autorizar la injusticia, con la humillante complicidad del silencio. No podía, pues, callar cuando la usurpación del dominio temporal de la Santa Sede y la consiguiente destrucción de la libertad e independencia en el ejercicio de su misión divina, habían violado el derecho, no de uno, sino de todos los ecuatorianos, y el derecho más elevado y más precioso, el derecho de su conciencia y de su fe religiosa».

A las palabras, siguieron las acciones. Enterado García Moreno de que los católicos del mundo habían instituido la *Obra del óbolo de San Pedro* para paliar la pobreza, casi mendicante, en que había quedado el Papa, ofreció la colaboración del Estado. Enseguida sus enemigos lo acusaron de «despilfarrador». Eran los Judas de siempre. Para el Presidente no era sino la manera de expresar la gratitud de la nación por tanto como había recibido de la Iglesia a lo largo de los siglos. El Congreso le dio todo su apoyo, y corroboró sus intenciones. Entonces García Moreno hizo llegar al Papa, por medio de uno de los ministros de su Gobierno, la suma de 10.000 pesos, «mezquina ofrenda de nuestra pequeña república», le dijo éste al Nuncio, quien respondió:

«Permitidme, señor ministro, que os exprese el homenaje de la admiración que nos domina, y os ruego al mismo tiempo que os dejéis de hablar de la pequeñez de la república, porque no son pequeños los Estados que saben elevarse a tanta altura».

Pío IX le escribió enseguida, aprovechando la ocasión para alabar una vez más su gestión de gobierno, su habilidad para restablecer en tan poco tiempo la paz social, el pago de una notable parte de la deuda pública, la duplica-

ción de las rentas, la reforma de las instituciones... Todo ello, le decía, no es sino una prueba de la intervención divina. García Moreno quedó conmovido:

«No soy capaz de expresar a Su Santidad la profunda impresión de gratitud que me causó la lectura de su paternal y afectuosa carta. La aprobación que Vuestra Santidad se digna dar a mis pobres esfuerzos, es para mí la recompensa más grande que puedo recibir en la tierra, y por mucho que ellos valieren, ella sería ciertamente superior a cuanto yo pudiera merecer. Pero en justicia tengo que confesar que todo lo debemos a Dios, no sólo la creciente prosperidad de esta pequeña república, sino todos los medios que empleo, y aun el deseo que Él me inspira de trabajar para su gloria».

Tan cordiales fueron las relaciones que existieron siempre entre Pío IX y García Moreno. Lo que Pío IX más admiraba en el presidente ecuatoriano era al gobernante católico, fuerte y justo, tenaz adversario de la Revolución. El mismo Papa que se presentaba lleno de majestad cuando se dirigía a los Césares de la época, los Bismarck, los Napoleón III, se mostraba desbordante de ternura con el jefe de un Estado lejano y casi desconocido, cuyo noble corazón latía al unísono con el suyo. Por su parte, García Moreno amaba entrañablemente a aquel heroico Pontífice, defensor incansable de los derechos de la verdad. En él veía a un nuevo Gregorio VII, que en un siglo de indiferencia y liberalismo generalizado, tuvo la lucidez y el coraje de promulgar el *Syllabus* y convocar el Concilio Vaticano.

b. El Ecuador a los pies de Cristo Rey

En sus últimos años, García Moreno fue revelando todas las dimensiones de un gran estadista, también lúcido e intrépido, convencido de que lo más trascendente de su gestión consistía en llevar a cabo la restauración católica, luego de haber abatido la revolución laicista. Lo demás se seguiría casi con naturalidad. «Quien busca ante todo el reino de Dios –decía–, obtiene el resto por añadidura. Se había propuesto entronizar a Cristo en su Patria. Y de algún modo lo logró, según lo reconocía un pensador colombiano de su tiempo: «La República del Ecuador es hoy el único Estado social y políticamente católico». No un Estado clerical, por cierto, ya que si bien García Moreno pedía consejo a los buenos sacerdotes, quien mandaba en el orden temporal era él.

Ya hemos visto cómo, cuando lo consideró necesario, supo imponerse al Nuncio, al Arzobispo y a otros preladados. Su sueño era implantar en el Ecuador el reino de Cristo. No se trataba de levantar grandes iglesias, sino de elaborar una legislación católica que vivificase el entero entramado social, atendiendo a todos los estamentos, desde los nobles hasta los indios más humildes y abandonados. La suntuosidad de los templos podría ser el colofón de su obra, pero lo esencial era el señorío de Cristo sobre las inteligencias y voluntades de los miembros de su pueblo y de la sociedad en general.

García Moreno rendía un culto especial al Corazón de Cristo, vieja y sólida devoción, muy de los jesuitas, que había arraigado profundamente en el Ecuador, y él había aprendido especialmente en los Ejercicios ignacianos, que solía reiterar todos los años. La devoción al Sagrado Corazón llenaba los templos los primeros viernes de mes, y más socialmente se expresaba en entronizaciones, sobre todo en el ámbito familiar. Desde que asumió la presidencia recordó que entre las peticiones del Corazón de Cristo a sus escogidos estaba la consagración de las naciones como tales. En doscientos años ninguna nación lo había hecho. Él se propuso llevarla a cabo oficialmente en su propia patria.

Como le gustaba hacer las cosas bien, quiso que esa consagración fuese un acto verdaderamente nacional,

refrendado por los organismos parlamentarios, los mandos militares, las jerarquías eclesiásticas y los sectores culturales del Estado. La idea de consagrar públicamente el Ecuador al Sagrado Corazón le había sido sugerida por el P. Manuel Proaño, director nacional del Apostolado de la Oración. He aquí la respuesta de García Moreno, donde muestra algunas vacilaciones, productos de su nobleza y sinceridad.

«Reverendo y querido P. Manuel. No puede concebirse idea más plausible ni más conforme con los sentimientos que me animan de promover en todo sentido la prosperidad y ventura del país cuyo Gobierno me ha confiado la Divina Providencia, dándole por base la más alta perfección moral y religiosa a que nos llama la profesión práctica del Catolicismo. Reconozco la fe del pueblo ecuatoriano, y esa fe me impone el deber sagrado de conservar intacto su depósito, aunque sea a costa de mi vida. No temo a los hombres, porque está más alto Dios... Y si fue, en algún tiempo, deber indeclinable de todo hijo sincero de la Iglesia confirmar la fe del corazón con las más explícitas y reiteradas y solemnes profesiones de los labios, esto es sin duda en la época actual, cuando, aun entre los pueblos creyentes, la enfermedad endémica del siglo es la debilidad de carácter. Pero digo: ¿y será el Ecuador una ofrenda digna del Corazón del HombreDios?...

«Este Corazón es santo, inmaculado; ¿y hemos logrado ya moralizar bastante a los pueblos? ¿Hemos santificado el hogar doméstico? ¿Reina la justicia en el Foro, la paz en las familias, la concordia entre los ciudadanos, el fervor en los templos? El Corazón de Jesús es el trono de la Sabiduría. ¿Y el pueblo ecuatoriano acepta todas sus enseñanzas, es dócil y sumiso a su divino magisterio, recibe y acoge con amor sus inspiraciones, rechaza prácticamente todos los errores del siglo, y se sobrepone a toda la perversión actual de las ideas?...

«Temo que este país no sea todavía ofrenda digna del Corazón de Jesucristo. Pidamos en fervientes plegarias al Señor que nos envíe misioneros santos, apóstoles infatigables. Vengan a lo menos cincuenta sacerdotes celosos y caritativos que recorran todo el territorio, visiten nuestros pueblos, sin dejar un rincón; y enseñen y prediquen el Evangelio, y conviertan, si es posible, a todos los pecadores; y entonces podremos consagrar con manos puras, al Dios de la pureza, un pueblo purificado con la sangre divina».

Nos impresiona la autenticidad de su espíritu sin doblez. Consagrar la Patria al Corazón de Jesús parecía fácil, ya que eso estaba en sus manos, por ser el jefe de Estado, pero que el pueblo ecuatoriano, en todos los estamentos, hiciese suya dicha consagración, era algo que excedía el ámbito de sus posibilidades. Sólo podían lograrlo los sacerdotes, y éstos eran pocos. Recurrió entonces al superior general de los redentoristas, pidiéndole por lo menos cincuenta misioneros fervorosos. Se ve que había decidido cumplir su propósito con cierta celeridad, aunque sin omitir lo necesario. Algunos amigos le sugirieron que no se metiese en esta nueva aventura, que ya demasiado excitadas estaban las logias del país y del extranjero. Por otro lado, agregaban, era un gesto que resultaba exótico; ningún gobierno europeo había hecho algo semejante. El consejo le resultó indignante y sólo logró que apresurase la ejecución del designio.

Precisamente por esos días se estaba celebrando en Quito un sínodo eclesiástico. García Moreno aprovechó la ocasión para hacer una consulta formal a la Iglesia. Todos le manifestaron su conformidad. Luego se dirigió a las Cámaras, con el deseo de que el Estado se uniese a la Iglesia en este acto solemne. También los diputados estuvieron de acuerdo. Entonces firmó el decreto, donde se disponía: «Las solemnidades correspondientes a la Consagración se harán en todas las iglesias catedrales y parroquias en la próxima cuaresma». Pío IX, al conocer su propósito, le escribió expresándole su aquiescencia. Un grupo de quiteños, quiso mostrar su adhesión a la iniciativa del Gobierno proponiendo la erección de un gran templo nacional al Sagrado Corazón, rey de Ecuador. La obra fue aprobada, pero García Moreno no la

vería terminada, ya que se inauguró diez años después de su muerte.

Llegó la fecha señalada, el 23 de marzo de 1873. Ya los misioneros escogidos habían recorrido pueblo tras pueblo, disponiendo el espíritu de los ecuatorianos de todo el país. García Moreno preparó personalmente el acontecimiento, codo a codo con su amigo, el P. Proaño. En todos los edificios oficiales se izó la bandera nacional, para saludar al rey de la Patria. La catedral, ricamente engalanada, fue el ámbito donde se encontraron el Arzobispo y su clero, los miembros del Gobierno, los jueces, jefes y oficiales, alcaldes y autoridades de los pueblos. A la cabeza de todos sus funcionarios, García Moreno, con uniforme de comandante de las fuerzas armadas y su banda de jefe de Estado. El Arzobispo se acercó al cuadro del Sagrado Corazón, pintado para la solemnidad por un artista quiteño. García Moreno le había pedido al pintor que lo representase de medio cuerpo, con la corona sobre su sien, que «la mano derecha de Cristo empuñe el cetro real y la mano izquierda sostenga el globo del mundo, en que aparezca notoriamente la nación ecuatoriana». Leyó el Arzobispo la consagración, y el pueblo la fue repitiendo, frase por frase. Al acabar, se adelantó García Moreno, y en nombre de la Patria y de todos los estamentos del Ecuador, la reiteró con voz firme. He aquí el texto íntegro, redactado por el P. Proaño:

«Este es, Señor, vuestro pueblo. Siempre, Jesús mío, os reconoceré por su Dios. No volverá sus ojos a otra estrella que a esa de amor y de misericordia que brilla en medio de vuestro pecho, santuario de la Divinidad, arca de vuestro Corazón. Mirad, Dios nuestro: gentes y naciones poderosas traspasan con muy agudos dardos el dulcísimo seno de vuestra misericordia. Nuestros enemigos insultan nuestra Fe, y se burlan de nuestra esperanza, porque las hemos puesto en Vos. Y, sin embargo, este vuestro Pueblo, su Jefe, sus Legisladores, sus Pontífices, consuelan a vuestro Vicario, enjugan las lágrimas de la Iglesia; y confundiendo la impiedad y apostasía del mundo, corren a perderse en el océano de amor y caridad que les descubre vuestro suavísimo Corazón.

«Sea, pues, Dios nuestro, sea vuestro Corazón el faro luminoso de nuestra Fe, el áncora segura de nuestra esperanza, el emblema de nuestras banderas, el escudo impenetrable de nuestra flaqueza, la aurora de una paz imperturbable, el vínculo estrecho de una concordia santa, la nube que fecunde nuestros campos, el sol que alumbra nuestros horizontes, la vena en fin riquísima de la prosperidad y abundancia que necesitamos para levantar templos y altares donde brille, con eternos y pacíficos resplandores, su santa y magnífica gloria.

«Y pues nos consagramos y entregamos sin reservas a vuestro divino Corazón, multiplicad sin fin los años de nuestra paz religiosa; desterrad de los confines de la Patria la impiedad y corrupción, la calamidad y la miseria. Dicte nuestras leyes vuestra Fe; gobierne nuestros tribunales vuestra justicia; sostengan y dirijan a nuestros jefes vuestra clemencia y fortaleza; perfeccione a nuestros sacerdotes vuestra sabiduría, santidad y celo; convierta a todos los hijos del Ecuador vuestra gracia, y corónelos en la eternidad vuestra gloria: para que todos los pueblos y naciones de la tierra contemplando, con santa envidia, la verdadera dicha y ventura del nuestro, se acojan a su vez a vuestro amante Corazón, y duerman el sueño tranquilo de la paz que ofrece al mundo esa Fuente pura y Símbolo perfecto de amor y caridad. Amén».

Tras la bendición del Arzobispo, sonaron los clarines en la plaza y el tronar de la artillería, junto con los repiques de todas las iglesias del Ecuador. En los cerros colindantes, las águilas planeaban... Era el primer Estado de la historia que se había consagrado al Corazón de Cristo y le había prestado público homenaje como a Rey de la nación. García Moreno se adelantaba, también aquí, a Pío XI y a su encíclica *Quas primas*.

V. El martirio

Por fin reinaba la calma en el Ecuador. Luego de tantas turbulencias, la Patria había encontrado la paz, no la paz

de la inacción, la paz del cementerio, sino la paz viva de un pueblo que iba prosperando, la paz en cuyo marco se emprendían obras públicas de envergadura, la paz en los colegios y la Universidad, la paz entre la Iglesia y el Estado, la paz de Cristo en el reino de Cristo. García Moreno no necesitaba ya mostrarse como aquel hombre tan severo de 1864. Ahora contaba con una Constitución católica, con un país consagrado a Cristo, y con todo el poder necesario para hacer cumplir los compromisos contraídos.

Sin embargo, o quizás por eso mismo, los enemigos acechaban. Abundantes eran las «desgracias» que habían tenido que soportar los *hermanos*: el Concordato de 1862, repudiando el liberalismo; la Constitución de 1869, donde se proscribía la secta masónica; la protesta de 1871 contra la invasión de Roma por Víctor Manuel; y para llenar el vaso de la ignominia, la consagración de la república al Sagrado Corazón, en pleno «siglo de las luces...» Era ya demasiado. El Jefe de Estado no podía sino ser condenado a muerte.

Desde ese momento, todos los periódicos de la secta, tanto en Europa como en América, se confabularon para desprestigiar a la víctima, de modo que luego su asesinato resultase más potable. Ya se habían perpetrado varios atentados contra su vida, pero todos resultaron fallidos. En 1873 lo intentaron nuevamente; en dicha ocasión sus propulsores estaban tan seguros del éxito que la noticia de su muerte apareció en los diarios... ¡siendo leída por la misma víctima!

En mayo de 1875 finalizaba el mandato de García Moreno y debía elegirse el nuevo Presidente. La Constitución autorizaba la reelección. En conversación íntima con un amigo, García Moreno le revelaba sus propósitos:

«En 1851, cuando me decidí a tomar alguna parte en la política del país, consideré que la República, para su prosperidad y dicha, necesitaba de tres períodos de una administración justiciera y benéfica, cada uno de los cuales debía abrazar de cuatro a seis años. El primer período debía ser de reacción, el segundo de organización, el tercero de consolidación. Por esto cuando llegué al poder, mi primer período tuvo, como debió tenerlo, un carácter de reacción contra los males que desgarraban la patria; y como esos males eran inveterados, impusieronme el deber penoso de emplear la violencia hasta extirparlos.

«El segundo período que va a terminar en breve, ha sido para mi gobierno período de organización, la cual, como era natural, no me ha demandado violencia; en prueba de ello, aun mis adversarios políticos reconocen hoy la moderación y templanza con que he regido el país. Si la divina Providencia no dispone otra cosa, el próximo período será de consolidación; y en él los pueblos habituados ya al orden y a la paz, gozarán de más amplias libertades bajo un gobierno verdaderamente paternal y tranquilo. Asegurado así el porvenir de nuestra querida patria, me retiraré a la vida privada, llevando en mi alma la satisfacción de haber salvado al país y colocádole definitivamente en la senda de su progreso y engrandecimiento».

Un amigo de Urbina, católico liberal, le ofreció acompañarlo en las elecciones. La respuesta de García Moreno fue la que de él se podía esperar:

«Ya dije en 1861 que la lucha entre el bien y el mal es eterna. Por consiguiente los que sostenemos la causa del bien, la causa de la religión y de la patria, jamás podremos amalgamarnos con nuestros adversarios. Admitiremos a los que de buena fe se pasen a nuestras filas; no perseguiremos a nadie sino cuando cometan delitos; perseguiremos de frente por el camino del bien, prontos a arrostrar toda resistencia, vencer todos los obstáculos con la asistencia divina. Tengo convicciones muy arraigadas y reglas fijas de conducta, por eso soy siempre consecuente con mis actos».

Mientras tanto, recrudecían las amenazas no sólo en Ecuador sino también en Lima, Bogotá y Santiago. El temor a una reelección exasperaba a sus enemigos y los

impulsaba a unirse en una vasta conspiración. Por esos días apareció una tendenciosa biografía de García Moreno donde se podía leer que el mismo que comulgaba era el que fusilaba, proscibía y confiscaba; «ofrendas dignas del Dios de los jesuitas».

Sus ojos, se decía allí, anuncian la muerte, «una nariz patibularia, la nariz austríaca de Felipe II, idiotizando a España», y lindezas de ese jaez. En carta a un amigo, nuestro héroe comenta el hecho sin atribuirle importancia:

«Para colmo de mi dicha Dios ha permitido que apareciese un folleto de Juan Montalvo, contra mí y contra los obispos, como también contra el clero y contra la Iglesia católica. Me han dicho que soy llamado ladrón y tirano. Tengo razones para creer que este opúsculo, repartido en dos mil ejemplares, ha sido inspirado por la francmasonería. Pero esto es un nuevo motivo para dar gracias a Dios, puesto que soy calumniado porque soy católico».

Llegó el día de los escrutinios. La victoria de García Moreno fue aplastante, con lo que las críticas arreciaron:

«Nuevo Calígula», lo llamaban, que dejaba en la sombra a Nerón; el duque de Alba parecía un angelito comparado con este engendro; se asemejaba a Torquemada. Era el lenguaje de la «democracia», de los demócratas liberales, que habían sido desairados por el pueblo ecuatoriano, «el soberano» a quien antes dedicaban diti-rambos.

Las proclamas enemigas se sazonaban con blasfemias, reiterándose textos de Proudhon, como por ejemplo, «el primer deber del hombre inteligente es arrojar inmediatamente de su conciencia la idea de Dios»; «Dios imbécil, tu reino ya ha concluido: busca otras víctimas entre las bestias, que tú ya estás hecho añicos»; «y tú, Satanás, calumniado por curas y reyes, ven, que te abrace y estreche contra mi corazón», etc.

Llevaban la batuta las logias inglesas, francesas y escocesas. Ya se comenzó a hablar en público de si no sería conveniente hacer desaparecer al atrevido, con el objeto de que el pueblo ecuatoriano se fuese familiarizando con la idea. Mientras tanto se reunían en Lima, que en aquellos tiempos era un centro masónico, enviados especiales de las sectas de Chile, Perú, Ecuador, Colombia y otros países hispanoamericanos. Allí urdieron sus planes.

No podía ya desconocerse la proximidad del peligro. Los amigos de García Moreno le aconsejaron ponerse en guardia, así como diversas estrategias, que se hiciese acompañar por una escolta, que variase sus itinerarios habituales... Pero él no les hacía caso. Estaba demasiado dedicado a «pensar el Ecuador» que soñaba, a proyectar su progreso en todos los sentidos, espiritual y material, como para perder tiempo en considerar aquella eventualidad. Su horario seguía siendo el mismo. Por la mañana, su misa y meditación diarias, las acostumbradas visitas al Santísimo, sus largas horas en el despacho oficial.

Un prelado que mucho lo apreciaba, hallándose de paso por Quito, lo fue a visitar y le previno: «Es posible y notorio que la secta ha condenado a usted, y que los sicarios aguzan sus puñales. Tome usted, pues, algunas precauciones para salvar la vida». «¿Y qué precauciones quiere usted que tome?», le respondió. «Rodéese usted de una buena escolta». «¿Y quién me librará de esa escolta a la que se podrá corromper? Yo prefiero confiarme a la guarda de Dios».

En estas preocupantes circunstancias escribió su última carta al Sumo Pontífice, plenamente reveladora de la piedad de un santo y del valor de un mártir.

«Santísimo Padre: Hace algún tiempo que he deseado vivamente volver a escribir a Vuestra Santidad; pero me ha impedido el hacerlo el temor de quitarle su tiempo, demasiado precioso y necesario

para el gobierno del Orbe católico. Sin embargo, hoy tengo que sobreponerme a este temor para implorar Vuestra apostólica bendición, por haber sido reelecto, sin merecerlo ni solicitarlo, para gobernar esta República católica por seis años más...

«Ahora que las logias de los países vecinos, instigadas por la de Alemania, vomitan contra mí toda especie de injurias atroces y de calumnias horribles, procurando sigilosamente los medios de asesinarme, necesito más que nunca de la protección divina para vivir y morir en defensa de nuestra religión santa, y de esta pequeña República que Dios ha querido que siga yo gobernando. ¡Qué fortuna para mí, Santísimo Padre, la de ser aborrecido y calumniado por causa de Nuestro Divino Redentor, y qué felicidad tan inmensa sería para mí, si vuestra bendición me alcanzara del cielo el derramar mi sangre por el que, siendo Dios, quiso derramar la suya en la Cruz por nosotros!»

Solicítale luego al Papa dos favores: que disponga el envío de un grupo de Hermanas para que se encarguen de varios hospitales, y que las reliquias de San Pedro Claver, prácticamente abandonadas en Cartagena de Colombia, sean llevadas al Colegio de los jesuitas de Quito, de modo que Ecuador tenga un nuevo abogado en el cielo.

Con tales disposiciones, se aprestó a redactar el Mensaje que debía pronunciar el 1º de agosto para la apertura del nuevo Congreso. No le fue fácil hacerlo, ya que las noticias que le hacían llegar contribuían a distraerlo de su trabajo, noticias macabras, que lo afectaban, por cierto, aunque sin desesperarlo. A un amigo que viajaba a Europa le dio un abrazo y le dijo: «Ya no nos volveremos a ver, lo presiento. Éste es nuestro postrer adiós». El 4 de agosto se dirige epistolarmente a esa misma persona – sería su última carta –, y al terminar escribe: «Voy a ser asesinado. Soy dichoso de morir por la santa Fe. Nos veremos en el cielo». Hacia la tarde, queriendo concluir su Mensaje al Congreso, dio orden al ayudante de no recibir absolutamente a nadie. Al rato llegó un sacerdote. El ayudante le informó que el Presidente no podía recibirlo. Aquél insistió, alegando que se trataba de algo urgente. Apenas entró, le dijo a García Moreno:

«Se le ha prevenido a usted que la masonería ha decretado su muerte; pero no se le ha dicho cuándo va a ser ejecutado el decreto. Vengo a decir a usted que sus días están contados, y que los conjurados han resuelto asesinarle en el más breve plazo posible, mañana, tal vez, si encuentran ocasión; en consecuencia, tome usted sus medidas». García Moreno le respondió: «He recibido muchas advertencias semejantes, y después de reflexionar maduramente he visto que la única medida que tengo que tomar es la de estar pronto a comparecer ante el tribunal de Dios». Y continuó su trabajo, como si le hubieran anunciado una noticia sin importancia alguna.

El Mensaje quedó terminado. Espiguemos algunos de sus párrafos. Comienza diciendo:

«Desde que poniendo en Dios toda nuestra esperanza, y apartándonos de la corriente de impiedad y apostasía que arrastra al mundo en esta aciaga época, nos reorganizamos en 1869 como nación realmente católica, todo va cambiando día a día para bien y prosperidad de nuestra querida patria». Enumera luego sus grandes obras: el ferrocarril comenzado, las carreteras, la Penitenciaría, el Observatorio, las escuelas. Con satisfacción observa que todo eso «raya en lo increíble para los que conocieron el atraso y pobreza del país y no saben lo fecundo que es la confianza en la Bondad Divina». Y termina con estas palabras admirables: «Si he cometido faltas, os pido perdón mil y mil veces, y lo pido con lágrimas sincérisimas a todos mis compatriotas, seguro de que mi voluntad no ha tenido parte en ellas. Si al contrario, creéis que en algo he acertado, atribuyéndolo primero a Dios y a la Inmaculada dispensadora de los tesoros inagotables de su misericordia, y después a vosotros, al pueblo, al ejército y a todos los que en los diferentes ramos de la administración, me han secundado con inteligencia y lealtad a cumplir mis difíciles deberes».

Luego se retiró a su cuarto. Sus allegados pudieron notar que pasó en oración un largo rato de la noche. Como de costumbre, se levantó a las cinco de la mañana, y a las seis se dirigió a la iglesia para oír misa y

comulgar. Era el primer viernes de mes. La acción de gracias se prolongó por más tiempo que lo habitual. Los conjurados se habían apostado, para acecharlo, en la plaza de Santo Domingo, delante del templo. Allí vivía García Moreno, a cinco cuadras de la Plaza Mayor, lugar este último donde se encuentran la Casa de Gobierno y la Catedral.

Vuelto a su casa, pasó un rato en familia, y luego dio los últimos toques a su Mensaje. Con él bajo el brazo, salió hacia el palacio, a eso de la una. Al pasar ante la casa de su suegro, subió a saludarle. Éste le recordó: «Gabriel, ya te dije, no debías salir; no ignoras que tus enemigos te están siguiendo los pasos». «Sí, pero sucede lo que Dios quiera, yo me pongo en sus manos en todo y para todo». El calor era tremendo, y pidió algo de beber, que no le debió caer bien, ya que le hizo transpirar. Luego sintió fresco y se abotonó la chaqueta. Este último detalle tiene su importancia, porque en el momento del atentado le privaría de rapidez para extraer su revólver. Enseguida se dirigió a la Casa de Gobierno.

Los conjurados estaban nerviosos, ya que llevaban horas de retraso. Al verlo salir de la casa de su suegro, cada cual fue al puesto que se le había asignado, con una misión muy determinada. De pronto a García Moreno se le ocurrió hacer una visita al Santísimo de la Catedral, que hacía ángulo con el Palacio. Estuvo allí de rodillas un buen rato. Los sicarios, cada vez más nerviosos, le mandaron decir que alguien lo esperaba afuera por un asunto urgente. El Presidente se levantó enseguida, salió del templo, y comenzó a subir las escaleras laterales del Palacio de Gobierno. Uno de los asesinos, el capitán Faustino Lemus Rayo, se le acercó por la espalda, y le descargó un brutal machetazo. «¡Vil asesino!», exclamó García Moreno volviéndose hacia él, y haciendo inútiles esfuerzos para sacar el revólver que estaba bajo la chaqueta abotonada. Los demás saltaron sobre el herido y le dispararon, mientras Rayo le hería en la cabeza. Chorreando sangre, García Moreno dio varios pasos hacia una de las entradas del Palacio. Rayo le asestó otro golpe, cortándole la mano derecha, hasta separarla casi por entero. Una segunda descarga le hizo vacilar. Se apoyó sobre una columna de la galería y rodó por las escaleras hasta la plaza, desde unos cuatro metros de altura. Yacía ensangrentado y malherido, cuando el feroz Rayo bajó rápidamente las escaleras del peristilo y se precipitó sobre el moribundo gritando: «¡Muere, verdugo de la libertad! ¡Jesuita con casaca!», mientras le tajeaba la cabeza con otra cuchillada. García Moreno, según luego confesaron los asesinos, murmuraba con voz débil: «¡Dios no muere!».

No había fallecido todavía. Acudió gente del pueblo, así como varios soldados y sacerdotes, todos acongojados. Lo transportaron, agonizante, a la catedral, y lo acomodaron ante el altar de la Virgen de los Dolores, tratando de vendar sus heridas. Luego lo llevaron a la habitación del sacristán. Aún tenía pulso, pero no le era posible hablar. Sólo con su mirada, que todavía daba señales de vida, respondió a las interrogaciones rituales del sacerdote, y asintió cuando se le preguntó si perdonaba a los asesinos. Le dieron entonces la absolución y la santa unción. Pocos minutos después expiraba en paz.

Al examinar su cadáver, vulnerado por catorce puñaladas y seis balazos, encontraron sobre su pecho una reliquia de la Cruz de Cristo, el escapulario de la Pasión y del Sagrado Corazón, y un rosario con la medalla de Pío IX. La efigie de este Papa estaba tinta en sangre, simbolizándose de esta manera tan conmovedora la entrañable amistad que los había unido y el común amor a la Igle-

sia. Igualmente se le encontró en el bolsillo una agenda con apuntes diarios. En la última página había escrito con lápiz, aquel mismo día, tres líneas que lo pintan de cuerpo entero: «¡Señor mío Jesucristo, dadme amor y humildad, y hacedme conocer lo que hoy debo hacer en vuestro servicio!». En respuesta, Dios le había pedido su sangre y él la derramó, como último acto de servicio, «por el que, siendo Dios, quiso derramar la suya en la Cruz por nosotros». Tales fueron las palabras que él había empleado en su reciente carta al Papa, donde le rogaba que su bendición le alcanzase del cielo la gracia del martirio.

Los conjurados esperaban que el ejército y el pueblo, llenos de alegría, se adhiriesen a ellos, repudiando al «tirano». Nada de eso sucedió. Al contrario, la multitud quiso linchar a Rayo. Los soldados lo impidieron, apoderándose de él, y lo condujeron al cuartel. Allí un cabo, lleno de ira, descargó su rifle contra el asesino, muriendo éste antes que García Moreno. Luego la gente arrastró su cadáver por las calles de Quito. La Gran Logia de Lima, que haría de él un prohombre, mandó pintar un inmenso cuadro que representase su «hazaña» y celebrar como fiesta el 6 de agosto. De los demás asesinos, algunos lograron escapar, y los otros fueron procesados y fusilados.

Grandes homenajes le tributaron a García Moreno. Tras embalsamarlo, lo vistieron de Capitán General y lo colocaron en el Palacio de Gobierno, sentado en un sillón y rodeado de guardias. Hubiérase dicho que seguía vivo, aunque adormecido. Los asesinos lo habían acribillado, pero dejaron ileso su noble semblante en que aún se podía advertir los expresivos rasgos de su viril fisonomía. Durante los tres días que transcurrieron entre su muerte y las exequias, la gente afluía sin interrupción. Muchos de ellos se retiraban llorando. «Hemos perdido a nuestro padre –exclamaban–, y ha dado su sangre por nosotros». El espectáculo era desgarrador.

Sobre un magnífico catafalco erigido en la Catedral, apareció por última vez ante la multitud que llenaba el templo, con el uniforme militar y la cabeza descubierta, como le gustaba estar cuando se encontraba en presencia de Dios o de sus representantes en la tierra. Pronunció el sermón el P. Cuesta, que era senador al tiempo que deán de la catedral de Riobamba. La oración fúnebre fue conmovedora.

«El gran Pontífice [Pío IX] fijó sus ojos llenos de grato consuelo, en la pequeña nación de los Andes de Ecuador, y vio allí, combatiendo contra la universal apostasía al único soldado de Cristo que aún blandía en sus manos la gloriosa espada que habían empuñado Constantino, Carlomagno y San Luis. Y ved ahora esas manos, señores: ¡están mutiladas!». Las palabras finales lo decían todo: «Nosotros, aquí en el mundo ya no te veremos; pero tú nos ves desde la alta región adonde te han conducido tus grandes virtudes. Di al Señor, sí, dile, con el interés que arde en tu grande alma, que no abandone a tu república a la anarquía... ¡Señor, Dios de las naciones, suscitad en vuestro pueblo hombres semejantes al que hemos perdido, que continúen vuestro reinado en la república! ¡adveniat regnum tuum!».

El entierro se realizó ocultamente, por temor a posibles atentados de sus enemigos. Su corazón fue puesto en una urna. Algunos días después, se declararon abiertas las sesiones del Congreso. El ministro del Interior leyó ante sus miembros el Mensaje que García Moreno llevaba consigo en el momento del asesinato. Resulta imposible describir la emoción de los allí presentes cuando vieron, cubierto de manchas de sangre, aquel manuscrito en que el Presidente dejaba expuesto su pensamiento y sus últimas voluntades. El 16 de agosto, el Congreso dirigió un manifiesto a la nación:

«Hemos perdido un hombre grande, no sólo para el Ecuador sino para América, y no sólo para América sino para el mundo; porque poseyó la grandeza del genio... Era un genio atormentado por dos diversas pasiones: el amor al Catolicismo y el amor a la Patria; y si por el amor de la Patria fue grande para el Ecuador, por el amor al Catolicismo fue grande para el Ecuador, para la Patria y para el mundo». Tras recordar en síntesis su inmensa obra civilizadora, se afirmaba que su sangre había sido derramada «por la santa causa de la Religión, de la moral, del orden, de la paz y el progreso».

Un mes más tarde, el 16 de septiembre, el Congreso dictó una ley de homenaje:

«El Senado y cámara de diputados del Ecuador reunidos en congreso, considerando:

«Que el Excelentísimo señor doctor Gabriel García Moreno, por su distinguida inteligencia, vasta ilustración y nobilísimas virtudes, ocupó el primer puesto entre los más preclaros hijos del Ecuador;

«Que consagró su vida y las altas y raras dotes de su espíritu y corazón a la regeneración y engrandecimiento de la República, fundando las instituciones sociales en la firme base de los principios católicos;

«Que ilustre entre los grandes hombres, arrostró con frente serena y pecho magnánimo las tempestades de la difamación, de la calumnia y del sarcasmo impío, y supo dar al mundo el más noble ejemplo de fortaleza y perseverancia, en cumplimiento de los sagrados deberes de la Magistratura católica;

«Que amó la Religión y la Patria hasta recibir por ellas el martirio, y legar a la posteridad su memoria esclarecida, con esa aureola inmortal que sólo se concede por el Cielo a las virtudes eminentes;

«Que hizo a la nación inmensos e imperecederos beneficios, morales y religiosos, y

«Que la Patria debe gratitud, honor y gloria a los ciudadanos que la enaltecen con el brillo de sus prendas y virtudes, y la sirven con la abnegación que inspira el puro y acrisolado patriotismo...»

Siguen varios decretos. Se lo llamará «Ilustre regenerador de la patria y mártir de la civilización católica»; se le hará un mausoleo digno de sus restos; se le erigirá una estatua, en mármol o bronce, en cuyo pedestal conste grabada esta inscripción: «La República del Ecuador agradece al Excmo. Señor doctor don Gabriel García Moreno, el primero de sus hijos, muerto por ella y por la religión el 6 de agosto de 1875». Para todo esto se votará el adecuado presupuesto lo antes posible; en los salones de las municipalidades y oficinas públicas se conservará su retrato; la carretera nacional y el ferrocarril llevarán su nombre.

VI. Repercusión mundial

La muerte de García Moreno, tan dramática como heroica, tuvo enorme resonancia en todo el mundo. Los periódicos católicos de España, Argentina, Inglaterra, Alemania e Italia, exaltaron sus méritos y su gloria. El orador de la catedral de París, el P. Roux S. J., que estaba predicando un ciclo homilético acerca del naturalismo y del odio de sus cultores a los derechos de Dios, al enterarse del asesinato de Quito, no pudo dejar de aludir al gran hombre del Ecuador:

«Contemplad los dos polos del mundo moderno. En Roma, un Papa proclama los derechos de Dios, en el Pacífico, un gran cristiano los convierte en regla de su gobierno. Pío IX está preso en el Vaticano, y el cristiano cae teñido de sangre bajo el cuchillo de infames asesinos. ¡Reconoced al justo de este siglo: es García Moreno!».

Con la misma emoción se refirió a nuestro héroe el cardenal L. Pie, arzobispo de Poitiers, en uno de sus admirables sermones:

«Había en las regiones meridionales de América, bajo los ardores del Ecuador, un pequeño pueblo que reconocía a su Dios; un pueblo que se había dado un jefe cristiano, y que, por su intermedio, había alcanzado ventajas siempre crecientes tanto en lo que hace a la civilización material como a la moral... Pero la revolución, que lo

veía crecer, tenía en sus manos el puñal. Salud, García Moreno, salud a los rayos múltiples de la aureola que ciñe vuestra frente; porque si bien es cierto que es la aureola del mártir, es también la de la doctrina, la doctrina más desconocida por los gobiernos de este tiempo, la doctrina de la política cristiana. Y porque habéis sido docto en esta ciencia, y porque la habéis enseñado a muchos, vuestra memoria resplandecerá en el firmamento hasta el fin de las edades, y vuestra frente brillará entre los astros del cielo durante toda la eternidad».

El vibrante polemista francés, Luis Veuillot, así escribía en *L'Univers*, comentando el llanto del pueblo ecuatoriano por la muerte de su caudillo:

«¡No es seguramente una cosa ordinaria la que allí vemos: un pueblo reconocido al jefe que no lo ha despojado; que no ha vendido ni su cuerpo ni su alma; que, por el contrario, ha querido audazmente libertarlo de los ignorantes, de los mentirosos y de los hombres de rapiña; que lo ha conducido delante de Dios en la luz, en la inocencia y en la paz, y que ha dado, al fin, su vida por su salvación! Existe, pues, hoy día sobre la tierra un lugar pequeño y oscuro, pero visible, sin embargo, donde la alabanza del *Justo* se proclama en todas partes. Se lo llora, no sólo ante el altar, sino en calles y plazas. Nosotros deducimos de aquí que todavía hay justicia entre los hombres; y cuando la justicia deja resonar su voz en cualquier parte del mundo, no puede tenerse el mundo por perdido. La justicia que habla en el Ecuador es un gran servicio prestado al género humano; el mayor quizá que la América nos ha hecho hasta el presente».

En otro artículo del mismo periódico, trazó de García Moreno una semblanza que dio vuelta por todo el mundo. Allí leemos:

«Saludemos a tan noble figura; es digna de la historia. Los pueblos están ya hartos de tanto gigante de cartón, efímero y miserable, cuyo molde lleva trazas de no deshacerse jamás. Sediciosos, intrigantes, malogrados, fantasmones, se van presentando insolentes para engañar el hambre y sed de grandeza que devora al público. Delante de cada uno de ellos se ha exclamado: ¡He aquí el hombre providencial! Pero se lo toma, se lo pesa, y no pesa nada; no hay hombre siquiera... Tal es la historia común de los presidentes de república: unos cuantos crímenes vulgares, un montón de necedades vulgares y rara vez siquiera la honrada y baja vulgaridad. Nada para lo presente, nada para el porvenir. No hay amor posible hacia estos particulares sin calor y sin idea. Hacen los negocios, y sobre todo, su negocio: nos fastidian y se fastidian. Oficio sin resultados, sin altivez, sin fuerza, y cuyas más felices consecuencias no pueden pasar de consecuencias ordinarias de un negocio que no ha salido mal: pan y olvido, y cuando se tiene conciencia, remordimientos. García Moreno era de otra especie y la posteridad lo conocerá. Ha sido admirado por su pueblo; se ha salvado del crimen, se ha escapado de la vulgaridad y del olvido; y hasta del odio se hubiera librado si Dios pudiera permitir que el odio no persiguiese a la virtud. Se puede decir que ha sido el más antiguo de los modernos; un hombre que hacía honor al hombre... Osó intentar lo que la época estima como imposible, y lo consiguió: fue en el gobierno del pueblo un hombre de Jesucristo.

«He aquí el rasgo característico y supremo que lo hace sin par: hombre de Jesucristo en la vida pública, hombre de Dios. Una pequeña república del sur nos ha mostrado esta maravilla: un hombre asaz noble, asaz fuerte y asaz inteligente para perseverar en la resolución de ser, como se dice, «hombre de su tiempo», de acoger y fomentar las ciencias, de aceptar las costumbres, de conocer y seguir los usos y las leyes de su época, sin dejar de ser por eso hombre del Evangelio, exacto y fiel, es decir, exacto y fiel siervo de Dios; y más aún, haciendo de su pueblo, que era cuando él se puso a su cabeza, semejante a todos los pueblos de la tierra, un pueblo exacto y fiel en el servicio de Dios...»

«Era un cristiano tal como no pueden soportarlo al parecer los puestos soberanos; un jefe tal que los pueblos no parecen dignos de tener; un justiciero tal, que los sediciosos y conspiradores no parecen que hoy por hoy puedan temer; un rey tal, como aquellos de que las naciones han perdido la memoria. Se vio en él a Médicis y Jiménez de Cisneros: Médicis, menos la trapacería; Jiménez, menos la púrpura y el temperamento romanos. De entrambos tenía la extensión del genio, la magnificencia y el amor a la patria; pero sobresalían en su fisonomía los admirables rasgos de los reyes justos y santos: la bondad, la dulzura, el celo por la causa de Dios...»

«Desde que fue conocido, la secta tan poderosa en América y de quien él se declaró atrevidamente enemigo, lo condenó a muerte. Él

supo que el fallo, pronunciado en Europa, había sido ratificado en los conciliábulo de América, y que sería ejecutado. No hizo caso; era católico, y había resuelto serlo en todo y por todo; católico a todo trance, de la raza hoy ignorada entre los jefes oficiales de los pueblos, católico que se dirige desde luego a nuestro Padre que está en los cielos, y le dice en voz alta: ¡Venga a nosotros tu reino!

«Este hombre de bien, este verdadero grande hombre a quien sus enemigos no echan en cara más que el haber querido regenerar a su país y regenerarlos a ellos por un indomable amor de luz y de justicia, no ignoraba que era espiado por asesinos. Se le decía que tomase sus precauciones y respondía: ¿Cómo defenderme contra gentes que me reprochan el ser cristiano? Si los contentase, sería digno de muerte. Desde el punto en que no temen a Dios, dueños son de mi vida; yo no quiero ser amo de Dios, no quiero apartarme del camino que me ha trazado. Y seguía el recto y rudo que va a la muerte en el tiempo, y a la vida en la eternidad; y repetía su frase acostumbrada ¡Dios no muere!

«Nos atrevemos a decir que Dios le debía una muerte como la que ha tenido. Debía morir en su fuerza, en su virtud, en su oración a los pies de la Virgen Dolorosa, mártir de su pueblo y de su fe por los cuales ha vivido. Pío IX ha honrado públicamente a ese hijo digno de él; su pueblo, sumergido en largo duelo, lo lamenta como la antigua Israel lloraba a sus héroes y sus justos. ¿Qué le falta a su gloria? Ha dado un ejemplo, único en el mundo y en el tiempo, en medio de los cuales ha vivido. Ha sido la honra de su país; su muerte es todavía un servicio, y tal vez el mayor; ha mostrado a todo el género humano que jefes le puede dar Dios, y a qué miserables se entrega él mismo por su locura».

En Chile, segunda patria de nuestro héroe, también se lo enalteció. Así leemos en el periódico *El Estandarte Católico*:

«Dios lo había destinado a mostrar al mundo que aborrece al catolicismo, lo que puede y debe hacer un mandatario católico. Cuando llegó al poder, el Ecuador en nada se distinguía de otros pueblos de América, sino en la mayor intensidad de los males, completo desgobierno, espantosa anarquía y corrupción. Parecía imposible que un hombre solo fuese capaz de poner un dique a la desorganización social. García Moreno tomó a su cargo esta obra gigantesca... No miraba a su alrededor, ni tampoco al provenir para encontrar su camino: miraba al cielo, y allí únicamente buscaba la norma de su conducta.».

Desde un púlpito de la ciudad de Concepción cierto predicador dijo de él:

«Un personaje que reúne en tan alto grado todas las cualidades y todas las perfecciones que constituyen al hombre eminente, al hombre modelo en todo sentido, yo no lo encuentro ni aun en la historia de los siglos; y vive Dios que no exagero. Nacimiento ilustre, talento extraordinario, ciencia vastísima, erudición extensa, elocuencia persuasiva y brillante, genio organizador, habilidad diplomática, valor e intrepidez indomables, pericia y arrojo militar, economista insigne, administrador eximio, patriotismo ilimitado, virtudes cristianas en altísimo grado; todo lo era, todo lo poseía en escala vastísima nuestro incomparable personaje. ¿Sería posible no ver en García Moreno al hombre encargado por la Providencia de una misión extraordinaria y trascendental?».

Según Menéndez y Pelayo, García Moreno fue «uno de los más nobles tipos de dignidad humana que en el presente siglo pueden glorificar a nuestra raza». A su juicio, «la República que produjo a tal hombre puede ser pobre, oscura y olvidada, pero con él tiene bastante para vivir honradamente en la historia». Nuestro escritor Carlos Octavio Bunge ha dicho de él que «es uno de los más conspicuos gobernantes criollos»; su gobierno le parece «único en la historia contemporánea, pues no existe otro en que la acción se haya amoldado tan estrictamente a los principios absolutos de la Iglesia Católica»; cree que si Godofredo de Bouillon resucitase y gobernase, lo haría como García Moreno; lo considera como un personaje salido de los viejos tiempos, llevando «en una mano la espada del Cid, en la otra la Cruz de Gregorio VII, y además, en la oreja, la pluma de Santo Tomás».

Pero fue sobre todo Pío IX, que tan bien lo había conocido, quien más lo enalteció. El 20 de septiembre de 1875, dirigiéndose a un grupo de peregrinos de Francia,

aprovechó la ocasión para fustigar a los perseguidores de la Iglesia, especialmente a los masones, que tanto pugnan contra la Santa Sede, en Francia, en Alemania, en Suiza, en las repúblicas hispanoamericanas, encarcelando a los obispos, expulsando a los religiosos, confiscando los bienes eclesiásticos. De pronto su voz, indignada hasta entonces, se enterneció:

«En medio de esos gobiernos entregados al delirio de la impiedad –dijo–, la república del Ecuador se distinguía milagrosamente de todas las demás por su espíritu de justicia y por la inquebrantable fe de su presidente que siempre se mostró hijo sumiso de la Iglesia, lleno de amor a la Santa Sede y de celo por mantener en el seno de la república la religión y la piedad. Y ved ahí que los impíos, en su ciego furor, miran como un insulto a su pretendida civilización moderna, la existencia de un gobierno que, sin dejar de consagrarse al bien material del pueblo, se esfuerza al propio tiempo en asegurar su progreso moral y espiritual. A consecuencia de conciliábulo tenebrosos, organizados en una república vecina, esos valientes decretaron la muerte del ilustre presidente. Ha caído bajo el hierro de un asesino, víctima de su fe y de su caridad cristiana hacia su patria.».

No se limitó el Papa a pronunciar elogios. Algunos días después, dispuso que se celebrasen en Roma exequias solemnes por el alma de García Moreno, como estilan los Papas cuando muere alguno de sus hijos predilectos. Pero todavía fue más allá. Enterado de que un grupo de católicos italianos estaban proyectando erigir en Roma una estatua al héroe de la fe, aplaudió tan noble emprendimiento, y contribuyó con una suma considerable a la ejecución del monumento, que mandó colocar en el Colegio Pío Latino Americano. Allí lo encontramos todavía hoy, de pie sobre un pedestal de mármol blanco, en uniforme militar, como si aún estuviera predicando la cruzada contra la Revolución. En las cuatro caras del monumento, sendas inscripciones recuerdan su gloria:

Integérrimo guardián de la religión,
Promovedor de los más preciados estudios,
Devotísimo servidor de la Santa Sede,
Cultor de la justicia, vengador de los crímenes.

El mármol resalta su estampa heroica:

GABRIEL GARCÍA MORENO
Presidente de la república del Ecuador,
con impía mano
muerto por traición
el día 6 de agosto de 1875,
cuya virtud y causa de su gloriosa muerte
han admirado, celebrado y lamentado todos los buenos.

El soberano Pontífice Pío IX
con su munificencia
y las ofrendas de numerosos católicos,
ha elevado este monumento
al defensor de la Iglesia y de la República.

Cuando subió León XIII al solio pontificio, sucediendo inmediatamente a Pío IX, el doctor Flores le hizo entrega, en nombre de Ecuador, del Mensaje ensangrentado, en un relicario de cristal de roca. El Papa exaltó la figura del gran presidente. «Cayó por la Iglesia bajo la espada de los impíos», exclamó, repitiendo las palabras con que la Iglesia celebra la memoria de los mártires Santo Tomás de Cantorbery y San Estanislao de Polonia.

Fue, sin duda, García Moreno un hombre providencial. Sabemos cómo esta expresión es motivo de hilaridad en los medios de opinión. Pero dejemos que los insensatos se rían. El hecho es que cada tanto Dios suscita en la historia hombres de este tipo, hombres por Él elegidos, que llegan a ser hipotéticamente indispensables para un pueblo. ¡Dichoso ese elegido, si es tan inteligente para comprender su misión como corajudo para cumplirla! ¡Dichoso también el pueblo que, cuando aparece, sabe reconocerlo! Porque un gran hombre sin un pueblo

detrás, poco puede, y un buen pueblo, sin cabeza, anda a la deriva.

Cuando se juntan ambos, el hombre y el pueblo, es cuando surgen y triunfan los Carlomagno, Pelayo, San Fernando, San Luis, Cisneros, Isabel la Católica. Se ha dicho que García Moreno, sin las cristianas multitudes del Ecuador, sólo hubiera sido un dictadorzuelo barato; ni siquiera sería conocido. El Ecuador, por otra parte, sin su Presidente, no habría llegado a ser la República del Sagrado Corazón. De un pueblo pequeño, García Moreno hizo una gran nación.

El P. Berthe, en la magnífica biografía que en 1887 publicó homenajando a nuestro héroe, afirma que García Moreno, quien llevó en sus manos la antorcha vigilante de la fe, es la estatua gigantesca que puede oponerse a la estatua de la libertad, erigida hacía poco en los Estados Unidos. Refiriéndose precisamente a ese libro, el cardenal Desprez, arzobispo de Toulouse, escribía al autor:

«Si alguna vez, compadecido el Señor de nuestra desdichada Francia nos hace volver a un gobierno cristiano, los restauradores de la patria estudiarán la historia que habéis escrito. Contemplando a García Moreno, aprenderán a poner los intereses religiosos sobre los efímeros bienes de este mundo. Sólo entonces se cerrará la era de las revoluciones». También en carta al P. Berthe, con el mismo motivo, le decía dom Couturier, abad de Solesmes: «Su libro nos demuestra que todavía es posible un Estado cristiano en nuestros días; que es posible vencer el torrente revolucionario, descartarse de la hipótesis, tomando el *Syllabus* por norma de los Estados y de las sociedades; posible, en fin, atacar en su origen los principios de la revolución... La muerte de García Moreno no ha destruido esta conclusión; pero deja a los príncipes o presidentes, jefes de gobierno, una gran lección, enseñándoles que el poder no es sólo un derecho a los honores, sino un deber impuesto por Dios, y que es menester cumplirlo aunque cueste la vida».

Hemos experimentado un gozo inmenso a medida que íbamos escribiendo esta semblanza de García Moreno. Abundan modelos de virtud heroica en todos los estamentos y profesiones. Hay sacerdotes santos, médicos santos, mendigos santos. Pero hombres de gobierno santos, especialmente en épocas recientes, hay muy pocos; los que existen, son de siglos pasados, de los tiempos medievales. Jefes de Estado que hayan tenido la lucidez y el coraje necesarios para transformar una nación en un trozo de Cristiandad, desde 1789 hacia acá, casi sólo García Moreno.

El conocimiento de su vida resultará particularmente útil a la juventud, que hoy poco o nada sabe del gran Presidente. No era antes así. Manuel Gálvez, en el prólogo de su libro sobre García Moreno, nos cuenta que siendo un niño de doce o trece años, oyó en el colegio del Salvador, de Buenos Aires, leer la vida del héroe ecuatoriano. Su ejemplo y su docencia resultan de acuciante actualidad en esta Argentina nuestra, que agoniza entre políticos ineptos y funcionarios corruptos.

Cerremos estas páginas trayendo a colación un inteligente juicio del P. Berthe. Tras encomiar a Pío IX y su *Syllabus*, tan esclarecedor de lo que estaba pasando en aquel entonces y en buena parte sigue aconteciendo hoy, así como a García Moreno, el primer jefe de Estado católico desde 1789, señala que si continúa avanzando el largo proceso revolucionario iniciado a fines de la Edad Media, y se sigue llevando adelante la destrucción no sólo de la Cristiandad sino también del Cristianismo, la gente dirá: ¡Si se hubiese creído a Pío IX! ¡Si se hubiese seguido el ejemplo de García Moreno! Y concluirán: «¡Nuestros jefes nos han perdido, porque han rehusado escuchar las lecciones de Pío IX, el Pontífice perseguido, y seguir las huellas de García Moreno, el héroe-mártir».

¡Cuánto deseáramos ver elevado a los altares a este modelo de estadista! ¡Cuánto deseáramos que su estampa suscitara en nuestra Patria un gobernante de semejante envergadura! Lo que parece imposible para los hombres, no lo es para Dios. De nuestra parte no nos queda sino ir preparando un pueblo que, si algún día aquél surge, sepa reconocerlo, admirarlo y seguirlo.

Obras Consultadas

P. Alfonso Berthe, *García Moreno*, Cruzamante, Buenos Aires 1981.

Manuel Gálvez, *Vida de don Gabriel García Moreno*, Difusión, Buenos Aires 1942.

Adro Xavier, *García Moreno*, Casals, Barcelona 1991.

A García Moreno

*Porque sabio es aquel que saborea
las cosas como son, y señorea
con el don inefable de la ciencia.
O descubre que en Dios se vuelve asible
la realidad visible y la invisible.
Llamaremos virtud a su sapiencia.*

*Porque al Principio el Verbo se hizo hombre,
encarnado en María, cuyo nombre
el Ángel pronunció como quien labra.
Toda voz cuando fiel es resonancia
de la celeste voz y en consonancia,
llamaremos invicta a su palabra.*

*Porque viendo flamear las Dos Banderas,
izó la que tenía las señeras
bordaduras de sangre miliciana.
Prometió enarbolarla en un solemne
ritual latino del amor perenne.
Diremos que su vida fue ignaciana.*

*Porque sufrió el castigo del destierro,
persecuciones duras como el hierro
—si en herrumbres el alma se forjaba—.
Enfrentó con honor la peripecia
por defender la patria y a la Iglesia.
Diremos que su guerra fue cruzada.*

*Porque podía, con el temple calmo,
versificar hermosamente un salmo,
penitente de fe y de eucaristía.
Mientras en Cuenca, Loja o Guayaquil
empuñaba la espada y el fusil.
Proclamaremos su gallarda hombría.*

*Porque probó que el Syllabus repone
el orden en el alma y las naciones,
desafiando el poder de la conjura.
Bajó la vara de la justa ley,
alzó el gran trono para Cristo Rey.
Proclamaremos grande su estatura.*

*Porque sabía en clásico equilibrio
inaugurar un puente o un Concilio,
unir la vida activa al monacato.
En el gobierno fue arquitecto o juez,
estratega o liturgo alguna vez.
Nombraremos egregio a su mandato.
Porque asistió a los indios y leprosos
con la humildad de los menesterosos*

y el señorío de los reyes santos.
Cargó en Quito la Cruz sobre su espalda.
De España amó el blasón en rojo y gualda.
Nombraremos su gloria en nuevos cantos.
Porque las logias dieron la sentencia
de difamarlo con maledicencia,
matándolo después en cruel delirio.
Pagó con sangre el testimonio osado
de patriota y católico abnegado.
Honraremos la luz de su martirio.
Era agosto y lloraban las laderas,
las encinas, el mar, las cordilleras
del refugio que el águila requiere.
Un duelo antiguo recorría el suelo.
Una celebración gozaba el cielo.
Todo Ecuador gritaba: ¡Dios no muere!

Antonio Caponnetto

11

Anacleto González Flores

Consideraremos ahora una figura realmente fascinante, la de Anacleto González Flores, uno de los héroes de la Epopeya Cristera. Anacleto nació en Tepatitlán, pequeño pueblo del Estado de Jalisco, cercano a Guadalajara, el 13 de julio de 1888. Sus padres, muy humildes, eran fervientemente católicos. De físico más bien débil, ya desde chico mostró las cualidades propias de un caudillo de barrio, inteligente y noble de sentimientos. Pronto se aficionó a la lectura, y también a la música. Cuando había serenata en el pueblo, trepaba a lo que los mexicanos llaman «el kiosco», tribuna redonda en el centro de la plaza principal. Era un joven simpático, de buena presencia, galanteador empedernido, de rápidas y chispeantes respuestas, cultor de la eutrapelia.

A raíz de la misión que un sacerdote predicó en Tepatitlán, sintió arder en su corazón la llama del apostolado, entendiendo que debía hacer algo precisamente cuando su Patria parecía deslizarse lenta pero firmemente hacia la apostasía. Se decidió entonces a comulgar todos los días, y enseñar el catecismo de Ripalda a los chicos que lo seguían, en razón de lo cual empezaron a llamarlo «el maistro», sin que por ello se aminorara un ápice su espíritu festivo tan espontáneo y la amabilidad de su carácter. Al cumplir veinte años, ingresó en el seminario de San Juan de los Lagos, destacándose en los estudios de tal forma que solía suplir las ausencias del profesor, con lo que su antiguo sobrenombre quedó consolidado: sería para siempre «el Maistro».

Luego pasó al seminario de Guadalajara, pero cuando estaba culminando los estudios entendió que su vocación no era el sacerdocio. Salió entonces de ese instituto e ingresó en la Escuela Libre de Leyes de la misma ciudad, donde se recibió de abogado. Quedóse luego en Guadalajara, iniciando su labor apostólica y patriótica que lo llevaría al martirio. Pero antes de seguir con el relato de su vida, describamos el ambiente histórico en que le tocó vivir.

I. Antecedentes

Para entender lo que pasó en el México de Anacleto, será preciso remontarnos más atrás en la historia de dicha nación. A comienzos del siglo pasado, los primeros conatos de rebeldía, protagonizados por Hidalgo y Morelos, tuvieron una connotación demagógica, de lucha de razas, así como de aborrecimiento a la tradición hispánica. Poco después, apareció una gran personalidad, Agustín de Iturbide, con una visión totalmente diferente. En 1821 proclamó el llamado *Plan de Iguala*, con tres garantías: la *independencia* de España, pero evitando una ruptura con la madre patria, la *unión* de todos los estamentos sociales –españoles, criollos e indios), y la *Religión Católica*, como base espiritual de la nueva Nación. Sobre estas tres bases, Iturbide fue proclamado *Emperador de México*. Desgraciadamente, tal proyecto no se concretó de manera duradera.

Un segundo momento en la historia de esta noble nación es el que se caracteriza por la virulencia del liberalismo. Fue la época de la «Reforma» de Benito Juárez, plasmada en la Constitución de 1857. Con el nombre de «Reforma» se quiso probablemente aludir a la rebelión protestante contra la Iglesia. Tratóse de un nuevo proyecto, eminentemente anticatólico y antihispano, que hizo del liberalismo una especie de religión laica, con lo que la Iglesia quedó totalmente excluida de la vida pública mexicana, en la admiración rendida a la mentalidad predominante en los Estados Unidos, y al espíritu de la Ilustración.

La ulterior invasión de los franceses y la coronación de Maximiliano, hermano del Habsburgo Francisco José, como emperador, con el apoyo de los Austrias y de Napoleón III, proyecto al que se aliaron grandes patriotas mexicanos como Miramón, Márquez y Mejía, trajo una esperanza y una alternativa frente al influjo nefasto de los Estados Unidos. Pero este Imperio duró también muy poco, cerrándose trágicamente con el fusilamiento de Maximiliano, Miramón y Mejía, entre otros. A raíz de la implantación de la Reforma, tuvo lugar la primera resistencia católica, popular y campesina, sobre todo en Guanajuato y Jalisco, inspirada en la condena que Pío IX hizo de aquélla en 1856. Más adelante gobernó Porfirio Díaz, también liberal, pero que se abstuvo de aplicar las leyes antirreligiosas más virulentas de la Reforma.

En 1910 cayó la dictadura porfirista. Podríase decir que a partir de 1914 comienza el tercer período de la historia de México. Fue entonces cuando se reanudó el proyecto liberal del siglo pasado bajo el nombre de *Revolución Mexicana*, impulsada por los sucesivos presidentes Carranza, Obregón, Calles, Cárdenas..., hasta el día de hoy, siempre con el apoyo de los Estados Unidos.

Ante tantos males que herían el alma de México surgió la idea de proclamar solemnemente el Señorío de Cristo sobre la nación herida. Lo primero que hicieron los Obispos fue coronar de manera pública una imagen del Sagrado Corazón, pero luego determinaron hacer más explícito su propósito mediante una consagración a Cristo Rey, donde se ponía bajo su vasallaje la nación, sus cam-

pos y ciudades. El pueblo acompañó a los pastores con el grito de «¡Viva Cristo Rey!», proferido por primera vez en la historia, lo que concitó las iras del Gobierno.

Fue el presidente Carranza (1917-1920), quien inspiró la *Constitución de Querétaro* de 1917, más radical aún que la de 1857. Un alud de decretos cayó sobre México, en un año un centenar. Se impuso la enseñanza laica no sólo en la escuela pública sino también en la privada; se prohibieron los votos y, consiguientemente, las órdenes religiosas; los templos pasaron a ser propiedad estatal; se declaró a la Iglesia incapaz de adquirir bienes, quedando los que tenía en manos del Estado; se declaró el matrimonio como contrato meramente civil; se estableció el divorcio vincular; se fijó un número determinado de sacerdotes para cada lugar, que debían registrarse ante el poder político. Así el catolicismo pasaba a ser un delito en México y los creyentes eran vistos poco menos que como delincuentes.

En Guadalajara, patria pequeña de Anacleto, la promulgación de los decretos se llevó a cabo con elocuencia jacobina. Un diputado local, que pronto llegaría a Gobernador del Estado de Jalisco, tras recordar que «la humanidad, desde sus más remotos tiempos, ha estado dominada por las castas sacerdotales» evocó de manera encomiástica la Revolución francesa, para concluir: «todos aquellos que están dominados por la sacristía, son sangüijuelas que están subcionando (sic) sin piedad la sangre del pueblo». Para salir al paso de este primer brote anticatólico, el Arzobispo ordenó suspender el culto en la diócesis, ya que la nueva Ley parecía hacerlo imposible. Todo el pueblo se levantó en protesta contra el gobierno.

El intendente de Guadalajara, preocupado, convocó a los ciudadanos para tratar de persuadirlos. Los católicos que habían tomado la costumbre de reunirse en las plazas y de convertir en templos algunas casas particulares, acudieron a la convocatoria del gobernante, designando a Anacleto para responderle como correspondía. Comenzó el intendente su discurso increpando duramente a los agitadores clericales, si bien habló con cortesía de las mujeres católicas y disculpó al pueblo allí presente, ya que a su juicio había sido embaucado. Insultó a los reaccionarios y luego, fijando sus ojos en Anacleto, le dijo: «usted acabará fusilado». González Flores no se amilanó sino que contestó con una enardecida arenga.

El pueblo católico se sintió confortado. Las protestas se multiplicaban, pidiendo la derogación de los decretos.

Ahora tuvo que intervenir el Gobernador. «Que me prueben –dijo– que realmente es el pueblo el que está en desacuerdo». El pueblo entero se hizo presente frente a la Casa de Gobierno, encabezado otra vez por Anacleto. El Gobernador salió al balcón y comenzó diciendo: «Habéis sido reunidos aquí por un engaño». Miles de brazos se alzaron y un enérgico «no» resonó en la plaza. «Os dijeron –siguió el Gobernador–, que yo quería una demostración de que sois católicos». «¡Sí, sí!», gritó la multitud. «Pues bien, ya lo sé, ya lo sabía hace mucho tiempo, pero vuestros sacerdotes os engañan, os han engañado». «¡No, no!», contestaron los católicos. «Ellos no quieren acatar la ley. Pues bien, no tenéis más que dos caminos: acatar el Decreto expedido por el Congreso, o abandonar el Estado como parias».

Resonó entonces una estrepitosa carcajada. El Gobernador volvió la espalda a la multitud, entre insultos y gritos. Al fin no le quedó sino ceder, revocando el Decreto.

En el orden nacional sucedió a Carranza como Presidente el General Obregón (1920-1924), quien tuvo la astucia de no aplicar íntegramente la Constitución de 1917. De ello se encargaría Calles (1924-1928), declarando la guerra al catolicismo mexicano. Fue durante su

período –en 1925– que Pío XI instituyó la solemnidad litúrgica de Cristo Rey. Ulteriormente el Papa diría que el motivo que lo decidió a tomar dicha medida había sido el fervor del pueblo mexicano en favor de la Realeza de Cristo.

Durante estos últimos años, tan arduos, los católicos habían comenzado a movilizarse. Destaquemos una figura señera, la del P. Bernardo Bergöend, de la Compañía de Jesús, quien en 1918 fundó la *Asociación Católica de la Juventud Mexicana*, la ACJM, con el fin de coordinar las fuerzas vivas de la juventud, en orden a la restauración del orden social en México. La piedad, el estudio y la acción fueron los tres medios elegidos para formar dichas falanges, no desdeñando el ejercicio de la acción cívica, en defensa de la religión, la familia y la propiedad. El lema lo decía todo: «Por Dios y por la Patria».

El P. Bergöend se había inspirado en el conde Alberto de Mun, creador de la Asociación Católica de la Juventud Francesa. Su idea era formar «un buen contingente de jóvenes estrechamente unidos entre sí que, animados de una fe profunda en la causa de Dios, de la Patria y del alma popular, trabajasen a una por Dios, por la Patria y por el pueblo, amando a Dios hasta el martirio, a la Patria hasta el heroísmo y al pueblo hasta el sacrificio». De la ACJM diría en 1927 el P. Victoriano Félix, jesuita español, que había «acertado con el más perfecto modo de formar hombres, pues ha sabido forjar mártires».

De la ACJM provinieron los jefes de la *Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa*, organización encargada de coordinar las distintas agrupaciones católicas para enfrentar la terrible persecución. La Liga, de carácter cívico, no dependería de la Jerarquía, ni en su organización, ni en su gobierno, ni en su actuación, asumiendo los dirigentes la entera responsabilidad de sus acciones. En 1926, la Liga estaba ya instaurada en la totalidad de la República. Sólo en la ciudad de México contaba con 300.000 miembros activos. Todas las organizaciones católicas existentes se pusieron bajo su conducción.

Tal fue el ambiente en que se movió nuestro héroe. Su estampa nos ofrece dos principales facetas, la del docente y la del caudillo.

II. «El Maestro»

Ya hemos dicho cómo desde sus mocedades, Anacleto mostró una clara inclinación a la docencia, inclinación que se fue intensificando en proporción al acrecentamiento de su formación intelectual. Durante los años de seminario, frecuentó sobre todo el campo de la filosofía y de la teología, con especial predilección por San Agustín y Santo Tomás. Para su afición oratoria sus guías principales fueron Demóstenes, Cicerón, Virgilio, Bossuet, Fenelon, Veuillot, Lacordaire, Montalembert, de Mun, Donoso Cortés y Vázquez de Mella. Su amor a las artes y las letras lo acercó a Miguel Ángel, Shakespeare e Ibsen. Su inclinación social y política lo llevó al conocimiento de Windthorst, Mallinckrodt, Ketteler, O'Connell. Asimismo era experto en leyes, habiendo egresado de la Facultad de Jurisprudencia de Guadalajara con las notas más altas. Fue un verdadero intelectual, en el sentido más noble de la palabra, no por cierto un intelectual de gabinete, pero sí un excelente diagnosticador de la realidad que le fue contemporánea.

Y así, tanto en sus escritos como en sus discursos, nos ha dejado una penetrante exposición de la tormentosa época que le tocó vivir, no sólo en sí misma sino en sus antecedentes y raíces históricas. Entendía, ante todo,

a México, y más en general a Iberoamérica, como *la heredera de la España imperial*. La vocación de España, dice en uno de sus escritos, tuvo un origen glorioso: los ocho siglos de estar, espada en mano, desbaratando las falanges de Mahoma. Continuó con Carlos V, siendo la vanguardia contra Lutero y los príncipes que secundaron a Gustavo Adolfo. En Felipe II encarnó su ideal de justicia. Y luego, en las provincias iberoamericanas, fue una fuerza engendradora de pueblos.

Siempre en continuidad con aquel día en que Pelayo hizo oír el primer grito de Reconquista. «Nuestra vocación, tradicionalmente, históricamente, espiritualmente, religiosamente, políticamente, es la vocación de España, porque de tal manera se anudaron nuestra sangre y nuestro espíritu con la carne, con la sangre, con el espíritu de España, que desde el día en que se fundaron los pueblos hispanoamericanos, desde ese día quedaron para siempre anudados nuestros destinos, con los de España. Y en seguir la ruta abierta de la vocación de España, está el secreto de nuestra fuerza, de nuestras victorias y de nuestra prosperidad como pueblo y como raza».

La fragua que nos forjó es la misma que forjó a España. Nuestra retaguardia es de cerca de trece siglos, larga historia que nos ha marcado hasta los huesos. Recuerda Anacleto el intento de Felipe II de fundir, en un matrimonio desgraciado, los destinos de su Patria con Inglaterra. Tras el fracaso de dicho proyecto armó su flota para abatir a la soberbia Isabel y sus huestes protestantes, enfrentando la ambición de aquella nación pirata, vieja y permanentemente señora del mar.

Tras el fracaso, «sus capitanes hechos de hierro y sus misioneros amasados en el hervor místico de Teresa y Juan de la Cruz, se acercaron a la arcilla oscura de la virgen América y en un rapto, que duró varios siglos, la alta, la imborrable figura de don Quijote, seco, enjuto, y contraído de ensueño excitante, pero real semejanza del Cristo, como lo ha hecho notar Unamuno, se unió, se fundió, no se superpuso, no se mezcló, se fundió para siempre en la carne, en la sustancia viva de Cuauhtémoc y de Atahualpa. Y la esterilidad del matrimonio de Felipe con la Princesa de Inglaterra se tornó en las nupcias con el alma genuinamente americana, en la portentosa fecundidad que hoy hace que España escoltada por las banderas que se empujan sobre los Andes, del Bravo hacia el Sur, vuelva a afirmar su vocación».

Junto con España accede a nuestra tierra la Iglesia Católica, quien bendijo las piedras con que España cimentó nuestra nacionalidad. Ella encendió en el alma oscura del indio la antorcha del Evangelio. Ella puso en los labios de los conquistadores las fórmulas de una nueva civilización. Ella se encontró presente en las escuelas, los colegios, las universidades, para pronunciar su palabra desde lo alto de la cátedra. Ella estuvo presente en todos los momentos de nuestra vida: nacimiento, estudio, juventud, amor, matrimonio, vejez, cementerio.

Concretado el glorioso proyecto de la hispanidad, aflora en el horizonte el fantasma del anticatolicismo y la antihispanidad. Es el gran movimiento subversivo de la modernidad, encarnado en tres enemigos: la Revolución, el Protestantismo y la Masonería. El primer contrincante es *la Revolución*, que en el México moderno encontró una concreción aterradora en la Constitución de 1917, nefasto intento por desalojar a la Iglesia de sus gloriosas y seculares conquistas. Frente a aquellas nupcias entre España y nuestra tierra virgen, la Revolución quiso celebrar nuevas nupcias, claro que en la noche, en las penumbras misteriosas del error y del mal. Las nuevas y disolventes ideas han ido entrando en el cuerpo de la nación mexicana, como un brebaje maldito, una epidemia que se introdujo hasta en la carne y los huesos de la Patria, llegando a suscitar generaciones de ciegos, paralíticos y mudos de espíritu.

En México han jurado derribar la mansión trabajosamente construida. Anacleto lo expresa de manera lumi-

nosa: «El revolucionario no tiene casa, ni de piedra ni de espíritu. Su casa es una quimera que tendrá que ser hecha con el derrumbe de todo lo existente. Por eso ha jurado demoler nuestra casa», esa casa donde por espacio de tres siglos, misioneros, conquistadores y maestros sudaron y se desangraron para edificar cimientos y techos. Y luego esbozaron el plan de otra casa, la del porvenir. Hasta ahora no han logrado demoler del todo la casa que hemos levantado en estos tres siglos. Si no lo han podido es porque todavía hay fuerzas que resisten, porque Ripalda, el viejo y deshinchado Ripalda, como el Atlas de la mitología, mantiene las columnas de la autoridad, la propiedad, la familia. Sin embargo persisten en invadirlo todo, nuestros templos, hogares, escuelas, talleres, conciencias, lenguaje, con sus banderas políticas. Incluso han intentado crear una Iglesia cismática, encabezada por el «Patriarca» Pérez, para mostrar que nuestra ruptura con la hispanidad resulta inescindible de nuestra ruptura con la Iglesia de Roma. Son invasores, son intrusos.

El trabajo de demolición no ha sido, por cierto, infructuoso. «Si hemos llegado a ser un pueblo tuberculoso, lleno de úlceras y en bancarrota, ha sido, es solamente, porque una vieja conjuración legal y práctica desde hace mucho tiempo mutiló el sentido de lo divino». México ha sido saqueada por la Revolución, por los Juárez, por los Carranza...

Junto con la Revolución destructora, Anacleto denuncia el ariete del *Protestantismo*, que llega a México principalmente a través del influjo de los Estados Unidos. González Flores trae a colación aquello que dijo Roosevelt cuando le preguntaron si se efectuaría pronto la absorción de los pueblos hispanoamericanos por parte de los Estados Unidos: «La creo larga [la absorción] y muy difícil mientras estos países sean católicos». El viejo choque entre Felipe II e Isabel de Inglaterra se renueva ahora entre el México tradicional y las fuerzas del protestantismo que intenta penetrar por doquier, llegando al corazón de las multitudes, sobre todo para apoderarse de la juventud.

El tercer enemigo es *la Masonería*, que levanta el estandarte de la rebelión contra Dios y contra su Iglesia. Anacleto la ve expresada principalmente en el ideario de la Revolución francesa, madre de la democracia liberal, que en buena parte llegó a México también por intercesión de los Estados Unidos. En 1793, escribe, alguien dijo enfáticamente: «La República no necesita de sabios». Y así la democracia moderna, salida de las calles ensangrentadas de París, se echó a andar sin sabios, en desastrosa improvisación. Su gran mentira: el sufragio universal. Cualquier hombre sacado de la masa informe es entendido como capaz de tomar en sus manos la dirección suprema del país, pudiendo ser ministro, diputado o presidente. Nuestra democracia ha sido un interminable via crucis, cuya peor parte le ha tocado al llamado pueblo soberano: primero se lo proclamó rey, luego se lo coronó de espinas, se le puso un cetro de caña en sus manos, se lo vistió con harapos y, ya desnudo, se lo cubrió de salivazos.

La democracia moderna se basa en un *eslogan* mentiroso, el de la igualdad absoluta. «Se echaron en brazos del número, de sus resultados rigurosamente matemáticos, y esperaron tranquilamente la reaparición de la edad de oro. Su democracia resultó una máquina de contar». Consideran a la humanidad como una inmensa masa de guarismos donde cada hombre vale no por lo que es, sino por constituir una unidad, por ser uno. Todo hombre es igual a uno, el sabio y el ignorante, el honesto y el ladrón, nadie vale un adarme más que otro, con iguales derechos, con iguales prerrogativas. «Y si esa democracia no necesita de sabios, ni de poetas, tampoco nece-

sita de héroes, ni de santos». ¿Para qué esforzarnos, para qué sacrificarnos por mejorar, si en el pantano, debajo del pantano, la vida es una máquina de contar y cada hombre vale tanto como los demás?

Se ha producido así un derrumbe generalizado, un descenso arrasador y vertiginoso, todos hemos descendido, todo ha descendido. «Nos arrastramos bajo el fardo de nuestra inmensa, de nuestra aterradora miseria, de nuestro abrumador empobrecimiento». Democracia maligna ésta, porque ha roto su cordón umbilical con la tradición, con el pasado fecundante. «El error de los vivos no ha consistido en intentar la fundación de una democracia, ha consistido y consiste sobre todo, en querer fundar una democracia en que no puedan votar los muertos y que solamente voten los vivos y se vote por los vivos».

Resulta interesante advertir cómo González Flores supo ver, ya en su tiempo, el carácter destructivo e invasor del espíritu norteamericano, incurablemente protestante y democrático-liberal. Concidía con Anacleto el vicepresidente de la Liga, Miguel Palomar y Vizcarra, en un *Memorandum relativo a la influencia de los Estados Unidos sobre México en materia religiosa*. Allí se lee: «El imperialismo yanqui es para nosotros, y para todos los mexicanos que anhelan la salvación de la patria, algo que es en sí mismo malo, y como malo debe combatirse enérgicamente». Bien ha hecho Enrique Díaz Araujo en destacar la perspicacia de los dirigentes católicos que no se dejaron engañar por la apariencia bolchevique de los gobiernos revolucionarios de México —recuérdese que la Constitución se dictó precisamente el año en que estalló la revolución soviética—, sino que los consideraron simples «sirvientes de los Estados Unidos». No era sencillo descubrir detrás del parloteo obrerista, indigenista y agrarista, la usina real que alimentaba la campaña antirreligiosa.

Carlos Pereyra lo sintetizó así: «Aquel gobierno de enriquecidos epicúreos empezó a cultivar simultáneamente dos amores: el de Moscú y el de Washington... La colonia era de dos metrópolis. O, más bien, había una sucursal y un protectorado. Despersonalización por partida doble, pero útil, porque imitando al ruso en la política antirreligiosa, se complacía al anglosajón».

La política estadounidense se continuaría por décadas, como justamente lo ha observado José Vasconcelos: «Las Cancillerías del Norte, ven esta situación [la de México] con la misma simpatía profunda con que Roosevelt y su camarilla se convirtieron en protectores de la Rusia soviética durante la Segunda Guerra Mundial. El regocijo secreto con que contemplaron el martirio de los católicos en México, bajo la administración callista, no fue sino el antecedente de la silenciosa complicidad de los jefes del radicalismo de Washington con los verdugos de los católicos polacos, los católicos húngaros, las víctimas todas del sovetismo ruso».

Tales fueron, según la visión de Anacleto, los tres grandes propulsores de la política anticristiana y antimexicana: la revolución, el protestantismo y la masonería.

«La revolución —escribe—, que es una aliada fiel tanto del protestantismo como de la Masonería, sigue en marcha tenaz hacia la demolición del Catolicismo y bate el pensamiento de los católicos en la prensa, en la escuela, en la calle, en las plazas, en los parlamentos, en las leyes: en todas partes. *Nos hallamos en presencia de una triple e inmensa conjuración contra los principios sagrados de la Iglesia*».

De lo que en el fondo se trataba era de un atentado, inteligente y satánico, contra la vertebración hispánico católica de la Patria.

III. El Caudillo

Pero Anacleto no fue un mero diagnosticador de la situación, un sagaz observador de lo que iba sucediendo. Fue también un conductor, un formador de espíritus, un apóstol de largas miras.

1. México católico, despierta de tu letargo

En sus artículos y conferencias nuestro héroe vuelve una y otra vez sobre la necesidad de ser realistas y de enfrentar lúcidamente la situación por la que atravesaba su Patria. Se nos ha caído la finca, dice, hemos visto el derrumbe estrepitoso del edificio de la sociedad, y caminamos entre escombros. Pero al mismo tiempo señala su preocupación porque muchos católicos desconocen la gravedad del momento y sobre todo las causas del desastre, ignoran cómo los tres grandes enemigos a que ha aludido, el *Protestantismo*, la *Masonería* y la *Revolución*, trabajan de manera incansable y con un programa de acción alarmante y bien organizado.

Estos tres enemigos están venciendo al Catolicismo en todos los frentes, a todas horas y en todas las formas posibles. Combaten en las calles, en las plazas, en la prensa, en los talleres, en las fábricas, en los hogares. Trátase de una batalla generalizada, tienen desenvainada su espada y desplegados sus batallones en todas partes. Esto es un hecho. Cristo no reina en la vía pública, en las escuelas, en el parlamento, en los libros, en las universidades, en la vida pública y social de la Patria. Quien reina allí es el demonio. En todos aquellos ambientes se respira el hálito de Satanás.

Y nosotros, ¿qué hacemos? Nos hemos contentado con rezar, ir a la iglesia, practicar algunos actos de piedad, como si ello bastase «para contrarrestar toda la inmensa conjuración de los enemigos de Dios». Les hemos dejado a ellos todo lo demás, la calle, la prensa, la cátedra en los diversos niveles de la enseñanza. En ninguno de esos lugares han encontrado una oposición seria. Y si algunas veces hemos actuado, lo hemos hecho tan pobremente, tan raquíticamente, que puede decirse que no hemos combatido. Hemos cantado en las iglesias pero no le hemos cantado a Dios en la escuela, en la plaza, en el parlamento, arrinconando a Cristo por miedo al ambiente.

Urge salir de las sacristías, entendiendo que el combate se entabla en todos los campos, «sobre todo allí donde se libran las ardientes batallas contra el mal; procuremos hallarnos en todas partes con el casco de los cruzados y combatamos sin tregua con las banderas desplegadas a todos los vientos». Reducir el Catolicismo a plegaria secreta, a queja medrosa, a temblor y espanto ante los poderes públicos «cuando éstos matan el alma nacional y atasajan en plena vía la Patria, no es solamente cobardía y desorientación disculpable, es un crimen histórico religioso, público y social, que merece todas las execraciones».

Tal es la gran denuncia de González Flores hacia dentro de la Iglesia, el inmenso lastre de *pusilanimidad* y de *apocamiento* que ha llevado a buena parte del catolicismo mexicano al desinterés y la resignación. Las almas sufren de empuqueñecimiento y de anemia espiritual. Nos hemos convertido en mendigos, afirma, renunciando a ser dueños de nuestros destinos. Se nos ha desalojado de todas partes, y todo lo hemos abandonado.

«Ni siquiera nos atrevemos a pedir más de lo que se nos da. Se nos arrojan todos los días las migajas que deja la hartura de los invasores y nos sentimos contentos con ellas». Tal encogimiento está en abierta pugna con el espíritu del cristianismo que desde su aparición es una inmensa y ardiente acometida a lo largo de veinte siglos de historia. «La Iglesia vive y se nutre de osadías. Todos sus planes arrancan de la osadía. Solamente nosotros nos hemos empuqueñecido y nos hemos entregado al apocamiento».

Hasta ahora casi todos los católicos no hemos hecho otra cosa que pedirle a Dios que Él haga, que Él obre, que Él realice, que haga algo o todo por la suerte de la Iglesia en nuestra Patria. Y por eso nos hemos limitado a rezar, esperando que Dios obre. Y todo ello bajo la máscara de una presunta «prudencia». Necesitamos la imprudencia de la osadía cristiana.

Justamente en esos momentos el Papa acababa de establecer la fiesta de Cristo Rey. Refiriéndose a ello, Anacleto insiste en su proposición.

«Desde hace tres siglos –explica– los abanderados del laicismo vienen trabajando para suprimir a Cristo de la vida pública y social de las naciones. Y con evidente éxito, a escala mundial, ya que no pocas legislaturas, gobiernos e instituciones han marginado al Señor, desdénandole su soberanía. Lo relevante de la institución de esta fiesta no consiste tanto en que se lo proclame a Cristo como Rey de la vida pública y social. Ello es, por cierto, importante, pero más lo es que los católicos entendamos nuestras responsabilidades consiguientes. Cristo quiere que lo ayudemos con nuestros esfuerzos, nuestras luchas, nuestras batallas. Y ello no se conseguirá si seguimos encastillados en nuestros hogares y en nuestros templos.

«Hasta ahora nuestro catolicismo ha sido un catolicismo de verdaderos paráliticos, y ya desde hace tiempo. Somos herederos de paráliticos, atados a la inercia en todo. Los paráliticos del catolicismo son de dos clases: los que sufren una parálisis total, limitándose a creer las verdades fundamentales sin jamás pensar en llevarlas a la práctica, y los que se han quedado sumergidos en sus devocionarios no haciendo nada para que Cristo vuelva a ser Señor de todo. Y claro está que cuando una doctrina no tiene más que paráliticos se tiene que estancar, se tiene que batir en retirada delante de las recias batallas de la vida pública y social y a la vuelta de poco tiempo tendrá que quedar reducida a la categoría de momia inerte, muda y derrotada. Nuestras convicciones están encarceladas por la parálisis. Será necesario que vuelva a oírse el grito del Evangelio, comienzo de todas las batallas y preanuncio de todas las victorias. Falta pasión, encendimiento de una pasión inmensa que nos incite a reconquistar las franjas de la vida que han quedado separadas de Cristo».

«Judas se ahorcó –dice Anacleto en otro lugar– mas dejó una numerosa descendencia, los herejes, los apóstatas, los perseguidores. Pero también la dejó entre los mismos católicos. Porque se parecen a Judas los que saben que los niños y los jóvenes están siendo apuñalados, descristianizados en los colegios laicistas, y sin embargo, después de haberle dado a Jesús un beso dentro del templo, entregan las manos de sus hijos en las manos del maestro laico, para que Cristo padezca nuevamente los tormentos de sus verdugos. Se parecen a Judas los católicos que no colaboran con las publicaciones católicas, permitiendo que éstas mueran. O los que entregados en brazos de la pereza, dejan hacer a los enemigos de Cristo. También se le parecen los que no hacen sino criticar acerbamente a los que se esfuerzan por trabajar, porque contribuyen a que Cristo quede a merced de los soldados que lo persiguen».

Como se ve, González Flores trazó un perfecto cuadro de la situación anímica de numerosos católicos, enteramente pasivos ante los trágicos acontecimientos que se iban desarrollando en la Patria mexicana. Fustigó también el grave peligro del individualismo.

«Los católicos de México –señala– han vivido aislados, sin solidaridad, sin cohesión firme y estable. Ello alienta al enemigo al punto de que hasta el más infeliz policía se cree autorizado para abofetear a un católico, sabiendo que los demás se encogerán de hombros. Más aún, no son pocos los católicos que se atreven a llamar imprudente al que sabe afirmar sus derechos en presencia de sus perseguidores. Es necesario que esta situación de aislamiento, de alejamiento, de dispersión nacional, termine de una vez por todas, y que a la mayor brevedad se piense ya de una manera seria en que seamos todos los católicos de nuestra Patria no un montón de partículas sin unión, sino un cuerpo inmenso que tenga un solo programa, una sola cabeza, un solo pensamiento, una sola bandera de organización para hacerles frente a los perseguidores».

2. El forjador de caracteres

Hemos dicho que desde niño Anacleto fue apodado «el maestro», por su nativa aptitud didáctica. Este «bautizo», que nació de manera espontánea, se trocó después en cariñoso homenaje y hoy es un título glorioso. Maestro, sobre todo, en cuanto que fue un auténtico formador de almas. Consciente del estancamiento del catolicismo y de la pusilanimidad de la mayoría, o, como él mismo dijo, «del espíritu de cobardía de muchos católicos y del amor ardiente que sienten por sus propias comodidades y por su Catolicismo de reposo, de pereza, de apatía, de

inercia y de inacción», se abocó a la formación de católicos militantes, que hiciesen suyo «el ideal de combate», convencidos de que «su misión es batirse hoy, batirse mañana, batirse siempre bajo el estandarte de la verdad».

A su juicio, el espíritu de los católicos, si querían ser de veras militantes, debía forjarse en dos niveles, el de la inteligencia y el de la voluntad. En el nivel de *la inteligencia*, ante todo, ya que «las batallas que tenemos que reñir son batallas de ideas, batallas de palabras».

«Los medios modernos de comunicación – escribe – aunque sirven generalmente para el mal, podrán ayudarnos, si a ellos recurrimos, para que nuestras ideas se abran paso con mayor celeridad, en orden a ir creando una cultura católica. No podemos seguir luchando a pedradas mientras nuestros enemigos nos combaten con ametralladoras».

En esta obra de propagación de la verdad todos pueden hacer algo: los más rudos e ignorantes, dedicarse a estudiar; los más cultos, enseñar a los demás; los que no son capaces de escribir ni hablar, al menos pueden difundir un buen periódico; los que tienen destreza en hablar y escribir, podrán adoctrinar a los demás. No nos preguntemos ya cuánto hemos llorado, sino qué hemos hecho o qué hacemos para afianzar y robustecer las inteligencias. A unos habrá que pedirles solamente ayuda económica; a otros su pluma y su palabra; a otros que no compren más los periódicos laicistas; a otros que vendan los periódicos católicos.

«Ya llegará el momento en que, después de un trabajo fuerte, profundo de formación de conciencia, todos los espíritus estén prontos a dar más de lo que ahora dan y entonces los menos dispuestos a sacrificarse querrán aumentar su contingente energía. Y de este modo habremos logrado que todos se aproximen al instante en que tengamos suficientes mártires que bañen con su sangre la libertad de las conciencias y de las almas en nuestro país».

Anacleto no se quedó en buenas intenciones. Se propuso constituir un grupo de personas deseosas de formarse, no limitado, por cierto, a los de inteligencia privilegiada sino abierto a todos cuantos desearan adquirir una cultura lo más completa posible. Para él dicha labor era superior a todas las demás. La influencia de ese grupo resultaría incontrastable, «porque se hallaría en posesión de los poderes más formidables, cuales son la idea y la palabra».

Para este propósito, Anacleto se dirigió principalmente a la juventud, a la que por once años consagró lo mejor de sus energías. La amplia y arbolada plaza contigua al Santuario de Guadalupe, en Guadalajara, fue su primer local, el lugar predilecto de sus tertulias. Su verbo era fascinante. Nos cuenta el Padre H. Navarrete que siendo él estudiante secundario, se encontró un día con Anacleto, a la sazón profesor de Historia Patria, reunido con un grupo en la plaza del Carmen.

«Sois estudiantes –les dijo–. Tras de largas peregrinaciones por aulas e Institutos, llegaréis a conquistar vuestra inmediata ambición: un título profesional. Y bien, ¿qué habréis obtenido? Una posición; es decir, pan, casa, vestido. ¿Es esto todo para el hombre? Me diréis que de paso llenáis una misión nobilísima cultivando la ciencia. ¿Puede ser esa la misión de un ser como el hombre?»

«No es la principal labor del hombre el cultivo del cuerpo, ni el de la inteligencia. Ha de ser el cultivo de las facultades más altas del espíritu. La de amar; pero amar lo inmortal, lo único digno de ser amado sin medida: amar a Dios. ¿Serán por ventura ustedes de los que se creen que se llena esa infinita ambición con esas prácticas ordinarias del cristiano apergaminado que asiste a misa los domingos? No. Eso no es ser cristiano. Eso es irse paganizando; es un abandonar plácidamente la vida cristiana, pasando a la vera del sagrado con antifaz carnavalesco, sonriendo al mundo y al vicio, mientras en la penumbra vaga del rincón de una iglesia, precipitadamente, en breves minutos con dolor robados a la semana, se santigua la pintada faz del comediante...»

«Amar a Dios, para un joven, debe significar entusiasmos sin medida, ardores apasionados de santo, sueños de heroísmo y arrosos de leyenda. La vida es una milicia». Dice Navarrete que ésas y otras ideas fueron brotando en medio de un diálogo vivaz, apasionante. «A mí no me cabía duda. Aquel hombre alcanzaba los perfiles de los grandes líderes. La claridad brillante de sus ideas unida a la férrea voluntad de un ardoroso corazón, lo delineaban como un egregio conductor de masas. Había ahí madera para un santo, alma para un mártir».

Anacleto atrajo en torno a sí a lo mejor de la juventud de Guadalajara. A pocas manzanas del Santuario de Guadalupe de dicha ciudad, a que acabamos de referirnos, una señora ofreció hospedaje y alimentación tanto a él como a varios compañeros que estudiaban en la Universidad. Allí convocaron a numerosos jóvenes para cursos de formación. En cierta ocasión estaban estudiando los avatares de la Revolución francesa, sus víctimas, sus verdugos, la Gironda, el Jacobinismo, etc., y como la que cuidaba la casa se llamaba Gerónima, y los vecinos la llamaban doña «Gero» o «Giro», le pusieron a la sede el nombre de «La Gironda» y a sus ocupantes «los Gironinos». Dicha casa tenía sólo tres habitaciones. Pero allí se fueron armando un buen grupo de jóvenes, unos cincuenta muchachos, atraídos por Cleto y sus compañeros de vida juglaresca.

Lejos de todo estiramiento «doctoral», la alegría juvenil del «Maistro» se volvía contagiosa, mientras trataba temas de cultura, de formación espiritual, de historia patria, trascendiendo a toda la ciudad, pero más directamente a la barriada del Santuario, donde estaba la Gironda. Refiriéndose a aquellos convivios dice Gómez Robledo que «las ideas fulguraban en la conversación vivaz y el goce intelectual tenía rango supremo».

Anacleto estaba convencido de la importancia de su labor intelectual en una época de tanta confusión doctrinal. Era preciso formar lo que él llamaba «la aristocracia del talento». Para ello nada mejor que poner a aquellos jóvenes en contacto con los pensadores de relieve, los grandes literatos, los historiadores veraces.

Era ésta su obra predilecta, su centro de operaciones y el albergue de sus amistades más entrañables y de sus colaboradores más decididos. A esos muchachos los consideraba como una ampliación de su familia. En el oratorio de aquella casa contrajo matrimonio, y su primer hijo pasó a ser un puntual concurrente a las reuniones dominicales.

«Anacleto era el maestro por antonomasia entre nosotros – testimonia Navarrete–. Estaba siempre a punto para dar un consejo, esclarecer una idea o forjar un plan, ya de estudio, ya de acción. El espíritu infundido por él hizo de nuestro grupo local una verdadera fragua de luchadores cristianos... Nos enseñó a orar, a estudiar, a luchar en la vida práctica y también a divertirnos. Porque él sabía hacer todo eso. Lo mismo se le encontraba jugando una partida de billar, que de damas, tañendo la guitarra o sosteniendo animados corrillos, con su inacabable repertorio de anécdotas. Así fuimos aprendiendo poco a poco que la vida del hombre sobre la tierra es una lucha, que es guerra encarnizada y que los que mejor la viven son los más aguerridos, los que se vencen a sí mismos y luego se lanzan contra el ejército del mal para vencer cuando mueren, y dejan a sus hijos la herencia inestimable de un ejemplo heroico».

Cuentan los que lo trataron que tenía un modo muy suyo de enseñar la verdad y corregir el error. Jamás contradecía una opinión sin ser requerido, pero entonces era contundente. Para corregir los vicios de conducta, nunca llamaba la atención del culpable en forma directa; cuando creía llegada la oportunidad, se refería a un personaje imaginario, de ficción, afeado por los defectos que trataba de enmendar, presentándolo como insensato, como víctima de sus propios actos. Nunca le falló este método de corrección. En cuanto a su modo

de ser y de tratar, nos formaríamos de él una representación incompleta si creyéramos que nunca abandonó la rigidez del gesto épico. Según nos lo acaba de describir Navarrete, era una persona de temperamento ocurrente, afectuoso y jovial. Su casa de la Gironda se hizo legendaria como centro de sana y bulliciosa alegría, de vida cristiana y bohemia a la vez.

Creó Anacleto varios círculos de estudio: el grupo «León XIII», de sociología; el «Agustín de la Rosa», de apologetica; el «Aguilar y Marochó», de periodismo; el «Mallinckrodt», de educación; el «Balmes», de literatura; el «Donoso Cortés», de filosofía... Por eso, cuando se fundó en México la ACJM, el material ya estaba dispuesto en Guadalajara. Bastó reunir en una sola organización los distintos círculos existentes, unos ocho o diez, perfectamente organizados. Especial valor le atribuía al círculo de Oratoria y Periodismo, ya que, a su juicio, el puro acopio de conocimientos, si no iba unido a la capacidad de difundirlos de manera adecuada, se clausuraba en sí mismo y perdía eficacia social. De la Gironda salieron numerosos difusores de la palabra, oral o escrita.

Destaquemos la importancia que Anacleto le dio al aspecto estético en la formación de los jóvenes. No en vano la belleza es el esplendor de la verdad. «El bello arte –dejó escrito– es un poder añadido a otro poder, es una fuerza añadida a otra fuerza, es el poder y la fuerza de la verdad unidos al poder y la fuerza de la belleza; es, por último, la verdad cristalizada en el prisma polícromo y encantador de la belleza». Y así exhortaba a los suyos que pusiesen al servicio de Dios y de la Patria no sólo el talento sino también la belleza para edificar la civilización cristiana. Sólo de ese modo la verdad se volvería irradiación de energía.

Antes de seguir adelante, quisiéramos dedicar algunas palabras a uno de los compañeros de Anacleto, quizás el más entrañable de todos, Miguel Gómez Loza. Nació en Paredones (El Refugio), un pueblo de los Altos de Jalisco, en 1888, de una familia campesina. A los 20 años, se trasladó a Guadalajara donde estudió Leyes. Allí conoció a Anacleto, convirtiéndose en su lugarteniente y camarada inseparable. Era un joven rubio, de ojos azules, que irradiaba generosidad, de no muy vasta cultura pero de enorme arrojo y contagiosa simpatía. Se lo apodó «el Chinaco». Los mexicanos llaman «chinacos» a los del tiempo de la *Guerra de la Reforma*, hombres engañados, por cierto, pero llenos de decisión y coraje. A Miguel se lo quiso calificar por esto último, es decir, por su entereza y energía, si bien las empleó con signo contrario al de aquéllos.

Una anécdota de su vida nos lo pinta de cuerpo entero. El 1º de mayo de 1921, con la anuencia de las autoridades civiles, los comunistas vernáculos se atrevieron a izar en la misma catedral de Guadalajara el pabellón rojinegro. A doscientos metros de dicho templo, frente a los jardines que se encuentran en su parte posterior, estaba una de las sedes de la ACJM, donde en esos momentos se encontraban unos cuarenta muchachos. Conocedores del hecho, varios de ellos pensaron que era preciso hacer algo y por fin resolvieron dirigirse a la Catedral para reparar el ultraje. Pero al llegar vieron una multitud, y en medio de ella al Chinaco, con la cara ensangrentada. Es que mientras los demás discurrían sobre lo que convenía hacer, él ya se había adelantado, y subiendo hasta el campanario, había roto el trapo y lo había lanzado al aire, con ademán de triunfo. Acciones como ésta, de un valor temerario, cuando estaba en juego la gloria de Dios o el honor de la Patria, le valieron 59 ingresos en las cárceles del gobierno perseguidor. A lo largo de su corta existencia, vivió el peligro en una sucesión constante de hechos atrevidos, deseados y buscados a propósito. Los jóvenes lo admiraban. Era, así lo decían, «el azote de los profanadores del templo, refractario a las claudicaciones, el hombre masculino por excelencia».

La persistencia en la persecución religiosa lo impulsó a unirse con los heroicos cristeros que estaban en los campos de batalla, donde en razón de sus múltiples cualidades fue elegido Gobernador Civil de la zona liberada de Jalisco. Cuenta Navarrete que en cierta ocasión lo vio rodeado de unos 300 soldados con sus jefes, todos de rodillas, desgranando el rosario. A su término, Gómez

Loza rezó esta oración cristera: «¡Jesús Misericordioso! Mis pecados son más que las gotas de sangre que derramaste por mí. No merezco pertenecer al ejército que defiende los derechos de tu Iglesia y que lucha por Ti... Concédeme que mi último grito en la tierra y mi primer cántico en el cielo, sea: ¡Viva Cristo Rey!»

El 21 de marzo de 1928 se dirigía con su asistente hacia el pueblo de Guadalupe, sede nominal del Gobierno Provincial, cuando fue sorprendido por sus enemigos en un lugar llamado «El Lindero». Lo ataron a un caballo, y lo arrastraron largo trecho. Luego uno de los soldados lo remató con su pistola.

Hace pocos años, tuve el gusto de conocer en Guadalajara a dos de sus hijas, ya ancianas. Una de ellas me contó que cuando su padre se fue al monte, ella era pequeña. Cierta día, en la misma casa donde estaba conversando conmigo, un vecino tocó el timbre y le dijo que en la avenida contigua se encontraba tirado el cadáver de un hombre que parecía ser su padre. Ella fue. Efectivamente: era él.

No me pareció posible evocar la figura de González Flores sin recordar la de Gómez Loza. Juntos se formaron, juntos lucharon, juntos sufrieron la persecución. Anacleto era el fuego que todo lo abrasaba, Miguel el difusor eficaz de las ideas del amigo; si aquél era la luz, él fue la antorcha que la refleja; si Anacleto era la voz, él fue su eco; si Anacleto era la idea que gobierna, él fue la acción que ejecuta. El Maistro y el Chinaco. El verbo de Anacleto y la acción de Miguel. Ambos tenían devoción por la Guadalupana y comulgaban diariamente en su Santuario de Guadalajara. La amistad espiritual que los unía se vio así sellada por la piedad eucarística y mariana. Los dos fueron condecorados por el papa Pío XI el mismo día, a iniciativa del gran obispo de Guadalajara, Francisco Orozco y Jiménez, con la cruz «Pro Ecclesia et Pontífice», en premio a su acción común en defensa del catolicismo. Junto al obispo recién nombrado, forman una soberbia trilogía. Anacleto y Miguel sufrirían ambos el martirio, y hoy sus restos se encuentran, también juntos, en el Santuario de Guadalupe, tan frecuentado por ellos. Ante la losa que los custodia tuve el privilegio de orar con vergüenza y emoción durante largo rato.

Volvamos a nuestro Anacleto. Hemos dicho que no sólo se dedicó a formar las inteligencias, aquella «aristocracia del talento», de que le agradaba hablar, sino también a robustecer *las voluntades* de los que lo seguían. «No soy más que un herrero forjador de voluntades», le gustaba repetir. Este hombre que al decir de Gómez Robledo era «una afirmación hirviente, tumultuosa, de sangre y hoguera», recomendaba siempre de nuevo: «Hay que criar coraza». No se engañaba, la Patria necesitaba caracteres recios. Por eso se dedicó a avivar los rescoldos del heroísmo: «Patria Mexicana, no todos tus hijos se han afeinado, no todos se han hundido en el cieno; todavía hay hombres, todavía hay héroes».

Pero don Cleto no se engañaba. Nadie puede llegar a ser un hombre de imperio, si primero no se ha dominado a sí mismo. Por eso les pedía a los suyos que se volviesen «abanderados de su propia personalidad y caudillos de su mismo ser».

«Porque dentro de cada uno de ustedes –les decía– hay un forjador en ciernes». Para forjarse a sí mismo no basta la cabeza bien formada, la inteligencia bien empleada. No bastan los filósofos y los maestros, por buenos que sean. La pura formación intelectual no alcanza. Era preciso agregar «el encarnizamiento de las propias manos, de las propias herramientas, del propio corazón..., en caso contrario, todo quedará comenzado».

Si se quiere hacer realidad la elevada y recia escultura viviente que Dios soñó para cada uno de nosotros, habrá que despertar al Fidas que duerme en nuestro interior. Si, por el contrario, se prefiere seguir siendo un mero

boceto informe, un trazo borroso sin consistencia, una personalidad enclenque, habrá que cruzarse de brazos, permanecer en espera del forjador que nunca llegará, «del obrero que debe salir de nosotros mismos y que nunca saldrá porque no hemos querido ni sospechar siquiera nuestra personalidad».

Anacleto quería que los suyos tuviesen temple de héroes, que no cediesen jamás a «transacciones» y «componendas», ya que tarde o temprano éstas lo llevarían a la más ignominiosa de las capitulaciones. Para ello, decía, nada mejor que frecuentar a personalidades vigorosas, al tiempo que no dejarse intimidar por falsas prudencias.

Cuando habla de esto, su verbo se enardece: «¡Habéis invertido el mandamiento supremo, porque para vosotros, hay que amar a Dios *bajo* todas las cosas! Por *evitar mayores males* os despedazarán, y cada trocito de vuestro cuerpo gritará todavía dando tumbos: ¡prudencia, prudencia! No temáis a los que matan el cuerpo, sino el alma. Una sola noche de insomnio en un calabozo vale mucho más que años de fáciles virtudes».

Para formarse en la escuela del heroísmo recomendaba Anacleto escoger cuidadosamente a los amigos, descartando los de espíritu cobarde o los que de una u otra forma habían claudicado. El contagio de los amigos, sea para el mal o para el bien, resulta determinante.

«El día en que se logre encontrar un alto y firme valor de rectitud, de ideal y de carácter, habrá que sellar con él un pacto de alianza permanente y unir lo más estrechamente posible nuestra suerte, nuestro pensamiento y nuestra voluntad con ese nuevo complemento de nuestra personalidad, porque será para nosotros un manantial fecundo de aliento y vitalidad».

En medio de la borrasca política y religiosa, Anacleto soñaba con «alzar un muro de conciencias fuertes, de voluntades recias, de caracteres que sepan derrotar a la violencia bruta, no con el filo de la espada, sino con el peso irresistible y avasallador de una conciencia que rehúye las capitulaciones y espera a pie firme todas las pruebas».

Y a la verdad que dio ejemplo de ello, convencido de que el carácter es la base primordial de la personalidad. Como dice un compañero suyo, se había forjado una voluntad tenaz e incommovible, exenta de volubilidad y extraña al desaliento, superior e indiferente a los obstáculos y a la magnitud de los sacrificios requeridos. La cultivó directa y deliberadamente, imponiéndose una disciplina rigurosa en lo cotidiano y pequeño para contar consigo mismo en los grandes esfuerzos y en las contingencias imprevistas. Elaborado un propósito, no descansaba hasta verlo realizado. La continuidad fue la característica de su acción en todos los órdenes. Fecundo en iniciativas, no abandonaba jamás la tarea comenzada, sino que la proseguía hasta el fin.

Otro de sus amigos nos dice: «No recordamos en el Maistro el menor desfallecimiento ni la menor desviación. Era una consumada realización de sus ideas y proyectos. En esta alianza indisoluble de la fe y la vida, de la doctrina que pregonaba y la conducta que seguía, reside la principal razón de su influencia sobre los demás. Personalidad rotunda, elevada, avasalladora». Él mismo decía, citando a Goethe, «que la capacidad del conductor depende de su personalidad. Si posee una personalidad hecha, martillada sobre yunques sólidos, si tiene una musculatura interior que no se cansa ni se abate, no le es necesario ni hablar, ni escribir, ni obrar; basta que se sienta la presencia de su personalidad, para que arrastre a los que lo rodean con la fuerza irresistible de la fascinación».

«Miles de alumnos lo seguíamos para escucharlo –confirma uno de sus admiradores– porque hablaba con autoridad, y sus palabras fluían como un torrente, proclamando el derecho y la verdad. Jamás retrocedió ante las hogueras, ante las cruces, ante todo el aparato de ferocidad con que en esos tiempos se nos amenazaba, ni lo tentó la codicia cuando con dineros y halagos intentaron seducirlo».

Ni el calabozo, que conoció repetidas veces, logró doblegarlo. A una señora que le expresaba su aflicción porque en cierta ocasión había sido detenido y llevado a la cárcel, Anacleto le decía:

«Somos varios los jóvenes que estamos presos, pero vivimos muy contentos en la cárcel. Tenemos ya establecido un catecismo para los demás prisioneros; rezamos todas las noches el rosario en común, y en el día... ya usted lo sabe, trabajamos, acarreamos la leña para la cocina, llevamos la basura... Total, unas vacaciones pasadas por el amor de Dios. Pero no hay que dudar, este es el camino por donde los pueblos hacen las grandes conquistas».

No en vano había escrito: «En las páginas de historia del Cristianismo siempre se va a la cárcel un día antes de la victoria». Cumplía a la letra aquello que atribuía a los grandes conductores: acometividad para abrirse paso y llegar; persistencia en quedarse, a pesar de todas las vicisitudes; y fuerte e incansable inquietud por dejar una sucesión. En este trabajo de formación de dirigentes veía la necesidad de proponer paradigmas, espejos donde mirarse. Por ejemplo el gran obispo Manríquez y Zárate, de quien decía:

«Tiene en medio de nosotros un alto y fuerte significado. Es él, en la medida en que lo puede ser un hombre, la expresión más alta de la soberanía de la verdad y la recia arquitectura del orden moral forjado en las fraguas únicas de la doctrina católica... El hombre moral ha aparecido con toda la fisonomía radiante y el gesto contagioso, invenciblemente contagioso, del Maestro».

Según lo señalaba más arriba uno de sus discípulos, a Anacleto nunca le faltaron ocasiones, en el México oficial corrompido de aquel tiempo, de lograr una posición económica más que regular. Estimó como grave injuria la proposición que le hicieron algunos agentes de las logias, para que ingresase en la Masonería, que deseaba contar entre los *hermanos* a un dirigente de sus talentos y arrastre. Los opositores de Anacleto tenían también amigos en el alto Clero. Abogados influyentes iban por la mañana al Obispado y por la tarde visitaban al Gobernador, proponiendo un cambio de táctica: en vez del enfrentamiento, la componenda. No lo conocían a este hombre, que estaba a mil leguas de todas las transacciones y los enjuagues, por disimulados que fuesen, el mismo que decía:

«El gesto del mártir ha sido en todos los tiempos el único que ha sabido, que ha podido triunfar de todos los tiranos, llámense emperadores, reyes, gobernantes o presidentes».

Así fue Anacleto, el gran caudillo del catolicismo mexicano. Sus actividades pronto se tradujeron en una intensificación de la presencia de los católicos, principalmente en el Estado de Jalisco. Se abandonaba ya, en todos los ambientes, la apatía y dejadez que durante tanto tiempo habían reinado. Era evidente que se estaban gestando los hombres del futuro político, cultural y religioso de México.

3. Hacia un catolicismo pletórico de juventud

Con cierta preferencia, como dijimos, Anacleto se dirigía sobre todo a la juventud. Justamente porque pensaba que en su México tan amado estaba declinando la esperanza, y por consiguiente la juventud languidecía. Los horizontes eran cada vez más pequeños, la mediocridad se encontraba a la orden del día; lo único que interesaba era lo microscópico, mientras las alturas parecían causar vértigo. Muchos jóvenes, replegados sobre sí mismos, sufrían el impacto de este ambiente, limitando sus anhelos a la satisfacción de las pasiones y a los deleites materiales.

González Flores quiso arrancar a la juventud de su letargo, de manera semejante a lo que en su tiempo intentó Sócrates, hermano suyo en el espíritu.

«Su instinto de moldeador de porvenir —escribe Anacleto hablando del pensador griego— le había hecho prendarse por encima de todas las bellezas de Grecia, de la juventud. Vivía embriagado con el aliento virgen, fresco como de odre perfumado. Con las manos hundidas en el barro humedecido de las almas, y los ojos en espera hacia la dinastía remota del nuevo día. Así lo sorprendió la muerte. Murió embriagado de juventud y rodeado de juventud. Un pensador que lo quiso arriesgar y perder todo por la juventud».

Señala Gómez Robledo que nadie adivinó mejor que Anacleto la causa de esa actitud, la razón de ese enamoramiento. Lo adivinó porque él mismo llevaba en sí dichas razones. Fue una intuición soberana la que le hizo entrever que el amor a la juventud no es sino el amor a la vida en su instante más bello: cuando es peligrosa y se juega por un ideal.

En vez de un catolicismo integrado por hombres decrépitos de espíritu, González Flores soñaba con un catolicismo militante, juvenil, dispuesto a vivir peligrosamente.

«Hemos perdido el sentido más profundo, más característico de la juventud: la pasión del riesgo, la pasión del peligro. Medimos todos nuestros pasos, contamos todas nuestras palabras, recomponemos nuestros gestos y nuestras actividades de manera de no padecer ni la más ligera lastimadura y de quedar en postura bellamente estudiada, no para morir, como los gladiadores romanos, sino para una sola cosa: para vivir, para vivir a todo trance». «Y así —agrega— son muchos los que no se atreven a mover ni un dedo, por temor a despertar las iras del enemigo. Se ha formado una generación de viejos, que sólo saben calcular, contar, comprar y vender, con la fiebre característica de la vejez, que es la avaricia».

Todos recomiendan «prudencia», y para ellos prudencia significa pensarlo todo, medirlo todo, calcularlo todo para salvar la tranquilidad y esquivar hábilmente todos los riesgos. Recomiendan quietud y medida en los movimientos, al tiempo que condenan a los «exagerados», como llaman a los que se juegan por la verdad.

«Y esta es nuestra suprema enfermedad. Todas las demás parten de ella... Hemos logrado conservar nuestra vida; todavía la tenemos, todavía nos pertenecerá, pero enmohecida, como espada que nunca ha salido de la vaina, como árbol que no ha tenido ni agua ni sol. Se nos ofreció la vida en cambio de nuestro sosiego y de nuestro silencio y de nuestra quietud, y sólo se nos ha podido dar vejez arrugada y marchita».

Será preciso que la vida de los católicos se rejuvenezca, sabiendo que el precio de la victoria ha sido siempre el sacrificio y la lucha. Mientras los católicos no nos decidamos a combatir, la victoria no vendrá. Nosotros hemos querido obtener la victoria al precio de nuestra cobardía y de nuestra inercia. Pero ello no ha sucedido. Tenemos que comprarla. Y su precio es el dolor, o al menos la fatiga y el esfuerzo. Habrá que elevar el corazón, al conjuro de una sola fórmula: vivir por encima de uno mismo. Esta fórmula «dicha hoy, mañana, todos los días al sentir el roce cálido de las alas nuevas de la juventud la echará toda entera con todos sus bagajes de roja y ardiente generosidad hacia todas las vanguardias».

Recuerda González Flores cómo cuando Platón quiso cuajar en el Fedón el recuerdo de su maestro, puso en los labios del mártir estas palabras: «El riesgo es bello y debemos embriagarnos con él».

Lo que así comenta Anacleto: «El riesgo fue la más ferviente pasión de Sócrates; había apurado en cada paso el cáliz del riesgo, y tuvo razón para prendarse de la juventud, porque ante ella se encontró cara a cara con la belleza insuperable del riesgo, al paso de las almas ávidas de altura». De esta manera vivió Sócrates, embriagado de riesgo, apurando el cáliz del riesgo a cada paso, y entregando su cabeza al golpe último en plena embriaguez de riesgo: el riesgo supremo de perder la vida. Tal fue el maestro más elevado que tuvo la juventud de Atenas.

Comentando las palabras de Anacleto afirma Gómez Robledo que ellas son definitorias para la interpretación

estética de su magisterio. Amó a la juventud con el mismo arrebató psíquico con que el artista intuye su creación. Y es propio de los grandes artistas unir la intuición a la aventura, jugarse la existencia por la belleza.

«Vincular, como en Sócrates y González Flores, el artista, el maestro y el mártir, es lección eterna de fortaleza. Sus muertes no fueron sino las nupcias sangrientas del artista con la belleza del riesgo».

Insiste Anacleto en que el cristianismo está inescindiblemente unido con la juventud de espíritu. Si Tertuliano dijo que el alma humana es naturalmente cristiana, se puede decir igualmente que la juventud, por lo que tiene de permanente osadía, es naturalmente cristiana. Más aún, «la juventud se completa, se robustece y se asegura contra su debilitamiento o su extinción, poniéndose bajo el aliento perpetuamente juvenil de Cristo». Porque el cristianismo es la doctrina del riesgo, o mejor, la que nos permite cruzar victoriosamente a través de todos los riesgos.

«Incorporada la juventud de cada hombre en la juventud eterna de Cristo, se sumará una osadía a otra osadía; y sumadas esas dos grandes audacias, se formará el nudo que abarcará todos los destinos».

Será preciso desposar la propia juventud, que es la audacia de un día, con la juventud de Cristo, que es la audacia de lo eterno. Los jóvenes deberán juntar sus dos manos, todavía mojadas en el odre de la vida, con las dos manos de Cristo, mojadas todavía en la sangre de su audacia. He ahí lo que afirmaba Lacordaire: «La juventud es irresistiblemente bella, con la belleza del riesgo, es decir, con la belleza de la osadía», y también: «La juventud es sagrada a causa de sus peligros». Habrá que arrojarse en el mar del peligro, en la corriente de los riesgos, con la canción en los labios, con un gesto de desdén en la boca y con plena confianza en el logro final. Esto es lo que necesita el catolicismo mexicano: una transfusión de juventud.

Es de ella «de donde deben salir los valores que acabarán con nuestro empobrecimiento y con nuestra mediocridad y que saltarán por encima de todas las murallas para quebrar medianías, para pisar nulidades y para empinar a Dios, majestuoso y radiante, sobre los tejados y sobre los hombros de patrias y de multitudes. Nada de valores a medias; nada de valores incompletos; nada de valores que se aferran a su aislamiento, que titubean, que se ponen en fuga frente a la Historia y que se satisfacen con un milímetro de tierra».

Sólo harán la gran revolución, la revolución de lo eterno, las banderas tremoladas por la juventud que todavía le reza y le canta al joven carpintero que a los 33 años comenzó la única verdadera revolución, que es la revolución de lo eterno, y que pasa por nuestras vidas como un huracán preñado de heroísmo.

4. El enamorado del verbo

Destaquemos el valor que Anacleto le atribuía a la palabra, sea oral o escrita. Como orador, fue fulgurante. Cual otro Esquilo, «llenó de almenas las alturas del lenguaje», con el fin de suscitar una estirpe de héroes, al estilo de Godofredo de Bouillon, Guillermo Tell y el Cid, sus arquetipos favoritos, que se pusiesen al servicio de la Patria y de la Religión conculcadas.

En un artículo titulado «Sin palabras» afirma que una falsa e infundada apreciación del significado que tiene la palabra, ha hecho que en estos últimos tiempos se la arroje el margen de la vida, o cuando menos, se la coloque en un lugar muy secundario. Poco se confía en la palabra, como si lo único importante fuese la acción. Los obreros que elevan edificios con palabras y no con ladrillos, son vistos con desdén, pensándose que una

acción vale un millón de palabras. «Más bien debiera decirse que una acción es una palabra reciamente moldeada en el crisol encendido de la carne y del pensamiento». Ello no es todo. Detrás de cualquier gran acción está la palabra, como germen, como impulso, como estimulante. Tres palabras se encuentran una página antes de la destrucción de Cartago, las de Catón: «*Delenda est Cartago*». Frente a la Revolución hemos carecido de las palabras adecuadas. «Necesitamos empezar la obra de la reconquista. Solamente se comienza con palabras». No hay fuerza que pueda oponerse a la palabra cuando se la pone al servicio de la idea, abriéndose paso entre los que la objetan.

Anacleto privilegió la palabra oral, dando numerosas conferencias en los más diversos lugares del país, pero principalmente en Guadalajara. Famoso fue un discurso que pronunció en el atrio colonial del Santuario de Nuestra Señora de Zapopan, cercano a aquella ciudad, trepado en una pilastra del enrejado, frente a una multitud que colmaba el recinto de la plaza y los jardines adyacentes.

En 1918, la ACJM de la ciudad de México lo invitó a dar una conferencia en la capital. Cuando llegó a la estación, los que lo esperaban, que no lo conocían, quedaron poco impresionados por el tipo desgarrado de Anacleto, sus ojos hundidos y soñadores. Horas después subió al escenario con su atuendo sencillo, ante un auditorio donde predominaban los jóvenes.

Cuenta uno de ellos que los primeros diez minutos provocaron un gran desconcierto. «¿Ésta es la maravilla que nos manda Jalisco?», se preguntaban por lo bajo. Sin embargo, el tono del discurso, monótono al principio, fue creciendo en vehemencia. Su pensamiento se lanzó a las cumbres. Tras una hora, que pasó fugazmente, la sala estalló en aplausos. «Vibraban nuestras almas al unísono con la suya», dijo uno de los oyentes.

Su elocuencia no fue innata sino fruto de una larga preparación. Él mismo decía que Demóstenes, desde el día en que sintió despertar su vocación, padeció largos insomnios de aprendizaje y no descansó hasta conseguir que su palabra se volviese capaz de ganar las batallas de la oratoria. Anacleto comprendía perfectamente la necesidad de usar bien de la palabra para el combate de las ideas, ya que en torno a ella se trababan las grandes batallas culturales. Había que evitar el gastarlas para discusiones banales reservándola para los temas trascendentes, en orden a rebatir las doctrinas erróneas que pretendían conquistar la supremacía sobre las inteligencias. Es allí donde había de resonar la palabra convincente.

«El genio –escribió en uno de sus periódicos– debe interrogar todas las lejanías hasta que su palabra, como luminar esplendoroso encendido sobre la llanura, alumbre todos los senderos», de modo que los que la oigan pierdan su cobardía y se lancen por la ruta que le trazan las palabras.

Aconsejaba insistentemente, practicándolo él mismo, una preparación concienzuda de los temas por tratar. Pero a la hora de pronunciar el discurso, le bastaba con determinar las líneas maestras, las ideas principales, dejando la expresión concreta a la inspiración del momento.

«Cansados estamos ya del arraigado y envejecido y ruinoso expediente de salir a la tribuna a leer en un pergamino o en la propia memoria, frases pulidas y martilladas con un siglo de anticipación, joyas talladas en un taller distante y que han perdido la lumbre radiante que las transfiguró, y el brío tempestuoso que las dobló y ablandó, y la huella viva del hierro encendido, y la hoguera que llameó sobre la frente del artífice. Puños de rescoldo, ceniza muda y entristecida que jamás podrá reavivar una emoción fingida. Y esto es todo, menos elocuencia. Porque hoy ya nadie ignora que para que haya palabra totalmente elocuente es preciso que el canto

resonante que dicen las rebeldías que se anudan, jadean y disputan la victoria, debe hallarse plenamente presente delante del auditorio convulso, estremecido ante la batalla, aliado primero del hierro insurrecto, y después, juntando el peso inmenso de su corazón y de su espíritu y de sus pasiones, del lado del brazo que golpea y arroja todo: lumbré, yunque, herramientas, clavos y espadas fundidas en el torrente de la acción».

Según se ve, concebía el discurso como un torneo entre el público y el orador, muy diversamente de lo que sucede en el caso del escritor, que envía a lo lejos su mensaje. «Al tratarse del orador, más lógicamente, más exactamente que decir que es su palabra la que realiza el milagro de la acción sobre los demás, es preciso decir que es el orador mismo, porque él mismo es la palabra elocuente y es su propia palabra». Tal fue su ideal en esta materia: identificarse él mismo con su palabra.

Su oratoria no estaba exenta de cierto barroquismo, pero en modo alguno era vacía, sin contenido. Repetía su mensaje de mil maneras, hasta el hartazgo, como para hacerlo llamear en todas sus facetas, apuntalándolo incansablemente con nuevos argumentos y citas, hasta dejar la forja jadeante. No gustaba de abstracciones deshumanizadas y generalizadoras. Prefería las imágenes individuales y concretas. Su pensamiento seguía la curva parabólica y no la recta silogística. Era un artista de la palabra, entendiendo que mientras el silogismo pasa, agotándose en el momento en que realiza su labor de convicción, el símbolo no pasa, está preñado de sugerencias, y por tanto se prolonga en sus efectos, luego de terminado el discurso.

Mas no sólo fue orador, sino también, aunque secundariamente, escritor. En los pocos años de su actuación pública, logró gestar varias revistas: *La Palabra*, *La Época*, *La Lucha*. Pero fue sobre todo en el periódico *Gladium*, que aparecía todas las semanas, donde Anacleto reveló mejor su idiosincrasia, mezclando la especulación doctrinal con el cuento jocoso y la narración familiar. Allí señalaba los peligros del momento, la situación trágica de la Iglesia frente a la Revolución, así como las medidas que había que tomar. La revista tuvo amplia repercusión. Hacia fines de 1925 alcanzaría la tirada de 100.000 ejemplares. Miguel Gómez Loza estaba a cargo de la tesorería.

Es preciso leer, les decía a sus jóvenes, leer no sólo revistas sino también y sobre todo libros. «¿Qué es un libro? Un polemista que tiene la paciencia de esperarnos hasta que abramos sus páginas para dilatar el imperio de un conquistador. Hunde su mano encendida en nuestras entrañas. Porque todo él fue hecho en los hervores de la fiebre, bajo el largo insomnio, bajo el ansia nunca extinguida de quedar, de prolongarse, de no morir. La obsesión de cada escritor es reproducirse en muchas vidas, renacer todos los días, bañarse en sangre nueva, reaparecer en la larga hirviente que arroja todos los días el inmenso respiradero del mundo, rehacerse con el aliento espiritual de las almas en marcha. Cada libro se presenta bañado en la sangre todavía caliente de nuevos e inesperados alumbramientos».

Así como un viajero, escribía, cuando tiene que hacer un largo camino sucumbe si lleva sus alforjas vacías, así la juventud que no lee se queda sin provisiones. Para que mantenga el ideal, la gallardía, la generosidad, el arrojo y la audacia en épocas bravías, necesita de la ayuda de los libros. Alejandro Magno no hubiera llegado a ser Grande si no hubiese llevado consigo la *Ilíada*, que tenía siempre bajo su almohada; Aquiles, el héroe central de aquella epopeya, mantenía enhiesta la llama del guerrero. El buen libro hará que el joven «lleve siempre vuelta la cara hacia el porvenir y logre clavar en las alturas la bandera de la victoria de su gallardía y de su atrevimiento».

Anacleto fue un «poseído del verbo», oral o escrito.

IV. De la resistencia civil al combate armado

González Flores no limitó su acción a individuos o a pequeños grupos, sino que la extendió a emprendimientos de alcance nacional. Particularmente se interesó en el problema obrero, siendo el más decidido defensor de los trabajadores. Las injusticias del capitalismo liberal lo sublevaban. Conocedor avezado de la doctrina social de la Iglesia, abogó por la organización corporativa del trabajo, dentro de los principios cristianos, y su papel fue protagónico en la concreción de un enérgico despertar de la conciencia social en México. El *Primer Congreso Nacional Obrero*, celebrado el año 1922 en Guadalajara, que congregó no menos de 1300 personas, con la asistencia de varios Obispos, tuvo en Anacleto a uno de sus principales gestores. Al fin quedó organizada la *Confederación Católica del Trabajo*, que se extendió pronto por toda la Nación. Desgraciadamente este proyecto promisorio sería aplastado por la Revolución.

Más allá del problema obrero, Anacleto insistía en la necesidad de organizar el conjunto de las fuerzas católicas, hasta entonces enclaustradas en grupúsculos.

«Mientras nuestros enemigos –afirmaba– nos dan lecciones de organización, nosotros seguimos aferrados a la rutina y el aislamiento, aunque sabemos por experiencia que este camino sólo conduce a la derrota. Continuamos confiando en nuestro número, satisfechos de que somos mayoría en el país. Pero así seguiremos siendo una mayoría impotente, vencida, sujeta al furor de nuestros perseguidores. De nada valdrá el número si no nos organizamos. Organizados, constituiremos una fuerza irresistible. Y, entonces sí, nuestro número se hará sentir».

1. La Unión Popular y la oposición pacífica

Entusiasmado con el procedimiento de los católicos alemanes que con su resistencia pacífica contra la dura campaña de Bismarck, conocida con el nombre de *Kulturkampf*, habían logrado imponerse en los destinos de aquella nación, creyó que en el ambiente mexicano, tan distinto del alemán, se podrían obtener los mismos resultados. Y así, inspirado en Windthorst, el gran adversario del Canciller del Reich, montó una organización a la que denominó *Unión Popular*. Había allí lugar para todos los católicos. Cada uno debía ocupar un puesto, según sus posibilidades, de modo que la acción del conjunto se tornara irresistible.

Propuso Anacleto tres cruzadas. La primera fue la de la propagación de los *buenos periódicos*, junto con la declaración de guerra a los periódicos impíos, que no se deberían recibir ni tolerar en el hogar. La segunda, la del *catecismo*, en orden a lograr que todos los padres de familia llevaran a sus hijos a la iglesia para que recibieran allí la enseñanza religiosa; más aún, había que tratar que se enseñase el catecismo en el mayor número de lugares posibles y se organizase la catequesis de adultos. La tercera, la *cruzada del libro*, que consistía en limpiar de libros malos los hogares y procurar que en cada hogar hubiese al menos un libro serio de formación religiosa. «Escuela, prensa y catecismo –decía–, serán las armas invencibles de la potente organización».

Quiso Anacleto que la Unión Popular llegase a todas partes, la prensa, el taller, la fábrica, el hogar, la escuela, a todos los lugares donde hubiese individuos y grupos. «Es la obra que generalizará el combate por Dios», decía, ya que «urge que el pensamiento católico se generalice en forma de batalla y de defensa». Esta organización creció en gran forma, propagándose a los Estados limítrofes. Su órgano semanal, *Gladium*, al que ya hemos aludido, explicaba su propósito: hacer que todos los católicos del país formasen un bloque de fuerzas discipli-

nadas, conscientes de su responsabilidad individual y social, y en condiciones de movilizarse rápidamente y de un modo constante, sea para resistir el movimiento demolidor de la Reforma, sea para poner en marcha la reconquista de las posiciones arrebatadas a los católicos.

Para el logro de tales objetivos, debían aunarse todos los esfuerzos, desde los económicos hasta los intelectuales. Con engranaje sencillo y sin oficinas burocráticas, la Unión Popular controlaba a más de cien mil afiliados que se distribuían por todos los sectores sociales, tanto en la ciudad como en el campo. Nadie debía quedar inactivo. Todos tenían una misión propia que cumplir para concretar el programa de acción delineado por el «maestro» Cleto y llevado a la práctica con certera eficacia por su colaborador más estrecho, Miguel Gómez Loza.

Cuando en el orden nacional apareció una nueva institución, la *Liga Defensora de la Libertad Religiosa*, Anacleto no se sintió emulado. Ambas organizaciones trabajaban para los mismos fines. Durante algún tiempo mantuvo independiente a la Unión Popular. Era natural, ya que este movimiento concentraba la mitad del poder con que se contaba en todo el país para resistir eficazmente las acometidas del Gobierno. Así lo entendieron también los dirigentes de la Liga, adoptando incluso algunos de los métodos de la Unión Popular. La ventaja era el carácter nacional de la nueva organización, que permitía formar cuadros en todo el país, con jefes de manzana, de sector, de parroquia, de ciudad, de provincia, etc. La idea era llegar con una sola voz, con una sola doctrina, con las mismas directivas a todo México, en orden a vertebrar la multitud hasta entonces informe y atomizada. Al fin, la Unión Popular quedó como sociedad auxiliar y confederada de la Liga. El mismo Anacleto fue designado jefe local de la Asociación Nacional.

La Liga consideraba como héroes paradigmáticos a Iturbide, Alamán, Miramón y Mejía, y repudiaba por igual a los liberales, masones y protestantes, aquellos adversarios que había señalado Anacleto, tres cabezas de un solo enemigo que trataba de destruir a México a través del imperialismo norteamericano. El proyecto de la Liga, que empalmaba con el de la ACJM, era «restaurar todas las cosas en Cristo», fiel al lema común: «Por Dios y por la Patria». El programa, simple pero completo: piedad, estudio y acción. Su propagación tuvo todas las peculiaridades de una cruzada. Sobre esa base se fue educando una generación de jóvenes que aprendieron a detectar y aborrecer al enemigo, exaltando el México verdadero, el de la tradición católica e hispánica, asimiladora del indígena.

Con el acceso a la presidencia de Elías Plutarco Calles, la persecución arreció. El 2 de julio de 1926 se hizo pública la llamada *Ley Calles*, atentatoria de todas las libertades de la Iglesia. Debía entrar en vigor el 31 de julio de dicho mes. Tres días después de su publicación, se dio a conocer una *Carta Colectiva del Episcopado Mexicano*, en la que se hacía saber que no era posible sujetarse a aquella ley, y por tanto, en señal de protesta, los cultos se suspenderían a partir de las 12 de la noche del 31 de julio. Esta decisión irritó al tirano y fue motivo suficiente para declarar rebeldes a obispos y sacerdotes al punto que en todos los rincones del país empezaron a caer asesinados o prisioneros.

Ante esta agresión brutal, Anacleto, juntamente con los demás dirigentes católicos, declaró el *boicot* en todo el territorio nacional. Este método se había ensayado en

Jalisco años atrás, en 1918, a raíz de un decreto local, vejatorio para la Iglesia.

«No compre usted absolutamente nada superfluo. Lo necesario, cómprelo a un comerciante reconocidamente católico, y que la mercancía sea producto de una fábrica cuyos propietarios y empleados sean católicos. No compre nada a los enemigos».

Siempre se caminaba de a pie, nada de paseos y diversiones; el servicio de luz quedó reducido al mínimo. En aquella ocasión el método resultó, ya que el decreto infame tuvo que ser derogado.

Ahora se retomó dicho procedimiento. Al principio, los perseguidores se burlaban de este modo de lucha. Calles lo llamó «ridículo» Pero bien pronto comenzaron a sentir sus efectos: el comercio se resintió, muchos teatros y cines debieron cerrar sus puertas, mermándose así, por innumerables canales, el dinero que fluía a las arcas del Gobierno. En Arandas, uno de los pueblos de Jalisco, se había pedido que nadie comiera carne hasta nuevo aviso. Daba la casualidad de que el dueño de la carnicería era el intendente. No hubo un solo cliente, fuera de los funcionarios. En Guadalajara fueron excluidos del consumo los cigarrillos «el Buen Tono» porque su gerente había condecorado públicamente a Calles en nombre de las Logias Masónicas Mexicanas, por su actuación política en materia de cultos.

Una copla popular cantaba: «Lanzarse al boicot / sin un alfiler / al grito de gloria y de triunfo / que dice ¡Viva Cristo Rey! / Gritar con pasión, / volver a gritar / a cada descarga / con que intenten el grito acallar».

El *boicot* fue finalmente declarado «criminal y sedicioso» y con verdadera saña se persiguió a sus gestores. Pero los católicos no retrocedieron.

2. El paso a las armas

Llegó el 31 de julio de 1926, que era el día señalado por el decreto presidencial para que entrara en vigor la ley de cultos. Y era también la fecha que el Episcopado había fijado para suspender el culto en todos los templos del país. La efervescencia fue enorme. A la medianoche del 31, los sacerdotes hicieron abandono de las iglesias, que quedaron al cuidado de los fieles. Comenzaron entonces los tumultos callejeros. En Guadalajara, un numeroso grupo de jóvenes se congregó frente el Santuario de Guadalupe, gritando: «Viva Cristo Rey, mueran los perseguidores de la Iglesia».

Por aquel entonces nadie pensaba, ni por asomo, en recurrir a las armas. Ello era tan cierto que en el caso particular de Jalisco la resistencia pasiva patrocinada por Anacleto fue interpretada por el Gobierno como una actitud medrosa y cobarde, llamando a Jalisco «el gallinero de la República».

El presidente Calles había dicho con total claridad, en una entrevista concedida a un grupo de católicos, que sólo había tres caminos para resolver el problema religioso: «O se someten a las leyes, o acuden a las Cámaras, o toman las armas. Para todo estoy preparado». Someterse a las leyes, según él lo entendía, no era sino aceptar la destrucción de la Iglesia. Se intentó así el segundo camino, recurriendo a las Cámaras con un memorandum, firmado por dos millones de personas, donde se pedía formalmente la revisión de la ley. También ello fue inútil; el documento y las firmas fueron a parar al cesto de los papeles. Se habían puesto ya todos los medios pacíficos. ¿No habría llegado la hora del combate armado? Así lo pensaba el vehemente Armando Téllez Vargas:

«Nada tan frecuente como que los católicos *de figurón*, los católicos de fiestas de caridad, de antesala de Obispos y de primera fila

de Pontificales, traten de contener los ímpetus valerosos y justificados de la porción que quiere luchar... Porque eso es lo que hacen los católicos paladines de la prudencia y de la resignación, negar la Verdad. Niegan la Verdad cuando aseguran que es precisa la sumisión a la autoridad ilegítima y perseguidora de la Iglesia; cuando claman por la obediencia a las leyes tiránicas que tratan de sobreponerse a las leyes divinas; cuando invocan la mansedumbre cristiana para abstenerse de salir a la defensa de la Iglesia... ¡El enemigo mayor no está fuera; está en casa vestido de hombre *piadoso*, de intelectual de gabinete, de filántropo!»

Aparentemente, sólo quedaba alzarse en armas, el último de los tres caminos que el propio Calles había señalado con anticipación. Muchos católicos comenzaron a pensar seriamente en dicha posibilidad, dispuestos a enfrentarse con la fuerza al agresor injusto, conculcador de vidas y de haciendas, y de algo que vale infinitamente más: la fe, los derechos de Dios. Pronto las cosas pasaron a los hechos, formándose espontáneamente pequeños grupos armados.

Algunos Obispos estaban en contra de dicha decisión. Otros, a favor. Nombremos, entre estos últimos, a Francisco Orozco y Jiménez, el eminente obispo de Guadalajara. Era Orozco un hombre de gran cultura, que había estudiado en la Universidad Gregoriana con maestros como Mazzela y Billot, versado principalmente en historia. Cual buen pastor, recorrió su diócesis de punta a punta, con frecuencia a caballo. La Revolución lo persiguió con saña, expresión, según él mismo dijo, «del odio de la Masonería contra mí». Su vida fue un continuo desafío a la política religiosa del Gobierno, en constante zozobra y en peligros muchas veces inminentes. Durante cincuenta años fue obispo de Guadalajara, viéndose cinco veces desterrado de su sede. Se lo ha llamado el Atanasio del siglo XX. Actualmente está en proceso de beatificación.

Para serenar la conciencia de los católicos en lo tocante a la licitud del levantamiento se consultó a los mejores teólogos de las Universidades Romanas, los cuales respondieron «que en las presentes circunstancias de México, la defensa armada, ya que se han agotado los medios pacíficos, no sólo es lícita sino hasta obligatoria para aquellos que no están impedidos». Y agregaban que sería un pecado prohibir a los ciudadanos católicos hacer uso de ese derecho de defensa que poseen.

En 1927, el Episcopado fijó en un documento su posición al respecto. Allí se afirmaba que los Obispos habían manifestado su inconformidad con las leyes promulgadas, así como el propósito de lograr su revisión. En lo que se refiere a los movimientos armados, se decía que aunque el Episcopado era ajeno a ellos, cualquiera que conozca la doctrina de la Iglesia sabe que hay circunstancias en la vida de los pueblos donde se torna lícito defender por las armas los derechos que en vano se ha procurado poner a salvo por medios pacíficos. No se trataba, pues, de una insurrección injusta, sino de un movimiento de legítima defensa. Un terrible duelo se había declarado entre un pueblo que luchaba por su fe, y un Gobierno que se había vuelto sordo a sus reclamos. Por tanto, concluían, tanto la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, como los católicos en particular, si bien en el terreno religioso deben obediencia a los Obispos, son perfectamente libres en el ejercicio de sus derechos cívicos y políticos.

Dicha Pastoral Colectiva fue confirmada por el Santo Padre. Como pudo leerse en aquellos días en el *Osservatore Romano*, al pueblo que no consentía en someterse a la tiranía «no le quedaba otro recurso que la rebelión armada». Fue sobre todo desde Guadalajara, con el apoyo de «Chamula», como apodaban sus adversarios al obispo Orozco y Jiménez, de donde partió el gran levan-

tamiento cristero, que luego se extendería a varios Estados de México.

3. La actitud de Anacleto

Anacleto no se sentía inclinado al recurso de la lucha armada. En un medio como el mexicano, tan propenso a las soluciones violentas, prefería la resistencia pasiva, a la que había recurrido anteriormente y que ahora estaba dispuesto a replantear hasta en sus menores detalles. No porque en principio rechazase el uso de la fuerza, dada la situación a que se había llegado. Pero pensaba que yendo a las armas se le hacía el juego a Calles, enfrentándolo en un terreno donde ciertamente tendría ventaja. En cambio, sostenía, la fuerza bruta, arma única de la Revolución, se rompería como espada enmohecida al sentir no el choque del hierro sino de los caracteres que no capitulan, de aquellos capaces de repetir el grito de los que rodeaban a Napoleón en la derrota de Waterloo, el grito de los fuertes: «La guardia perece pero no se rinde». Ponía también como ejemplo la actitud serena y gallarda de los primeros mártires, agregando que en todos los tiempos el gesto del mártir ha sido el único que logró triunfar de los tiranos.

Por eso su mensaje era una permanente convocatoria al martirio. «Nos basta con la fuerza moral», decía. Y también: «La Iglesia está nutrida de sangre de león. No se tiene derecho de renunciar a la púrpura. Estamos obligados a mojarla con nuestra sangre». Por lo demás, «lo que se escribe con sangre queda escrito para siempre, el voto de los mártires no perece jamás». Era el famoso «plebiscito de los mártires», de que hablaría con emoción en uno de sus alegatos.

Anacleto no buscaba tanto el triunfo próximo cuanto la proclamación heroica y martirial de la verdad. Mártires ofrendó la Iglesia primitiva, escribía, mártires produjo la cristianización de los indios, mártires produjo la Revolución francesa... En esta cadena de mártires echa sus raíces la esperanza moral de la Patria. Por ellos, y sólo por ellos, ha de llegar el día en que triunfe la verdad. Esta idea de González Flores nos trae al recuerdo una reflexión de Mons. Gay, obispo auxiliar del cardenal Pie, y es que la Iglesia vive de dos principios, de dos sangres; de la sangre de Cristo, que se vierte místicamente sobre el altar, y de la sangre de los mártires, que se derrama cruentamente sobre la tierra. Ni la Misa ni el martirio faltarán jamás en la Iglesia.

«Mientras la carne tiembla –afirma conmovido Anacleto–, el mártir, envuelto en la púrpura de su sangre como un rey que se tiende al morir, en un esfuerzo supremo y definitivo por salvar la soberanía del alma, abre grandemente sus ojos ante el perseguidor y exclama: creo. Ha sido la última palabra, pero también la expresión más fuerte y más alta de la majestad humana».

Cuando empezaron a caer los primeros mártires mexicanos, en las cercanías del templo de Guadalupe, escribió:

«Hoy nos han caído cargas de flores, sobre el altar de la Reina... Hoy la Reina ha recibido la ofrenda de nuestros mártires; ha visto llenarse las cárceles con los audaces seguidores de su Hijo; ha oído resonar y temblar los calabozos, en un delirio de atrevimiento santo, de osadía sagrada... Y seguirá la ofrenda. Porque ya sabemos los católicos que hay que proclamar a Cristo por encima de las bayonetas, por encima de los puños crispados de los verdugos, por encima de las cárceles, el potro, el martirio y de los resoplidos de la bestia infernal de la persecución. Y seguirá habiendo mártires y héroes hasta ganar la guerra y llevar el Ayate hecho bandera de victoria, hacia todos los vientos».

Por sublimes que fueran estos propósitos, no pensaba así monseñor José de Jesús Manríquez y Zárate, obispo de Huejutla:

«Si estos tales –aunque sean nuestros mismos gobernantes–, lejos de encauzarnos por la senda del bien nos arrastran al camino de la iniquidad, estamos obligados a ponerle resistencia, en cuyo sentido deben explicarse aquellas palabras de Cristo: No he venido a traer la paz, sino la guerra; y aquellas otras: “No queráis temer a los que quitan la vida del cuerpo”... La resistencia puede ser activa o pasiva. El mártir que se deja descuartizar antes de renegar de su fe, resiste pasivamente. El soldado que defiende en el campo de batalla la libertad de adorar a su Dios, resiste activamente a sus perseguidores. En tratándose de los individuos, puede haber algunos casos en que sea preferible –por ser de mayor perfección– la resistencia pasiva. Pero el martirio no es la ley ordinaria de la lucha; los mártires son pocos; y sería una necedad, más bien dicho, sería tentar a Dios, pretender que todo un pueblo alcanzara la corona del martirio. Luego de ley ordinaria la lucha tiene que entablarse activamente».

Mons. Orozco y Jiménez trató de convencer a Anacleto de la conveniencia de la lucha armada, pero no logró persuadirlo del todo. Es cierto que ya la experiencia le había demostrado a éste último que dada la índole peculiar del pueblo mexicano, pero sobre todo la de los perseguidores, los medios pacíficos de resistencia a que hasta entonces se había recurrido, no parecían conducentes. Los asesinatos de laicos y sacerdotes se multiplicaban por doquier, juntamente con las más terribles vejaciones para todo lo que tuviese carácter católico.

Algo que lo inclinó a ir cambiando de postura fue el ver cómo muchos de sus compañeros se alistaban, uno tras otro, en las filas de los combatientes. Particularmente le impresionó la despedida que el 5 de enero de 1927 se le hizo a su gran amigo y compañero de luchas y de cárceles, Gómez Loza, quien había resuelto agregarse a las huestes cristeras de los Altos de Jalisco. Y así poco a poco fue entendiendo, cada vez con mayor claridad, que era su deber cooperar de manera explícita con el movimiento. Una vez que dio el paso, lo nombraron enseguida Jefe Civil en Jalisco. No iría al campo de batalla, pero con el entusiasmo y tesón que siempre lo habían caracterizado, se dedicó a organizar, sostener y transmitir las órdenes que recibía del centro, referentes a dicha empresa. En Guadalajara, donde tenía su sede de Jefe Civil, comenzó a asistir sin falta a las reuniones secretas de los que se enrolaban para el combate, pronunciando vibrantes arengas con motivo de la partida de quienes se dirigían a los campos de batalla.

No hubo anteriormente cobardía en su preferencia por los medios pacíficos. Era para él una cuestión prudencial, o de estrategia, si se quiere. Ahora veía las cosas de otro modo. Con todo, aunque consintió que la Unión Popular se lanzase al combate, no quiso que abandonara su anterior trabajo en pro de la cultura y de la formación en la ciudad, sin lo cual aquel combate habría carecido de logística. Hubiera preferido separar la obra de la *Unión Popular* y la organización del *Ejército Nacional Libertador*. Pero en aquellos momentos no era sino una distinción de gabinete. Y así invitó a los suyos a hacer con Dios «un pacto de sangre».

4. La Guerra Cristera

El año 1926 señaló el comienzo de la gran epopeya mística, noble y santa, por la que numerosas personas, a veces insignificantes, se convirtieron en héroes. La desigualdad de los dos bandos era enorme. De un lado, las fuerzas militares del Gobierno, perfectamente equipadas, que formaban el ejército de la Nación, con sus jefes y oficiales, debidamente entrenados. Del otro, grupos diversos de ciudadanos de toda condición, incluso mujeres y niños, por lo general ajenos a la milicia, carentes casi totalmente de elementos materiales y de pertrechos de guerra, pero animados de un coraje a toda prueba.

Para el lado gubernamental no faltó el apoyo del embajador de los Estados Unidos, el protestante y maquiavélico Dwight Morrow, íntimo amigo de Calles, quien logró un completo apoyo moral y militar del gobierno de los Estados Unidos a los perseguidores mexicanos, haciendo que se controlara con celosa vigilancia todos los movimientos de la frontera para que ni el más mínimo apoyo pudiera llegar a manos de los cristeros. Más aún, aquel país proveyó al ejército mexicano de bombarderos y de cazas Bristol, que operaban desde Texas, con pilotos norteamericanos. A esto debe agregarse la gran propaganda de Calles, expresamente apoyada por influencias masónicas y protestantes, y la conspiración de silencio casi total en los países extranjeros. El mismo arzobispo de Baltimore, Mons. Miguel L. Curley, reconocía la responsabilidad de sus compatriotas, incluidos muchos católicos, en los sucesos de esta guerra.

«Las ametralladoras que se volvieron contra el clero y pueblo de San Luis Potosí, hace unas cuantas semanas, eran ametralladoras norteamericanas... Nosotros, mediante nuestro gobierno, armamos a los bandidos asalariados de Calles... Si Washington quisiera únicamente dejar solo a México e interrumpiera la desleal ayuda al presente régimen bolchevique, Calles y su pandilla no durarían ni un mes». «Los enviados del régimen –prosigue el Obispo– son bien recibidos en Estados Unidos y pueden volver diciendo: “Ya lo había dicho yo: el Tío Sam está con nosotros; podemos continuar nuestra obra de destrucción del catolicismo”».

Excedería los marcos de la presente semblanza declarar las alternativas de esta guerra que duró tres años. Destaquemos, eso sí, el derroche de bravura de que hizo gala el pueblo católico mexicano. ¡Cuántos ejemplos conmovedores, de hombres que lograron ensamblar en un solo heroísmo los dos más grandes amores del alma, ofreciendo su sangre al Dios del cielo y a la Patria de la tierra! Todo el pueblo católico no formó entonces sino un solo cuerpo, los que estaban en los montes y los que permanecían en los pueblos. Desde Guadalajara, zona ocupada por el enemigo, se colaboraba buscando y enviando municiones. Por ejemplo, un obrero que trabajaba en una fábrica de cemento, introducía en la bolsa de cemento paquetes de cartuchos para el frente, sin sospecha de nadie; un humilde verdulero ocultaba municiones en canastos, que luego llevaba en canoa hasta donde estaban los cristeros. Tuvieron también su parte las mujeres, sobre todo las que integraban las *brigadas femeninas Santa Juana de Arco*, verdaderas heroínas que iban y venían, en tren, en camiones de carga, o a lomo de mula, ocultando las municiones bajo sus vestidos, en chalecos que eran como camisas fruncidas para que se formaran multitud de pliegues donde se mantenían los cartuchos, de 500 a 700 por joven, con el fin de proveer a los soldados de Cristo. En caso de ser descubiertas, era la muerte.

Los campesinos constituyeron el contingente principal. El P. Navarrete, entonces oficial cristero, nos confiesa cómo se solazaba contemplando a aquellos Quijotes de Dios, tan humildes como llenos de docilidad y fortaleza. Eran los rancheros mexicanos, junto con sus mujeres, católicos hasta los tuétanos. Como aquel que, antes de partir, le preguntó a su esposa, quien acababa de dar a luz a un hijo, qué hubiera pensado si él se hubiese mostrado indiferente a la cuestión religiosa, a lo que ella respondió: Pues hubiera pensado que mi esposo no era digno de ser padre de este hijo mío que tanto quiero.

Quienes no combatían en los cerros, con el rifle en su mano, y tampoco podían actuar de «enlace» entre los pueblos y los lugares de batalla, luchaban en sus hogares por medio de la oración. A tan ininterrumpidas plegarias de los que, por una u otra razón, no podían combatir, niños, mujeres y ancianos, se debió, sin duda, la perse-

verancia, la fortaleza y el coraje admirable de aquellos guerreros cristianos. Cuando en los pueblos se oía a lo lejos el fragor del combate, aquella gente suspendía sus ocupaciones habituales y se ponían de rodillas, por lo general frente a una imagen; conforme aumentaba el estruendo de la batalla, oraban con mayor fervor.

Incluyamos en este cuadro de honor a tantos sacerdotes heroicos, que de una u otra forma, algunos, los menos, con las armas en las manos, otros, como capellanes de los combatientes, colaboraron estrechamente con los cristeros. Hablando más en general, de los 4100 sacerdotes que había en todo México, fueron muy pocos, menos de 10, los que a raíz de la persecución defecionaron, haciéndose cismáticos con el desgraciado P. Pérez, autollamado *Patriarca* de una presunta *Iglesia Católica Nacional*, promovida por el régimen. Una fidelidad tan masiva constituye un caso quizás único en la historia de la Iglesia. Nombremos, entre tantos, al querido P. Pro, hoy beatificado como mártir, que recién llegado de Europa, no salía de su asombro al contemplar el heroísmo de tantos compatriotas suyos, especialmente en Jalisco.

«Bendita tierra mía –decía–, que está dando su lección a México y al mundo. ¡Muy bien, muchachos! ¡Así se llevan con garbo las banderas de las grandes causas!»

Cuando los cristeros se lanzaban al combate lo hacían invocando el nombre de Dios. Mientras los soldados de Gobierno gritaban: «Viva Satán», «Viva el Demonio», «Que mueran Cristo y su Madre», los cristeros exclamaban: «Viva la Virgen de Guadalupe», y sobre todo, «Viva Cristo Rey». Fue en razón de este grito, tantas veces repetido, que sus enemigos los llamaron *los Cristos Reyes* o *los cristeros*. Tal grito, íntimamente relacionado con el tema principal de la encíclica *Quas primas* de Pío XI, aparecida precisamente a fines de 1925, constituyó todo un programa expuesto en forma contundente, brevísimo pero completo. Y ese grito que escucharon los bosques de México, sus sierras, sus campos, con acento de heroísmo, es el mismo que repetían los cristeros ante sus jueces, regulares o improvisados, cuando eran detenidos, así como el saludo mutuo de los confesores de la fe. Y ante el pelotón de fusilamiento fue una especie de *ritornello* del martirio mexicano, la última palabra, la de San Pablo: «es necesario que Cristo reine», que en mexicano se tradujo: «¡Viva Cristo Rey!». Tanto este grito de guerra y de martirio, como el lema de la ACJM: «Por Dios y por la Patria», tendrían repercusión explícita, diez años después, en España. No en vano el Alcázar de Toledo fue liberado al grito de Viva Cristo Rey. La reciente gesta de México era bastante conocida por el pueblo español. Una madre de ese pueblo dijo: «Mi hijo murió exclamando: Viva Cristo Rey, como los mártires mexicanos».

El heroísmo de los cristeros encontró un lugar privilegiado en los Altos de Jalisco. Refiriéndose a su población ha escrito José Vasconcelos:

«Los hombres, de sangre española pura, se ven atezados y esbeltos en su traje de charrería conveniente para la faena campestre. Su fama de jinetes halla reconocimiento por todo el Bajío. Hace poco más de un siglo, aquella comarca fue penetrada por colonos que todavía tuvieron que batirse, en pleno siglo XIX, con tribus de indios merodeadores. De suerte que el blanco, a semejanza de lo que más tarde ocurriría en el Far West americano, la hizo de guerrero y de cultivador. Cada familia encarnaba la misión de extender los dominios de la cultura latina por los territorios desiertos del Nuevo Mundo. Y así es cómo el español, aliado al mestizo, fue empujando y ocupando la tierra vacía muy hacia el Norte, hasta topar con el anglosajón que por el otro camino llenaba tarea parecida pero en beneficio de las razas protestantes de Europa».

Por eso, agrega Vasconcelos, la gente de los Altos, leal a sus costumbres castizas, se mostró, frente al callismo, como una reserva nacional étnica y política de la mejor calidad. Bien escribe Enrique Díaz Araujo:

«Existen zonas selectas –la Vendée francesa de la contrarrevolución de los *chouans*, la Navarra española del tradicionalismo carlista, o el Don apacible del voluntariado ruso blanco– donde esa resistencia ha alcanzado caracteres épicos, dignos de la tragedia homérica. Por ellos, sin duda, se salvará el juicio de la época moderna. Los anales de la historia futura los recogerán como nuevas Troyas de la civilización, catacumbas benedictinas o termópilas numantinas, de los años de la decadencia de nuestra cultura. Quedarán como jalones blancos que marcarán el camino del renacimiento, pasado que sea –si así Dios lo dispone– el momento negativo del vendaval de la barbarie ideológica. Y, entre esos hitos notables, hallará su lugar peraltado, el *Occidente mexicano*, la tierra jalisciense, del núcleo tapatío que se irradia desde Guadalajara por Jalisco, Michoacán, Zacatecas y Colima...»

Según se ve, los que, al decir de Calles, integraban «el gallinero de la República» no eran tan «gallinas» como parecía. En la guerra cristera lucharon con un arrojo sin límites. Un arrojo no exento de humor. Se cuenta que, a veces, en medio del fragor de la batalla, se dejaba escuchar, de tanto en tanto, el clarín de sus tropas que se burlaba del enemigo, tocando las notas con que se anuncia la salida del toro en las lides, o la chusca canción popular *La Cucaracha*.

La preparación de la biografía de Anacleto nos llevó a leer muchos libros donde se relatan las gestas cristeras y se describen a sus héroes. El que inauguró la era de los mártires, el 29 de julio de 1926, fue José García Farfán. José, que vivía en Puebla, era dueño de una pequeña tienda, con un kiosco de revistas a la calle. Un día puso en su local algunos letreros que decían: «Viva Cristo Rey», «Viva la Virgen de Guadalupe». El 28 de julio pasaba por allí el General Amaya. Furioso al ver los letreros, le mandó retirarlos. Don José se negó y fue detenido. Al día siguiente, Amaya ordenó fusilarlo. Estando ya todo preparado, le dijo –¡A ver ahora cómo mueren los católicos! –Así –respondió el anciano– y gritó: ¡Viva Cristo Rey!

Numerosos patriotas mexicanos, incluidos niños, ancianos y mujeres, fueron llevados al paredón o colgados de los árboles. El heroísmo estaba a flor de piel, como si el espíritu de la caballería medieval hubiese resucitado.

Destaquemos, entre tantas, la figura de Luis Navarro Origel, gran caudillo católico, quien seguido por miles de voluntarios, llegaría a controlar la costa de Michoacán, teniendo bajo sus órdenes no menos de diez mil cristeros. De su compromiso inicial en la causa escribe un cronista:

«Luis, después de haber sido armado Caballero con el nombre de Soldado de María, y tras de velar sus armas una noche y confortar su espíritu con la Sagrada Eucaristía, de acuerdo con los amigos de mayor confianza pertenecientes a los centros de la Liga que había fundado y después de ponerse bajo el amparo de San Miguel Arcángel, en el día de su fiesta, lanzó el grito de libertad que debió concertarse allí en los cielos con el ¡Quién como Dios! del primer paladín de la justicia eterna, en la ciudad de Pénjamo, la mañana del 29 de septiembre de 1926».

Luego se despidió de su esposa diciéndole en una carta que la única solución para México pasaba por el sacrificio, las víctimas, la sangre, que todo lo fecunda, todo lo engrandece, todo lo santifica, desde que fue derramada aquella Sangre divina y que aún se inmola y seguirá inmoliándose hasta la consumación de los siglos.

«¡Porque el valor de la sangre es insustituible, porque el clamor de la sangre es un clamor terrible, que siempre llega y conmueve el Corazón de Dios!». Y prosigue: «Nuestra Patria para salvarse sólo necesita vidas inmoladas, cuya inmolación está santificada por el amor de Cristo. Para lavarse de tanto horror, de tanta abominación

de crímenes que van siendo ya seculares, este suelo necesita sangre, pues las afrentas y las ofensas terribles hechas a Dios por un pueblo, sólo con sangre se limpian...

«Y apenas ayer empezó a derramarse y es tanta y tan generosamente ofrecida la que estaba y está dispuesta a derramar nuestro pueblo que amenaza inundar este suelo y salpicarlo todo; esto es lo que hacía falta, que no quede rincón de este suelo amado que no se lave con sangre, que no se santifique con el sacrificio... Las victorias vendrán después seguramente; pero ahora sólo sangre, solamente vidas inmoladas generosamente se necesitan».

Las diversas unidades de los cristeros tomaban los nombres de los caídos gloriosos, por ejemplo, *Padre Pro*, *Miguel Gómez Loza*, etc. En el juramento de los que se ofrecían para el combate se decía: «Concédeme que mi último grito en la tierra y mi primer cántico en el cielo sea: ¡Viva Cristo Rey!». Conmovido Pío XI al irse enterando de todo esto, concedió indulgencia plenaria *in articulo mortis* a los mexicanos por la invocación: «¡Viva Cristo Rey!». Dicho grito incluía, como lo hemos señalado, todo un programa de restauración católica, por lo que el mismo Papa pudo afirmar que

«el México cristero supo cumplir con su magno destino providencial, proclamando que el Reinado Temporal de Cristo debe defenderse, mantenerse y reimplantarse, si es necesario, por medio de la fuerza», y que el testimonio dado por la Iglesia en México «se debe colocar definitivamente entre los hechos más ilustres de nuestra historia».

A lo que hacía eco el Arzobispo de Malinas, card. van Roey: «Vosotros escribís una de las páginas más gloriosas de la Historia de la Iglesia, una página con letras de sangre, una página indeleble, que dirá a las generaciones futuras a lo que puede y debe atreverse una fe verdaderamente sobrenatural y una caridad digna del nombre de cristiano». Como dijo un escritor: «Si ésta no fue una guerra justa, nunca ha existido ni existirá jamás una sola guerra justa en toda la historia del mundo».

Años después, en 1946, con motivo de la solemnidad de Cristo Rey, que es el *día de las Fiestas Patronales de los cristeros*, pudo decir el obispo de Huejutla, Mons. Manríquez y Zárate:

«He aquí las dos más grandes manifestaciones de amor a Jesucristo, de que ha sido teatro la Nación Mexicana. La sangre del pueblo, sangre generosa y noble, ha corrido a torrentes en el campo de batalla, pero también se ha derramado con admirable profusión en el ara augusta de los grandes sacrificios, de las grandes inmolaciones y heroísmos. Y si gallardas y gigantes aparecen las figuras de los campeones de la espada, que en los campos del honor han sabido vindicar para la Patria y para la Iglesia sus inviolables y sacrosantos derechos, más gallarda e imponente aún es la figura de los mártires que, en el misterioso silencio de la más sublime abnegación, han sabido tolerar, inermes y desvalidos, la furia implacable de los eternos enemigos del nombre cristiano.

«Y no se vaya a creer que estas dos fases de la epopeya sean como los polos de una grande esfera, distanciados y opuestos entre sí por la extensión inmensa del espacio. No, estos dos heroísmos no son más que dos demostraciones de uno y el mismo sentimiento, de uno y el mismo amor: dos ríos que salen del mismo océano, dos fulgores de una y la misma luz. La misma caridad de Jesucristo que impele al mártir a entregarse en las garras del sayón para ser despedazado en odio de la fe, es la misma que empuja al soldado a empuñar la espada vengadora y terrible que hace morder el polvo a los enemigos de Dios».

Todavía hoy en los Altos de Jalisco se evoca a aquellos héroes no olvidados. Pasando por San Miguel el Alto, que se encuentra en dicha zona, tuve la dicha de escuchar un corrido que me cantó «el cieguito José», en homenaje a uno de ellos, el legendario Victoriano Ramírez, apodado *el Catorce*. Los corridos mexicanos, que continúan el viejo romancero español, logran sus mejores expresiones en el encomio de los héroes regionales.

V. El testimonio supremo del martirio

Anacleto vivió permanentemente hostigado por la policía de Guadalajara. Se podría decir que no conoció día sin sobresalto. Varias veces fue encarcelado. Pero cuando salía de la prisión continuaba como antes, sin retroceder un milímetro en su designio. No podía ignorar que estaba jugando con la muerte. Varias veces la vio muy cerca, pero jamás la esquivó, dejando de hacer, por temor, lo que debía. La idea del sacrificio de su vida no le era extraña ni remota. Uno de los capítulos de la última y más importante de sus obras lleva por título: «Reina de los Mártires, ruega por nosotros». Ya anteriormente había sostenido que si las acciones encaminadas a la salvación de la Iglesia y de la Patria fallasen, sería preciso votar, no con papeletas, de las que se burlaban los enemigos, sino con las propias vidas, en un plebiscito de mártires. «Porque lo que se escribe con sangre, según la frase de Nietzsche, queda escrito para siempre, el voto de los mártires no perece jamás».

Llegó un momento en que el acoso de sus enemigos lo obligó a esconderse. Por algunas infidencias se había enterado de que el Gobierno estaba decidido a acabar con él, en la idea de que así la resistencia se debilitaría sustancialmente. Una familia amiga, la de los Vargas González, le abrió las puertas de su casa, conscientes del grave peligro al que se exponían.

Allí se guareció, disfrazándose de obrero; dejó crecer la barba, enmarañó su cabellera, y siguió su actividad como antes. El 29 de marzo de 1927, pasó la noche con su familia, castigada por la miseria, alternando con su esposa, y rezando y jugando con sus tres hijitos. Fue la última vez que los vería. El 31 del mismo mes estaba, como de costumbre, en la casa de los Vargas González. Allí se confesó con un sacerdote que se encontraba de paso, y después se quedó comentando con él una reciente Pastoral del Arzobispo de Durango, que aprobaba plenamente la defensa armada. «Esto es lo que nos faltaba, dijo Anacleto. Ahora sí podemos estar tranquilos. Dios está con nosotros».

Era de noche. Se retiró a su cuarto, y allí se puso a escribir para la revista *Gladium*, un artículo de tres páginas, papel oficio, con excelente letra aún hoy perfectamente legible. La noticia de la que acababa de enterarse sobre la decisión del obispo de Durango fue lo que inspiró su pluma:

«Bendición para los valientes, que defienden con las armas en la mano la Iglesia de Dios. Maldición para los que ríen, gozan, se divierten, siendo católicos, en medio del dolor sin medida de su Madre; para los perezosos, los ricos tacaños, los payasos que no saben más que acomodarse y criticar. La sangre de nuestros mártires está pesando inmensamente en la balanza de Dios y de los hombres.

«El espectáculo que ofrecen los defensores de la Iglesia es sencillamente sublime. El Cielo lo bendice, el mundo lo admira, el infierno lo ve lleno de rabia y asombro, los verdugos tiemblan. Solamente los cobardes no hacen nada; solamente los críticos no hacen más que morder; solamente los díscolos no hacen más que estorbar, solamente los ricos cierran sus manos para conservar su dinero, ese dinero que los ha hecho tan inútiles y tan desgraciados».

Ya había pasado la media noche, y Anacleto seguía escribiendo. Había empezado el día de su sacrificio, y, como dice Gómez Robledo, iba a pasar casi sin transición de la palabra a la sangre. Escribió entonces las palabras finales de su vida:

«Hoy debemos darle a Dios fuerte testimonio de que de veras somos católicos. Mañana será tarde, porque mañana se abrirán los labios de los valientes para maldecir a los flojos, cobardes y apáticos». Nos impresiona este *hoy*. ¿Era un presentimiento?

«Todavía es tiempo de que todos los católicos cumplan su deber; los ricos que den, los críticos que se corten la lengua, los díscolos que se sacrifiquen, los cobardes que se despojen de su miedo y todos que se pongan en pie, porque estamos frente al enemigo y debemos cooperar con todas nuestras fuerzas a alcanzar la victoria de Dios y de su Iglesia».

Eran las tres de la mañana y se aprestó a tomar un breve descanso. Una hora antes, un grupo de soldados había entrado por un balcón en la casa de Luis Padilla, brazo derecho del Maestro, deteniéndolo. Luego, hacia las cinco, movidos por la delación de algún traidor, golpean la puerta de los Vargas. La casa está rodeada. Hay soldados sobre las paredes y la azotea. Tras un cateo de la casa, se llevaron a las mujeres, la madre y sus hijas, por un lado, y a los varones que allí se encontraban, Anacleto y los tres hermanos Vargas González, por otro. Todo esto me lo contó personalmente, con más detalles, por supuesto, María Luisa Vargas González, una de las hermanas, en una entrevista emocionante que mantuve con ella en la propia casa donde sucedió lo relatado.

Llegados los varones a destino, comenzó enseguida el interrogatorio. Lo que buscaban era que Anacleto reconociera su lugar en la lucha cristera y denunciase a los que integraban el movimiento armado católico de Jalisco; asimismo que revelase el lugar donde se ocultaba su obispo, Orozco y Jiménez. Anacleto no podía negar su participación en la epopeya cristera. Bien lo sabían sus verdugos, ni era Anacleto hombre que rehuyera la responsabilidad de sus actos. Reconoció, pues, totalmente su papel en el movimiento desde la ciudad, pero nada dijo de sus camaradas ni del paradero del Prelado.

Entonces comenzó la tortura, lenta y terrible. En presencia de los que habían sido detenidos con él, lo suspendieron de los pulgares, le azotaron, mientras con cuchillos herían las plantas de sus pies.

—Dinos, fanático miserable, ¿en dónde se oculta Orozco y Jiménez?

—No lo sé.

La cuchilla destrozaba aquellos pies. Como dice Gómez Robledo, «el hombre que ha vivido por la palabra va a morir por el silencio».

—Dinos, ¿quiénes son los jefes de esa maldita Liga que pretende derribar a nuestro jefe y señor el General Calles?

—No existe más que un solo Señor de cielos y tierra. Ignoro lo que me preguntan...

El cuchillo seguía desgarrando aquel cuerpo. «Pica, más, más», le decía el oficial al verdugo. De manera semejante torturaban a los hermanos Vargas, por lo que Anacleto, colgado todavía, gritó: «¡No maltraten a esos muchachos! ¡Si quieren sangre aquí está la mía!». Los Vargas, abrumados por el dolor, parecían flaquear; pero Anacleto los sostenía, pidiendo morir el último para dar ánimo a sus compañeros.

Tras descolgarlo, le asestaron un poderoso culatazo en el hombro. Con la boca chorreando sangre por los golpes, comenzó a exhortarlos con aquella elocuencia suya, tan vibrante y apasionada. Seguramente que nunca ha de haber hablado como en aquellos momentos...

Se suspendieron las torturas. Simulóse entonces un «consejo de guerra sumarísimo», que condenó a los prisioneros a la pena de muerte por estar en connivencia con los rebeldes. Al oír la sentencia, Anacleto respondió con estas recias palabras:

«Una sola cosa diré y es que he trabajado con todo desinterés por defender la causa de Jesucristo y de su Iglesia. Vosotros me mataréis, pero sabed que conmigo no morirá la causa. Muchos están detrás de mí dispuestos a defenderla hasta el martirio. Me voy, pero con la seguridad de que veré pronto desde el cielo, el triunfo de la religión en mi Patria».

Eran las 3 de la tarde del viernes 1º de abril de 1927. Anacleto recitó el acto de contrición. Aún de pie, a pesar

de sus terribles dolores, con voz serena y vigorosa se dirigió al General Ferreira, que presenciaba la tragedia:

«General, perdono a usted de corazón; muy pronto nos veremos ante el tribunal divino; el mismo Juez que me va a juzgar será su Juez; entonces tendrá usted un intercesor en mí con Dios».

Los soldados vacilaban en disparar sobre él. Entonces el General hizo una seña al capitán del pelotón, y éste le dio con un hacha en el lado izquierdo del torso. Al caer, los soldados descargaron sus armas sobre el mártir.

Con la última energía, trató de incorporarse Anacleto. Y exclamó: «Por segunda vez oigan las Américas este grito: «Yo muero, pero Dios no muere. ¡Viva Cristo Rey!». Se refería al grito que lanzó García Moreno en el momento de ser asesinado. García Moreno, presidente católico del Ecuador, era uno de sus héroes más admirados, cuya historia conocía al dedillo. Anacleto tenía 38 años. Casi a la misma hora, en un patio interior del cuartel, eran fusilados tanto Luis Padilla como Jorge y Rafael Vargas González. Al tercero de los hermanos Vargas, Florentino, lo dejaron libre, por considerárselo el menor de ellos.

Los cadáveres fueron transportados en ambulancia a la Inspección de Policía, y allí arrojados al suelo para que sus familiares los retiraran. Por la noche se instaló una capilla ardiente en el humilde domicilio de González Flores. La joven viuda acercó a sus hijitos al cadáver:

«Mira, dijo, dirigiéndose a su hijo mayor, ése es tu padre. Ha muerto por confesar la fe. Promete sobre este cuerpo que tú harás lo mismo cuando seas grande si así Dios lo pide».

Guadalajara entera desfiló ante sus restos mortales, pese a los obstáculos puestos por las autoridades. Algunos mojanaban sus pañuelos en los coágulos que quedaron en la palangana cuando el aseo del cuerpo, otros tijereteaban su ropa para llevarse consigo alguna reliquia. Alguien le preguntó al mayor de los hermanitos sobre la causa de la tragedia y el niño contestó, señalando el cadáver de su padre: «Lo mataron porque quería mucho a Dios». Una multitud lo acompañó hasta su tumba.

De él diría Mons. Manríquez y Zárate: «En el firmamento de la Iglesia Mexicana, entre la inmensa turba de jóvenes confesores de Cristo, se destaca como el sol la noble y gallarda figura de Anacleto González Flores, cuya grandeza moral desconcierta y cuya gloria supera a todo encomio».

A su muerte, así cantó el poeta:

¡Patria, Patria del alma!;
Patria agobiada, sí, mas no vencida.
La sangre de tu hijo
es tu manjar de fortaleza y vida.
¡Anacleto!
Trigo de Dios fecundo
plantado en la llanura sonriente
de Jalisco, no has muerto para el mundo.
Ayer humilde grano...
eres ya espiga de oro refulgente
y alimentas al pueblo mexicano.

Grande fue mi emoción cuando me arrodillé delante de las lápidas que cubren los cuerpos de los dos héroes de la fe: Miguel Gómez Loza y Anacleto González Flores, en el Santuario de Guadalupe de Guadalajara. En la de Anacleto leí esta frase imperecedera:

Verbo Vita et Sanguine docuit, enseñó con la palabra, con la vida y con la sangre. He ahí el martirio en su sentido plenario. Porque martirio significa testimonio. Y cabe un triple testimonio: el de la palabra, por la confesión pública de la fe; el de la vida, por las obras coherentes con lo que se cree; y finalmente el de la sangre, como expresión suprema de la caridad y de la fortaleza. Anacleto dio testimonio con la palabra, y en qué grado; por las

obras, y con cuánta abundancia; con la sangre, y tras cuáles torturas. Es, pues, mártir en el sentido total de la palabra.

El 15 de octubre de 1994, la Arquidiócesis de Guadalajara abrió, con toda solemnidad, en el Santuario de Guadalupe, el proceso diocesano de canonización de ocho hombres que en Jalisco dieron su vida por la fe, entre ellos Miguel Gómez Loza, a quien nos referimos ampliamente; Luis Padilla, el amigo de nuestro héroe; Jorge y Ramón Vargas González, compañeros de martirio de Anacleto; el arzobispo de Guadalajara, Francisco Orozco y Jiménez, tan unido a nuestro mártir; y, como es obvio, Anacleto González Flores. En presencia de sus familiares, hijos, sobrinos y nietos, que sostenían sus retratos junto al altar, se leyó una síntesis de la vida de cada uno de ellos. En la ceremonia ondearon las banderas de todos los movimientos de la Acción Católica y de la Adoración Nocturna, de las que estos siervos de Dios fueron miembros y fundadores.

–Nota de la Fundación GRATIS DATE

El 20 de noviembre de 2005, en el Estadio de Jalisco, Guadalajara, el Sr. Cardenal José Saraiva Martins declaró beatos a Anacleto González Flores y a otros siete mártires laicos. Aumenta así el gran número de beatos y santos mexicanos que, durante la persecución de los años veinte del siglo pasado, dieron su sangre por Cristo, muchas veces entre espantosos tormentos.

¡Alabado sea en ellos Jesucristo!

Obras Consultadas

Joaquín Cardoso, S.J., *El martirologio católico de nuestros días. Mártires Mexicanos*, 2ª ed. Buena Prensa, México D.F. 1958.

Heriberto Navarrete, S.J., «*Por Dios y por la Patria*», Memorias, Jus, México D.F. 1961.

José G. Gutiérrez Gutiérrez, *Mis recuerdos de la gesta cristera*, 3 vols., Guadalajara, México 1975-1976.

Vicente Camberos Vizcaíno, *Un hombre y una época* (sobre Miguel Gómez Loza), Jus, México 1950.

–*Más allá del estoicismo* (continuación), Jus, México, 1953.

–*El quinto Arzobispo de Guadalajara don Francisco Orozco y Jiménez*, Guadalajara, Jalisco 1994.

Spectator, *Los Cristeros del Volcán de Colima*, Veritas, México 1930.

Salvador Abascal, *Lázaro Cárdenas, presidente comunista*, 2 vols., Tradición, México 1989.

Andrés Barquin y Ruiz, *Los Mártires de Cristo Rey*, Criterio, México 1937.

Joaquín Blanco Gil, *El Clamor de la Sangre*, 2ª ed., Jus, México 1967.

Mons. Dr. Emilio Silva de Castro, *La Virgen María de Guadalupe, Reina de México y Emperatriz de las Américas*, Guadalajara, México 1995.

Enrique Díaz Araujo, La epopeya cristera, en «*Gladius*» n° 4 (1985) 3964; n° 6 (1986) 5376; n° 8 (1986) 65100.

Jean Meyer, *La Cristiada*, 3 vols. Siglo XXI, México 1974.

–*La Cristiada*, 4 fascículos, Clío, México 1997.

Anacleto González Flores, *Ensayos-Discursos*, Jus, México 1967.

–*Tú serás Rey*, 2ª ed., Ed. de la ACJM, Guadalajara, México 1989.

–*El plebiscito de los mártires*, México 1930.

Antonio Gómez Robledo, *Anacleto González Flores. El maestro*, 2ª ed., Jus, México 1947.

José Vasconcelos, *La Flama*, Continental, México 1959.

Anacleto González Flores

*Lo saben por los llanos y en la cumbre del risco
las piedras que semejan de la roca un de sangre,
lo dicen enlutados los Altos de Jalisco:
enseñó con la vida, la palabra y la sangre.*

*O se canta en corridos con sabor de elegía
cuando ensaya la tarde un unánime adiós,
era cierto el bautismo de la alegre osadía,
era cierto que mueres pero no muere Dios.*

*Ni el Pantano del Norte ni el mendaz gorro frigio,
ni los hijos caídos del caído heresiarca,
callarán el salterio de tu fiel sacrificio
ofrecido en custodia de la Fe y de la Barca.*

*Porque el Verbo no cabe en algún calabozo,
fusileros no existen que amortajen la patria,
sobre la cruz la herida resucita de gozo,
reverdece en raíces coronadas de gracia.*

*Tampoco los prudentes de plegarias medrosas
atasajan tus puños de valiente cristero,
enarbolan banderas que vendrán victoriosas
más allá del ocaso, desde el alba al lucero.*

Antonio Caponetto

Índice

Introducción

Los arquetipos y la admiración

- I. Una escuela sin arquetipos, 2.
- II. La enseñanza de la historia, 2.
- III. Arquetipo e individuo, 3.
- IV. El hombre, una vocación a la transcendencia, 4.
- V. Los diversos arquetipos, 5.
- VI. La admiración y el deseo, 6.

Capítulo 1

San Pablo

- I. Llamada al apostolado, 7.
 - 1. Segregado por Dios, 8.
 - 2. En favor de la gentilidad, 8.
 - 3. En la humildad de la confianza, 8.
 - II. Enamorado de Jesucristo, 9.
 - 1. La contemplación de Cristo, 9.
 - 2. La identificación con Cristo, 9.
 - 3. El apostolado en Cristo, 10.
 - III. Consumido de celo, 10.
 - 1. La urgencia de la acción apostólica, 10.
 - 2. Gastarse y desgastarse, 10.
 - 3. «Forma gregis», 10.
 - IV. Sobrenaturalmente fecundo, 11.
 - 1. Entrañas paternas, 11.
 - 2. La correspondencia del amor, 11.
 - 3. Presencia y memoria, 12.
 - V. Maestro de la Verdad, 12.
 - 1. Fidelidad al depósito, 12.
 - 2. El oficio del sabio: exponer y refutar, 13. a) Exponer la verdad, 13. -b) Refutar el error, 13.
 - VI. Corazón magnánimo, 14.
 - 1. Visión grande del Cristianismo, 14.
 - 2. Expresiones de magnanimidad, 14.
 - VII. Combatiente de Cristo, 15.
 - 1. El buen combate, 15.
 - 2. La persecución, 16.
 - 3. La alegría, 17.
- Luis Gorosito Heredia: San Pablo, 18.

San Bernardo

- I. El Abad, 18.
 - II. El poeta, 19.
 - III. El último de los Padres, 20.
 - IV. El místico, 21.
 - 1. Mística trinitaria y divinización, 21.
 - 2. Mística eclesial, 22.
 - 3. Mística mariana, 23.
 - V. El apóstol, 24.
 - 1. La conciencia de la sociedad, 24.
 - 2. Monje-Caballero, 25.
 - 3. Contemplación y acción, o el eje de la rueda, 26.
- Conclusión, 27.
Bibliografía consultada, 27.
Antonio Caponnetto: San Bernardo, 28.

Capítulo 3

San Fernando

- I. De hijo de Doña Berenguela a Rey de Castilla, 28.
 - 1. Sus primeros años, 28.
 - 2. La educación que recibió de su madre, 29.
 - 3. La llegada al poder, 29.
 - 4. El matrimonio de Fernando, 30.
 - II. El Guerrero, 30.
 - 1. Antecedentes de la Reconquista, 30.
 - 2. La aventura mística de Fernando, 31.
 - 3. Valencia, Jerez y Córdoba, 31.
 - 4. La conquista de Sevilla, 32.
 - III. El Gobernante, 34.
 - 1. Su amor por la justicia, 34.
 - 2. El fomento de la cultura, 34.
 - IV. El Santo, 34.
 - 1. El santo guerrero, 35.
 - 2. El santo estadista, 35.
 - 3. Un santo eutrápélico, 36.
 - 4. Su colaboración con la Iglesia, 36.
 - 5. Su vida interior, 37.
 - V. Muerte y glorificación, 37.
- Obras consultadas, 39.
Antonio Caponnetto: San Fernando, 39.

Capítulo 4

Santa Catalina de Siena

- I. «Tú eres la que no eres», 42.
 - 1. El misterio de la creación, 42.
 - 2. La nada original, 42.
- II. El primado de la verdad, 43.
 - 1. La inteligencia de la fe, 43.
 - 2. La fe y la caridad, 43.
 - 3. Las verdades fundamentales, 44.
 - 4. El saboreo de la verdad, 45.

III. *Sed de almas*, 45.

- 1. Del amor a Dios al amor de los que Dios ama, 45.
- 2. El celo de tu casa me devora, 46.
- 3. Algunas de sus actuaciones apostólicas, 47.
- 4. Contemplación y acción, 49.

IV. *El fuego y la locura de la sangre*, 51.

- 1. La sangre derramada, 51.
- 2. El fuego que consume, 53.
- 3. La locura de Dios, 54.

V. *En las entrañas de la Iglesia*, 54.

- 1. Su pasión por la Iglesia, 55.
- 2. Cargar los pecados, 55.

VI. *Una mujer viril*, 56.

- 1. Alma apasionada, 56.
- 2. «Sedme viril», 56.
- 3. «Io voglio», 57.

VII. *La reforma de la Iglesia*, 56.

- 1. La vuelta de Aviñón, 58.
- 2. Un santo atrevimiento, 58.
- 3. La llaga de los malos pastores, 60.
- 4. Un grupo en torno al Papa, 61.

VIII. *La convocatoria a retomar las Cruzadas*, 63.

IX. *Sus últimos días*, 64.

Obras consultadas, 65.

Antonio Caponnetto: *Voglio*, 66.

Capítulo 5

Isabel la Católica

I. *La educación de Isabel*, 66.

II. *Isabel, mujer*, 67.

III. *El espíritu religioso de Isabel*, 67.

IV. *Isabel, estadista*, 67.

V. *Isabel, justiciera*, 68.

VI. *Isabel y la cultura*, 69.

VII. *Isabel, guerrera*, 70.

VIII. *Isabel y el problema judío*, 72.

IX. *Isabel y la Inquisición*, 74.

X. *Isabel y la reforma católica*, 75.

XI. *Isabel y la gesta del Descubrimiento de América*, 76.

XII. *El testamento de Isabel*, 77.

Conclusión, 78.

Obras consultadas, 78.

Antonio Caponnetto: *A Isabel la Católica*, 78.

Capítulo 6

San Ignacio de Loyola

I. *San Ignacio y el espíritu de la caballería*, 79.

- 1. El ambiente del joven Íñigo, 79.
- 2. De la caballería temporal a la caballería espiritual, 80.

II. *El Cardoner y la Storta: dos ilustraciones desde lo Alto*, 81.

III. *La Compañía de Jesús: una Orden militante*, 82.

IV. *San Ignacio, Apóstol*, 83.

- 1. Corazón magnánimo, 83.

-2. Corazón armónico, 83.

-3. Corazón católico, 84.

V. *La detección del enemigo*, 85.

- 1. San Ignacio y la Cruzada contra la Media Luna, 85.
- 2. San Ignacio y su lucha contra el protestantismo, 86.
- 3. San Ignacio y su rechazo del humanismo erasmiano, 88.

VI. *San Ignacio, vida mística*, 89.

-1. Su Diario Espiritual, 89.

-2. El elemento místico de los Ejercicios, 90.

Conclusión, 90.

Bibliografía consultada, 91.

Luis Gorosito Heredia: *Ignacio de Loyola*, 91.

Capítulo 7

Santa Teresa de Jesús

I. *Santa Teresa, doctora española*, 92.

II. *Santa Teresa y el primado de Dios*, 93.

III. *Santa Teresa y el «menosprecio del mundo»*, 95.

IV. *Santa Teresa y la reforma católica*, 96.

V. *Contemplación y acción*, 97.

-1. La logística de los apóstoles, 98.

-2. Espíritu militante, 99.

-3. Su participación en los hechos de la época, 100.

Bibliografía consultada, 101.

Ignacio B. Anzoátegui: *Santa Teresa la Grande*, 101.

Capítulo 8

Santo Toribio de Mogrovejo

I. *De los Picos de Europa al Episcopado*, 102.

-1. Joven estudiante en Valladolid, 102.

-2. En Salamanca, 102.

-3. Inquisidor en Granada, 103.

-4. Obispo, 104.

-5. Rumbo al Perú, 105.

II. *El Perú pretoribiano*, 105.

III. *El Tercer Concilio de Lima*, 107.

-1. Las turbulencias preconciatales, 107.

-2. Los Catecismos, 109.

-3. Los sacramentos, 110.

-4. La formación de un clero idóneo, 111.

IV. *El Obispo acróbata*, 114.

V. *Las relaciones del Arzobispo con el poder temporal*, 119.

VI. *Su vida espiritual*, 122.

VII. *Muerte y glorificación*, 124.

Obras consultadas, 125.

Antonio Caponnetto: *Santo Toribio de Mogrovejo*, 126.

Capítulo 9

Padre Antonio Ruiz de Montoya

I. *Su juventud*, 126.

II. *Su conversión e ingreso en la Compañía*, 127.

III. *Su labor en las reducciones guaraníicas*, 127.

Índice

- 1. El gran proyecto de las reducciones, 127.
- 2. Ruiz de Montoya en el Guayrá, 128.
- 3. El indio guaraní, 129.
- 4. Instauración de las reducciones, 130.
- 5. La educación del indio, 130.
- 6. Misionero intrépido, 131.
- 7. Los enemigos de las reducciones, 133.
- 8. El gran éxodo de los guaraníes, 135.

IV. *Ante la corte de Felipe IV*, 137.

V. *Sus últimos años*, 139.

- 1. Trámites en Lima, 139.
- 2. El Ruiz de Montoya místico, 139.
 - a) Elevación espiritual de todo el hombre, 140. -b) Dejarse hacer por Dios, 141. -c) El desnudamiento, 142. -d) La inefabilidad de Dios, 142. -e) Mística y terruño, 143.

VI. *En hombros de sus indios*, 144.

Obras consultadas, 145.

Antonio Caponnetto: Antonio Ruiz de Montoya, 145.

Capítulo 10

Gabriel García Moreno

I. *Niñez candorosa y juventud intrépida*, 146.

II. *En medio de los huracanes de la política*, 147.

- 1. El presidente Flores y los primeros pasos de García Moreno, 147.
- 2. Viaje a Europa y ulterior enfrentamiento con Urbina, 148.
- 3. Tres años en París, 150.
- 4. Alcalde, rector y senador, 151.
- 5. Presidente provisional, 152.

III. *La primera presidencia*, 154.

- 1. García Moreno Presidente, 154.
- 2. El Concordato con la Santa Sede, 155.
- 3. El cerco del Perú y Colombia, 156.
- 4. Su tarea de estadista, 158.

IV. *La segunda presidencia*, 160.

- 1. El interregno, 160.
 - a) Misión diplomática a Chile, 160. -b) Se retira a una estancia, 161. -c) Presidencia interina, 162. -d) Convocatoria de elecciones y nueva Constitución, 163.
- 2. El estadista católico, 165.
 - a) Sacerdotes, soldados y magistrados, 165. -b) La educación, 167. -c) Obras públicas, 168. -d) Salud pública, 169. -e) La atención de los indios, 169. -f) Su vida interior, 170. -g) Las virtudes del gobernante, 171.
- 3. La realeza social de Jesucristo, 175.
 - a) En defensa de Pío IX, 165. -b) El Ecuador a los pies de Cristo Rey, 177.

V. *El martirio*, 178.

VI. *Repercusión mundial*, 181.

Obras consultadas, 183.

Antonio Caponnetto: A García Moreno, 183.

Capítulo 11

Anacleto González

I. *Antecedentes*, 184.

II. «*El Maistro*», 185.

III. *El Caudillo*, 187.

- 1. México católico, despierta de tu letargo, 187.
- 2. El forjador de caracteres, 188.
- 3. Hacia un catolicismo pletórico de juventud, 191.
- 4. El enamorado del verbo, 192.

IV. *De la resistencia civil al combate armado*, 193.

- 1. La Unión Popular y la oposición pacífica, 193.
- 2. El paso a las armas, 194.
- 3. La actitud de Anacleto, 195.
- 4. La Guerra Cristera, 196.

V. *El testimonio supremo del martirio*, 198.

Obras consultadas, 200.

Antonio Caponnetto: Anacleto González Flores, 200.

Índice, 201.